El punto de quiebre

Mary Roberts Rinehart

Obra original: *The Breaking Point* –Mary Roberts Rinehart, 1922.
Edición: Traducción por Fernando Guzmán, 2026.
Nota legal: La obra original en inglés está en dominio público.
Esta obra derivada se distribuye bajo licencia Creative Commons Attribution 4.0 International (CC BY 4.0).
Para consultar los términos de esta licencia visite
http://creativecommons.org/licenses/by/4.0/
Se autoriza su libre impresión, difusión y/o comercialización, así como la realización de obras derivadas, siempre que se otorgue adecuada referencia a esta traducción al español.

ARCHIVO
HISPÁNICO

CAPITULO 1

—Cielo y tierra —cantó el tenor Henry Wallace, dueño del garaje Wallace. Su laringe, que parecía una manzana silvestre atorada en el cuello, sobresalía notoriamente.

—Cielo y tierra —repitió el bajo Edwin Goodno, carnicero y miembro de los Boy Scouts—. Cielo y tierra están llenos… —Su barbilla grande y carnosa se hundía mientras sus ojos seguían la partitura.

—Están llenos, están llenos, están llenos —entonó la soprano Clare Rossiter, de la casa colonial amarilla en la carretera de Ridgely. Cantaba con los ojos en alto y, al alcanzar el Sol bemol, se empinó sobre los dedos de los pies—. De la majestad, de Tu gloria.

—¡Listos! —ordenó el director del coro—. ¡Con fuerza ahora, todos juntos!

La sala del coro en la casa parroquial resonó con las veinte voces del grupo. El director, al piano, marcaba el tiempo con la cabeza. Fervorosos e intensos, llenaron el edificio con el *Te Deum* de festival de Dudley Buck.

Elizabeth Wheeler disfrutaba de los ensayos. Le gustaba cómo, después de repasar cada parte, las voces se fundían en armonía. Le agradaba la sensación de logro y el hecho de ser parte del servicio dominical. Al ponerse la sotana negra, el sobrepelliz blanco y el gorro de terciopelo, sentía que dejaba atrás las cosas mundanas —como su sombrero rosa y su vestido azul de georgette— para aspirar a algo más elevado.

En esos momentos soñaba con una vida retirada, tranquila, con pilares y arcos góticos como en una fotografía de su sala, y un gran órgano sonando. Pero al volver a casa, se ponía su sombrero rosa y su vestido azul, almorzaba con la familia y, por la tarde, sus sueños cambiaban: pensaba en el amor. Un amor joven, romántico y feliz.

Alguna vez, alguien llegaría y le diría que la amaba. Eso era todo. Sus sueños no iban más allá.

Así que cantaba en el coro, esperando su turno. —Altos, un poco más fuerte, por favor. —De la majestad, de Tu gloria —cantó Elizabeth, siendo al mismo tiempo una monja y la protagonista de un sueño sentimental.

Elizabeth era una figura pequeña y etérea, de cabello castaño y ojos anhelantes. Bella por su juventud, sensible y reflexiva, leal y capaz de sufrir, pero sin rasgos extraordinarios. A los veinte años, vivía entre la esperanza y el miedo, esperando que cada mañana trajera una gran aventura.

Esa noche caminó a casa con Clare Rossiter, rubia, alta y coqueta. —¿Te importa dar la vuelta por la calle Station? —preguntó Clare con voz furtiva. —Está bien. Pero te queda lejos, ¿no? —Sí. Es que… eres tan rara, Elizabeth. Necesito hablar con alguien. Paso por la calle Station cada vez que puedo.

Elizabeth percibió que Clare quería confesar algo y sintió desagrado. Clare pasó un brazo por el suyo y soltó: —Estoy loca por el doctor Dick Livingstone. Dios sabe por qué, porque él nunca me mira. Podría ser el barro bajo sus pies. Tiemblo cuando lo veo y a veces ni siquiera me nota. Ya no duermo bien.

Elizabeth escuchaba incómoda. No veía en esa pasión sin esperanza más que un desahogo. Pero sentía cierta culpa: sus propios sueños vagos también se habían centrado en alguien alto y serio, como Dick Livingstone.

—A veces pienso que me evita —dijo Clare—. Ahí está su casa. ¿Te importa detenerte? La luz está encendida. —No lo hagas, Clare. Él lo odiaría si lo supiera.

Clare se quedó pensativa y suspicaz. —Escucha, Elizabeth, creo que él te importa a ti. —¿A mí? ¿Qué te pasa esta noche? —Tu voz sonó muy extraña.

Caminaron en silencio. Clare, con ojos calculadores, añadió: —Se habla bastante de él. Supongo que lo habrás oído. —¿Qué clase de habladurías? —Cotilleos. Todo el mundo habla. Le está haciendo daño. —No lo creo —explotó Elizabeth—. Este pueblo no tiene otra cosa que hacer. Me enferma.

Molesta, entró a su casa. La paz del hogar la envolvió. Allí estaba todo lo que necesitaba: amor, seguridad y tranquilidad. Su padre, Walter Wheeler, la oyó cantar mientras subía las escaleras y sintió satisfacción: veinticinco años de matrimonio, hijos encaminados, su esposa tejiendo mientras él leía *El Paraíso Perdido*.

Elizabeth, en la iglesia, tomaba su papel en el coro con solemnidad. Aunque rara vez miraba a la congregación, siempre era consciente de dos bancos: el de los Sayre, símbolo de la vida social del pueblo, y otro al fondo, ocupado por una viejecita y, a veces, por visitantes erráticos.

En años recientes, el doctor David Livingstone había aceptado cada vez menos casos de los de "no me busques hasta que me veas", mientras que el doctor Dick había adquirido un automóvil —que no se congelaba al dejarlo afuera toda la noche como un perro olvidado— y un sentido filosófico respecto al sueño. Para él, las once de la noche no eran hora de acostarse, sino simplemente las once en punto.

Cuando iba a la iglesia, escuchaba el sermón, pero con frecuencia miraba a Elizabeth Wheeler. Cuando sus ojos se distraían, solían posarse en la bandera que colgaba junto al altar desde la guerra. Había servido a su país en un mar de lodo,

nunca a menos de doscientas millas de la línea de batalla; luchó con un maletín quirúrgico en lugar de un fusil, y estaba satisfecho. No todo eran grandes aventuras.

Si alguien le hubiera preguntado de repente el nombre de la chica rubia y alta que cantaba entre las sopranos, no habría sabido responder.

El domingo siguiente a la confesión sentimental de Clare Rossiter, Elizabeth intentó desterrar todo pensamiento mundano y ver a la congregación como personas reunidas para adorar. Pero por primera vez se lo preguntó: algunos rostros estaban vacíos, otros atentos, algunos devotos. Y por primera vez sintió que la gente, en masa, podía ser cruel. ¿Cuántos repetirían ese día, en voz baja, el chisme que Clare había mencionado?

Cambió de posición y lanzó una mirada rápida por la iglesia. El banco de los Livingstone estaba lleno y, más adelante, Wallie Sayre la observaba fijamente. Ella apartó la vista enseguida.

Llegó el final del servicio. Bajó por el pasillo el chico Courtney, limpio y reluciente, portando en alto la gran cruz dorada. Llegó el coro, de dos en dos: primero las mujeres, luego los hombres, todos pulcros para la mañana de domingo. Llegó el rector, el señor Oglethorpe, un tanto melancólico por no alcanzar nunca la meta que se fijaba. Llegó la bendición, el levantarse lento de la congregación y el bullicio alegre de la dispersión.

El doctor Dick Livingstone ayudó al doctor David a ponerse su nuevo abrigo de primavera. Estaba satisfecho: era mayo, el sol brillaba, era domingo y tendría un par de horas libres. Además, había tomado una resolución sobre un asunto que llevaba tiempo en mente.

Miró alrededor de la iglesia con un aire casi posesivo. Aquellas personas eran sus amigos. Lo conocían y él los conocía. Habían puesto su nombre, contra su protesta, en la placa de bronce de la lista de honor. Pequeño como era, ese era su mundo.

Sonriendo a medias, echó un vistazo alrededor. No notó que tras los saludos había algo nuevo ese día, no desagradable, pero sí inquisitivo.

Afuera, en la calle, arropó a su tía, la señora Crosby, contra el viento primaveral, y esperó al volante del coche mientras David entraba con la parsimonia de quien estaba acostumbrado a su vieja calesa. Dick ya no lo llamaba “tío”; ahora le decía simplemente David.

—Vas a jugar un poco al golf esta tarde —dijo Dick con firmeza—. Mike revisó esta mañana los resortes de tu calesa.

David se rió. Seguía aferrado a su caballo y al vehículo que había sido su señal de socorro durante cuarenta años. —Puedo confiar en la vieja Nettie —decía—. No se le congela el radiador, no derrapa, y si me quedo dormido me lleva a casa y hasta el establo, cosa que ningún automóvil haría.

—Voy a dormir —dijo cómodamente—. Busca a Wallie Sayre o invita a una chica agradable. Invita a Elizabeth Wheeler. No creo que Lucy espere ser la única mujer en tu vida.

Dick miró fijo al parabrisas. —He estado pensando en eso, David —dijo—, en cuánto derecho exactamente…

—¡Tonterías! —resopló David—. No te llenes la cabeza de ideas absurdas.

Siguió un breve silencio. Dick conducía automáticamente, pensando. Finalmente respiró hondo. —Está bien —dijo—. ¿Qué hay de ese golf? Necesitas ejercicio. Estás ganando peso y lo sabes. Y fumas demasiado. O reduces el tabaco o caminas más.

David gruñó, pero se volvió hacia Lucy Crosby, en el asiento trasero: —Lucy, ¿sabes dónde están mis palos?

—Se los prestaste a Jim Wheeler el otoño pasado. Si recuperas tres, tienes suerte —respondió ella con tono ácido.

—Pasaré por casa de los Wheeler y los recogeré —dijo Dick con voz casual—. Veré también al bebé de los Carter, y eso despeja la tarde. ¿Algún recado?

Lucy lo miró, pero David ya se dirigía a la casa. —Dale un beso a Elizabeth de mi parte —gritó por encima del hombro, riendo mientras se alejaba por el sendero.

CAPITULO 2

La señora Crosby permaneció en la acera, siguiendo con la mirada el coche que se alejaba. No tenía la sencillez ni el optimismo de su hermano. Sus años de matrimonio la habían apartado del entorno que le permitió a él vivir ocupado y sin complicaciones; como único médico en una comunidad en crecimiento, había aprendido a tomar decisiones firmes y a sostenerlas.

Para David todo era blanco o negro, correcto o incorrecto, camino adecuado o inadecuado. Vivía en un mundo ético de dos dimensiones. Para Lucy, en cambio, entre el blanco y el negro había una tierra gris de dudas e indecisiones, un espacio para el compromiso. A veces David la asustaba: estaba tan seguro de todo.

Entró por la puerta abierta hacia la sala de espera, donde dos o tres figuras aguardaban en silencio, y se dirigió a la cocina. Minnie, la sirvienta anciana, estaba sentada leyendo, rodeada por el olor del pollo asándose; en el porche estaba la heladera con el helado para la cena. El aire tenía la paz ordenada de un domingo hogareño.

Minnie se levantó. —Le quitaré los alfileres del velo —dijo—. Tiene tiempo para recostarse unos diez minutos. La señora Morgan dijo que le tratarían los oídos.

—Espero que no hable durante una hora.

—Hablará, seguro —respondió Minnie, con la boca llena de alfileres—. Estaría hablando todavía si yo me hubiera quedado ahí. Además, esa mujer tiene agallas.

—No me gusta que hables así de los pacientes, Minnie.

—Bueno, tampoco me gusta que me hagan preguntas sobre la familia —replicó Minnie—. Quería saber quién era la madre del doctor Dick. Dijo que había tenido aquí a una mujer de Wyoming y que creía haber conocido a su gente.

Lucy Crosby se quedó inmóvil. —Creo que debería traer sus preguntas a la familia —dijo tras un silencio—. Gracias, Minnie.

Subió a su habitación. En los últimos años su vida se había vuelto más tranquila, menos acosada por dudas. Desde que Dick llegó a vivir con ellos diez años atrás, siendo un joven de veintidós, había encontrado en él una maternidad delegada y se enorgullecía de ello. Últimamente había sido muy feliz: la guerra había terminado, él estaba de vuelta sano y salvo, y ella podía coserle botones, zurcirle calcetines y prepararle la cama. Dick llenaba la casa de alegría y vitalidad, y a medida que David cedía trabajo, él lo asumía con eficiencia y energía, cada vez más popular.

Guardó su sombrero y, de pronto, sintió un resentimiento feroz contra David. Él había elegido un camino y se había mantenido en él, sin dudas ni vacilaciones. Eso era tarea de Dios, no del hombre.

Se sentó junto a la ventana y se meció lentamente para calmarse. Afuera pasaba la vida dominical del suburbio: Nina Wheeler, recién casada, en su cochecito elegante; Harrison Miller, el soltero cínico, rumbo a la estación por los diarios de Nueva York; parejas jóvenes paseando bebés; otras parejas, más jóvenes aún, mirándose con ilusión hacia el futuro.

Pensó con amargura: Dick estaba enamorado. Lo había observado demasiado tiempo para no estar segura. Había captado el tono en su voz cuando hablaba de los Wheeler, y lo había visto en la iglesia, mirando a Elizabeth.

La puerta del consultorio se cerró y la señora Morgan salió con una bufanda en los oídos. Poco después, David subía las escaleras para lavarse antes de la cena.

—¡David! —llamó Lucy bruscamente.

Él entró, corpulento, aún con olor a fármacos, alegre y sereno. —¿Me llamaste?

—Sí. Cierra la puerta. Quiero hablar contigo.

David se acercó a la chimenea, miró la fotografía de Dick en uniforme y luego se volvió hacia ella. —Muy bien, querida. Tú dirás.

—¿Tuvo algo que decir la señora Morgan?

—Suele tenerlo —respondió—. Pero nada en particular.

Lucy no quiso inquietarlo más. —Quiero hablarte de Dick.

—¿Sí?

—Creo que está enamorado, David.

David se enderezó, pero mantuvo el rostro sereno. —Teníamos que esperar eso, Lucy. ¿Es Elizabeth Wheeler?

—Sí.

El canario en su jaula saltaba de un lado a otro, curioso. —Es una buena chica, Lucy.

—Ese no es el punto.

—¿Crees que ella lo quiere?

—No lo sé. Se habla de Wallie Sayre. Pasa mucho tiempo allí.

—¡Wallie Sayre! —bufó David—. Nunca ha trabajado un día en su vida. No le llega a Dick ni a la suela de los zapatos. Por supuesto, si la chica es tonta…

David caminó por la habitación con las manos en los bolsillos. Lucy lo observaba. —Estás evadiendo el verdadero problema, ¿no?

—Tal vez —admitió—. Será mejor que hable con él. Creo que piensa que no debería casarse. Eso es una tontería.

—No me refiero a eso —insistió Lucy—. ¿No querrá aclarar muchas cosas antes de casarse? ¿No es probable que quiera volver a Norada?

El rostro de David perdió color. —Sabes que quiso ir hace tres años, pero llegó la guerra…

—Si él vuelve…

—Donaldson ha muerto —interrumpió David bruscamente.

—Maggie Donaldson sigue viva.

—¿Y qué si lo está? Es leal y responsable. Tan responsable como yo.

—¿Qué fue de la chica Carlysle?

—Dejó el escenario. Se pensaba que estaba implicada. A veces creo que lo estaba. Leí algo sobre su regreso hace unos meses, en *El Valle*. No mezcles eso con lo demás.

Lucy lo miró con duda. Afuera, un automóvil anunció el regreso de Dick. Minnie hizo sonar el gong de la cena. Lucy colocó una hoja de lechuga en la jaula del canario. —Hora de cenar, Caruso —dijo distraída.

—Debe de estar en sus treinta ahora —murmuró.

—Probablemente —respondió David, estallando en ira y ansiedad—. ¿Qué importa? Los de aquel tiempo se han ido. Él está aquí, sano y feliz. Es fuerte y bueno. Aquello quedó atrás.

En el vestíbulo, Dick se quitaba el sobretodo. —Huele a pollo, Minnie —dijo. —Pollo y panecillos, señor Dick. —¡Eh, ahí arriba! —llamó—. Vengan a alimentar a un hombre hambriento.

Sonreía, juvenil a pesar de sus treinta y dos años. Su rostro, fuerte más que apuesto, transmitía confianza tranquila y un toque de humor.

—En el idioma de nuestro gran aliado —dijo él—, *Madame et Monsieur, le dîner est servi*.

En sus ojos no solo había ternura, sino un afecto un tanto enfatizado, como si pretendiera demostrar, no solo a ellos sino a sí mismo, que aquello nuevo que le había sucedido no afectaba a su antigua relación. Porque aquello nuevo había llegado. Todavía estaba ligeramente aturdido por el conocimiento de ello, y considerablemente ansioso. Porque acababa de echarse un vistazo en el espejo del perchero de nogal, y no había visto allí nada que inspirara particularmente… bueno, que inspirara lo que él quería inspirar.

Al pie de las escaleras, pasó el brazo de Lucy por el suyo y le tomó la mano. Ella parecía muy pequeña y frágil a su lado.

—¡Algún día! —dijo él—, vendrá un viento fuerte y se llevará a la Sra. Lucy Crosby, ¡y los doctores Livingstone se verán obligados a alquilar aeroplanos a toda prisa y a buscarla a varias altitudes!

David se sentó y tomó el cuchillo de trinchar a la antigua.

—¿Trajiste los palos? —preguntó.

Dick pareció casi compungido.

—Se me olvidaron, David —dijo culpablemente—. Jim Wheeler salió a buscarlos y yo… yo volveré después de la cena.

Fue un poco más tarde, durante la comida, cuando Dick levantó la vista de su plato y dijo:

—Me gustaría cancelar las horas de consulta el miércoles por la noche, David. Le he pedido a Elizabeth Wheeler que me acompañe a la ciudad, al teatro.

—¿Qué hay del bebé en casa de los Homer?

—No se espera hasta el domingo. De todos modos, dejaré el número de mi asiento en la taquilla.

—¿Qué vais a ver, Dick? —preguntó la Sra. Crosby—. ¿Quieres algunos *dumplings*?

—Yo sí, pero David no debería. Demasiado almidón. Pues… es "El Valle", creo. Una actriz llamada Carlysle, Beverly Carlysle, es la protagonista.

Siguió comiendo, con la mente no en su comida, sino de vuelta en la casa blanca de Palmer Lane, y en una chica. Lucy Crosby, con el tenedor en el aire, se le quedó mirando, y luego lanzó una mirada a David.

Pero David no levantó la vista de su plato.

CAPITULO 3

La casa de los Wheeler era buena, moderna y común. Walter Wheeler y su esposa eran como la casa: junto a cierta mediocridad, tenían virtudes destacables. Les gustaba la música, creían en el hogar como la base de la nación, anteponían la felicidad a la ambición desmedida y habían dedicado sus vidas a sus hijos.

Durante muchos años, su vida giró en torno a ellos. Se reunían preocupados por la tos ferina, por pequeñas desobediencias, y más tarde por el tenis de los domingos. Se mantenían unidos para protegerlos de la enfermedad, los problemas y hasta de la eternidad.

Ahora que los hijos ya no eran niños, a veces se sentían solos y seguían aprensivos. Temían los accidentes de automóvil —Walter había resistido las peticiones de Jim durante años—, temían los trenes, los viajes, los matrimonios infelices. Sus oraciones nocturnas pedían que los mantuvieran “a salvo y felices”.

Pero la vida los alcanzaba y se los llevaba, uno por uno. Jim se quedaba fuera hasta tarde y se ofendía si lo interrogaban. Nina estaba casada y fuera del hogar, con la

maternidad y sus riesgos acechando. Solo quedaba Elizabeth, y en ella concentraban el cuidado que antes se dividía entre los tres. La veían más tierna, más dócil, casi frágil.

Nina era distinta. Siempre les preocupó un poco, aunque nunca lo admitieron. Gastaba más de lo asignado para ropa, acumulaba chucherías y recuerdos en su cuarto, y se había "presentado en sociedad" con gran gasto. Su madre envejeció un poco en ese proceso, y su sonrisa se volvió rígida.

Cuando Nina anunció su compromiso con Leslie Ward, lo hizo con naturalidad durante la cena. Hubo boda, ajuar y gastos que dejaron una arruga de preocupación en la frente de Walter. La pasión de Nina por las cosas persistió después del matrimonio: pedía dinero por adelantado para bailes y ropa, y su padre, resignado, le extendía cheques con advertencias que su madre siempre terminaba desobedeciendo con algún regalo adicional.

Walter sentía que no era justo para Jim ni para Elizabeth, especialmente para Elizabeth. A veces la miraba con una oración silenciosa, pidiendo que la vida fuera buena con ella, que conservara sus sueños y su integridad.

Una noche, Margaret comentó que la casa estaba más alegre cuando Nina vivía allí. Walter reaccionó: —Sí, y tú estabas harta de eso. Jóvenes ruidosos, el piano y el fonógrafo sonando a la vez, parejas riendo en la despensa, ceniza de puros y cigarrillos por todas partes.

Luego preguntó con desconfianza por el joven Sayre. Margaret dijo que estaba enamorado de Elizabeth. Walter bufó: —¿Amor? ¿De un Sayre? Jim Sayre bebió hasta morir y no fue fiel a su esposa. Este chico es igual.

Margaret lo defendió, pero Walter replicó: —Ahí está Dick Livingstone. Él sí es un hombre.

Margaret vaciló. —¿Nunca pensaste que era extraño que Dick viniera aquí? Nadie sabía que David y Lucy tuvieran un sobrino.

Walter se irritó. —Supón que Dick sea ilegítimo. ¿Y qué? Eso no es nada contra él. Este pueblo ya debería saber la calidad de Dick Livingstone.

Molesto, salió a dar un paseo, como siempre hacía cuando algo lo perturbaba.

Esa tarde, Elizabeth estaba sola en su cuarto. Sobre la cama descansaba su vestido azul oscuro, sencillo pero elegante. En su serenidad había una firmeza desconcertante. Nina solía decir que Elizabeth era del tipo que se estrellaría por un hombre sin darse cuenta de que naufragaba. Pero en ese momento no parecía un naufragio, sino un puerto seguro.

La vida en la casa Wheeler seguía con su rutina: velas y flores en la mesa, compras planeadas, costura delicada, libros y bombones, ensayos de coro y clases dominicales. Elizabeth era fiel, tranquila, llena de pequeños sueños y oraciones silenciosas, esperando sin saber que esperaba.

A veces se preocupaba por no "hacer algo". Había hablado con su padre a los dieciocho años: —No sé qué hacer. No tengo talento especial. No quiero vivir siempre en la ociosidad. —Tu familia es tu compensación —le respondió él—. Quédate aquí y hazme feliz, y estarás cumpliendo tu papel.

Eso la había consolado. Había decidido entonces no casarse nunca y quedarse allí.

Recogió el vestido azul y lo sostuvo frente al espejo. Pensaba en la salida al teatro con Dick Livingstone. Era importante, terriblemente importante. Por primera vez admitía que le tenía afecto desde hacía tiempo. Esperaba que él no la viera solo como una niña.

Oyó los tacones de Nina en la escalera. Colocó el vestido sobre la cama y miró por la ventana. Vio a su padre salir al sendero, rumbo a su paseo. Supo entonces que Nina había estado pidiendo algo.

Nina entró y cerró la puerta. Era más baja que Elizabeth y muy bonita. Sus cejas depiladas en una línea impecable, su cabello brillante y sus zapatos de gamuza marrón completaban una apariencia exquisita, fruto de horas de cuidado y esmero en su arreglo personal.

Se sentó en la cama de Elizabeth con un suspiro. —De verdad no sé qué hacer con papá —dijo—. Se altera por las cosas más pequeñas. Elizabeth, ¿puedes prestarme veinte dólares? Me darán mi asignación el martes.

—Puedo darte diez.

—Bueno, pídele el resto a mamá, ¿quieres? No digas que es para mí. Te lo devolveré el martes.

—No voy a pedírselo a mamá, Nina. Ha tenido muchos gastos este mes.

—Entonces se los pediré a Wallie Sayre —respondió Nina, aceptando la derrota con ligereza—. Si fuera una factura común podría esperar, pero lo perdí en el bridge anoche y debo pagarlo.

—No deberías jugar por dinero —dijo Elizabeth, algo remilgada—. Y si Leslie supiera que pides prestado a Wallace Sayre…

—¡Me olvidaba! Wallie está abajo, Elizabeth. Si no fuera tan divertido, sería trágico.

—¿Por qué trágico? Lo tiene todo.

—Si usas un poco de sentido común, tú también podrías tenerlo.

—No quiero cosas.

—¡Bah! Eso dices ahora. Wallie es agradable, muchas chicas están locas por él. Y tiene casi todo el dinero del mundo. —Al no obtener respuesta, continuó—: Tendrás que casarte algún día, y no es como si Wallie fuera un perdido. Supongo que sabe moverse, pero todos lo saben.

Se levantó. —Sé amable con él, de todos modos —dijo—. Está loco por ti, ¡y cuando pienso en ti en esa casa! Es maravillosa. Tienen una suite lista para amueblar cuando Wallie se case.

Elizabeth miró su pequeña habitación, con su tocador pintado, su cama blanca y el vestido azul sobre ella. —Estoy muy satisfecha como estoy —dijo.

Mientras se peinaba ante el espejo, Nina miró el vestido. —¿Todavía usas esa cosa vieja y gastada? —exclamó—. Deberías conseguir ropa adecuada. ¿Vas a salir?

—Voy al teatro el miércoles por la noche.

—¿Con quién? —preguntó Nina, muy coloquial.

—Con el doctor Livingstone.

—¿Estás bromeando?

—Por supuesto que no.

Nina se sentó de nuevo, curiosa y algo aprensiva. —Es la primera vez que pasa algo así. Sé que él me ha evitado. Pensaba que odiaba a las mujeres. Sabes que Clare Rossiter está…

Elizabeth se volvió bruscamente. —Clare es ridícula —dijo—. No tiene reserva ni dignidad. Y no veo qué tiene que ver que yo vaya al teatro con Dick Livingstone con ella.

Nina arqueó sus cejas. —¡De verdad! No hace falta que me saltes al cuello. —La miró con seriedad—. No te desperdicies con Dick Livingstone. Eres demasiado guapa y él no tiene dinero. Una práctica suburbana, noches de guardia, esa vieja casa y dos ancianos a cuestas porque el doctor David ya no puede con todo. No funcionará. Además, corre una historia sobre él…

—No quiero oírla.

Elizabeth abrió la puerta. —Apenas he hablado con él. Pero recuerda: cuando encuentre al hombre con quien quiera casarme, decidiré yo. Como hiciste tú.

Se arrepintió un poco al bajar las escaleras. Sospechaba lo que la familia nunca había admitido: que Nina no era muy feliz. Veía en su pasión por la ropa y las fiestas un intento de sustituir lo real. Incluso sospechaba que a veces Nina estaba sola.

En la sala, Wallie Sayre se levantó de un sillón. —Hola —dijo—. Estaba a punto de pedir tu número para llamarte arriba.

—Nina y yo estábamos hablando. Lo siento.

Wallie, pese a la opinión de Walter Wheeler, era simpático, sonriente y obstinado. Lo que quería, lo perseguía y casi siempre lo conseguía. Elizabeth empezó a sentir cierta ansiedad: lo que él quería ahora parecía ser ella.

—¿Baja Nina? —preguntó. —Supongo que sí. ¿Por qué? —¿No podrías decir que estás ocupada media hora? —Podría, pero no lo haré.

—Eres tan difícil de aislar como un germen —se quejó—. Dejé una partida de golf para verte. Pensé que podría estar contigo a solas.

—Ya lo estás.

De repente tomó su mano y la besó. —Eres tan fresca y dulce. Desearía que me quisieras un poco. Nunca conocí a nadie como tú.

Ella retiró la mano, incómoda. Algo que Nina había dicho sobre "saber moverse" le vino a la mente y la repelió. —Hay muchas como yo. No seas tonto, Wallie. Odio que me besen la mano.

—Me pregunto si es cierto, o si solo odias que sea yo.

Cuando entró Nina, él estaba dibujando un boceto de su nueva lancha motora. Poco después, Annie apareció con una bandeja de té.

—Dí una palabra por mí, Nina —suplicó Wallie—. Quiero invitar a Elizabeth al teatro y creo que me rechazará.

—¿Cuál es la obra? —preguntó Nina. —*El Valle*. No importa la obra, es Beverly Carlysle. —Pensaba que estaba muerta. —Se retiró hace años. Era una belleza. Hubo alguna historia rara. La olvidé. ¿Qué dices, Elizabeth? —Lo siento. Voy el miércoles.

Wallie se desanimó. Nina comentó: —Va con Dick Livingstone. ¿Te lo imaginas?

Wallie sí podía. Y se sintió desolado. Livingstone era serio, responsable y mayor, lo que atraía a las chicas.

—No es atractivo —dijo Nina—. Tranquilo, sin estilo. —No lo sé —replicó Wallie—. Es un buen tipo y todo un hombre.

Elizabeth le dirigió una mirada agradecida.

Wallie se marchó poco después, aparentando alegría. —Dicen que es una maravilla —dijo desde la puerta—. Lleva dos pañuelos, porque tiene más lágrimas que *East Lynne* y *The Old Homestead* juntas.

Se fue erguido y animado, pero al llegar a la esquina se desplomó. Un rato después, en el puente desierto, miraba el agua con ojos melancólicos.

En la penumbra, Nina comentó: —Lo tratas como a un perro. Si un hombre me mirara así… aunque quizá sea por eso que insiste tanto. La mayoría de las chicas se rinden ante él.

Pero Elizabeth no la escuchaba. Sus ojos estaban fijos en la calle. Afuera pasaba el coche de los Livingstone, con un considerable traqueteo y neumáticos gastados.

CAPITULO 4

David no durmió bien esa noche. No había podido jugar al golf porque el bebé de los Homer decidió llegar temprano, justo cuando Minnie estaba dando cuerda a su reloj y preparándose para acostarse, y el mayordomo de los Sayre anunciaba la cena. Dick regresó a las diez, cansado pero triunfante, para anunciar que Richard Livingstone Homer, varón, blanco, de nueve libras, había llegado sano y salvo a este mundo.

David yacía en la gran cama de nogal que había sido de su madre, leyendo su libro de oraciones a la luz de la lámpara de noche. Repasó la Oración Vespertina, la Letanía y finalmente los Treinta y Nueve Artículos, que solían tener un efecto soporífero en él. Pero esa vez no funcionó.

Se levantó y comenzó a caminar por su habitación, corpulento y anciano, en pijama de rayas y las zapatillas de punto que cada Navidad le regalaba la señora Morgan. Finalmente tomó las llaves de su pantalón y bajó en silencio al consultorio. Bajó la persiana y encendió las luces. A su alrededor estaban los instrumentos acumulados durante años: el sillón quirúrgico antiguo, el armario de esquina que alguna vez fue para vajilla y ahora guardaba sus herramientas, la estantería de libros, los diplomas descoloridos en la pared y su escritorio, del cual Dick había retirado el viejo libro de cuentas.

A través de una puerta abierta se veía el consultorio de Dick: pulcro, moderno, con linóleo brillante y soportes de vidrio. Más allá, su laboratorio, antes despensa de conservas, donde se entretenía con portaobjetos, tubos y un microscopio. A veces llamaba a David para hablarle con entusiasmo de bacterias y cultivos. El hombre mayor escuchaba, pero sus ojos se fijaban más en Dick que en el microscopio.

David tomó un libro grande y gastado de la estantería y lo llevó a su escritorio…

Una hora después escuchó pasos en el pasillo y cerró el libro apresuradamente. Era Lucy, con bata acolchada y un vaso de leche caliente. —Bebe esto y ven a la cama, David —dijo con firmeza—. He estado esperándote y necesito dormir.

Él intentó disculparse: —Me puse a pensar en las cosas, Lucy. No sirve fingir que no estoy preocupado. Lo estoy.

—Está en manos de Dios —respondió ella con sencillez—. Tómalo despacio.

Lo acompañó mientras guardaba el libro y apagaba las luces. Luego subieron juntos. David bebió la leche a sorbos y, como ella había dicho, se sintió aliviado. Se metió en la cama y se durmió casi de inmediato.

Pasada la medianoche, David dormía y Lucy estaba de rodillas. Elizabeth descansaba en su cama blanca, y Dick Livingstone dormía vestido en una silla junto a la ventana, con el rostro marcado por la fatiga y el estrés nervioso.

Pero la medianoche encontró a otros despiertos. Nina, por ejemplo, en su cama francesa, mirando su reloj enjoyado y esperando molesta el regreso de Leslie del club. Y también el editor nocturno de un diario, tomando café y revisando borradores. Entre ellos, una fotografía.

—Beverly Carlysle —comentó el editor—. ¡Regresa con todos los honores! No parece mucho mayor, ¿verdad? Es un mundo extraño.

Louis Bassett, reportero estrella, sonrió recordando. —Era una maravilla. La entrevisté una vez y me volví loco por ella. Los periódicos estaban llenos del incidente de Jud Clark, y ella me recibió como una mujer hogareña, tejiendo o cosiendo.

—¿Caíste por ella?

—Sí. Eso fue hace diez años y no estoy seguro de haberlo superado.

—Entonces ve a verla y supéralo —dijo el editor—. Consigue sus opiniones sobre las flappers y el cabello corto. Y pregúntale qué cree que fue de Judson Clark.

Bassett lo miró fijamente. —¿Hablas en serio?

—№ Pero sería una historia endiabladamente buena.

CAPITULO 5

Al terminar la facultad de medicina, Dick Livingstone descubrió, como otros hombres, que los caminos de la ambición y el deber eran paralelos y no se cruzaban. En uno estaba su deseo de dedicar toda su energía al laboratorio, seguir la enfermedad en sus procesos invisibles y librar batallas silenciosas. Sentía que allí podría ganar.

En el otro camino estaba David.

No fue hasta que regresó a casa que comprendió que David estaba envejeciendo. Incluso entonces pensó que, para cuando David tuviera que dejar la práctica, él ya estaría consolidado en su especialidad. Pero apareció un nuevo obstáculo: David era ferozmente celoso de su práctica. La idea de que pasara a manos ajenas le resultaba amarga. Transmitirla a su hijo adoptivo era aceptable; entregarla a "algún joven petimetre" era distinto.

No era egoísmo. Sus pacientes eran sus amigos y sentía una gran responsabilidad hacia ellos. Tenía poca fe en los métodos modernos y veía con alarma la pérdida de confianza en los fármacos. Cuando Dick usó guantes de goma en su primer caso obstétrico juntos, David bufó: —He traído al mundo a la mitad de este pueblo con mis manos desnudas. Y aquí sigo, y ellos también.

Dick tomó entonces su decisión: no podía abandonar a David. Aceptó la rutina de la práctica general en un suburbio, las largas horas y la sensación de hacer muchas cosas aceptablemente pero ninguna a la perfección. Como compensación tenía la gratitud de Lucy Crosby y la satisfacción de ver a David descansar más.

A veces se irritaba al leer artículos de colegas que avanzaban en sus especialidades, o al recordar en Francia a hombres más jóvenes obteniendo experiencias que abrirían grandes campos en casa. Pero en general estaba resignado. Consolidaba la práctica de los Livingstone y su única ansiedad era que los pacientes empezaran a pedir más por el doctor Dick que por el doctor David. No quería herirlo.

Con el tiempo, la extrañeza de su situación dejó de serlo. Siempre pensó en volver a Norada para aclarar ciertas cosas, pero era un viaje largo y el pasado parecía menos importante frente al presente. Pensaba poco en el futuro.

Hasta que, de repente, toda su atención se centró en él.

No supo cuándo se enamoró de Elizabeth Wheeler. Se había ido a la guerra dejándola como una niña y volvió encontrándola mujer. Al principio no lo reconoció. Fue cuando empezó a conducir frente a la casa de los Wheeler sin motivo que comprendió su inquietud.

El futuro se volvió vital. ¿Tenía derecho a casarse, si lograba que ella lo quisiera? El matrimonio significaba amor y compañía, pero también hijos. ¿Podía arriesgarse a que algún hecho olvidado del pasado arruinara su vida… la de ella?

La noche después del nacimiento del bebé de los Homer, se sentó en su silla junto a la ventana y enfrentó su situación. El lunes, tras invitar a Elizabeth al teatro, entró al consultorio de David. Lucy, atenta, lo escuchó desde arriba, ansiosa. Creía saber lo que Dick preguntaría y lo que David respondería. Dick tenía derecho al amor y a

un hogar propio. Pero ¿y si insistía en aclararlo todo antes de casarse? ¿Y si volvía a Norada?

Más tarde, Lucy oyó el portazo característico de Dick. Subió las escaleras de dos en dos y entró alegre: —Ponte tus cosas y demos un paseo por las colinas. He organizado que haya luna.

Ella lo miró con ternura. —Pareces feliz, Dick. —Soy feliz, tía Lucy —respondió él, besándola.

El miércoles estaba entre entusiasmo y silencios. Minnie lo notó: —El señor Dick está tan raro que no sé cómo tomarlo. Pidió sopa de fideos, se puso todos los herrajes de la cocina encima y dijo que era un caballero con armadura. Y luego no se la comió.

Cuando estuvo listo para salir, Lucy lo examinó como siempre: la corbata, la camisa, la chaqueta. —¿Y bien? —dijo él—. El arte no puede hacer más, señora Crosby. —Te cepillaré la espalda —respondió ella, cumpliendo su ritual.

De pronto él preguntó: —¿Cómo crees que está el tío David? —Mejor que en años. ¿Por qué? —Porque estoy pensando en un viaje. Solo diez días. Podrías limpiar mi oficina mientras no estoy.

Ella se sobresaltó. —¿A dónde? —A Dry River, pasando por Norada.

Lucy contuvo la respiración. —¿Por qué volver allí? ¿Por qué no al Este, al Johns Hopkins? —¿Por qué no debería volver a Norada y aclarar las cosas? Quiero ver a Maggie Donaldson.

Cuando él se fue, Lucy se echó en la cama con el corazón golpeando violentamente.

Elizabeth lo esperaba en la sala, joven y bonita. Él se sintió viejo para ella y temió que lo admirara más que lo quisiera. Nervioso, intentó ponerse el abrigo del señor Wheeler en lugar del suyo y tropezó con Micky, el perro, antes de salir con ella entre ladridos.

En el coche, acomodó a Elizabeth con cuidado, sintiendo que se le confiaba algo infinitamente precioso, algo que nunca debía sufrir daño.

CAPITULO 6

El miércoles por la mañana, David estaba en una oficina de la ciudad. Se inclinaba hacia adelante en el borde de su silla y, de vez en cuando, sacaba su pañuelo para secarse la cara o limpiar sus lentes, sin darse cuenta de lo que hacía. Vestía su mejor traje y la corbata que Lucy le había regalado en Navidad.

Frente a él, atrincherado tras un gran escritorio de caoba, estaba un hombre pequeño, de ojos agudos y barba castaña bien recortada. Sobre el escritorio había un secante impecable, un tintero de plata y una pluma. Nada más. El orden absoluto del lugar había impresionado a David desde el principio.

El hombre respondía a una pregunta. —Más bien lo contrario, diría yo. Mientras más fuerte es el carácter, mayor es la ruptura.

David reflexionó. —He leído todo lo que ha escrito sobre el tema —dijo finalmente —. Especialmente desde la guerra.

El psicoanalista juntó las yemas de los dedos, con aire judicial. —Sí. La guerra confirmó mis teorías —observó con cierta complacencia—. También añadió mucho a nuestra literatura, aunque algunas posiciones no están bien planteadas. Van Alston, por ejemplo…

—Usted ha dicho, creo, que todo hombre tiene un punto de quiebre.

—Absolutamente. Todos. Podemos llegar hasta cierto límite. Donde la mente es fuerte y sana, podemos avanzar más que cuando no lo es. Algunos hombres llevan vidas que nos quebrarían a usted o a mí. ¿Hubo… hubo una historia así en este caso?

—Sí —respondió David con voz reticente.

—La mente es extraña —continuó el hombre, pensativo—. Tiene censores que se retiran durante el sueño. Nuestras represiones más severas emergen entonces en forma de sueños. Pero usted sabe todo eso: el simbolismo de los sueños. ¿La persona en este caso sueña? Podría ser importante.

—No lo sé —dijo David, incómodo.

—¿El bloqueo, dice usted, siguió a un shock?

—Un shock y una enfermedad grave.

—¿Hubo miedo con el shock?

David dudó. —Sí —dijo finalmente—. Mucho miedo, creo.

El doctor Lauler lo miró rápidamente y luego apartó la vista. —Ya veo. El bloqueo de una parte del pasado… ¿dijo una parte?

—Prácticamente todo. Se lo contaré después. ¿Qué hay sobre ese bloqueo?

—Generalmente es resultado de lo que llamamos el mecanismo protector del miedo. Detrás de la mayoría de estos casos está el miedo. No cobardía, sino el límite de la resistencia. El miedo es complejo. Incluso la antipatía leve puede

producir reacciones similares: solemos olvidar los nombres de personas que nos desagradan. Pero si ha estado leyendo sobre el tema…

—Lo he estudiado durante diez años.

—¿Diez años? ¿Quiere decir que esta condición ha persistido diez años?

David humedeció sus labios secos. —Sí. Podría no haber durado tanto, pero la persona que hizo este experimento usó sugestión. El paciente estaba muy enfermo y débil. Era deseable que no se identificara con su pasado. La pérdida de memoria del periodo inmediato fue completa, pero poco a poco la nube empezó a levantarse sobre los periodos anteriores. Allí se usó la sugestión, de modo que los recuerdos que regresaban se adaptaban a lo que se le decía.

El doctor Lauler volvió a mirarlo con rapidez. —Un experimento interesante. Debió requerir valor.

—Un experimento justificado —afirmó David con firmeza—. Y sí, requirió valor.

David se levantó y tomó su sombrero. Se preparó para el verdadero propósito de su visita. —Lo que me pregunto es esto: este mecanismo del miedo, este muro… ¿qué tan fuerte es?

—¿Fuerte?

—Es como una represa, supongo. Contiene ciertos recuerdos, como una compuerta. ¿Hay algo que pueda derrumbarla?

—Quizá algo íntimamente ligado al periodo olvidado. No lo sé, Livingstone. Apenas hemos empezado a explorar la mente. Tenemos muchas teorías y pocos hechos establecidos. Por ejemplo, los instintos primarios…

El hombre siguió hablando, y David asentía de vez en cuando, pero con la mente lejos. Conocía las teorías; muchas le parecían tonterías. Los sueños podían venir del subconsciente, pero también del estómago. Podían ser válvulas de escape, pero también simples indigestiones. No quería teorías: quería hechos. Hechos y esperanza.

La asistente entró, tan ordenada como el escritorio. Colocó un bloc frente al hombre y salió. Él se levantó. —Avíseme si puedo ayudarle más, doctor. Y estaré encantado de ver a su paciente en cualquier momento. Me gustaría tener el registro para mis archivos.

—Gracias —dijo David, jugueteando con su sombrero. —Supongo que no hay nada que hacer. La represa se romperá… o no.

—Exacto. Como las condiciones que levantaron la defensa fueron infelices, diría que la felicidad jugará un papel importante. La felicidad y una ocupación normal

ayudarán a mantener el estado. Aconsejaría no volver al ambiente infeliz y evitar shocks. Nada que derribe el muro.

En el pasillo, David se puso el sombrero. Felicidad y ocupación normal, sí. Pero ningún shock.

Aun así, se sintió vagamente aliviado. Había cargado solo con ese peso durante diez años, con la única compañía de las aprensiones de Lucy. Vagó por las calles de la ciudad y, sin saber cómo, llegó a la estación de tren.

Frente a la estación había un gran cartel con el nombre de Beverly Carlysle y su obra *El Valle*. Se quedó un rato mirándolo antes de entrar a comprar su boleto. No se dio cuenta de que había olvidado almorzar hasta que estuvo en el tren.

Esa noche atendió su trabajo como siempre, pero estaba muy cansado. Lucy lo encontró a las nueve dormitando en su silla, con el cuello de la camisa apretándolo y el rostro congestionado. Lo despertó y se sentó frente a él, uniéndose a la vigilia hasta que escucharon el coche afuera.

Ella había traído su costura, y David fingía leer. De vez en cuando miraba su reloj.

A medianoche escucharon el coche entrar, el portazo del establo y los pasos de Dick en el camino. Lucy estaba muy pálida, con las manos temblando sobre su costura. De pronto se levantó y puso una mano en el hombro de David.

Dick silbaba en el porche de la cocina.

CAPITULO 7

Louis Bassett estaba de pie al fondo del teatro, conversando con Fred Gregory, el encargado de publicidad de la compañía de *El Valle*. Bassett se mostraba tranquilo y apenas interesado. Al final del primer acto ya había comprendido que la estrella estaba dando una gran actuación, que incluso había crecido en fuerza, y que su recuerdo sentimental de ella era mucho más valioso que la realidad.

—Va de maravilla —dijo, cuando cayó el telón.

Al lado de su robusta figura, Gregory parecía insignificante. Ni sus polainas claras, en las que Bassett había lanzado una mirada de desprecio, ni su costoso traje lograban darle más presencia: era un hombre pequeño, pulcro, de mirada fría y sonrisa demasiado frecuente. —Es la mejor que hay —comentó. Dudó un momento y añadió—: Es mi hermana, ¿sabe? Naturalmente, por razones de negocio no publico esa relación.

Bassett lo miró sorprendido. —¿Ah, sí? Bueno, me alegra que haya decidido volver. Es demasiado buena para enterrarse.

Pero Gregory no siguió la conversación. Sus ojos, vacíos y sin expresión, vagaban por la sala mientras se encendían las luces. —Toda esta gira ha sido un triunfo. Ella es la mejor, y la gente lo sabe —repitió.

—¿Ella lo sabe? —preguntó Bassett.

—No hace escenas, si es lo que quiere decir. Ella…

De pronto se interrumpió, se aferró a la baranda y se inclinó hacia adelante, mirando fijamente al público. Bassett lo observó sorprendido: hacía falta mucho para sobresaltar a un publicista teatral, y aquel parecía haber visto un fantasma.

Tras un momento, Gregory se enderezó y humedeció sus labios secos. —Hay un hombre sentado allá… mire, sexta fila, junto al pasillo; hay una chica con vestido azul a su lado. ¿Lo ve? ¿Sabe quién es?

—Nunca lo había visto.

Gregory siguió mirando durante varios minutos, luego se movió hacia la pared lateral y continuó su inspección ansiosa. Después se retiró y, pasando detrás de los palcos, entró a las bambalinas. Bassett, curioso, lo vio regresar poco después acompañado de un hombre pequeño, mal vestido, que supuso sería el director de escena.

El hombre miró, asintió, observó un rato y desapareció. Gregory retomó su posición contra la pared. Durante todo el último acto no miró el escenario ni una sola vez: mantuvo su atención fija en el hombre de la sexta fila. Bassett, a su vez, lo observaba a él.

Su experiencia le hacía rápido para olfatear una historia. No estaba seguro, pero la situación le parecía sugerente. Al terminar la obra salió con la multitud, acercándose al hombre y la joven que habían captado la atención de Gregory, y los siguió hasta la calle. Vio solo a un hombre alto, de porte distinguido, y a una joven bonita, aún emocionada, que subió con él a un coche pequeño y gastado. Bassett anotó cuidadosamente la matrícula.

Intrigado, se dirigió a la entrada de artistas, saludó al portero y entró.

El director de escena estaba allí. —Estoy esperando a Gregory —dijo Bassett—. ¿No se habrá desmayado?

—¿Qué quiere decir con desmayado? —preguntó el hombre, hostil.

—Estaba con él cuando creyó reconocer a alguien. Usted sabe quién. Puede decirle que ya tengo el número de su coche.

La hostilidad del hombre se desvaneció y cayó en la trampa. —Entonces lo sabe.

—Estaba con él cuando lo vio. No pude ayudarlo.

—Podría ser solo un parecido casual. ¡Pero mire los hechos! Se supone que está muerto. Diez años muerto. Su dinero se repartió mil veces. Y aun así… yo lo conocí. No sé si tendría el valor de venir aquí y sentarse a ver una función. Aunque, pensándolo bien, Jud Clark tenía valor para todo.

Bassett le dio un cigarro y salió al callejón. Se detuvo, silbando suavemente. ¡Jud Clark! Si era Judson Clark, tenía la historia de su vida.

Caminó por las calles desiertas, pensando en la posibilidad de que Gregory tuviera razón. Pasada la medianoche volvió a la oficina y revisó archivos antiguos del periódico durante dos horas, tomando notas.

Allí estaba todo: la enorme fortuna heredada por un joven obsesionado con Beverly Carlysle; su matrimonio con el actor Howard Lucas; el asesinato de Lucas por Clark en su rancho de Wyoming y la fuga de Clark a las montañas. Los detalles sensacionales de su pasión, el crimen y la huida, y la posterior certeza de su muerte en una tormenta llenaron los periódicos durante semanas. Judson Clark había sido famoso, infame y muerto en menos de dos años. Una historia vergonzosa y, de algún modo, triste.

Pero aunque Clark hubiera muerto, la historia seguía viva. Cada tanto surgían rumores: que vivía en India, que tenía un rancho en Venezuela, que lo habían visto en Nueva Orleans.

Bassett reflexionó: si Clark seguía vivo y había estado en el teatro esa noche, entonces había que aceptar otras cosas. Que podía sentarse junto a una joven a ver actuar a la mujer por la que había arruinado su vida. Que podía reír y aplaudir, y luego marcharse tranquilo. Que había sobrevivido milagrosamente, encontrado una nueva identidad y quizá nuevos lazos.

A las dos y media cerró su cuaderno y se fue a casa. Al pasar frente al hotel Ardmore pensó que Gregory probablemente ya se lo habría contado a ella. Quizá temieran más la reaparición de la vieja historia que al propio Clark. Beverly Carlysle era ambiciosa, y en un país que ahora exigía una moral rígida, lo que antes podía ser un activo se había convertido en una carga.

Era una historia extraña. Gregory se había asustado de verdad. Motivo, pensó Bassett. Todo acto tiene un motivo.

Se preguntó qué habría hecho ella cuando Gregory le contó…

En realidad, Beverly Carlysle había mostrado menos ansiedad que su hermano. Aún pálido y conmocionado, él fue directo a su camerino. Ella estaba sentada,

cansada, con un cigarrillo en la mano. El tocador estaba lleno de polvos y lápices, un ramo de rosas en el lavabo, un baúl de vestuario y la doncella guardando los trajes.

—Creo que salió bien, Fred.

—Sí —respondió distraído—. Alice, sal un momento.

Cuando quedaron solos, ella preguntó: —¿Qué pasa? Si es otra pelea en la compañía, no quiero saberlo. Estoy cansada. —Lo miró y se incorporó—. ¡Fred! ¿Qué ocurre?

Él le dijo la verdad, brutalmente. —Creo que Judson Clark estuvo en la sala esta noche.

—No lo creo.

—Yo tampoco lo creería si me lo contaran. Pero lo vi. ¿No cree que lo conozco? Y si no me cree, pregúntele a Saunders. Lo saqué al frente. Él sabe.

—¿Llamaste a Saunders?

—Claro. Estaba casi loco.

—¿Qué dijo?

—Si no supiera que Clark está muerto, diría que era él.

Ella se preocupó, pero estaba más serena que su hermano. —Está bien —dijo—. Supongamos que lo fue. ¿Y qué? Ha estado escondido diez años. ¿Por qué no seguiría escondido? ¿Qué lo traería ahora? ¿Necesitaba dinero? ¿Se veía pobre?

—№ Estaba con una chica. Vestía bien.

—¿No dijiste nada más que a Saunders?

—No estoy loco.

—Será mejor que vea a Joe —reflexionó ella—. Ve a buscarlo, Fred.

Ella se levantó y empezó a ordenar cosas, aún hermosa pero marcada por el sufrimiento. Estaba inquieta y resentida, sorprendida pero no alarmada. Su razón le decía que, incluso si Judson Clark vivía y había estado allí, no quería revivir el pasado. Sin embargo, se dio cuenta de que estaba temblando.

Fred regresó, pálido, con los ojos desorbitados. —¡Saunders! Ese tonto lo contó.

Se dejó caer en una silla. —Se lo dijo a Bassett, del *Times-Republican*. ¿Sabes lo que significa? Bassett tiene el número del coche de Clark. Lo dijo.

La miró con el rostro crispado. —Son sabuesos tras un rastro, Bev. Van a sacar la historia y hacerla explotar.

Ella lo miró con calma. —Sabes que estoy preparada para eso. Lo he estado durante diez años.

—Lo sé. —De pronto se mostró emocionado. Le tomó la mano—. ¡Pobre Bev! Después de la forma en que has regresado… Es una verdadera desgracia.

Ella estaba más serena que él, menos convencida y siempre mejor equilibrada. Lo dejó acariciar su mano, de pie junto a él, con la mirada ausente y un poco dura.

—Será mejor que primero me asegure de que era Jud —dijo él al cabo de un rato—, y luego advertirle.

—¿Por qué?

—Bassett irá tras él.

—¡No! —ordenó ella con firmeza—. No, Fred. Deja eso en paz. Has construido una situación imaginaria y no estás pensando con claridad. Pueden pasar muchas cosas. Lo más probable es que ese Bassett esté en su casa, dormido.

Poco después lo envió a buscar un taxi y regresaron al hotel. Pero más tarde, sola en su suite del Ardmore, no se acostó de inmediato. Se puso una bata y permaneció largo rato junto a la ventana, mirando hacia afuera. En lugar de las luces de la ciudad, veía una cadena de montañas nevadas y, al pie de ellas, la casa del rancho Clark, construida por el viejo millonario como refugio ocasional de las presiones de su vida. Allí había criado sus caballos de carrera y entrenado para las pistas. Allí, cuando se casó ya mayor, llevó a su esposa en su luna de miel y, dos años después, para el nacimiento de su hijo. Y allí, cuando ella murió, regresó con el niño, él mismo quebrado y envejecido antes de tiempo, hasta morir a manos de uno de sus propios sementales cuando el muchacho tenía quince años.

Seis años dueño de sí mismo, Judson tenía veintiún años frente a sus veinte cuando ella lo conoció. Vivía rápido, derrochando dinero. La había financiado como estrella, saqueando Europa para conseguirle escenografía, y luego se enamoró de ella. Ella se estremeció al recordarlo. Había sido desesperado y terrible, porque ella quería a otro.

De pie junto a la ventana, se preguntó, como lo había hecho una y otra vez durante diez años, qué habría pasado si, en lugar de casarse con Howard, se hubiera casado con Judson Clark. ¿Se habría asentado? A veces sentía que, en sus momentos más salvajes, él solo jugaba un juego que lo divertía; que la parte dura y calculadora heredada de su padre observaba con desapego interesado las locuras del otro. Que jugaba su juego con la lengua en la mejilla.

Se apartó de la ventana, apagó las luces y se metió en la cama. Estaba deprimida y sola, y lloró un poco. Al cabo de un rato recordó que no se había puesto crema en la cara. Se levantó de nuevo y, en la oscuridad, repitió mecánicamente sus rutinas habituales.

CAPITULO 8

Dick se levantó la mañana siguiente con una sensación de ligereza y satisfacción que lo hizo cantar bajo la ducha. En el viejo establo, donde ahora estaban tanto Nettie como el pequeño coche, Mike los lavaba a ambos con descuidadas salpicaduras de la manguera, su vieja pipa apretada entre los dientes. Desde abajo subían los aromas de salchichas friéndose y café fuerte recién hecho.

El mundo era un buen lugar. Un gran lugar. Tenía trabajo, diversión y amor. Tenía horas de oficina, visitas, campos de golf, y también ojos femeninos suaves y figuras delicadas que siempre había que cuidar y proteger.

Ella lo quería. No pensaba que fuera viejo. Creía que su profesión era la mejor del mundo. Se había preguntado si él tendría tiempo de ir a verla algún día. Tiempo… Mientras se afeitaba frente al espejo ligeramente deformado del baño, Dick pensaba seriamente si sería demasiado pronto para pasar esa tarde, solo para ver si estaba cansada, o si había resfriado. Quizá mañana sería mejor. No, al diablo: hoy era hoy.

Al salir del baño hacia su habitación, se inclinó sobre la baranda de la escalera. —¡Tía Lucy! —llamó. —¿Sí, Dick? —Buenos días. ¿Crees que Minnie tendrá tiempo de planchar mis pantalones azules esta mañana?

Se oyó el ruido de una silla en el comedor, un intercambio en la cocina, y Minnie apareció abajo. —Échelos, doctor Dick —dijo—. Tengo la plancha caliente ahora. —Algún día, Minnie —anunció él—, llevarás un halo y cantarás con los ángeles.

Ese ánimo de felicidad irracional lo acompañó toda la mañana. Fue de casa en casa, serio y responsable, pero con una pequeña canción en el corazón. A eso de las once se detuvo en la tienda del pueblo y eligió una corbata nueva, que guardó en su bolsillo. Más tarde, al verla a plena luz en el camino rural, sintió dudas sobre lo brillante que era.

En el almuerzo estaba casi eufórico, y David lo acompañó, aunque con cierta pesadez. Lucy, en cambio, estaba pensativa y callada. Sentía que algo los alcanzaba desde el pasado, que manos invisibles se extendían para atraparlos: la señora Morgan, Beverly Carlysle, Dick enamorado y quizá volviendo a Norada. A diferencia de David, que se conformaba con que una emergencia hubiera pasado,

ella veía su vida común como una serie de riesgos, con sus ansiedades y peligros. No pudo comer.

Sin embargo, cuando esa tarde admitió a un nuevo paciente para Dick, no tuvo presentimiento alguno. Lo envió a la sala de espera: un hombre alto, robusto, de unos treinta y tantos años. Luego se retiró tranquilamente a su sala de estar y a su costura semanal.

Por otro lado, Louis Bassett se sentía incómodo. Había un aire de paz y respetabilidad en la vieja casa, un olor doméstico a pastel horneándose, una quietud que hacía que su misión pareciera absurda. Relacionarla con Judson Clark y su tumultuoso pasado parecía ridículo.

Su excusa, en apariencia, era una jaqueca.

Con el sombrero en la mano, entró al consultorio de Dick decidido a pagar el precio de su imaginación con una receta y olvidarse del asunto. Pero al observar al hombre frente a él, recostado en su silla giratoria, no estuvo tan seguro. Era la misma figura alta, el cabello castaño, los rasgos y la sonrisa juvenil de la fotografía que había visto la noche anterior. Así se vería Judson Clark a los treinta y dos.

Explicó fácilmente: estaba en el pueblo por el día, sufría de dolores de cabeza, peor sobre el ojo derecho. No usaba lentes, quizá debería.

No era Clark. No podía serlo. ¿Jud Clark sentado allí, preguntando sobre un dolor ficticio? Imposible. Sin embargo, Bassett quería despejar dudas. Tras recibir su receta y pagar, inició una interrogación casual. —Veo dos nombres en su letrero. Padre e hijo, supongo. —El doctor David Livingstone es mi tío. —Pensaría que estaría en la ciudad. ¿No hay limitaciones aquí? —Me gusta —dijo Dick, mirando el reloj de la oficina. —Los pacientes son sus amigos, claro. ¿Nació y creció aquí? —No exactamente. Me crié en un rancho en Wyoming. Mi padre tenía un rancho allá.

Bassett lo miró rápido, pero Dick estaba tranquilo y sonreía levemente. —¡Wyoming! —comentó el reportero—. Eso está lejos. ¿Cerca de los nuevos campos petroleros? —No muy lejos de Norada. Es el centro petrolero —respondió Dick, amable. Se levantó y volvió a mirar el reloj—. Si esos dolores continúan, debería hacerse revisar los ojos.

Bassett estaba desconcertado. Le pareció que había una leve evasión en su manera, menos franqueza en sus ojos. Pero no mostró alarma. Y la declaración espontánea sobre Norada lo confundió. ¿Un hombre parecido a Judson Clark provenía del mismo lugar? —¿Norada? Allí estaba el gran rancho Clark, ¿no? ¿Alguna vez conoció a Judson Clark? —Nuestra finca era muy aislada.

Bassett fue despedido cortésmente, más confundido que al entrar y algo irritado. Su molestia aumentó con la voz calma detrás de él: —Beba bastante agua con ese medicamento. Algunos estómagos no lo toleran bien.

La puerta se cerró. El reportero se quedó un momento en la sala de espera, luego se puso el sombrero. —Soy un tonto —murmuró, y salió a la calle.

Estaba decepcionado y un poco avergonzado. La vida estaba llena de coincidencias, eso era todo. Ningún parecido ni coincidencia de origen podía hacerlo creer que Judson Clark, prófugo y disipado, ahora pasaba noches cuidando niños enfermos o atendiendo partos.

Después recordó la receta en su mano. Estuvo a punto de destruirla, pero la examinó y la guardó cuidadosamente en su cartera. Había cosas extrañas. El hombre había evadido su última pregunta.

Se dirigió cabizbajo hacia la estación. Tenía diez minutos de espera y se acercó al puesto de periódicos. Compró un diario y, al girar, se detuvo al ver a un hombre que acababa de pasar desde un tren.

Lo miró con interés divertido. ¡Gregory también! El asunto Livingstone ciertamente había empezado algo. Pero era extraño. ¿Cómo lo había rastreado Gregory? ¿No había algo más en su presencia? Quizá, como él, quería asegurarse de si era o no Clark. O quizá estaba convencido de que sí lo era, y venía a advertirle. Pero si lo había rastreado, ¿no significaba que Clark mismo se había comunicado con él? ¿Que, en otras palabras, el hombre era Clark?

Gregory, tras preguntar a un cochero, avanzó por la calle. Bassett lo siguió a distancia, cada vez más interesado y animado. Caminaba detrás, con el periódico en la mano, imitando el paso fácil de los demás viajeros rumbo a sus cenas suburbanas.

A mitad de la calle Station, Gregory se detuvo frente a la casa Livingstone, leyó el letrero y tocó el timbre. Bassett redujo el paso, lo dejó entrar y luego siguió despacio. Frente a la casa de Harrison Miller se detuvo y esperó. Encendió un cigarrillo y observó con cuidado la vieja vivienda: un edificio de ladrillo de dos pisos, con un establo ruinoso atrás, un pequeño huerto y sencillas flores de jardín en media hectárea de terreno.

Un doctor. Un recetador de píldoras. ¿Jud Clark?

CAPITULO 9

Elizabeth había andado todo el día con una sonrisa en los labios y una suerte de exaltación en sus ojos. Había repasado, a la manera de las muchachas, una y otra

vez la velada totalmente carente de incidentes que habían pasado juntos, recordando pequeñas frases y gestos; lo que él había dicho y lo que ella había respondido.

Había mencionado, por ejemplo, a Clare Rossiter, muy casualmente. Oh, muy, muy casualmente. Y él había dicho: «¿Clare Rossiter? Oh, sí, la chica rubia y alta, ¿no es ella?».

Estaba muy feliz. Él no parecía haberla encontrado demasiado joven ni particularmente inmadura. Le había pedido su opinión sobre cosas bastante importantes y la había escuchado con atención cuando ella respondió. Sentía, sin embargo, que sabía aproximadamente una décima parte de lo que él sabía, y decidió leer muy seriamente a partir de ese momento. Su madre, echándola de menos esa tarde, la encontró acurrucada en la biblioteca, comenzando el primer volumen de «Roma» de Gibbon con un aire de concentrada determinación, y vistiendo su mejor vestido de verano.

Evidentemente, no tenía la intención de depender puramente de la «Roma» de Gibbon.

—¿Esperas a alguien, Elizabeth? —preguntó ella, con la franqueza directa característica de las madres; y Elizabeth, fijando una fecha en su mente con terrible firmeza, levantó la vista distraídamente y dijo:

—A nadie en particular.

A las tres en punto, con un ligero dolor de cabeza debido a la concentración, subió las escaleras y se volvió a arreglar el cabello; bastante alto esta vez para sentirse más alta. Por supuesto, no era probable que él viniera. Estaba muy ocupado. Tanta gente dependía de él. Debía de ser maravilloso ser así, que la gente lo necesitara a uno, y que miraran por la puerta y dijeran: «Creo que lo veo venir ahora».

Sin embargo, cuando el cartero llamó, su corazón dio un pequeño salto y luego se quedó muy quieto. Cuando Annie subió lentamente las escaleras, ella ya estaba de pie, pero era solo una tarjeta que anunciaba: «Sra. Sayre, miércoles quince de mayo, almuerzo a la una y media».

No obstante, a las cuatro y media el timbre sonó de nuevo, y una voz masculina informó a Annie, un momento después, que dejaría su sobretodo allí, porque últimamente un perro se había comido un trozo de él y había tenido una indigestión espantosa.

El tiempo que le tomó a Annie volver a subir las escaleras le dio un momento para poder respirar con más naturalidad, y bajó con mucha parsimonia y con una compostura tan tremenda que, al principio, él pensó que ella no se alegraba de verlo.

—He venido, ya ves —dijo él—. Tenía la intención de esperar hasta mañana, pero tuve un poco de tiempo. Pero si estás haciendo algo…

—Estaba leyendo la «Roma» de Gibbon —le informó ella—. Creo que todo el mundo debería conocerla. ¿No le parece?

—¡Dios santo, ¿para qué?! —inquirió él.

—No lo sé —Se miraron el uno al otro y, de repente, se echaron a reír.

—Quería cultivar mi mente —explicó ella—. Sentí, anoche, que usted… que usted sabe tantas cosas, y que yo era terriblemente estúpida.

—¿Quieres decir —preguntó él, espantado— que yo…! ¡Cielo santo!

Instalados en la sala de estar, regresaron con bastante rapidez al estado de la noche anterior, y él se sintió movido a la confesión.

—Realmente no tenía intención de esperar hasta mañana —dijo—. Me levanté con la plena intención de venir aquí hoy, aunque tuviera que hacerlo sobre las ruinas de mi práctica médica. A las once de esta mañana detuve una consulta diez minutos para ir a Yardsleys y comprar una corbata, con este propósito expreso. Quizás ya la hayas notado.

—En efecto. Es una corbata maravillosa.

—Sencilla pero no chillona, ¿eh? —Él le sonrió con felicidad—. Sabes, podrías orientarme un poco sobre mis corbatas. Tengo el gusto de un salvaje africano. Casi compro una morada con rayas rojas. ¡Y la tía Lucy cree que debería usar batista blanca, como David!

Hablaron de esas naderías pequeñas y sumamente significativas que no son más que la barrera tras la cual prosiguen las ansiosas preguntas y las respuestas no pronunciadas de la juventud y el amor. Se conocían desde hacía años, habían intercambiado el mismo toma y daca de las conversaciones vecinales cuando se encontraban, como ahora. Hoy nada había cambiado, y todo había cambiado.

Entonces, de la nada, él dijo:

—Es posible que me vaya pronto, Elizabeth.

La observaba intensamente. Ella tuvo la singular sensación de que tras esto, como tras todo lo de esa tarde, había algo no dicho. Algo que se relacionaba con ella. Quizás era debido a su tono de voz.

—No querrá decir… ¿no para quedarse allí?

—№ Quiero volver a Wyoming. Donde nací. Solo por unas pocas semanas.

Y en ese «solo por unas pocas semanas» yacían algunas de las cosas no dichas. Que él la echaría de menos y volvería rápido con ella. Que ella lo echaría de menos, y que subconscientemente él lo sabía. Y tras eso, también, una promesa. Volvería con ella.

—Solo por unas pocas semanas —repitió él—. Pensé que tal vez, si no te importara que te escribiera, de vez en cuando… tengo una letra pésima, ya sabes. La mayoría de los médicos la tienen.

—Me gustaría mucho —dijo ella, con formalidad.

Se sintió de repente muy sola, como si él ya se hubiera ido, y ligeramente resentida, no con él sino con la forma en que sucedían las cosas. Y además, todo el mundo sabía que quien nace en el Oeste, siempre es del Oeste. El Oeste siempre llamaba a sus hijos. No es que ella lo expresara de esa manera. Pero tenía una suerte de visión, obtenida de las películas, de una tierra de amplios espacios y altas montañas, donde los hombres vestían ropas pintorescas y las mujeres montaban caballos salvajes y tenían ese brío que ella sabía que le faltaba. Se sintió agitada por un vago celo.

—Puede que no vuelva nunca —dijo ella, con indiferencia—. Al fin y al cabo, usted nació allí, y nosotros debemos parecerle muy tranquilos.

—¡Tranquilos! —exclamó él—. Usted es celestialmente relajante y reconfortante. Usted… —se contuvo y se levantó—. Entonces, he de escribir, y tú has de descifrar todo lo que puedas de mis garabatos y responder. ¿Es correcto?

—Le escribiré todos los chismes del pueblo.

—¡Si lo haces…! —la amenazó él—. Has de escribirme qué estás haciendo y todo sobre ti. Recuerda, contaré contigo.

Y, aunque sus voces eran ligeras, había en ambos el sentido de un pacto hecho, de un vínculo que los mantendría unidos, como manos entrelazadas, frente a su próxima separación. ¡Resultó un tanto anticlimático después de eso que él reconociera que no sabía exactamente cuándo podría marcharse!

Ella lo acompañó hasta la puerta y se quedó allí, con su suave cabello ondeando, mientras él subía al coche. Cuando él miró hacia atrás, al doblar la esquina, ella todavía estaba allí. Se sentía muy feliz y afable, y recogió a una mujer anciana del pueblo que iba con su bolsa y se desvió considerablemente de su camino para llevarla a casa……

Regresó al consultorio a las seis y media para encontrar a una Minnie de ojos enrojecidos en el pasillo.

CAPITULO 10

A las cinco y media de esa tarde, David entró a la casa con su llave, colgó su abrigo en el viejo perchero de nogal y fue a su consultorio. El cansancio de los últimos días lo había afectado: se sentía agotado y no del todo bien. Se había quedado dormido en su carruaje y despertó al encontrar a la vieja Nettie llevándolo lentamente por la calle principal, siguiendo un rumbo errático pero hacia casa, mientras la gente en las aceras lo miraba y sonreía.

Entró en su oficina, cerró la puerta y se recostó en el viejo sofá de cuero, de resortes vencidos, para terminar su siesta.

Casi de inmediato sonó el timbre, y un momento después Minnie abrió la puerta. —Un caballero quiere verlo, doctor David.

Él se levantó torpemente y acomodó su cuello. Luego abrió la puerta de la sala de espera. —Adelante —dijo resignado.

Un hombre pequeño, pulcro, con el tipo de ropa que David más detestaba y polainas claras, se levantó de su silla y lo miró sorprendido. —Me temo que me equivoqué. Un doctor Livingstone dejó su número de asiento para llamadas en la taquilla del teatro Annex anoche —la compañía *Happy Valley*—, pero era un hombre más joven. Yo…

David se irguió, pero lo observó impasible bajo sus cejas blancas y pobladas. —No he estado en un teatro en más de doce años, señor.

Gregory quedó convencido de que se había equivocado. Como Louis Bassett, la idea de que Jud Clark pudiera estar relacionado con la atmósfera doméstica y respetable de la vieja casa lo hacía sentirse intruso y absurdo. Estaba por disculparse y marcharse, cuando pensó en algo. —Hay dos nombres en su letrero. ¿El otro estuvo acaso en el teatro anoche?

—Necesitaré una razón para esas preguntas —dijo David lentamente.

Intentaba ubicar a Gregory en la situación, repasando diez años de seguridad, forzando su memoria, sin resultado. —¿Qué exactamente viene a averiguar? —preguntó, mientras Gregory miraba alrededor. —¿El otro doctor Livingstone es su hermano? —Mi sobrino.

Gregory lo miró con atención, pero solo vio a un hombre mayor, de cabello blanco abundante y cejas feroces, corpulento y digno, cortés pero con cierto resentimiento. —Perdone la molestia —dijo—. Supongo que me equivoqué. ¿Su sobrino está en casa? —№ —¿Podría ver una fotografía suya, si tiene alguna?

El impulso de David fue derribar a Gregory, aniquilarlo. Sintió el cuello apretado y tiró de su camisa. —No, a menos que sepa por qué quiere verla.

—Es alto, más bien delgado. ¿Llevó a una joven al teatro anoche? —insistió Gregory. —Coincide con esa descripción. ¿Y qué? —¿Es su sobrino? —El hijo de mi hermano —respondió David con firmeza.

De pronto comprendió que no había hostilidad en ese visitante extraño, sino ansiedad e incomodidad. Había algo casi suplicante en los ojos de Gregory, como si estuviera dispuesto a intercambiar confianza por confianza. Y también una obstinación no del todo hostil, como alguien decidido a cumplir con lo que había venido a hacer.

—Siéntese —dijo David, relajándose un poco—. Mi sobrino no oculta que fue al teatro anoche. Si me dice quién es usted…

Pero Gregory no se sentó. Se quedó de pie, mirándolo fijamente. —No sé qué le diga, doctor, pero soy el hermano de Beverly Carlysle.

David se dejó caer en su silla. Sus rodillas se aflojaron, pero controló la voz. —Ya veo —dijo, y esperó.

—Algo ocurrió anoche en el teatro. Puede ser importante. Necesito ver a su sobrino para confirmar. No puedo permitirme un error.

El color de David se desvaneció. Abrió un cajón y sacó una fotografía de Dick en uniforme. —Quizá esto le ayude.

Gregory la examinó con cuidado, llevándola a la ventana. Cuando volvió a enfrentarlo, estaba seguro de sí mismo y su misión. —Sí —dijo con significado—. Es él.

Colocó la foto en el escritorio y, sentándose cerca de David, continuó: —No usaré nombres, doctor. Creo que sabe de qué hablo. Anoche estaba seguro. Ahora lo estoy más.

David asintió. —Continúe.

—Supongamos esto: un hombre borracho comete un crimen y desaparece; deja un mal historial y una gran fortuna. Luego se reforma y se convierte en un ciudadano útil, y todo queda enterrado.

David escuchaba rígido. Gregory bajó la voz. —Supongamos que hay una mujer involucrada. No culpable, pero con mucho rumor. Ella lo supera durante diez años, vuelve a su profesión en una obra familiar y triunfa. No es difícil suponer que ninguno de los dos quiera que eso se reviva, ¿verdad?

David carraspeó. —¿Quiere decir que hay peligro de que se reviva? —Creo que sí —respondió Gregory con amargura—. Lo reconocí anoche y llamé a Saunders, nuestro director de escena, que lo conocía. Y un periodista, Bassett, lo sacó de Saunders. Usted sabe lo que significa.

David lo escuchaba como desde muy lejos. —Puede ver cómo lo interpreta Bassett. Si lo descubre, es la gran historia de su vida. Pensé que debía advertirlo.

David no respondió, aferrado a los brazos de su silla. Gregory tomó su sombrero. —Lo mejor es que se vaya de la ciudad un tiempo. Bassett es un sabueso tras un rastro. Es Bassett del *Times-Republican*. Y tomó la matrícula del coche de su sobrino.

David seguía en silencio. Gregory se dirigió a la puerta. —Sáquelo de aquí, esta misma noche si puede.

—Gracias —dijo David con voz espesa—. Aprecio que haya venido.

Se levantó tambaleante, mientras Gregory decía "Buenas noches" y salía. La habitación parecía oscura e inestable, desconocida. ¡Así terminaban los años seguros! Un hombre podía trabajar, construir y rezar, pero si su casa estaba sobre arena…

Cuando se cerró la puerta exterior, David cayó al suelo con estrépito.

CAPITULO 11

Bassett estaba recargado contra el seto de arrayán que Harrison Miller solía recortar con sus propias manos de soltero, esperando. Mientras aguardaba, trataba de imaginar lo que ocurría dentro, detrás de las ventanas con cortinas prolijas de la vieja casa de ladrillo.

Estuvo tentado de tocar el timbre otra vez, fingir que había olvidado algo y quizá presenciar un drama de alto nivel; suponiendo que el hombre fuera Clark, era casi seguro que habría drama. Descartó la idea y volvió a observar con interés la propiedad. Quien hubiera concebido ese refugio para Clark, si en verdad era él, había mostrado astucia. El pueblo olía a respetabilidad: calles arboladas, niños con calcetas y ropa recién lavada, casas con césped bien cortado, todo pacífico, de clase media y sin sobresaltos. El último lugar en el mundo para Judson Clark, la última profesión, la última casa: esa vieja construcción de ladrillo frente a él.

Sonrió con ironía al pensar que, si Gregory había acertado en su identificación, en ese momento quizá estaba advirtiendo a Clark contra él mismo. Gregory conocía su tipo: alguien que nunca soltaba la presa.

La puerta se abrió y Gregory salió, rumbo a la estación. Bassett lo alcanzó y le puso una mano en el brazo. —¿Y bien? —dijo alegremente—. Era él, ¿verdad?

Gregory se detuvo en seco y lo miró con desdén. —¡Viejo sabueso! Si tu cerebro fuera tan bueno como tu olfato, Bassett, serías un gran periodista.

—No te preocupes por mi cerebro. Hoy funciona muy bien. ¿Qué te dijo?

Gregory se recompuso y respondió más amable: —Nos equivocamos los dos. Ese hombre no es Jud Clark ni lo fue nunca. Es un doctor, sobrino del viejo médico. Trabajan juntos.

—¿Los viste a ambos? —Sí.

Bassett lo observó. O Gregory era buen actor, o la pista terminaba allí. Él mismo había sentido, tras su entrevista con Dick, que el rastro era falso. Gregory había estado apenas diez minutos en la casa: suficiente para admitir un error, pero no para una identificación dramática. Bassett estaba decepcionado, pero tenía experiencia en desilusiones. —Bueno, eso es todo. A mí me pareció Clark. —Y a mí también. —¿Lo sorprendiste? —Estuvo bien. No le dije nada, claro.

Bassett miró su reloj. —Te seguía, sí. Pero si me equivoqué de árbol, lo dejo. No necesito un golpe en la cabeza para parar. Ven, te invito una soda. El tren sale hasta las siete.

Gregory se negó. —No, gracias. Iré a la estación por un periódico.

El reportero sonrió. Gregory le guardaba rencor por una mala noche y un mal día. —Está bien. Nos vemos en el tren. Yo caminaré un poco.

Se alejó por la calle, frustrado. Odiaba ser engañado, y lo había sido. Gregory no era el único que había perdido el sueño. De pronto oyó que lo llamaban desde la acera: era Dick Livingstone. —¿Lo llevo a algún lado? —preguntó Dick—. ¿Cómo va el dolor de cabeza? —Mejor, gracias —respondió Bassett, sorprendido—. No, solo espero el tren. ¿Va a casa? —Sí. Me alegra que esté mejor.

Dick siguió su camino, dejando al reportero pensativo. Gregory había mentido: no lo había visto. Entonces, ¿por qué? ¿Por qué inventar una historia si solo había esperado diez minutos y salido? Algo había ocurrido dentro de la casa que convenció a Gregory. Había visto a alguien, o algo.

Bassett vio a Dick entrar en la casa y decidió seguirlo. Tocó el timbre. Tardaron en abrir. Finalmente lo hizo la criada, con los ojos rojos de llorar. —¿El doctor Richard Livingstone? —No puede verlo. —Es importante. —No puede verlo. El doctor David acaba de sufrir un ataque. Está en el consultorio, en el suelo.

Le cerró la puerta. Bassett se alejó. Todo estaba claro: Gregory había visto al hombre mayor, le había dicho algo y este se desplomó bajo el shock. Era triste, muy triste, pero también convincente.

Esa noche Bassett volvió a repasar sus notas. La vieja historia, según los archivos, era así:

Doce años atrás, Clark había financiado el primer gran proyecto de Beverly Carlysle. Al principio solo buscaba darle publicidad, pero lo hizo con una mezcla de imprudencia juvenil e ingenio que atrajo la atención de la prensa. Reunió a una docena de jóvenes ricos y ociosos como él, y juntos hicieron de la promoción de la estrella una ocupación. Los periódicos los llamaban *Beverly Carlysle y sus Bellezas de Broadway*. Era entretenido, inofensivo y costó a Clark su membresía en los clubes conservadores de su padre.

Por un tiempo animaron el mundo teatral con sus extravagancias. Luego se rumoró que Clark estaba enamorado de ella. El grupo se disolvió tras una cena de despedida. Los espectadores dejaron de esperar ver a los jóvenes levantarse en sus palcos para saludarla. Y la estrella perdió un poco de la expresión ansiosa que solía tener.

Se decía que Clark había sido rechazado y lo llevaba mal. Los reporteros lo veían mal vestido, esperando en la puerta del teatro. Se decía que ella lo había dejado por su actor principal. Clark, que antes no bebía, empezó a hacerlo en exceso. Tras escenas desagradables, ella se negó a verlo más.

Cuando la obra terminó en junio de 1911, Beverly se casó con Howard Lucas, su protagonista, que ya era su tercera esposa. Lucas era simpático, atractivo pero poco brillante, aficionado al póker y a la buena vida. Compraron una casa en la calle 56 Este y buscaban una nueva obra. Pero Lucas empezó a desmoronarse: insomnio, nerviosismo, un tic en su rostro.

Clark se fue en su yate a Europa y fue visto en distintos lugares con mala reputación. Al volver en septiembre parecía recuperado, elegante otra vez, y declaró que pasaría el invierno en su rancho de Wyoming.

Debió enterarse del colapso de Lucas y verlos a ambos. Qué ocurrió en esa entrevista, cómo calmó los celos de Lucas y los nervios de Beverly, Bassett no podía saberlo. Pero los convenció de su buena fe, porque la siguiente nota en los archivos era una fecha: 12 de septiembre de 1911. Ese día viajaron juntos al Oeste, en el coche privado de Clark, con Lucas sonriendo débilmente desde la ventana.

El gran desastre llegó a mediados de octubre.

Bassett lo reconstruía: la vida en el rancho, cabalgatas, lecturas, demasiado tiempo juntos. Lucas, enfermo y aburrido, irritado. Beverly, dándose cuenta de su

error, y Clark celoso. Lucas empezó a beber por aburrimiento, y Clark bebía con él. En tres semanas ambos bebían mucho y discutían. Beverly observaba, cada vez más preocupada.

Una noche, en la cena, discutieron. Beverly se levantó para empacar y volver a Nueva York. Probablemente presentía que algo iba a romperse. Mientras estaba arriba, Clark disparó y mató a Howard Lucas, y luego desapareció.

Había corrido, según reveló el testimonio en la investigación, hacia el corral y ensillado un caballo. Aunque era apenas octubre, nevaba con fuerza, pero aun así dirigió su caballo hacia las montañas. A medianoche una grupo de Norada había salido en su búsqueda, y otra por el cañón Dry River, pero la tormenta se convirtió en ventisca y tuvieron que regresar. Un poco más de nieve y no habrían podido sacar a sus caballos. Una semana después, con el hielo endurecido, algunos volvieron a intentarlo, sin esperar encontrar a Clark con vida. Al segundo día hallaron su caballo, pero no a él. Y hubo quienes pensaron que, después de todo, el hijo de Elihu Clark había elegido el mejor camino.

Bassett cerró su cuaderno y encendió un cigarro.

Había una gran historia por descubrir, una historia enorme. Podía ir a la oficina, dar una pista, conseguir dinero para gastos y partir hacia Norada la noche siguiente. Sabía que tendría que empezar allí, y que no sería fácil. Los testigos del suceso en el rancho ya no estarían, o sus recuerdos se habrían borrado con el tiempo o distorsionado con los años. El rancho quizá ya estaría en otras manos. Reconstruir los hechos de diez años atrás podía ser imposible. Pero ese no era su problema. Tenía que conectar Norada con Haverly, Clark con Livingstone. Solo había algo sencillo: si comprobaba que la historia de Livingstone era cierta, que había vivido en un rancho cerca de Norada antes del crimen y como Livingstone, entonces admitiría que dos hombres podían parecer idénticos y venir del mismo lugar sin ser el mismo. Si no…

Pero, después de apagar la luz y acostarse, empezó a sentir cierto rechazo por su tarea autoimpuesta. Si Livingstone era Clark, si después de años de esfuerzo se había levantado por sí mismo, convirtiéndose en un hombre decente y útil, ¿por qué derribarlo? Al fin y al cabo, el mundo no había perdido mucho con Lucas: un animal grande, elegante pero poco inteligente, eso había sido Howard Lucas.

Decidió dormirlo, y por la mañana no solo estaba poco inclinado a seguir, sino decidido a dejarlo. Las cosas estaban bien como estaban. La mujer del caso estaba triunfando. Jud también. Y nada devolvería a Howard Lucas a ese pequeño mundo teatral que lo había despedido en la estación hacía tanto tiempo.

Se afeitó y vistió, firme en su resolución. Sentía casi un brillo de virtud consciente: estaba haciendo uno de esos sacrificios sin gloria ni reconocimiento que deberían

darle crédito en el otro mundo, porque en este no le daban nada. Fue amable con el camarero que le servía el desayuno en su departamento de soltero y aumentó su propina semanal a un dólar y medio. Luego abrió el *Times-Republican*, hojeando como siempre su sección, y frunció el ceño ante una fila de signos de exclamación e interrogación detrás del nombre del alcalde.

En la segunda página, sin embargo, se detuvo, la taza de café en el aire.

—¿Judson Clark está vivo? La esposa del antiguo administrador del rancho hace confesión.

Una mujer llamada Margaret Donaldson, herida de muerte por un automóvil cerca de Norada, Wyoming, había hecho una confesión en su lecho de muerte. Dijo que, temerosa de morir sin liberar su alma, había llamado al sheriff del condado de Dallas y confesado lo siguiente:

Que tras la tragedia en el rancho Clark, su esposo John Donaldson, ya fallecido, había salido a las montañas con la esperanza de encontrar a Clark vivo, pues conocía una cabaña abandonada de guardabosques donde Clark solía acampar. Llevaba comida y brandy.

Que, debido a la ventisca, estuvo a punto de congelarse; que tuvo que abandonar su caballo, disparándole antes, y que, al borde de la muerte, llegó a la cabaña y encontró a Judson Clark, fugitivo, muy enfermo.

Que su esposo cuidó de Clark durante cuatro días, delirante, y al quinto regresó a pie al rancho, dejando a Clark encerrado en la cabaña. Esa noche tomó tres caballos, dos ensillados y uno cargado con provisiones. Acompañado de ella, volvieron a la cabaña; ella se quedó cuidando a Clark mientras él regresaba al rancho para evitar sospechas.

Que, días después, vio por la ventana a un hombre acercándose en la nieve. Pensó que era del grupo de búsqueda. Su primer instinto fue dejarlo afuera, pero finalmente lo dejó entrar, y él se quedó ayudándola a cuidar al enfermo.

La mujer cayó en coma y murió, llevándose más detalles con ella.

El artículo continuaba: la historia abría un campo de conjeturas infinitas. Probablemente Judson Clark seguía vivo, bajo otra identidad, libre de castigo, respetable en apariencia. Tres años antes había sido declarado legalmente muerto y la herencia repartida. Cerca de cien millones de dólares habían ido a obras de caridad, y Clark, dondequiera que estuviera, dependía de sí mismo. Podría haber reunido abogados para defenderse, pero eligió desaparecer.

Todo dependía de la declaración de la señora Donaldson, ahora muerta. Las autoridades locales decían que no había estado en sus cabales por años. Pero la

cabaña existía, y nunca se había registrado. El caballo de Clark fue hallado a diez millas del pueblo, y la cabaña estaba enterrada en nieve veinte millas más allá. Si Clark había llegado a pie, había hecho lo imposible.

Algunos hechos confirmaban la confesión: se suponía que Margaret había pasado el invierno siguiente al crimen con parientes en Omaha, y regresado al rancho en primavera.

La historia incluía una descripción detallada de Judson Clark y una fotografía. Bassett la releyó con cuidado y murmuró una maldición. Si necesitaba confirmación de sus sospechas, allí estaba. Pero la situación había cambiado: ahora habría una búsqueda amplia. La policía lo rastrearía en todas las ciudades, incluso en Europa y Sudamérica.

Pero no temía tanto a la policía como a la prensa. Algunos periódicos enviarían a sus mejores hombres. No tanto para resolver como para revivir la vieja historia dramática. Imaginaba fotógrafos locales subiendo a la cabaña y enviando imágenes, periodistas ansiosos por medir su ingenio contra diez años de tiempo y la habilidad de un hombre para ocultarse.

No podía detenerse ahora. Seguiría adelante, con la ventaja de estar seguro de poder encontrar a Clark. Pero debía probarlo, conectarlo. ¿Quién era el otro hombre en la cabaña? Debía haber sabido quién era el joven delirante en el catre. Eso lo hacía cómplice, como los Donaldson. Difícil que confesara. Pero era el vínculo.

En su tercera lectura, Bassett empezó a visualizar la lucha humana por salvar al joven: el administrador del rancho enfrentando la ventisca, disparando a su caballo, ocultando sospechas; la mujer valiente cabalgando de noche por la nieve hasta el muchacho delirante en la cabaña.

Su mente trabajaba mientras empacaba su maleta. Ya había olvidado sus dudas de la mañana. Calculaba el dinero necesario y la estrategia en la oficina. Entre Norada y la vieja casa de ladrillo en Haverly estaba su historia. Diez años de ella. Al cerrar la maleta recordó a la joven del vestido azul en el teatro. Se detuvo y frunció el ceño. Luego cerró la maleta con un chasquido. Al diablo: si Clark había decidido unirse a una chica, era asunto suyo.

Pero se sentía incómodo. —Es un mundo extraño, Joe —comentó al camarero que recogía los platos del desayuno. —Sí, señor. Así es —respondió Joe.

CAPITULO 12

Durante toda la noche, Dick permaneció junto a la cama de David. Más temprano había habido una consulta: David había sufrido un ligero ataque, pero no había parálisis y el pronóstico era bueno. Por esta vez, al menos, David se había librado, pero no debía repetirse. Tenía que mantenerse tranquilo, sin preocupaciones, con dieta regulada, y con cuidados aún podía vivir muchos años.

David dormía, respirando lento y pesado. Por la mañana llegaría una enfermera, pero esa noche Dick, tras enviar a Lucy a descansar, se quedó de guardia. En la cama de nogal yacía la figura corpulenta del doctor David, apenas delineada por la lámpara, y en una silla cercana estaba Dick.

Estaba despierto y preocupado, pero a medida que pasaba el tiempo y no aparecían síntomas graves, y el sueño de David se volvía más fácil y natural, los pensamientos de Dick se dispersaron. Primero hacia Elizabeth, y de allí hacia el futuro. Se veía regresando a la vieja casa con Elizabeth esperándolo; veía sus vidas unidas, con hijos, con pequeñas preocupaciones, con la rutina diaria, y detrás de todo ellos dos, de la mano.

Luego pensó en sí mismo. Cuántas veces en los últimos diez años lo había hecho. Se había observado con desapego profesional, estudiando su propio caso. Con la llegada del psicoanálisis había intentado, de manera poco sincera, penetrar el velo de su inconsciente. Poco sincero, porque sabía que detrás de condiciones como la suya estaba, profundamente escondido, el deseo de olvidar. Y detrás de eso, reconocido o no, el miedo.

—¿Pero olvidar qué? —solía decirle a David, cuando aparecieron los primeros libros de texto sobre la nueva ciencia. Dick los leía con entusiasmo; David, con bufidos de desprecio. —¿Olvidar qué? —Tenías mucho que olvidar —respondía David con firmeza—. La muerte de tu padre, por ejemplo. Y estuviste al borde de la eternidad. Luchaste solo contra la peor tormenta en diez años, saliste con doble neumonía y pasaste cincuenta y seis horas en esa cabaña. ¡Olvidar! Tenías mucho que olvidar.

••••••••

A Dick nunca se le ocurrió dudar de la historia de David. Ni siquiera ahora. La aceptó sin cuestionar desde el principio, complementó sus recuerdos infantiles vagos con ella, y poco a poco construyó su pasado.

Así, el hombre mayor que apenas recordaba era su padre, hermano de David. Y había muerto. El shock de esa muerte, según David, lo había llevado a las montañas, donde David lo encontró y lo cuidó hasta que sanó.

Era simple, incluso explicable por la nueva psicología. En esos primeros días no le importaba la psicología. Estaba apático, pasivo, sin curiosidad. Pensar era demasiado esfuerzo.

Conservaba ciertos instintos y algunas imágenes mentales de esos años perdidos. Al principio tuvo impaciencia por las limitaciones de la pobreza; tuvo que aprender el valor del dinero. Y las imágenes que retenía mostraban cierta opulencia que los hechos contradecían: recordaba una gran casa de rancho y caballos innumerables. Pero David le advirtió pronto que no había herencia; que su futuro dependía de él mismo.

La nueva vida lo atrapó. Por primera vez tuvo cariño y amor. Lucy fue su madre, y David el modelo a seguir. Era feliz y estaba satisfecho.

Al principio sintió deseos de volver y reconstruir su pasado. Más tarde supo que, si alguna vez llenaba ese vacío, sería más fácil en ese entorno familiar. Pero dependía totalmente de David, y el dinero era escaso. Luego vino la universidad, los trabajos ocasionales para pagar sus estudios, y después la guerra. Al volver, estaba la práctica médica y la salud de David, ya debilitada.

Con el tiempo fue consciente de que había en él un rechazo peculiar a volver, casi temor. Sabía más de la mente, y entendía que no era el esfuerzo físico, sino el estrés mental lo que causaba lapsos como el suyo. ¿Qué estrés mental había sido tan grande? ¿La muerte de su padre?

El psicoanálisis decía: tensión y miedo. ¿Miedo? Nunca se había considerado falto de valor. Habría peleado con cualquiera que lo llamara cobarde. Pero detrás de condiciones como la suya había cobardía: la negativa de la mente a enfrentar la realidad. Era debilidad. Se odiaba por ese fracaso de su pasado.

Pero esa noche, junto a la cama de David, enfrentó la realidad con fuerza. Estaba enamorado y quería lo que el amor debía traer a un hombre normal. Se sentía normal. Se sentía capaz de enfrentar lo que la vida trajera, siempre que también trajera a Elizabeth.

Recordó su conversación con David el domingo anterior. —No seas tonto —le había dicho David—. Ve y tómala, si ella te acepta. Y no tardes. Ya no soy joven. —Lo que siento —respondió Dick— es que no sé si ella me quiere. —David gruñó—. Pero voy a intentar que me quiera, si es humanamente posible. Aunque me gustaría volver al rancho antes de que esto avance. —¿Por qué? —Quiero llenar el vacío. Intentarlo al menos.

Pensaba en la actitud de David ante esa amenaza de regresar. David se había opuesto con razones triviales, casi pueriles. Había mostrado una obstinación que

parecía miedo. ¿David con miedo? David, cuya vida era un libro abierto, cuyos ojos nunca vacilaban.

—Déjalo así, Dick —había concluido—. Tienes todo lo que quieres. Y un médico no puede darse el lujo de andar vagando. Cuando la gente lo necesita, lo necesita.

Pero Dick había notado que David estaba distinto desde entonces. Lo seguía con sus ojos cansados, incluso había hablado de retirarse y dejarle todo el trabajo. ¿Era posible que David no quisiera que volviera a Norada?

Dick se inclinó y tomó el pulso del enfermo. Era más fuerte, menos rápido. Ese gesto mecánico lo llevó a su primer recuerdo de David: él en un catre rústico de la cabaña de montaña, y David, sentado en una caja, inclinándose para tomarle el pulso. Estaba débil, sabía ahora que había estado muy enfermo. La cabaña era pequeña y solitaria, con picos nevados cerca, y hacía frío. Durante el día una mujer mantenía el fuego. Se llamaba Maggie, y se movía como un fantasma delgado. De noche dormía en un cobertizo y David cuidaba el fuego. Un hombre que lo conocía bien —John Donaldson, supo luego— era su esposo, y llegaba al amanecer con comida y provisiones.

Con el tiempo, Maggie se fue, y David cocinaba el tocino y calentaba tomates o frijoles enlatados. Antes de irse, Maggie dejó una receta de panecillos, y David la estudiaba con esmero, produciendo luego masas quemadas y negras sobre las que se lamentaba.

Dick había estado totalmente apático. Vivía como un animal, comiendo y durmiendo, luego dando pequeños paseos con piernas temblorosas. La nieve casi cubría la cabaña. David leía mucho y hablaba a ratos. Intentaba llenar el vacío en su mente. Así supo que David era hermano de su padre, y que su padre había muerto.

Al repasar todo ahora, había cosas poco claras. Nunca habían vuelto al rancho. Con el deshielo, John Donaldson apareció con caballos y un animal de carga, y partieron hacia el oeste, sobre las montañas. Una vez se perdieron tres días.

Miró la figura en la cama. Solo diez años, y David había envejecido mucho. En ese viaje había sido incansable, cargando con las tareas del campamento, abriendo camino con su hacha mientras Dick, aún débil, protestaba.

Ahora, con la perspectiva del tiempo y la oposición de David a su regreso al Oeste, repasaba los detalles de aquel invierno y primavera. ¿Por qué no siguieron el rastro de Donaldson? ¿Por qué no volvieron al rancho? ¿Por qué, si Donaldson podía llegar, no vinieron otros? ¿Por qué quemaron su ropa y Donaldson le trajo un nuevo atuendo? ¿Por qué nunca le trajo una navaja, de modo que cuando llegaron al ferrocarril ambos tenían barba completa?

Se detuvo. Estaba dejando volar su imaginación. Nadie que conociera a David podía imaginarlo huyendo.

Aun así, sentía una nueva inquietud. Cuando David se recuperara, iría a Norada, como le había dicho a Elizabeth, y allí encontraría a los Donaldson y aclararía lo que lo atormentaba. Después…

Pensó en Elizabeth, en su dulzura y sensatez. La recordó en el teatro la noche anterior, emocionada hasta las lágrimas. —Recuerda, solo están actuando —le había dicho.

—Sí. Pero la vida sí le hace esas cosas a la gente.

—No tan seguido. El teatro se ocupa de las excepciones dramáticas de la vida. Tú y yo, gente común y corriente, venimos a ver estas cosas porque nos dan una especie de emoción vicaria.

—¿Y nunca les pasa nada a las personas comunes y corrientes?

—A veces un poco de mermelada. O quizá dejan caer el pan, con el lado de la mantequilla hacia abajo, sobre la alfombra.

—Pero eso es una tragedia, ¿no?

Él tuvo que admitir que podía serlo. Pero insistió en que la mayoría de la gente no dejaba caer el pan.

Al cabo de un rato se quedó dormido en su silla. El viento de primavera entraba por la ventana abierta y hacía volar las hojas del viejo libro de oraciones sobre la mesa.

CAPITULO 13

La semana que siguió fue de ansiedad. La condición física de David mejoraba lentamente. La ligera dificultad en su habla desapareció, y sorbía resignado los caldos que Lucy o la enfermera le llevaban a intervalos regulares. En toda la casa flotaba el olor de pollo guisado o de caldo de res, y sobre el timbre había una tarjeta blanca que decía: *"No tocar. Pase directamente."*

Nadie en la casa había visto la confesión de Maggie Donaldson en el periódico. Lucy se libró de esa preocupación. El artículo apareció la mañana después del ataque de David, llegó con la leche, quedó olvidado y terminó encendiendo el fuego o forrando un estante. Harrison Miller lo leyó con su café. Walter Wheeler lo miró en el tren de las ocho y media y lo dejó. Nina Ward lo leyó en la cama. Y eso fue todo.

A la casa llegaba un flujo constante de visitantes con pequeños tributos: flores, gelatinas y otras cosas. En la mesa del cuarto de David se acumulaban pantuflas, y se había visto a la señora Morgan comprando suelas para más. David, recostado en su cama, se animaba un poco con esas ofrendas, pero volvía al silencio pesado que preocupaba a Dick y asustaba a Lucy. Algo había pasado, estaba segura. Algo relacionado con Dick. Observaba a David cuando Dick estaba en la habitación, y veía que sus ojos lo seguían con algo parecido al terror.

Por primera vez desde aquella noche en que Dick entró en la casa, preparado por una carta, Lucy sintió que David se había apartado de ella. Cumplía sus tareas con cierta tristeza, esperando que él eligiera el momento de hablar. Pero los días pasaban y comprendió que él quería enfrentarlo solo, y que eso lo dañaba. Su recuperación era lenta.

A veces pensaba que todo se debía al creciente interés de Dick por Elizabeth Wheeler. Sabía que la veía a diario, aunque solo fuera unos minutos. Podía adivinarlo: Dick volvía radiante, casi exaltado, y como compensación por el tiempo robado a David subía las escaleras de dos en dos y entraba en la habitación del enfermo como un ciclón alegre. ¿No sería posible que David pensara, como ella, que la muchacha merecía una vida limpia antes de comprometerse con Dick? Y esa vida —¡pobre Dick!— nunca podría limpiarse del todo.

Un día, David los sorprendió. Estaba recostado en su cama y pidió un cigarro. Se lo negaron con suavidad pero firmeza. Se mostró malhumorado, y Dick intentaba animarlo cuando David dijo de pronto: —He tenido tiempo de pensar, Dick. No he sido justo contigo. Aquí estás desperdiciado. Además… —vaciló—. Debemos afrontarlo: el día del médico general ha terminado.

—No lo creo —replicó Dick con firmeza—. Quizá seamos solo señales que indican el camino a otros, pero el mundo siempre necesitará señales.

—Lo que pienso —continuó David— es esto: quiero que vayas a Johns Hopkins y tomes la especialidad que deseas. Yo pronto estaré mejor y…

—Llama a la enfermera, tía Lucy —interrumpió Dick—. Está delirando.

—En absoluto —replicó David irritado—. Te lo digo en serio. Este pueblo solo viene aquí para que le digamos a qué especialista acudir, y lo sabes.

—No lo sé. —Si no lo sabes, es porque no quieres ver la realidad.

Dick se rió y le pasó un brazo por el hombro. —¡Viejo hipócrita! Quieres librarte de mí por alguna razón. No me digas que vas a casarte.

Pero David no sonrió. Lucy, desde la ventana, vio su rostro y sintió miedo. Había temido un conflicto mental en David, pero ahora parecía algo peor, inmediato.

Apenas pudo responder cuando Dick la interpeló: —¿Vas a dejar que me saque de aquí, tía Lucy? ¡Desterrado a Johns Hopkins como Napoleón a Santa Elena! ¿Estás conmigo o contra mí? —No lo sé, Dick —dijo ella, mirando a David—. Si es por tu bien…

Al final, David cedió, pero Dick quedó intrigado. Sentía que detrás de la insistencia había una razón oculta, quizá que David no quería que se casara con Elizabeth Wheeler. Esa noche lo puso a prueba. Entró en bata y pantuflas, como solía hacer antes de dormir, para charlar un poco. La enfermera estaba abajo. Dick se movía inquieto por la habitación, hasta que se detuvo junto a la cama. —Hace unos días te pregunté si creías correcto que me casara; si mi situación lo permitía y si había alguna razón para que no lo hiciera. Dijiste que no. —No hay razón, claro. Si ella te acepta. —No lo sé. Pero es vital para mí, David. David asintió en silencio. —Ahora quieres que me vaya. Que la deje. Y siento… empiezo a pensar que tienes una razón. David apretó las manos bajo las cobijas, pero lo miró fijo. —Es una buena chica —dijo—. Pero merece más de lo que puedes darle, tal como están las cosas. —Eso supone que me quiere. No lo sé. Puede que algún día… Entonces, ¿esa es la razón de Johns Hopkins? —Esa es la razón —afirmó David—. Ella esperaría por ti. Es de ese tipo. La conozco toda su vida. Es firme como una roca. Pero ha sido criada para tener muchas cosas. Walter Wheeler tiene dinero. Haz lo que te digo: empaca y ve a Baltimore. Trae a Reynolds para que atienda el trabajo hasta que yo esté mejor.

Dick evitó la cuestión y siguió otra línea de pensamiento. —Entiende que debo contarle mi situación primero. No necesito decirte que me aterra hacerlo, pero debo hacerlo. —No seas tonto —replicó David con fastidio—. Harás que las mujeres hablen, y lo que no sepan lo inventarán. —Solo a ella y a su familia. —¿Por qué? —Porque tienen derecho a saberlo.

Al ver que David iba a protestar más, Dick cambió de tema. —No lo haré hasta que lo discutamos juntos. Hay tiempo. Tú descansa y prepárate para dormir.

Cuando la enfermera entró a las once, Dick ya se había ido y David estaba inmóvil, de cara a la pared.

••••••••

A fines de mayo David empezó a moverse en su habitación. Los árboles ya estaban llenos de hojas, y Mike disfrutaba de esa época de jardineros en que las flores crecen más rápido que las malezas. Harrison Miller, tras rodar su césped en abril, se veía en las mañanas con la podadora o la azada en su huerto.

Los autos circulaban con asientos traseros llenos de flores recogidas en los caminos, y el perro de los Wheeler volvía a enterrar huesos bajo el seto.

Elizabeth Wheeler estaba muy feliz. Su espera, antes vaga, se había convertido en certeza. Esperaba, tímida pero contenta. Todo llegaría en su momento. Mientras tanto estaba el presente: algún día de esos, un coche viejo se detendría en la puerta, y habría cinco o diez minutos con Dick, antes de que él corriera de nuevo al trabajo o a David. Después, el día terminaba, pero siempre habría un mañana.

A veces, en el coro o en la iglesia, veía a Clare Rossiter. Clare era fría con ella y nunca la buscaba ni le hablaba a solas. Elizabeth se entristecía al recordarla. Debía ser terrible querer a un hombre que solo decía: *"¿Ah, la rubia alta?"*

Una o dos veces encontró la mirada de Clare sobre ella: eran ojos hostiles, que parecían decir: *"Te odio porque sabes. Pero no te atrevas a compadecerme."*

Sin embargo, Elizabeth no estaba del todo convencida de que la pasión de Clare fuera real. Porque lo verdadero se ocultaba con todas las fuerzas, al menos hasta estar segura de que era correspondido. Después, claro, uno podía estar tan orgulloso que se volvía descarado. A veces temía ser de ese tipo.

Aun en sus horas felices, había pequeñas preocupaciones. Wallie Sayre, por ejemplo, siempre a punto de decir cosas que ella no quería oír. Y Nina. No estaba segura de que Nina fuera feliz. Y, por supuesto, Jim.

Jim era difícil. A veces hombre, a veces niño. Demasiado grande para disciplina, demasiado joven para manejarse. Pasaba casi todas las noches fuera, y su madre suspiraba cuando lo mencionaban.

Elizabeth lo esperó una noche y lo llamó a su cuarto. —Deberías avergonzarte, Jim —le dijo—. Estás preocupando a mamá. —¿Por qué? —replicó desafiante—. Soy lo bastante grande para cuidarme. —Deber

—Sí —dijo—. Debo saberlo, claro. Gracias.

Cuando ella se fue, volvió a colocarse frente al retrato. Desde las primeras palabras de Clare había sentido la convicción dolorosa de que era cierto: que, como aseguraba la visitante de Wyoming de la señora Cook Morgan, Henry Livingstone nunca se había casado, nunca había tenido un hijo. Se quedó mirando la fotografía. Su mundo se derrumbaba a su alrededor, pero él permanecía erguido y firme.

¡David, David! pensó. *¿Por qué lo hiciste? ¿Y qué soy yo? ¿Quién soy?*

Como era característico en él, su primer pensamiento después fue hacia David. Fuera lo que fuera que David hubiera hecho, su motivo había sido correcto. Tenía que partir de eso. Si David le había construido una identidad falsa era porque había una necesidad. Algo vergonzoso, algo de lo que debía apartarlo. ¿No era probable que David hubiera oído los rumores y luego se desplomara? ¿No estaba ese miedo

—que él mismo lo descubriera— detrás de la insistencia de David en que se fuera a Baltimore?

Sus pensamientos volaron hacia Elizabeth. Todo cambiaba ahora respecto a ella. Tenía que estar seguro de su pasado antes de decirle que la amaba, y sintió una inmediata impotencia. No podía acudir a David, en su estado. ¿A Lucy?

Probablemente habría ido a Lucy de inmediato, pero sonó el teléfono. Contestó, tomó su sombrero y su maletín y salió al coche. Los años con David lo habían acostumbrado a subordinarse automáticamente a las demandas de la práctica.

A las seis y media Lucy lo oyó entrar y dirigirse a su oficina. Como no apareció enseguida ni subió corriendo a la habitación de David, se quedó junto a la puerta escuchando. Tenía un presentimiento de que algo andaba mal, quizá la verdad misma. Tocó y abrió, encontrándolo sentado muy quieto en su escritorio, con la cabeza entre las manos. —¡Dick! —exclamó—. ¿Pasa algo? —Tengo dolor de cabeza —respondió. Miró su reloj y se levantó—. Voy a ver a David y luego cenamos. No sabía que era tan tarde.

Pero cuando ella salió, él no se movió. Estaba repasando, dolorosamente, las cosas que lo inquietaban y que antes había aceptado sin discutir: la reticencia de David y Lucy a hablar de su padre; los largos días en la cabaña, con David ayudándolo a reconstruir su pasado; aquella primavera y aquel lento avance que ahora sentía, de algún modo, como una huida.

Comió muy poco, y la sensación de temor de Lucy aumentó. Después de la cena se refugió en su sala de estar con su tejido, convencida de que era solo una tregua temporal. No sabía de qué.

Lo oyó bajar de la habitación de David más tarde. Pero no entró en su oficina. Se detuvo en su puerta, indeciso, y luego entró. Ella no levantó la vista, ni siquiera cuando él, suavemente, le quitó el tejido y lo puso sobre la mesa. —Tía Lucy. —Sí, Dick. —¿No crees que deberíamos hablar? —¿De qué? —preguntó, con el corazón latiendo fuerte. —De mí. —Se quedó de pie sobre ella, mirándola con la ternura de siempre, pero con resolución en su actitud—. Primero te diré algo. Luego te pediré que me digas todo lo que puedas.

Ella lo escuchó con angustia, aunque con amor. Su voz, aunque firme, estaba tensa. —Hace tiempo que siento —concluyó— que tú y David me ocultan algo. Creo que esto es lo que era. Y ahora debo saberlo. —¡Dick, Dick! —fue todo lo que pudo decir. —Estaba a punto —continuó con terrible firmeza— de pedirle a una muchacha que llevara mi nombre. Quiero saber si tengo un nombre que ofrecerle. Solo tengo dos alternativas: o soy el hijo ilegítimo de Henry Livingstone, y entonces no tengo derecho a mi nombre ni a ofrecerlo, o soy… —hizo un gesto

desesperado— alguien más, alguien sacado de las montañas y dado una identidad que es una mentira viviente.

Ella siempre había sabido que ese momento llegaría, pero siempre había visto a David cargar con ello. Él debía cargarlo. No era obra suya ni de su aprobación. Durante años el peligro de ser descubierto había pendido sobre ella como una nube. —¿Sabes cuál de los dos? —insistió él. —Sí, Dick. —¿Serías tan cruel como para no decírmelo?

Ella se levantó, pequeña y tensa, con una dignidad nacida del miedo y del amor. —No traicionaré la confianza de David —dijo—. Hace tiempo le advertí que este momento llegaría. Nunca estuve de acuerdo en mantenerte en la ignorancia. Pero es el problema de David, y no puedo asumir la responsabilidad de decírtelo.

Él conocía su determinación y su lealtad obstinada. Pero estaba desesperado. —Sabes que si no me lo dices, iré a David. —Si vas ahora lo matarás. —¿Tan grave es? —preguntó sombrío—. Entonces hay algo vergonzoso detrás, ¿no? —No, Dick. No eso. Y quiero que recuerdes siempre esto: lo que David hizo fue por amor a ti. Hizo muchos sacrificios por ti. Primero te salvó la vida, luego te hizo lo que eres. Y ha tenido un gran orgullo en ello. No destruyas su obra de años.

Su voz se quebró y se dirigió a la puerta, con el mentón temblando. Pero él la llamó. —Tía Lucy —dijo suavemente.

Ella lo oyó detrás, sintió sus brazos fuertes al girarla. La atrajo hacia sí y, inclinándose, besó su mejilla. —Tienes razón —dijo—. Siempre la tienes. No lo preocuparé con esto. Te doy mi palabra de honor. Cuando llegue el momento él me lo dirá, y hasta entonces esperaré. Y los amo a ambos. No lo olvides nunca.

La besó otra vez y la dejó ir.

Pero mucho después de que David dejó su libro de oraciones esa noche, y después de que la enfermera bajó a la cena, Lucy seguía despierta, escuchando el lento caminar de Dick en su habitación.

Desde entonces Dick fue muy amable con David, intentando volver a su alegría habitual. El día en que David debía comer sus primeras mollejas asadas, Dick atrapó a la enfermera afuera, le pidió prestados la cofia y el delantal, y entró con la bandeja él mismo. —Espero que la comida sea de su gusto, doctor David —dijo en falsete, haciendo reír a la enfermera en el pasillo—. Puede que no sea buena enfermera, pero sé cocinar.

Incluso Lucy se dejaba engañar a veces. Dick hacía sus rondas, enviaba las cuentas mensuales, abría y respondía el correo de David, cargaba con el doble trabajo sin quejarse. Pero cuando se descuidaba estaba grave y abstraído. Se veía más

delgado, y Lucy lo oía caminar de noche. Pensaba que rara vez iba a casa de los Wheeler.

Así pasó el décimo día de la enfermedad de David, con la sonrisa de Elizabeth volviéndose un poco fija al pasar tres días sin que el viejo coche se detuviera en su puerta; con *El Valle* en su segunda y última semana antes de ir a Nueva York; y con Leslie Ward, sin darse cuenta, retomando la lanzadera que Clare había dejado, llevando el patrón un paso más hacia su conclusión.

CAPITULO 14

Leslie Ward no estaba del todo seguro de cómo había terminado en su inocuo vínculo con la estrella de *El Valle*. Inocuo lo era, sin duda. Más tarde, al mirar atrás, se preguntaría si no había sido precisamente para cumplir la función que tuvo. Pero eso sería meses después, cuando el patrón estuviera completo y pudiera reconocer su propia participación en él.

La verdad era que no estaba demasiado feliz en casa. La elegante casita de Nina en Ridgely Road al principio la mantuvo ocupada. Pasaba horas con decoradores, revisaba y rechazaba innumerables bocetos de interiores, recorría casas de subastas y pujaba sin medida por cosas que en ese momento sentía indispensables, para luego convencer a Leslie de arreglarle las cuentas. También dedicó energía a entrenar y equipar a sus sirvientes, y más aún a lograr que usaran los caros uniformes y libreas que ella les compraba.

Pero lo que construyó con éxito fue una casa, no un hogar. A veces Leslie sentía que ni siquiera era una casa, sino un pequeño hotel. Casi nunca cenaban solos, y cuando lo hacían Nina explicaba que todos estaban ocupados. Después de la cena, la inquietud la dominaba: quería ir al teatro o hacer visitas. Si él se negaba, ella pasaba la noche resentida.

Y a Leslie no le gustaban sus amigos. Llegó un punto en que, sabiendo que habría una de esas noches animadas, prefería quedarse en la ciudad, jugando billar en su club o entrando a un teatro, donde observaba la obra desde el fondo con ojos cínicos y descontentos.

El encuentro casual con Gregory y la presentación a su hermana le dieron un nuevo interés. Quizá lo atrajo la novedad: la extraña sensación de estar en términos de amistad —porque así se volvió sorprendentemente rápido— con una mujer famosa, cuyo rostro aparecía en su periódico matutino o en carteles enormes y chillones.

Comenzó a visitarla por las tardes en su hotel, y vio que a ella le agradaba. Le decía que a menudo se sentía sola. Él le enviaba flores y cigarrillos, y la encontraba

serena, reposada, y a veces, cuando bajaba la guardia, con las huellas de viejos sufrimientos en el rostro.

Ella se quedaba quieta. No se agitaba como Nina. Escuchaba. No era tan hermosa como en el escenario, pero era atractiva. Leslie tranquilizaba su conciencia pensando que ella no daba demasiada importancia a sus visitas. En su mundo los hombres iban y venían, traían pequeños tributos, y ella estaba agradecida. Nada más. La semana siguiente, otros hombres en otros lugares harían lo mismo.

A veces Leslie se preguntaba si ella pensaba en Judson Clark y en el desastre que había sido su vida. Qué resentimiento o tristeza se ocultaba tras su rostro tranquilo, o en esa voz de entonaciones cuidadosas tan distinta a la de Nina.

De vez en cuando veía a su hermano. No lo apreciaba ni lo detestaba, pero sospechaba que Gregory la dominaba demasiado. En las raras ocasiones en que los veía juntos había tensión en el aire. Leslie, aunque no era sutil, percibía una diferencia oculta entre ellos. Un pequeño incidente casi la reveló. Le dijo a Gregory: —Por cierto, lo vi en Haverly ayer por la tarde. —Debió ver a otro. ¿Haverly? ¿Dónde queda?

Leslie se molestó. No había duda en su reconocimiento. Pero lo dejó pasar con esa curiosa lealtad de género que hace a un hombre cubrir incluso a sus enemigos. —Qué raro —dijo—. Se parecía a usted. Quizá un poco más corpulento.

Sin embargo, tuvo la convicción de que había dicho algo que era mejor callar, y que la mirada de Beverly hacia su hermano era casi hostil. Vio fugazmente la imagen: el hombre desafiante y asustado, la mujer ansiosa y un poco desdeñosa. Luego desapareció.

Esa noche pensaba ir a casa, consciente de hacia dónde se dirigía. Pero al volver a la oficina Nina lo llamó: —Vamos con un grupo a una posada campestre. Habrá pollo con waffles, Les. Será divertidísimo. Y yo prometí los cócteles. —Estoy cansado —respondió malhumorado—. ¿Por qué no dejas que otros traigan las bebidas? Siempre me toca a mí. —¡Ah, si así te sientes! —dijo Nina, y colgó.

No fue a casa. Fue al teatro y se quedó al fondo, su culpa mitigada por saber que Nina se divertía. *El Valle* solo tenía cuatro funciones más antes de irse a Nueva York.

Ya había jugado su pequeño papel en el drama que involucraba a Dick Livingstone, aunque no lo sabía. Esa noche volvió a casa y encontró a Nina en la cama, molesta. Se acostó de mal humor, pero antes de dormir se aferró a su resolución: no quería un desastre. No volvería a ver a Beverly Carlysle.

Al día siguiente cumplió su decisión. Compró flores, pero esta vez para Nina, y las llevó a casa. Las orquídeas eran, en realidad, una ofrenda a su propia conciencia.

Pero Nina no estaba. El mayordomo informó que cenaba en casa de los Wheeler, y Leslie creyó ver compasión en sus ojos. —¿Dijo que me esperaban allí? —preguntó. —Pidió que le prepararan la cena aquí, señor.

Incluso para Nina eso sonaba extraño. Tomó su abrigo y salió de nuevo al coche; tras dudar un momento, volvió por las orquídeas.

El coche de Dick Livingstone estaba frente a la casa de los Wheeler, y en la sala encontró a Walter Wheeler, caminando nervioso. —¿Alguien enfermo? —preguntó Leslie, inquieto. —Nina tiene un ataque de histeria arriba —respondió Wheeler, con brusquedad—. Has hecho un buen desastre, ¿no?

Leslie dejó la caja de orquídeas en la mesa y se quitó los guantes. Su mente repasaba posibilidades. —Será mejor que me lo cuente. —Lo haré. No te preocupes. Lo vi venir hace meses. No la defiendo. Dios sabe que la conozco, y no tiene idea de cómo hacer un hogar. Pero eso es lo peor que puedes decir de ella. En cuanto a ti… —¿Qué? La ansiedad de Wheeler era mayor que su enojo. Bajó la voz. —Hoy recibió una factura por varias cajas de flores enviadas a una actriz. —Y al ver que Leslie no respondía—. No lo justifico. No tenías derecho. Pero, ¿por qué diablos, si vas a hacer tonterías, no mandas las facturas a tu oficina? —Supongo que no necesito decirte que solo fue eso. Flores. —Lo doy por hecho. Pero ella dice que no volverá contigo.

Leslie quedó atónito y asustado. No por la amenaza: sabía que volvería. Pero siempre lo recordaría. Guardaba rencores pequeños con fidelidad. Y nunca entendería, nunca vería su propia parte en la leve infidelidad de Leslie, ni comprendería la inocencia real de esas tardes de té y charla.

No se oía nada arriba. Wheeler salió con su sombrero, llamando al perro. Jim entró silbando, saludó y se fue. Leslie se quedó en la penumbra, maldiciéndose. ¿A dónde había estado yendo? Un hombre no podía tenerlo todo. Pero también estaba resentido: insistía en su inocencia y prefería ignorar el impulso menos inocente detrás de todo.

Media hora después oyó pasos: Dick Livingstone apareció en el pasillo. Leslie lo llamó y Dick entró. Antes de sentarse encendió un cigarrillo, y en el resplandor Leslie percibió fatiga y algo nuevo, un problema. Pero sus propias preocupaciones lo dominaban. —Supongo que ya te lo contó. —Sí. —Fui un tonto, claro. Pero solo fueron unas flores y algunas visitas por la tarde. Es una gran mujer, Livingstone, y está sola. Las mujeres la han tratado fríamente desde la historia de Clark. Copian su ropa y su andar, pero no la invitan a sus casas. —¿No es el problema más profundo que eso, Ward? Lo pensaba arriba. Nina fue bastante franca. Dice que tú ya tuviste tu diversión y quieres asentarte, y que ella es joven y ahora es su única

oportunidad. Más adelante quizá haya hijos. Ella se culpa también, pero tiene bastante claro cómo ocurrió todo.

—¿Crees que volverá a casa? —Prometió que lo haría.

Se quedaron fumando en silencio. En el comedor, Annie ponía la mesa para la cena, y un nada trágico olor a chícharos frescos cocinándose empezó a recorrer el pasillo. Dick se movió de pronto y tiró su cigarrillo. —Iba a hablarte de otra cosa —dijo—, pero no es el momento. Me voy a casa. —Se levantó—. Ella estará bien. Solo te aconsejo manejarlo con mucho tacto y dar la explicación más completa que puedas. —¿Qué es? Me vendría bien algo para ocupar la mente. Ahora mismo me está consumiendo. —Es un asunto personal.

Ward lo miró rápido. —¿Sí? —¿Has oído una historia que creo anda circulando? Una que me concierne. —Bueno, sí —admitió Leslie—. No le presté mucha atención. Nadie la toma muy en serio. —Ese no es el punto —insistió Dick—. No me importa el chisme. No me importa un comino. Es la afirmación en sí. —Diría que eres la única persona que sabe algo al respecto.

Dick hizo un gesto impaciente. —Quiero saber una cosa más. Nina te lo dijo, supongo. ¿Elizabeth lo sabe también? —Creo que sí.

Dick se volvió bruscamente y salió de la habitación. Un momento después Leslie oyó la puerta principal cerrarse de golpe.

Elizabeth, en lo alto de la escalera, también lo oyó y se volvió, con los hombros caídos. Su mundo seguro de protección y alegría se había torcido. Primero había llegado Nina, pálida y temblorosa, y Elizabeth había tenido que enfrentar la realidad de la traición y de esas cosas ocultas que los hombres hacían y que salían a la luz trayendo sufrimiento.

Y esa tarde había tenido que reconocer que algo andaba mal con Dick. № Entre Dick y ella. Había una formalidad en su manera de hablarle, una distancia que ignoraba por completo su nueva intimidad. Estaba allí, pero a kilómetros de ella. Intentó indignarse, pero solo estaba herida.

La paz parecía haber abandonado la casa Wheeler. Más tarde, sin embargo, regresó un poco cuando Nina y Leslie se reconciliaron. Después de varias horas malas, en las que Nina había cerrado su puerta contra todos, a las diez mandó llamar a Leslie y lo enfrentó con calma desesperada.

Elizabeth, colocando paños fríos en la frente de su madre acostada, sentía cada vez más que la relación entre hombres y mujeres era complicada y desconcertante, y que el amor y el odio a veces estaban muy cerca.

El amor, y quizá la costumbre, triunfaron en el caso de Nina, porque a las once oyeron a Leslie bajar las escaleras y luego moverse por la cocina y la despensa, silbando suavemente. Los sirvientes se habían ido, y el aire se llenó del olor a pan quemado. Más tarde, la señora Wheeler, esperando inquieta en el pasillo superior, vio a su yerno subir orgulloso con una bandeja que llevaba tostadas increíblemente negras y una tetera que apenas olía a té. —La próxima vez que te falte cocinera, mándame llamar —dijo alegremente.

La señora Wheeler, llena de indignación y con el discurso que pensaba darle, se retiró vencida a su habitación.

Esa noche, cuando Nina finalmente lo perdonó y se dispuso a dormir, Leslie bajó por un cigarro y encontró a Elizabeth sola, con un libro en las rodillas, boca abajo, y los ojos melancólicos, con una pregunta en ellos. —¿Sentada pensando, o solo sentada? —preguntó. —Estaba pensando. —¿Castillos en el aire, eh? Pues asegúrate de poner al hombre correcto en ellos. —Se sintió un poco tonto al decirlo, porque era muy probable que la familia de Nina dudara de la elección de Nina. —Lo que quiero decir —añadió apresuradamente— es que no seas tonta y no aceptes a Wallie Sayre. Elige a un hombre, ya que lo haces. —Lo haría, si pudiera elegir. —Eso es tontería, Elizabeth. —Se sentó en el brazo de una silla y la miró—. Oye, ¿qué hay de esa historia que la chica Rossiter y otros andan contando sobre Dick Livingstone? ¿No te preocupa, verdad? —No creo que sea cierta, y no me importaría de todos modos. —Bien dicho —respondió con entusiasmo, levantándose—. Será mejor que te vayas a la cama, jovencita. Ya casi es medianoche.

Ella se levantó, pero no se movió más. —Lo que me preocupa es esto, Leslie. Puede que él lo escuche. —Ya lo escuchó, querida.

Él esperaba que ella se alarmara, pero en cambio mostró alivio. —Te diré la verdad, Les —dijo—. Estaba preocupada. Me gusta muchísimo. Me llegó de golpe, y no pude evitarlo. Y pensé que él también me quería, de esa manera. —Se detuvo y lo miró para ver si entendía, y él asintió con gravedad—. Pero hoy, cuando vino a ver a Nina, me evitó. Yo lo esperaba en el pasillo, y apenas me dijo unas palabras y siguió bajando. —¡Pobre diablo! —dijo Leslie—. Está en una posición desagradable, por decir lo menos. Pero aquí tienes un pensamiento para dormir tranquila: si me preguntas, se mantiene alejado de ti no porque le importes poco, sino porque le importas demasiado.

Mucho después de que Leslie, arrepentido y calmado, se durmiera con el brazo sobre el hombro de Nina, Elizabeth permanecía con los ojos abiertos en el pequeño balcón de su cuarto. De día podía ver la casa de los Livingstone. Ahora estaba invisible, pero una ventana superior se recortaba iluminada. Muy

tímidamente besó la punta de sus dedos y los alzó hacia ella. —Buenas noches, querido —susurró.

CAPITULO 15

Louis Bassett había partido hacia Norada el día después de la repentina enfermedad de David, pero diez días más tarde apenas había llegado a Chicago, donde quedó detenido en su hotel por una rodilla torcida. No fue sino hasta el día en que Nina regresó a la pequeña casa en Ridgely Road —habiendo aprendido la primera lección del matrimonio, que los hombres no solo deben ser conquistados sino también retenidos— que pudo reanudar su viaje.

Había sufrido mucho con la demora. Era cierto que aún no había surgido nada nuevo en la historia. El *Tribune* había publicado una fotografía de la cabaña donde, según la señora Donaldson, Clark había pasado el invierno tras el asesinato, y circulaban los rumores habituales de que lo habían visto en lugares tan diversos como Seattle y Nueva Orleans. Pero cuando el domingo siguiente no trajo nada más, supuso que la jauría, al perder el rastro, había sido retirada.

Antes de partir al Oeste confirmó esto visitando oficinas de los principales periódicos y saludando a viejos colegas. La historia de Clark estaba muerta por el momento. Habían publicado muchas fotos de él, y quizá alguien lo reconociera algún día, pero el rastro estaba demasiado frío después de diez años. El lugar también había cambiado: se había descubierto petróleo cinco años atrás, y muchos de los antiguos pobladores habían vendido y se habían marchado. El pueblo había crecido como todos los pueblos petroleros.

Bassett estaba relativamente satisfecho. Tomó el tren nocturno desde Chicago y pasó el día siguiente cruzando Nebraska, fértil e interesante. La tarde del segundo día dejó el tren y tomó una línea secundaria hacia las montañas y Norada. Desde entonces se convirtió en un punto de interrogación urbano, curioso y fumador de cigarros. —¿Hace mucho que está el ferrocarril aquí? —preguntó al conductor. —Cuatro años. —Norada debía estar bastante aislada antes. —Treinta millas en coche o en un Ford. —Leía el otro día sobre el caso de Judson Clark. ¿Quiere un cigarro? ¿Tiene tiempo de sentarse? —¿Es usted periodista? —Suministros para pozos petroleros —respondió Bassett con naturalidad—. En ese artículo parecía que una mujer había hecho una confesión. Me sonó dudoso. —Bueno, le contaré. Conocí bien a los Donaldson, y Maggie era honesta. Pero le diré cómo lo explico: Donaldson murió y ella quedó sola. Los albaceas de la herencia de Clark la mantuvieron en el rancho, pero cuando se liquidó hace tres años tuvo que irse. Eso la destrozó. Siempre dijo que él no estaba muerto. Tenía la casa lista, con su ropa preparada. —Eso suena a que la historia es cierta, ¿no? —No necesariamente. Para

mí pasó de la esperanza a la obsesión. Iba al correo por cartas durante diez años, y el cartero dice que nunca recibió ninguna. La atropellaron frente a la oficina de correos. Se comenta que había perdido la razón en los últimos años. —Pero encontraron la cabaña. —Claro. La cabaña no era un secreto. Había sido una estación de bomberos antes de construir la nueva en Goat Mountain. Yo mismo pasé un mes allí con un tipo que quería fotografiar osos. Encontramos uno, pero embistió la cámara y aún estaría corriendo si no hubiera vuelto a la civilización.

Cuando se fue, Bassett quedó pensativo. Maggie había ido al correo durante diez años. Trató de imaginar esos viajes fieles y agotadores, entre el lodo de primavera y la nieve del invierno, siempre inútiles y siempre esperanzados. No creía que hubiera perdido la razón. Había sido fiel hasta el final, como algunas mujeres, y al final su fe la había matado.

Se preguntó otra vez por la extraña capacidad de algunos hombres para inspirar lealtad. Podían destruir ideales y arruinar ilusiones, pero siempre había una mano fiel para reconstruir, un alma fiel para venerar.

Norada lo impresionó por su tamaño y actividad. Sus calles estaban pavimentadas y bien iluminadas, había un parque y una biblioteca pública, y en el hotel le preguntaron si quería baño privado. Pero ese desarrollo era útil: en la vieja Norada un recién llegado habría sido objeto de curiosidad amistosa; en esta comunidad más grande y centrada en sí misma, un hombre podía entrar y salir sin ser notado.

Tenía otras ventajas. La jauría, como pensaba cínicamente, habría empezado en el rancho Clark y la cabaña. Él llegaría allí, claro, pero quería empezar desde afuera y avanzar hacia adentro.

—¿Hace mucho que está aquí? —preguntó al recepcionista después de cenar. —Llegué hace dos años. Nunca vi a Jud Clark. Para llegar al rancho tome el camino al norte, ocho millas. El camino está bueno ahora. Ustedes lo han gastado. —Debe haberlo memorizado —dijo Bassett con admiración—. ¿Qué demonios es el rancho Clark? ¿Y por qué debería ir allí? ¿Sirven buena comida? —Lo sabrá si se queda. ¿Algo más en que pueda ayudarlo? —Sí. Despida al cocinero —respondió Bassett, alejándose.

Esa noche revisó sus notas y trazó un plan. Al día siguiente tuvo suerte: su camarera anciana había vivido allí por años. —¿Ha oído de algún Livingstone por aquí? —Sí. Había un rancho Livingstone en Dry River —dijo ella—. No era gran cosa. Aunque ahora todo cambia. Vendí sesenta acres hace ocho años por dos mil dólares, y los compradores sacan mil al día de petróleo.

Suspiró. Había rozado la fortuna y la dejó pasar. —Sería millonaria si lo hubiera conservado —dijo sombría.

Ese día Bassett alquiló un coche, él mismo lo conduciría. —Solo diré una cosa —comentó el dueño—. No sé a dónde va, y no es mi asunto. Aquí, en tierra petrolera, dejamos a los hombres en paz. Pero si piensa ir por el camino trasero a la vieja estación de bomberos donde se supone que Clark pasó el invierno, le advierto: dos quedaron atrapados allí una semana, y solo un ciclón los sacaría. —Voy a Dry River —respondió Bassett. —Dry River es el lugar si busca petróleo. Cuide los frenos, viejo. Aquí los necesitamos.

Dry River era un pequeño poblado lejos del tren. Dos calles sin pavimentar, unas pocas casas, un bar cerrado y dos tiendas. En una descubrió que el rancho Livingstone había sido vendido diez años atrás, tras la muerte de su dueño, Henry Livingstone. —Su hermano del Este lo heredó —dijo el tendero—. Vino y vendió todo. No había mucho: unas vacas, caballos y muebles sin valor. Había muchos libros, y los donó para una biblioteca, pero nunca se construyó. El ferrocarril no llega hasta aquí, y sin petróleo no lo hará. —¿El hermano heredó? ¿Su nombre? —David, creo. Era médico en el Este. —Entonces Henry Livingstone no estaba casado ni tenía hijos. —No estaba casado. Era un ermitaño. Murió y pasaron dos días antes de que alguien lo encontrara. Mi esposa lo preparó para el funeral. Lo enterraron antes de que llegara el hermano.

Bassett perdió sus últimos escrúpulos. La historia estaba allí, lista para recogerse. Tan lista que sospechaba de su suerte.

La esposa del tendero, charlatana y ansiosa de hablar del único drama de su vida, le contó más: había revisado los papeles de Henry, cheques cancelados, facturas pagadas y cartas de su hermano David y su hermana Lucy. Había una carta sellada para David, abierta tras la muerte. David llegó tarde al funeral. —¿Recuerda cuándo fue? —Un mes antes del asesinato en el rancho Clark. Aquí fechamos todo desde entonces. —¿Cuánto tiempo se quedó David? —Tres o cuatro semanas. No veía a su hermano hacía años. Vendió todo rápido y volvió al Este.

No había ama de llaves ni hijo ilegítimo. Todo el discurso abierto del doctor se derrumbaba. El hombre en la cabaña, según Maggie Donaldson, había sido David Livingstone. De algún modo había sacado a Judson Clark del país y lo había llevado al Este. El hecho esencial estaba allí: David Livingstone había estado en esa región cuando Maggie cuidaba a Clark en las montañas.

Bassett meditó, masticando su cigarro. La audacia del plan que había salvado a Clark le inspiraba admiración, pero la facilidad con que había seguido el rastro lo hacía sospechar.

Se levantó y tiró el cigarro. —¿Dijo que David volvió al Este? ¿Recuerda dónde vivía? —Algún pueblo en Pensilvania. Olvidé el nombre.

—Tengo que estar seguro de que me equivoco, y entonces seguir adelante —dijo, mientras tomaba su sombrero—. Veré a esos hombres en el rancho, supongo, y luego continuaré. ¿Qué tan lejos está?

Eran unas diez millas, por un camino malo que lo mantuvo demasiado ocupado para pensar con claridad. Pero su sensación de exaltación persistía. Había encontrado a Judson Clark.

CAPITULO 16

La decisión de Dick de apartarse de Elizabeth nació de su certeza de que no podía verla y mantener la calma. Estaba decidido a conservar la cabeza fría hasta saber qué tenía para ofrecerle. Pero era profundamente infeliz. Trabajaba con firmeza todo el día y dormía por puro cansancio, solo para despertar en la madrugada con la convicción de que algo estaba mal, incluso antes de estar plenamente consciente. Entonces llegaban la incertidumbre y el dolor, y se quedaba mirando el techo, preparándose para enfrentar otro día.

No había perspectivas de alivio pronto, aunque David ya no mencionaba que debía marcharse. David estaba muy débil. A veces, verlo le provocaba a Dick un dolor casi físico en el corazón. Pero en ocasiones recobraba algo de su antiguo espíritu: pedía tabaco a gritos, fruncía el ceño frente a la bandeja de dieta y jugaba cribbage con Harrison Miller con su viejo ímpetu tumultuoso.

Una tarde de finales de mayo, después de cuatro días sin ver a Elizabeth, Dick descubrió que la decisión sobre su relación ya no estaba en sus manos, sino en las de ella.

Al abrir la puerta la encontró sola en la sala de espera, claramente asustada y casi sin palabras. Él tampoco pudo hablar al principio, y cuando lo hizo su voz sonó ronca. —¿Pasa algo? —preguntó con tono sepulcral. —Eso quiero saber, Dick.

De pronto sintió una furia violenta. No contra ella, claro, sino contra todo. —¿Algo mal? —dijo con rabia—. ¡Sí! ¡Todo está mal!

Ella palideció. —¿Qué hice, Dick?

Tan rápido como había sido feroz, se sintió avergonzado y arrepentido. —¿Tú? ¿Qué hiciste? Eres lo único correcto en un mundo equivocado. Tú…

Se contuvo, dejó su maletín y cerró la puerta del pasillo. Luego se quedó a cierta distancia, cruzó los brazos para mantener la calma. —Elizabeth —dijo con gravedad—. He sido un tonto egoísta. Me alejé porque estoy en problemas. Todavía lo estoy. Pero no tiene nada que ver contigo. No directamente, al menos. —¿No crees que es posible que yo sepa de qué se trata? —Lo sabes.

Él estaba demasiado absorto para notar la nueva madurez en su rostro, esa maternidad latente nacida de una pasión profunda. Para Elizabeth, en ese momento, no era un hombre que decidía vidas cada día, sino un muchacho preocupado, exagerando un problema. —Siempre hay chismes —dijo ella—, y lo único que se puede hacer es olvidarlos. Deberías ser demasiado grande para esas cosas. —Pero… ¿y si fueran ciertos? —¿Qué diferencia haría?

Él se movió hacia ella. —Puede que haya más que eso. No lo sé, Elizabeth —dijo, mirándola a los ojos—. Siempre he pensado… No puedo ir con David ahora.

Quiso contarle de su juventud perdida, de ese extraño truco de su mente que había borrado años enteros. Pero no pudo. Tenía miedo de parecer anormal ante ella. Y más aún, temía que algo oscuro y doloroso estuviera encerrado en su memoria.

—Quiero que sepas esto, Dick —dijo ella—: nada, ni chismes ni rumores, puede cambiar lo que siento. Y me has herido mucho. Éramos tan amigos… Yo he pasado noches sin dormir, preocupada.

Eso le llegó primero al corazón y luego a la cabeza. Quizá eso era todo lo que tendría: esa hora, esa joven valiente y sencilla, declarando su afecto en una silla de caoba falsa. —Eres todo lo que tengo —dijo—. Lo único real en un mundo que se derrumba. Creo que te amo más que a Dios…

••••••••

Durante los días siguientes vivió en esa aceptación sin preguntas. Era increíblemente feliz.

Cumplía su trabajo con cuidado y precisión, escuchaba quejas interminables y escribía recetas con la esperanza de curar. No creía demasiado en esos remedios, pero pensaba que la expectativa de alivio era la mitad de la batalla. Sin embargo, bajo esa fachada profesional, su corazón cantaba, soñaba y se agitaba al ver cierta figura en la calle. Porque eso es todo lo que un médico sabe del corazón… hasta que se enamora.

Incluso empezó a preguntarse si había exagerado la situación. La rectitud esencial de David lo ayudaba: David no podía hacer nada indigno. Ojalá él fuera más como David.

Su nueva humildad se extendió al amor por Elizabeth. A veces, frente al espejo, se preguntaba qué veía ella en él. Se afeitaba dos veces al día y su rostro quedaba tan irritado que debía ponerse crema por la noche. Se revisaba con cuidado al vestirse, deseando tener alguna cualidad destacada que ella pudiera admirar.

Se negó a pensar demasiado. Se conformó con sentir, con ser feliz, con vivir cada día sin mirar adelante. La vieja casa parecía más luminosa. Las jardineras de Lucy nunca habían estado tan llenas, el pan de Minnie tan ligero; el sol entraba en la habitación de David y hacía que la enfermera pareciera deslumbrante en su uniforme blanco.

David mejoraba rápidamente. Cada día se sentía más seguro. El reportero del *Times-Republican* no había aparecido; si realmente seguía el rastro de Dick, ya lo habría buscado. Ese puente estaba cruzado. Y Dick era feliz. David lo escuchaba silbar al entrar, subir las escaleras de dos en dos, cantar en la ducha o bromear con la enfermera. El muchacho era feliz. Se casaría con Elizabeth Wheeler, y todo estaría como debía: voces jóvenes en la casa, juguetes en el jardín. Él mismo se iría con el tiempo, pero Dick…

El Día de la Decoración lo sacaron de la cama con gran ceremonia. Lo acomodaron en su sillón junto a la ventana, con una manta sobre las rodillas. Dick entró con una gran caja. Al abrirla apareció un montón de papel y otra caja más pequeña. —¿Qué es todo este circo? —exclamó David con ojos expectantes—. ¡Dame esa caja! ¡Seguro son más pantuflas!

Trabajó ansioso hasta llegar al núcleo del paquete. ¡Era un cigarro!

Más tarde, relajado por el buen tabaco, David dormitaba cuando Lucy entró. —Elizabeth Wheeler está abajo —dijo—. Le dije que querías verla. Trajo gelatina de pollo también.

Recogió el papel de seda y miró la habitación con ojo crítico. Siempre pensaba que la enfermera no era tan ordenada como debía. Luego puso una mano en su hombro. —No quiero preocuparte, David. No ahora. Pero si él va a casarse con ella… —¿Y por qué no? —replicó con firmeza—. Una buena mujer sería un ancla más.

Ella no pudo continuar. David siempre había sido incomprensible para ella en lo que respectaba a Dick. Pero no podía callar que el pueblo ya sabía algo, y que la actitud hacia Dick estaba cambiando. Por ejemplo, ya no estaba tan ocupado como antes.

Lucy salió de la habitación y envió a Elizabeth con David.

En su amor por Dick, Elizabeth incluía ahora todo lo que lo rodeaba: sus abrigos gastados, su coche ruidoso y su gente. Tenía un deseo inarticulado de contar con su aprobación, de ser querida y aceptada por ellos. No había palabras explícitas, porque tanto ella como Dick estaban contentos con su amor y lo mantenían en secreto.

—¡Bueno, bueno! —dijo David—. ¡Y aquí estamos al revés: yo soy el paciente y tú la doctora! Y eres una medicina excelente, querida.

La observó con aprobación, y también con cierta reflexión. Ella era un frágil y pequeño recipiente en el que depositar todas las esperanzas que, desde su vida célibe y sin cumplir, había soñado para Dick. Era más que eso: si Lucy tenía razón, desde ahora ella formaba parte de aquel experimento en un alma humana que él había iniciado con interés profesional, pero que había terminado siendo vital en su propia vida.

Elizabeth estaba algo tímida con él, lo notó; nerviosa y agitada, pero radiante de felicidad. Esa mezcla de emociones, sumada a su mejor actitud de "cuarto de enfermo", la hacía parecer un poco formal al principio. Pero pronto comenzó a contarle las pequeñas noticias del pueblo, aunque David sospechaba que escuchaba todo el tiempo el ruido del coche de Dick. Al levantarse para irse y tenderle la mano, él la retuvo entre las suyas. —No he estudiado síntomas todos estos años en vano, querida —dijo—. Y me parece que alguien está muy feliz. —Lo estoy, doctor David.

Él le dio unas palmaditas en la mano. —Mira, no sé nada y no pregunto nada. Pero si el jefe de policía o el consejo de comercio vinieran a preguntarme: "¿Quién sería la mejor esposa para un joven que es parte importante de esta comunidad?", yo respondería: "Caballeros, hay una señorita Elizabeth Wheeler que…"

De pronto ella se inclinó y lo besó. —¿De verdad lo cree? —preguntó, sin aliento—. Lo amo tanto, doctor David. Y me siento tan indigna. —Y lo eres —respondió él—. Y él también. Todos lo somos, cuando se trata de un gran amor, niña. Nunca somos exactamente lo que el otro cree que somos. Es cuando no dejamos margen de error, como dicen los científicos, que nos estrellamos. Me pregunto —la miró con atención— si ustedes, los jóvenes, dejan margen de error. —Solo sé esto —dijo ella con firmeza—: no puedo imaginarme queriendo menos. Nunca he pensado mucho en mí misma, pero sí sé eso. Creo que lo he querido desde hace mucho tiempo.

Cuando ella se fue, David se quedó en su silla, pensativo. Sí, ella resistiría. Tenía lealtad, paciencia y una rara humildad. Todo dependía de Dick. Y otra vez enfrentó la posibilidad de que se abriera la puerta del pasado, con recuerdos que lo abrumaran, con confusión, desesperación e incluso peligro real. ¿Y de eso qué saldría?

El hábito. Eso era lo único en lo que podía confiar. El cerebro, como el cuerpo, era un conjunto de hábitos: el bien podía ser hábito, y también el mal. "Como piensa el hombre, así es." Durante toda su infancia y los últimos diez años, los hábitos mentales de Dick habían sido correctos; su entorno había sido amor, su enseñanza

responsabilidad. Incluso si la puerta se abría, solo habría que combatir los pensamientos de dos o tres años imprudentes, y quizá nunca se abriera. Lauler había dicho que la felicidad la mantendría cerrada, y Dick era feliz…

A las cinco, la enfermera entró con un termómetro y lo encontró dormido en su silla, la boca entreabierta y roncando con fuerza. Al oír a Dick en el vestíbulo, se llevó un dedo a los labios.

Dick asintió y entró en la oficina. El correo de la tarde estaba sobre el escritorio y comenzó a abrirlo mecánicamente, con la mente en otra parte.

Ahora que había dado el paso que tan firmemente había decidido no dar, ciertos asuntos —como la historia de Clare Rossiter, la inquietud de David, sus propias dudas— ya no lo afectaban solo a él, ni siquiera solo a Elizabeth y a él. Se habían vuelto de vital importancia para su familia.

No podía evadir el asunto. Lo que antes había sido solo su desgracia, su accidente, lo que fuera, ahora era vital para todo un grupo de personas que hasta entonces habían estado al margen. Tendría que poner su situación claramente ante ellos y dejar que juzgaran. Y tendría que aclarar esa situación para ellos y para sí mismo.

Había tenido momentos de debilidad. Sabía que algunos hombres se casaban ocultando cosas, con la intención de empezar de nuevo. Entendía esas reservas. Pero no comparaba su caso con el de ellos, ni siquiera cuando la tentación de aferrarse a su felicidad era más fuerte. No se trataba de una simple falta de conducta, sino de algo oculto y quizá terrible, detrás de la extraña actitud de David y de la ruptura en su memoria. La mente, en esos casos, levantaba defensas de olvido no contra lo trivial, sino contra lo insoportable.

En los últimos días había enfrentado el hecho de que no solo debía esforzarse por recuperar su pasado, sino que esa recuperación amenazaba con separarlo cruelmente y de manera definitiva de su presente.

Con una carta abierta y sin leer en la mano, miró alrededor de la oficina. Ese lugar era suyo; había luchado por él, trabajado por él. Sentía casi físicamente unas manos invisibles que intentaban arrancarlo de allí, de David y Lucy, y de Elizabeth. Y él mismo aferrándose desesperadamente a todos ellos, y a la aparente normalidad de su entorno.

Se sacudió y empezó a leer la carta:

“Estimado doctor: He intentado verlo, pero entiendo que está indispuesto. Queme esto en cuanto lo lea. Louis Bassett ha partido hacia Norada, y le aconsejo sacar de la ciudad a la persona de la que hablamos lo antes posible. Bassett está tramando algo. No firmo completo, por razones obvias. G.”

CAPITULO 17

La casa de los Sayre estaba en la colina detrás del pueblo, una larga y baja construcción blanca de estilo italiano. En verano, hasta que la familia partía hacia la costa de Maine, el brillante toldo sobre la terraza indicaba, como decía Harrison Miller, que la familia estaba "en residencia". Aunque había sido diseñada como casa de verano, la señora Sayre la usaba todo el año. Allí no había nada que le recordara los días amargos antes de su viudez.

Era una mujer baja y robusta, con buen gusto para su casa y ninguno para su ropa. —Nunca sé —decía Harrison Miller— si al mirar la casa de los Sayre estoy viendo a Ann Sayre o un toldo.

No era astuta ni ingeniosa, pero sí bondadosa, tolerante y maternal. Le gustaban los jóvenes, organizaba pequeñas fiestas alegres en las que lucía sus extravagantes vestidos de todos colores y cortes, regalaba obsequios a las chicas que le caían bien y deseaba ver a Wallie casado con una buena muchacha y asentado. Entre madre e hijo había un afecto tranquilo, sin demostraciones. Ella lo miraba con ojos que habían perdido las ilusiones sobre los hombres hacía años, sin engañarse respecto a él. No pretendía saber todo lo que hacía ni quería penetrar en su vida privada.

—Gasta mucho dinero —comentó un día a su abogado—. Supongo que en lo habitual. Pero no es como su padre. Tiene afectos reales, que su padre no tenía. Si se casa con la chica adecuada, ella puede hacerlo casi cualquier cosa.

La primera señal de que Wallie se interesaba en Elizabeth Wheeler la tuvo cuando el jardinero jefe informó que el señor Wallace había ordenado cortar ciertas rosas y enviarlas a la casa Wheeler. Al principio se enojó, pues las rosas estaban reservadas para una cena. Luego lo pensó mejor. —Está bien, Phelps. Hágalo. Y yo enviaré también una planta a la señora Wheeler.

¿Por qué no la muchacha Wheeler? Había sido bien criada, aunque la casa Wheeler era algo deslucida; era dulce, atractiva, sobre todo en la iglesia. Y Wallie la veía con frecuencia.

Fue a los invernaderos y luego subió a las habitaciones que había planeado para Wallie y su futura esposa. Se sentía más contenta que en mucho tiempo. Era una mujer solitaria, aislada por su propia grandeza del vecindario que anhelaba; cuando quería compañía debía pedirla con invitaciones. De pie en el boudoir, ya pensando en cortinas y muebles, soñaba con nueva vida joven en la gran casa, con el fin de las noches solitarias, con el bullicio de una familia otra vez.

Quería que Wallie se asentara. Estaba cansada de pagar sus cuentas en clubes y hoteles, cansada de los días en que él permanecía en cama mientras su ayuda

preparaba remedios para que se repusiera. Llevaba cuatro años "sembrando su avena loca", y ahora, a los veinticinco, ella sentía que debía terminar con eso.

La habitación del sur podía ser la nursery…

El Día de la Decoración, como siempre, cumplió con la comunidad: envió flores al cementerio y soportó una hora fría mientras se leían los servicios y sonaban las cornetas sobre las tumbas de tres guerras. Se sentía agradecida de que Wallie hubiera regresado sano, y pensaba que si ahora se casaba y se asentaba todo estaría bien.

El servicio no la conmovió. Era de esas mujeres que ven en la guerra, la política o la religión solo su efecto en ellas mismas. Había tomado la invasión alemana como una aflicción personal. Y soportó estoicamente mientras la soprano del pueblo cantaba *The Star Spangled Banner*. Al final del servicio había decidido que Elizabeth Wheeler era la respuesta a su problema.

Ese mismo día, Wallie almorzó con ella en el club de campo, algo presionado, y ella lo encontró evasivo y poco feliz. —Tienes veinticinco años —le dijo—. A los treinta estarás demasiado fijo en tus hábitos, demasiado difícil de complacer. —No voy a casarme solo por casarme, madre. —Por supuesto que no. Pero tienes bastante dinero. Tendrás mucho más cuando yo falte. Y el dinero trae responsabilidad. Él la miró, apartó la vista y golpeó el mantel con el tenedor. —Para casarse hacen falta dos, madre.

Después se cerró, pero ella había aprendido lo que quería.

A las tres de la tarde la limusina Sayre se detuvo frente a la casa de Nina, y la señora Sayre, vestida de rosa brillante y sombrero púrpura, bajó. Leslie, mirando desde una ventana, anunció: —Aquí viene la Reina de Saba. Voy arriba a tener un dolor de cabeza, si no te importa.

Besó a Nina y se fue apresurado. Se sentía muy afectuoso con ella esos días y bastante virtuoso. Creía que su conciencia lo había hecho volver, y no el susto que en realidad lo había traído.

Era la primera visita de la gran dama, y Nina estaba encantada. Para momentos así se entrenaban sirvientes y se ponía encaje irlandés en los delantales, y se contrataban decoradores que diseñaban escenarios para la personalidad de uno. —¡Qué sala tan encantadora! —dijo la señora Sayre—. ¿Y cómo logras que tu criada esté tan impecable? —Debo tener buen servicio —respondió Nina—. El mayordomo está en un desfile o algo así. Qué amable de su parte venir a ver nuestra pequeña casa. Es una cajita, claro.

La señora Sayre se sentó, un contraste discordante en la sala, pero sólida y no del todo antipática. —Querida —dijo—, no vengo solo de visita. Quiero hablarte de algo. De Wallace y tu hermana.

Nina se sintió complacida y un poco triunfante. —Ya veo. ¿Quieres decir que se gustan? —Wallace sí. Claro que esto queda entre nosotras, pero seré franca, Nina. Quiero que Wallie se case, y pronto. Tú y yo sabemos que la vida de un soltero en la ciudad está llena de tentaciones. Quiero que se asiente. Estoy sola también, pero eso no importa tanto.

Nina dudó. —No sé sobre Elizabeth. Le cae bien Wallie, como a todos. Pero últimamente… —¿Sí? —Bueno, en los últimos días he estado pensando. Ella no habla mucho, pero ha estado viendo a Dick Livingstone. —¡El doctor Livingstone! ¡Sería desperdiciarse! —Sí, pero ella es así. No es ambiciosa. Siempre esperamos que se desperdiciara; al menos yo.

Media hora después, Leslie, arriba, se inclinó sobre la baranda para ver si había señales de despedida. La puerta estaba abierta y la señora Sayre parecía a punto de irse. Decía: —Es un asunto muy cercano a mi corazón, querida Nina, y sé que serás discreta. No he insistido en las ventajas materiales, pero podrías señalárselas.

Momentos después Leslie bajó. Nina estaba sola, pensativa, con un gesto de cálculo no del todo agradable. —¿Y bien? —dijo él—. ¿Qué estaban tramando ustedes dos? —¿Tramando? Nada, por supuesto. Él la miró fijamente. —Mira, muchacha —dijo—, no te metas en los asuntos de Elizabeth. Si sé algo, es que está tomando una maldita buena decisión, y no lo olvides.

CAPITULO 18

Dick se quedó con la carta en la mano, mirándola fijamente. ¿Quién era Bassett? ¿Quién era “G”? ¿Qué tenía que ver el grupo e búsqueda de ese Bassett hacia Norada con David? ¿Y quién era la persona que debía ser sacada del pueblo?

No subió. Llevó la carta a su despacho, cerró la puerta y, sentado en su escritorio, encendió la lámpara de lectura como si ese acto físico pudiera darle claridad mental.

Al releerla, las frases crípticas empezaron a cobrar sentido. Un desconocido llamado Bassett iba a Norada con malas intenciones, y otro desconocido, que firmaba “G”, advertía a David de ello. Pero la amenaza no era contra David, sino contra un tercero, alguien que debía ser sacado del pueblo.

David había estado intentando sacarlo del pueblo... La advertencia se refería a él mismo.

Su primer impulso fue ir con David, y meses después se preguntaría qué habría pasado si lo hubiera hecho. ¿Hasta dónde habría llegado Bassett? ¿Qué decisión habría tomado él al conocer la verdad?…

Por un momento, la lanzadera estuvo en manos de Dick. Subió al cuarto de David, con la carta en el bolsillo, y mientras hablaba de cosas triviales mantenía en su interior el debate vital. Pero David tenía dolor de cabeza y el pulso acelerado, y esa parte del patrón nunca se tejió.

La relación entre la ansiedad y la enfermedad de David siempre había sido evidente para Dick, pero ahora empezaba a sospechar un choque concreto: una persona, un telegrama o una llamada telefónica. Y después de la cena fue a la cocina. —Minnie —preguntó—, ¿recuerdas la tarde en que el doctor David se enfermó? —Nunca la olvidaré. —¿Recibió un telegrama ese día? —No que yo sepa. Él mismo solía contestar la campana. —¿Sabes si tuvo una visita, justo antes de que lo oyeras caer? —Sí, un paciente. Un hombre. —¿Quién era? —No lo sé. Era un desconocido para mí. —¿Recuerdas cómo era? Minnie pensó un momento. —Era un hombre más bien pequeño, de unos treinta y cinco años. Creo que llevaba polainas sobre los zapatos, o quizá botas claras. Se veía bien. —¿Cuánto tiempo después lo oíste caer? —De inmediato. Primero se cerró la puerta y luego cayó.

¡Pobre David! Dick no tenía dudas de que había recibido malas noticias y que desde entonces, solo y débil, luchaba con un temor secreto que no podía compartir con nadie. Ni siquiera con Lucy, probablemente.

Aun así, Dick intentó con Lucy esa noche. —Tía Lucy —dijo—, ¿sabes de algo que pudiera haber causado el colapso de David? —¿Qué clase de cosa? —preguntó ella con cautela. —Una carta, digamos, o una visita.

Al ver que ella solo estaba confundida y tratando de recordar, supo que no podía ayudarlo. —No importa —dijo—. Solo buscaba alguna causa. Eso es todo.

Estaba convencido de que Lucy no sabía más que él sobre el visitante de David, y que David había guardado silencio desde entonces. Pero la sensación de desastre inminente que le había traído la carta no lo abandonaba. Pasó sus horas de consulta casi mecánicamente, con parte de su mente ocupada en el enigma. ¿Cómo afectaba eso al plan que había trazado? ¿No era aún más necesario ir con Walter Wheeler y contarle la situación?

Detestaba el misterio. Le gustaba caminar por el medio del camino, bajo el sol. Pero más fuerte que eso era la creciente necesidad de un juicio sano y normal sobre su situación; un punto de vista fresco y un consejo imparcial.

Visitó a David antes de salir, y fue muy delicado con él. Ante este nuevo giro lo veía distinto: enfrentando y temiendo algo inminente. Y lo golpeó la idea de que quizá debía aclarar todo para salvar a David. La carga, fuera lo que fuese, lo estaba quebrando.

Había telefoneado, y el señor Wheeler lo esperaba. Walter pensaba que sabía lo que venía y ya tenía preparado lo que iba a decir. Lo había pensado mientras caminaba solo por la sala, con el perro siguiéndolo. Diría: —Lo aprecio y respeto, Livingstone. Si lo que le preocupa son esos malditos chismes, olvidémoslo. Sé reconocer a un hombre, y si Elizabeth está de acuerdo, yo también lo estoy.

Pero las cosas no salieron así. Dick entró, serio y claramente preocupado, y lo primero que dijo fue: —Tengo una historia que contarle, señor Wheeler. Después de que la escuche y me dé su opinión, le hablaré de algo que... bueno, que ahora no puedo decir. —Si es la charla tonta que seguramente ha oído... —№ No me importa lo que digan. Pero hay otra cosa. Algo que no le he contado a Elizabeth, y que debo contarle a usted.

Walter se irguió con cierta rigidez. La traición de Leslie aún estaba en su mente. —No me diga que está enredado con otra mujer. —№ Al menos creo que no. No lo sé.

Es dudoso que Walter comprendiera muchos de los detalles técnicos que siguieron. Dick hablaba y él escuchaba, asintiendo de vez en cuando, esforzándose por captar lo esencial. Le parecía curioso más que grave. La mente era algo extraño. Tendría que leer sobre ello. A veces lo interrumpía con una pregunta, y Dick respondía. Así, una vez: —¿No le ha dicho nada a Elizabeth? ¿Sobre ese "muro" del que habla? —№ Al principio solo me avergonzaba. No quería que pensara que no era normal. —Ya veo. —Ahora, como le digo, empiezo a pensar... Le he contado que ese "muro" es un deseo inconsciente de olvidar algo demasiado doloroso para recordar. Casi siempre es eso. No puedo ir con ella solo con eso, ¿verdad? Primero debo saber qué es.

—Me había empezado a parecer que había un entendimiento entre ustedes.

Dick lo enfrentó directamente. —Lo hay. No lo planeé. De hecho, intentaba mantenerme alejado de ella. No pensaba hablarle hasta aclarar las cosas. Pero sucedió de todos modos; supongo que como siempre pasa en estos casos.

Finalmente fue decisión de Walter Wheeler acompañar a Dick a Norada, tan pronto como David pudiera quedarse seguro. La carta lo había influido. Hasta entonces había visto la situación con cierta distancia; ahora comprendía que amenazaba la paz de dos hogares. —Es una advertencia, sin duda. —Sí. Sin duda. —¿No reconoces el nombre Bassett? —№ Lo he intentado, claro.

El resultado de cierta indecisión fue que Elizabeth no debía saber nada hasta que estuvieran listos para contarle todo. Y al final, el resentimiento de Walter por verla envuelta en una situación desagradable se desvaneció ante el rostro pálido y los ojos hundidos de Dick.

A las diez en punto la puerta de la casa se abrió y cerró, y Walter Wheeler se levantó y salió al vestíbulo. —Sube, Margaret —le dijo a su esposa—. Tengo una visita. —No miró a Elizabeth—. Ponte cómoda, y subiré en un rato. ¿Dónde está Jim? —No sé. No fue a casa de Nina. —¿Salió contigo, no? —Sí. Pero nos dejó en la esquina.

Se miraron. Jim los había preocupado últimamente. Extraño cómo un hombre podía pasar años con preocupaciones solo de negocios, siguiendo un camino claro y seguro, cosechando lo que sembraba. Y luego su familia crecía y lo involucraba de golpe en nuevas dificultades. Primero Nina, luego Jim, y ahora esta historia extraña que inevitablemente involucraba a Elizabeth.

Puso un brazo alrededor de su esposa y la sostuvo. —No te preocupes por Jim, madre —dijo—. En el fondo está bien. Está pasando por ese mal momento entre ser un muchacho y ser un hombre. Es un buen chico.

La observó subir las escaleras, con ojos tiernos y atentos. Para él ella era simplemente "madre". Nunca había pensado en otra mujer en sus veinticuatro años juntos.

Elizabeth esperaba cerca, con la mirada fija en su rostro. —¿Es Dick? —preguntó en voz baja. —Sí. —No te importa, ¿verdad, papá? —Solo quiero que seas feliz —respondió con voz ronca—. Lo sabes, ¿no?

Ella asintió y levantó el rostro para ser besada. Él comprendió que no tenía ninguna duda de que esa conversación la unía para siempre a Dick Livingstone. Irradiaba felicidad y confianza. La dejó allí y volvió a la sala, cerrando la puerta.

CAPITULO 19

Louis Bassett, cuando se dirigía al viejo rancho Livingstone —ahora propiedad de los Wasson—, repasaba cuidadosamente en su mente la posible participación de David en la fuga de Judson Clark. Algunas partes parecían claras, siempre que se aceptara el hecho de que, tras una fuerte nevada, un forastero y un novato se habían internado solos en las montañas, en condiciones que habían obligado al grupo de búsqueda a darse por vencida y dar a Clark por muerto.

¿Lo habría enviado Donaldson allí, sabiendo que era médico? Si así fuera, ¿no lo habría dicho Maggie Donaldson? Ella había mencionado "un hombre afuera que al

principio creyó parte del grupo de búsqueda". Evidentemente, entonces, Donaldson no la había preparado para esperar ayuda médica.

Veamos el otro ángulo: supongamos que David Livingstone no fue llamado. Que no sabía nada de la cabaña ni de sus ocupantes hasta que se topó con ellos. Había vendido el rancho, repartido los libros de su hermano, y aparentemente la gente de Dry River creía que había regresado al Este. Entonces, ¿qué lo llevó, claramente solo y dando la impresión de haber partido hacia el Este, a las montañas? ¿A cazar? ¿Cazar qué, y por qué hacerlo en secreto y solo?

Bassett terminó inclinándose por la teoría de Donaldson. John Donaldson habría querido un médico, pero no uno de Norada. Podía haber oído hablar de este doctor del Este en Dry River, haberle contado su historia, incluso haberlo acompañado parte del camino. La situación tenía lógica. Era posible, al menos...

Pero en lugar de aclarar las cosas, la visita de Bassett al rancho Wasson aportó nuevos elementos que no encajaban en ninguna de sus hipótesis.

Wasson, a quien encontró a caballo en el camino, escuchó la misma explicación que Bassett había dado a la esposa del tendero. Wasson era alto, con chaparreras y sombrero Stetson, y mostró interés cortés. —Bill y Jake siguen aquí —dijo—. Seguramente están cenando, y haré que puedas hablar con ellos. Los recibí junto con el rancho. ¿Propiedad, dices? Bueno, espero que sea mejor tierra que la que había aquí.

Lo acompañó hasta la casa. —Un poco tarde para servirle de algo a Henry Livingstone —añadió—. Lleva diez años en el cementerio de Dry River. Y no fue muy llorado. Era tan reservado y poco sociable como los hay.

La descripción que Wasson aplicaba a Henry Livingstone, Bassett la aplicó después a los dos peones del rancho. Apenas podía llamarse entrevista: tras un rato, Bassett comprendió que detrás de su silencio había sospecha. Lo observaban, y creyó ver que intercambiaban miradas. Wasson mismo parecía intrigado. —Habla, Jake —dijo irritado—. Este caballero ha venido de lejos. Es un asunto de propiedad. —¿Qué clase de propiedad? —preguntó Jake, el portavoz. —Eso no importa —respondió Bassett con calma—. Lo que queremos saber es si Henry Livingstone tenía familia. —Tenía un hermano. —¿Nadie más? —Entonces me toca seguir la pista del hermano —dijo Bassett—. ¿Alguno recuerda dónde vivía? —En algún lugar del Este.

Bassett rió. —Eso es bastante vago. ¿Nunca enviaron cartas para él?

Otra vez creyó ver miradas entre ellos, pero siguieron fingiendo ignorancia. Wasson oscilaba entre la molestia y la diversión. —¿Qué te dije? Como el amo, así

los hombres. Llevo diez años aquí y nunca he sacado una palabra sobre los Livingstone de ninguno de ellos.

Bassett sonrió. —Supongo que admitirán que uno de ustedes llevó a David Livingstone al tren, y que tenían una idea de a dónde iba.

Miró directamente a Jake, pero su rostro era una máscara. No respondió nada.

Desde ese momento Bassett estuvo seguro de que David no había salido del rancho en tren. Lo que no sabía era si los peones sabían que había ido a las montañas, o por qué. Intuía un pequeño misterio propio detrás de su silencio, quizá incluso miedo. Tal vez el grupo de búsqueda de David era tan enigmática para ellos como para él.

Al final desistió, habiendo aprendido solo datos menores: que Henry había llevado una vida solitaria, que nunca intentó mejorar el rancho, que era un estudioso y que no tenía otras rarezas. —¿Alguna vez dijo algo que hiciera pensar que tenía familia, aparte de su hermano y su hermana? ¿Algún heredero directo? —preguntó Bassett. —Nunca hablaba de sí mismo —respondió Jake—. Si eso es todo, señor Wasson, tengo un novillo atascado en el potrero norte y debo irme.

Por invitación de los Wasson se quedó a almorzar, y luego, sentado en la veranda mientras la señora Wasson cosía, miraba pensativo la cadena montañosa, cercana, árida y misteriosa. —Curioso —comentó—. Un hombre amante de los libros y del estudio, que viene aquí no para ganarse la vida ni ser útil en la comunidad, sino aparentemente para enterrarse vivo. Me pregunto por qué. —Muchos vienen aquí para escapar de algo, señor Bassett. —Sí, para empezar de nuevo. Pero este hombre nunca empezó de nuevo. Simplemente se rindió.

Ella dejó la costura y lo miró con atención. —¿Los muchachos le dijeron algo del joven que visitaba a Henry Livingstone de vez en cuando? —№ No fueron muy comunicativos. —Supongo que no lo dirían. Pero no veo, salvo que... —se detuvo, perdida en pensamientos que él no podía seguir—. Verá, aquí no tenemos mucha emoción, y cuando vimos a ese muchacho por primera vez —venía sobre todo en verano— pensamos que era pariente. No sé por qué lo consideramos misterioso, salvo porque casi nunca se le veía. Ni siquiera sé si era deliberado. En realidad, el señor Livingstone no era más que un nombre para nosotros. —¿Quiere decir, un hijo? —Nadie lo sabía. Solo venía de vez en cuando.

Bassett se movió en su silla. —¿Qué edad cree que tenía ese muchacho? —Venía en distintas épocas. Cuando el señor Livingstone murió, supongo que estaba en sus veinte. Lo extraño es que los hombres no lo mencionaran. —No pregunté por él, claro.

Ella siguió cosiendo, como si quisiera dejar el tema, pero Bassett sintió que lo observaba con atención, tratando de ubicarlo. —¿Dijo que era asunto de propiedad? —Sí. —Pero ya es tarde, ¿no? Diez años. —Eso lo hace difícil.

Tras un silencio, ella tomó una decisión. —Nunca lo he dicho, salvo a mi esposo. Pero creo que estaba aquí cuando Henry Livingstone murió.

Su tono era misterioso, y Bassett la miró sorprendido. —¿No cree que lo asesinaron? —No Murió de un fallo cardíaco. Hubo autopsia. Pero tenía un corte en la cabeza. Quizá se cayó. Bill y Jake estaban fuera, habían llevado ganado al campo. Pasaron dos días antes de que lo encontraran, y habría sido más si Wasson no hubiera ido a hablarle de la compra. Lo halló muerto en su cama, pero había sangre en el piso de la habitación contigua. Yo misma la limpié. —Claro —añadió, viendo su silencio—, puedo estar equivocada. Tal vez se cayó en la otra habitación y se arrastró hasta la cama. Pero estaba muy bien cubierto. —¿Cree entonces que ese muchacho lo puso en la cama? —No sé. No se le vio por aquí. Nunca volvió. Pero el equipo e búsquda encontró un caballo con la marca Livingstone, ensillado, muerto en el cañón de Dry River cuando buscaban a Judson Clark. Eso fue un mes después. Los hombres dijeron que se había escapado, pero yo siempre lo dudé.

Al final Bassett se levantó y se despidió. Estaba confundido e irritado. Allí, de una forma u otra, aparecía Dick Livingstone. Había una historia, sí, pero no la que buscaba. Ese desconocido había estado en el rancho cuando Henry murió, quizá responsable indirecto de su muerte. Había huido, como lo probaba el caballo. Más tarde, David Livingstone lo había acogido en su familia. Eso era todo.

Excepto por la identificación de Gregory y la fotografía de Judson Clark... Por un momento se preguntó si el desconocido y Clark podían ser el mismo. Pero en Dry River habrían reconocido a Clark. No podía ser.

Casi volcó el coche de regreso a Norada, tan absorto estaba en sus pensamientos.

CAPITULO 20

El 7 de junio, David y Lucy se fueron a la costa. Lo hicieron por orden de varios médicos que, tras haber discutido violentamente durante la enfermedad de David, ahora coincidían con sorprendente unanimidad. Esa unanimidad era fruto de la cuidadosa insistencia de Dick.

Él veía en la ausencia de David su única oportunidad de volver a Norada sin preocupar al enfermo, y además sentía que un cambio, alejarse de la atmósfera cargada de la vieja casa, sería bueno para ambos, David y Lucy.

Durante días antes de partir, Lucy se movió con frenética energía: escribía menús para Minnie con un mes de anticipación, contaba y recontaba los cuellos y pañuelos de David, limpiaba y planchaba sus corbatas. En el establo, Mike lustraba botas hasta que le dolían los brazos, y al final, con los baúles ya repletos, aparecieron tres batas de regalo para David, ninguna de las cuales quiso dejar atrás. —No sé qué le pasa —protestó Lucy a Dick—. Se lleva todos los regalos que recibió desde que enfermó. Parece que fuera a encerrarse en una isla desierta.

Pero Dick lo entendía. En la vida de David, los amigos habían reemplazado a esposa e hijos; ahora, en su edad y debilidad, se aferraba a ellos, y Dick sabía que sentía que los abandonaba tras muchos años de fidelidad.

Así que David cargaba con calendarios, pantuflas, batas y calcetines de cama, pruebas tangibles de la amistad de los demás y motivo de desesperación para Lucy.

Dick estaba seguro de que nada nuevo amenazaba su recuperación. Revisaba con cuidado el correo, pero no llegaba ninguna carta sospechosa, y con el paso de los días la paz de David parecía restablecida. Ya no hablaba de Johns Hopkins, dormía como un niño y se quejaba casi con fastidio de su dieta restringida. —Cuando nos alejemos de Dick, Lucy —decía—, volveremos a comer carne de res, cerdo asado y salchichas.

Lucy sonreía distraída y negaba con la cabeza. —Seguirás con tu dieta, David. Y lo más extraño es tu ropa interior de invierno. Estoy segura de que tenías cinco juegos, y ahora solo hay tres.

O faltaban calcetines, o ropa de dormir. Y David, riéndose por dentro, se preguntaba con ella, sabiendo que habían vestido a algún necesitado.

La noche antes de la partida, David salió a dar su primer paseo solo y regresó con Elizabeth. —Encontré una rosa caminando por la calle, Lucy —gritó desde la puerta—, y la traje para la mesa de la cena.

Lucy bajó, acalorada por sus últimos esfuerzos con los baúles, pero hospitalaria. —Es noche de pescado, Elizabeth —dijo—. Minnie es católica, así que siempre tenemos pescado los viernes. Espero que te guste.

Le puso la mano en el brazo y la acarició suavemente, y así Elizabeth fue recibida en la vieja casa de ladrillo como si fuera parte de ella.

••••••••

Elizabeth encontraba este período de compromiso tácito bastante desconcertante. Su familia la confundía. Incluso Dick, a veces. Nadie parecía

ansioso por hacer planes para el futuro ni hablar de la boda. Eso la hería un poco, recordando la emoción que hubo con la de Nina.

Lo que más la desconcertaba era la necesidad de secreto. Ni Nina ni Jim lo sabían. No lo resentía, aunque sí la confundía. Ella habría querido gritarlo a los cuatro vientos. Su padre solo había dicho: —Ya se lo conté a tu madre, cariño, y mejor lo dejamos así por un tiempo. No hay prisa. Y no quiero perderte todavía.

Pero había otras cosas. Dick variaba. Siempre era tierno, pero a veces parecía alejarse de ella, distante, observándola con intensidad. Luego, como si hubiera intentado separarse y fracasado, la abrazaba con furia. Ella trataba de adaptarse dócilmente a su ánimo: se sometía a su pasión y aceptaba esos intervalos en que él se apartaba y la miraba fijamente sin tocarla.

Pensaba que los hombres enamorados eran muy extraños e incomprensibles. Porque variaba en otras formas también: a veces alegre y juvenil, otras silencioso y casi sombrío. Creía que quizá estaba cansado, con el trabajo de David y el suyo propio, y a veces se preguntaba si aún lo preocupaba aquella historia absurda. Alguna vez, después de que él se iba, subía y se miraba con cuidado en el espejo. Tal vez no había lucido lo mejor ese día. Como toda muchacha, valoraba mucho la apariencia en el amor. Quería desesperadamente ser hermosa para él. Deseaba parecerse a Beverly Carlysle, por ejemplo.

Dos días antes de la partida de David y Lucy, Dick le llevó su anillo de compromiso: un diamante cuadrado montado en platino. Lo besó primero y luego besó su dedo antes de colocarlo. Fue un rito, y ella sintió que era algo que nunca podría deshacerse. Al mirarlo, él estaba muy pálido. —Renunciando a todos los demás, mientras vivamos —dijo con voz temblorosa. —Mientras vivamos —repitió ella.

Sin embargo, tuvo que quitárselo después, porque la señora Wheeler tenía ideas muy claras sobre los anillos de compromiso: se ponían el día en que se anunciaba en los periódicos, y no antes. Así que Elizabeth lo llevaba colgado de un listón blanco dentro de su blusa, hasta que su padre aceptara anunciar que estaba a punto de perderla.

Así, Elizabeth encontraba su compromiso lleno de giros inesperados, nada como lo había imaginado. Pero aceptaba las cosas como venían, siendo del tipo de persona alrededor de la cual se desarrollan los dramas de la vida, sin ser ella misma dramática. Vivía sus días tranquilos, preocupándose a veces por Jim, cosiendo servilletas para su ajuar, y dormía por la noche con el anillo en el dedo, sintiéndose envuelta en un amor protector que ya no se limitaba a la casa Wheeler, sino que se extendía dos calles más allá, hasta la vieja casa de ladrillo con su patio algo descuidado.

••••••••

Esa última noche antes de la partida fueron muy alegres en la vieja casa de ladrillo, ruidosos con el pescado y la chuleta de cordero de David. Dick pidió una botella del vino casero de Lucy, y hasta David tomó un poco. Brindaron por la costa, por la enfermera que se había ido, y David recitó a Robert Burns con un horrible acento escocés. Luego Dick mostró un truco con tres monedas: uno leía la fecha en una mientras él no miraba, y Dick adivinaba sin fallar cuál era. Misterioso.

Después de la cena, Dick llevó a Elizabeth a su laboratorio, y mientras ella miraba por el microscopio con un ojo cerrado, él le besó la nuca blanca.

Al salir, había pacientes en la sala de espera, pero él la sostuvo unos momentos en la oficina, en silencio, y como la puerta era delgada hicieron un juego: fingieron que ella era una paciente. —¿Cómo durmió anoche? —preguntó él, con voz profesional y clara. Luego la besó. —Muy mal, doctor —respondió ella, también clara, y susurró—: Estuve despierta pensando en ti, querido. —Entonces debo darle este somnífero.

Muy profesional... pero el somnífero resultó ser otro beso. Era un juego maravilloso.

Al salir al pasillo, Elizabeth tuvo que detenerse a arreglarse el cabello antes de ir al ordenado salón de Lucy.

CAPITULO 21

Era el turno de Jim Wheeler de tomar la lanzadera. Una chica conocida de manera casual; su juventud y el ímpetu de ella, quizá la indulgencia inconsciente de ser hijo único... y Jim tejió su parte y siguió adelante.

Durante toda la primavera hubo pequeñas tensiones en la familia Wheeler. Desde sus ventanas tranquilas, Walter Wheeler veía pasar al mundo joven sobre ruedas, rápido y despreocupado. Mucho de lo que le pertenecía legítimamente, y mucho de lo que no, lo atribuía al automóvil. Y se negaba obstinadamente a comprar uno. —Siempre podemos tomar un taxi —respondía imperturbable a Jim—. Pago cuentas de taxi bastante grandes sin discusiones. Te conozco bien, Jim. Mejor de lo que tú te conoces. Y si tuvieras un coche, harías lo posible por romperte el cuello en él.

De vez en cuando, sin embargo, Jim conseguía un coche. A veces lo rentaba, otras convencía a Nina de prestarle el suyo. —Un tipo parece un tonto sin coche —le decía—. Las chicas esperan que las lleven. Es parte del juego.

Y Nina, siempre sensible a cómo se veía todo, a veces accedía a regañadientes. Pero una noche, poco después de que David y Lucy se fueran a la costa, Nina entró

como un torbellino y rompió la paz familiar. —Padre —dijo—, tienes que hablar con Jim. Ha tomado nuestro coche dos veces de noche sin pedirlo, y anoche rompió un resorte. Les está furioso. —¿Tomó tu coche? —exclamó la señora Wheeler. —Sí. Me molesta decirlo, pero ya le había advertido la primera vez, y lo hizo de nuevo.

La señora Wheeler miró inquieta a su esposo. A menudo sentía que era demasiado severo con Jim. —No te preocupes —dijo él con dureza—. No lo hará otra vez. —Si tuviéramos un coche propio... —protestó ella. —Ya sabes lo que pienso, madre. No voy a dejar que ande de paseo por el país, rompiéndose el cuello y metiéndose en problemas. Lo he visto manejar el coche de Wallace Sayre, y conduce como un loco.

Era una vieja disputa, amarga. El señor Wheeler se levantó, silbó al perro y salió. Su esposa se volvió hacia Nina. —Ojalá no trajeras estos asuntos a tu padre —dijo—. Ha estado muy nervioso últimamente, y no siempre es justo con Jim. —Bueno, ya es hora de que Jim sea justo con Leslie —replicó Nina con franqueza—. Te diré algo, madre. Jim tiene una chica en algún lugar, probablemente en el pueblo. La lleva a pasear. Encontré un guante en el coche. Y debe estar loco por ella, o no haría lo que ha hecho. —¿Sabes quién es? —№ Alguien de quien se avergüenza, probablemente, o no sería tan clandestino. —¡Nina! —Pues así parece. Jim es un hombre, madre. No es un niño. Pasará por su período turbio, como todos.

Esa noche fue la señora Wheeler quien no pudo dormir. Una y otra vez repasó las palabras de Nina, y su mente preocupada encontró hechos que las respaldaban. Jim le había pedido dinero para complementar su pequeño salario; salía mucho de noche y volvía muy tarde; alguna vez había amanecido con mal aspecto y los ojos enrojecidos, como si hubiera bebido.

La ansiedad la atrapó. Había tantas tentaciones para los jóvenes, tantas trampas esperándolos. Una chica. Quizá no una buena chica.

Se incorporó y miró a su esposo dormido. Los hombres eran así: engendraban hijos y luego los olvidaban. Nunca miraban adelante ni se preocupaban. Se ocupaban de sus negocios y olvidaban que ellos también habían sido jóvenes y vulnerables.

Más tarde se levantó y fue de puntillas hasta la puerta del cuarto de Jim. Adentro escuchó su respiración pesada y regular. Su hijo. Su único hijo. Volvió y se metió con cuidado en la cama.

La mañana siguiente hubo una fuerte discusión entre Jim y su padre, y Jim salió dando un portazo, dejando el caos atrás. Fue entonces cuando Elizabeth supo que su padre se iba. —Quizá estoy equivocado, madre —dijo él—. No sé. Tal vez, cuando regrese, busque un coche. No quiero que se vea obligado a hacer cosas a escondidas. —¿Te vas? —preguntó Elizabeth, sorprendida.

Resultó que sí. Más aún: se iba al Oeste con Dick. Todo estaba arreglado y nadie le había dicho nada.

Se sintió herida y un poco ofendida, y lloró un poco. Pero, como Dick le explicó más tarde ese día, era sencillo. Su padre necesitaba descansar, y además era justo que conociera toda la vida de Dick antes de que llegara a Haverly. —Va a hacerme un regalo muy valioso, ¿sabes? —¡Pero parece que no confía en ti! —Está siendo muy cortés al respecto; pero, claro, en sus ojos soy un ladrón común, robando...

Ella no lo dejó continuar.

••••••••

Cierta inmadurez, la confianza ciega de la juventud en quienes ama, explica la docilidad de Elizabeth en ese momento. Pero bajo su sumisión crecía una inquietud ferozmente reprimida. En lo profundo, comenzaba la batalla entre la confianza absoluta y el miedo, una batalla que pronto la haría madurar.

Nina, astuta y suspicaz, percibió algo de tensión nerviosa en ella cuando entró más tarde ese día a pedir prestado un sombrero. —Mira, Elizabeth —empezó—, quiero hablar contigo. ¿Vas a vivir en este... este agujero toda tu vida? —No es ningún agujero —respondió Elizabeth, indignada—. De verdad, Nina, deberías cuidar más lo que dices. —Oh, es un agujero encantador —dijo Nina con indiferencia—. Pero agujero al fin. No entiendo por qué madre no organiza mejor a sus sirvientes... pero dejemos eso. Elizabeth, hay mucho rumor sobre ti y Dick Livingstone, y me enfurece. Cuando pienso que podrías tener a Wallie Sayre con solo levantar un dedo... —Y que no pienso levantarlo —interrumpió Elizabeth. —Entonces eres una tonta. ¿Y es Dick Livingstone? —Lo es, Nina.

El alma ambiciosa de Nina se sintió desgarrada. —Esa vieja casa pesada —dijo—, con dos ancianos. Una sirvienta general, y tú cocinando los jueves que ella descansa. Te deseo suerte con eso.

—Me pregunto —dijo Elizabeth con calma— si alguna vez se te ocurre que puedo poner el amor por encima de casas y sirvientes. ¿O que mi vida es mía, para vivirla exactamente como yo quiera? Porque eso es lo que pienso hacer.

Nina se levantó furiosa. —Gracias —dijo—. Te deseo suerte con eso.

Y salió, cerrando la puerta de un portazo.

••••••••

Con solo un día antes de la partida de Dick, y con Jim ya tomando su turno en la lanzadera del destino, Elizabeth se convirtió en objeto de ciertas insinuaciones claras de la señora Sayre, durante un almuerzo de rosas en la casa de la colina.

Los rumores sobre Dick y Elizabeth habían tardado en llegar allí. Cuando lo hicieron, a través de un pequeño grupo en la terraza después del almuerzo, la señora Sayre se mostró molesta y enojada, inclinada a culpar a Wallie. Todo lo que había querido en su vida lo había obtenido sin esfuerzo, y no sabía cómo luchar por nada. Se había quedado mirando, mientras ese médico de aspecto modesto, mayor que la muchacha, se la llevaba.

No se rindió del todo. Conocía al pueblo y su tendencia a exagerar. Así que esa tarde hizo un intento desesperado por tentar a Elizabeth. La llevó por los invernaderos y luego por los pisos superiores de la casa. Le mostró fotos de su barco en Miami y de la casa en Marblehead. Elizabeth se mostró cortésmente interesada, pero completamente indiferente. —Cuando piensas —dijo al fin la señora Sayre— que Wallie tendrá que asumir muchas cargas algún día, puedes entender lo ansiosa que estoy de que se case con la chica adecuada.

Le pareció que Elizabeth se sonrojaba un poco. —Estoy segura de que lo hará, señora Sayre.

Ella intentó otro enfoque. —Tendrá todo lo que yo tengo, querida, y es una gran responsabilidad. Bien usado, el dinero puede ser un agente de mucho bien. La esposa de Wallie puede ser una fuerza, si lo desea. Puede cuidar de los pobres. Yo tengo una larga lista de pensionados, pero ya soy demasiado vieja para dar servicio personal. —Eso sería maravilloso —dijo Elizabeth con seriedad. Por un momento deseó que Dick fuera rico. Había tanto por hacer con dinero, y él sabría cómo hacerlo. Bajó pensativa las escaleras, y la señora Sayre sintió una pequeña satisfacción. Ahora, si Wallie hiciera su parte...

••••••••

Esa noche, Jim trajo la tragedia a la casa Wheeler, una tragedia que pesaría sobre ella durante muchos días.

Había una pequeña cena, de esas reuniones informales en que la señora Wheeler, al encontrar en el mercado los primeros pollos para asar y unas finas arvejas verdes, los compraba y luego llamaba por teléfono a sus amigos. El reverendo Oglethorpe y su esposa aceptaron con alegría; Harrison Miller, resignado. Luego la señora Wheeler respiró hondo y decidió invitar a la señora Sayre. Cuando esta aceptó con entusiasmo, la señora Wheeler revisó apresuradamente el menú, llamó al florista por flores y pasó media hora con Annie preparando platos y copas.

Jim no iba a volver esa noche, y Elizabeth cenaba con Nina. La señora Wheeler se movía por la casa satisfecha. Todo iba bien, después de todo. Pronto habría un coche, y Jim pasaría más tiempo en casa. Nina y Leslie estaban felices otra vez. Y Elizabeth... quizá no un buen partido, pero sí un matrimonio por amor, si alguna vez lo hubo.

Se sentó al pie de la mesa esa noche, demasiado pendiente de Annie, pero contenta. Ella misma había pulido la copa de plata hasta dejarla brillante, y ahora estaba llena de flores en el centro del mantel.

En casa de Nina había un grupo más pequeño pero similar. En todo el pueblo, a esa hora, había grupos semejantes, reunidos alrededor de flores y velas; servidos con esmero, alegres y sin dramatismo, con las puertas cerradas y los perros esperando afuera en el largo crepúsculo de primavera.

Elizabeth observaba a Nina. Así, pensaba, algún día presidiría su propia mesa. Quizá no muy lejos. Un poco de separación, cartas que esperar y responder, y luego...

Sonó el teléfono, y Leslie contestó. No volvió; en cambio, escucharon la puerta de la casa cerrarse y luego el ruido del coche saliendo del garaje. Se detuvo en la puerta, y Leslie entró. —Lo siento —dijo—, pero creo que Elizabeth tendrá que volver a casa. Mejor ven también, Nina. —¿Qué pasa? ¿Alguien está enfermo? —exclamó Elizabeth. —Jim ha tenido un accidente de automóvil. Tranquila, Elizabeth. Está herido, pero va a estar bien.

La casa Wheeler, cuando llegaron, estaba iluminada. Annie lloraba en el pasillo, y en la sala la señora Sayre estaba sola, una figura extraña en un vestido llamativo, pero con el rostro fuerte y sereno. —Se han ido al hospital en mi coche —dijo—. Llegarán en cualquier momento, y el señor Oglethorpe llamará enseguida. Deben esperar antes de entrar.

Todos entendieron lo que eso significaba. Podía ser demasiado tarde. Nina lloraba histéricamente, pero Elizabeth no podía llorar. Se quedó junto al teléfono, seca de ojos, escuchando a la señora Sayre y a Leslie, sin oírlos realmente. Habían llamado a Dick Livingstone y él había entrado. La señora Sayre temía que hubiera sido uno de los coches de Wallie. Le había rogado a Wallie que dijera a Jim que tuviera cuidado. Tenía demasiada velocidad.

Sonó el teléfono y Leslie tomó el auricular, apartando suavemente a Elizabeth. Escuchó un momento. —Muy bien —dijo. Colgó y se quedó quieto antes de volverse: —No son buenas noticias. Ojalá pudiera... ¡Elizabeth!

Elizabeth se desplomó en un pequeño montón en el suelo.

••••••••

Durante toda la larga noche que siguió, con pasos en los pasillos, con la puerta de su madre cerrándose y el silencio espantoso que siguió, con el amanecer entrando por las ventanas —un amanecer que para Jim no significaba un nuevo día, sino una nueva vida más allá del alcance de los vivos—, Elizabeth fue consciente de dos figuras que iban y venían. Una era Dick, silencioso, tierno y atento. La otra, una

mujer corpulenta en un vestido llamativo, con el rostro viejo y cansado en la luz de la mañana, que la cuidaba con manos suaves.

Se quedó dormida cuando la luz se intensificaba en el Este, con Dick sosteniendo sus manos y arrodillado junto a su cama.

••••••••

No fue hasta el día siguiente que supieron que Jim no había estado solo. Una chica que iba con él había quedado atrapada bajo el coche y murió instantáneamente.

Jim había tejido su parte en el patrón y se había ido. La muchacha era insignificante; había sido, y ya no era. Eso fue todo. Pero la muerte de Jim añadió el último elemento a la catástrofe que se avecinaba. Envió a Dick solo hacia el Oeste.

CAPITULO 22

Durante varios días después de su visita al rancho Livingstone, Louis Bassett no hizo ningún intento por ir a la cabaña. Vagó por el pueblo, hizo amistades al azar y, en conversaciones cuidadosas con los residentes más antiguos que pudo encontrar, sacó el tema de las familias Clark y Livingstone. De los Livingstone no obtuvo nada; de los Clark, poco que no supiera ya.

Un día se topó con un hombre bajo y robusto: el sheriff, quien había perdido su cargo tras la fuga de Jud Clark y lo había recuperado recientemente. Bassett llevaba algo de whisky consigo, y con la promesa de un trago logró atraer a Wilkins a su habitación. Con la copa en mano, el sheriff habló.

—Todo eso que han publicado los periódicos últimamente sobre que Jud Clark está vivo es puro cuento —dijo con irritación—. Maggie Donaldson estaba loca. Puedes preguntarle a la gente de aquí. Todos lo saben. Esos reporteros vinieron con un cepillo de dientes y una maleta llena de licor, creyendo que iban a sacar algo. Pensaban que nos íbamos a guardar información si no nos emborrachaban. Pero no hay nada que guardar. Jud Clark está muerto. Eso es todo.

—Claro que está muerto —respondió Bassett con tono amable—. Encontraron su caballo, ¿no?

—Sí. Muerto. Y cuando encuentras el caballo de un hombre muerto en las montañas, en medio de una tormenta de nieve, no necesitas más pruebas. Ese invierno pasaron cinco meses antes de que se pudiera ver un sendero por Goat Mountain.

Bassett asintió, se levantó y sirvió otro trago.

—Supongo —comentó con aire casual— que incluso si Clark apareciera ahora, sería difícil condenarlo, ¿no?

El sheriff lo pensó, levantando su copa.

—Bueno, sí y no —dijo—. Era evidencia circunstancial, en su mayoría. Nadie lo vio hacerlo. Lo peor fue que se dio a la fuga.

—¿Y los testigos?

—Nadie lo vio directamente. John Donaldson fue el que más cerca estuvo, y está muerto. La esposa de Lucas seguía viva la última vez que supe, y el ayuda de cámara debe andar por ahí en algún lado.

—Supongo que si apareciera, intentarían atraparlo.

—Claro que lo intentaríamos —dijo Wilkins con seriedad—. Todavía hay gente en este condado que se burla de mí por ese caso.

Al día siguiente, Bassett alquiló un caballo tranquilo, enrolló en su impermeable provisiones para dos días, las amarró a la parte trasera de la silla y se internó en las montañas. No montaba desde hacía años, y al cabo de una hora ya se sentía adolorido. Al mediodía apenas podía bajarse del caballo, y una vez abajo, casi no lograba volver a subir. Toda la mañana el caballo había trepado por un sendero angosto, zigzagueando por un cañón, resoplando de vez en cuando, como hacen los caballos en subida. Habían seguido un arroyo rugiente que descendía en pequeñas cascadas desde los campos de hielo. Y Bassett, todo ese tiempo, había estado siguiendo mentalmente el mismo sendero que, diez años atrás, recorrió un joven enloquecido por el miedo y el alcohol, empujando a su caballo en plena noche y tormenta, sin rumbo ni esperanza.

Le costaba conectar a ese fugitivo frenético con el hombre tranquilo que había visto en su oficina en Haverly, el hombre que podía ser —o no— Judson Clark. Se recostó en una ladera al mediodía y enfrentó la situación con franqueza, mientras su caballo, amarrado, pastaba con pequeños saltos en un prado de altura. O Dick Livingstone era Clark, o era el visitante ocasional del rancho Livingstone. Si era Clark, y si podía probarlo, Bassett tenía dos opciones: denunciarlo a las autoridades y publicar la gran historia de su carrera, o dejar las cosas como estaban. Profesionalmente, la primera opción lo atraía; como persona, empezaba a rechazarla. Los últimos días le habían dado una nueva perspectiva sobre Judson Clark. Había sido muy popular; algunos hombres del pueblo contaban cómo intentaron salvarlo de sí mismo. Había sido derrochador, pero también generoso. "Un buen muchacho", hasta que la libertad y el dinero lo corrompieron. Más de uno en la partida del sheriff no quería encontrarlo.

Estuvo tentado de regresar. Las montañas lo rodeaban, sombrías y majestuosas. Lo hacían sentirse pequeño e impertinente, como si hubiera venido a descubrir secretos que ellas nunca revelaban. Casi tenía que luchar contra la sensación de que eran hostiles.

Después de un rato decidió seguir adelante. Que lo arrojaran a un barranco si así lo querían. Se levantó, gruñendo, y guiando al caballo junto a una roca, logró subir de nuevo a la silla. Para aliviar su ánimo, le habló al animal:

—Sería más fácil para los dos si no fueras tan ancho, viejo amigo —dijo.

Aun así, le costaba relacionar el incidente con él mismo o con su propósito. Repasó las posibles explicaciones del rastro: un guardabosques camino al pueblo; un incendio forestal en algún lugar; un perro rezagado de la jauría de periodistas. Estaba convencido ahora de que unos ojos humanos lo habían observado por un tiempo a través de la pared de troncos la noche anterior, pero no lograba conectarlos con su investigación.

Se dedicó con firmeza a su tarea: encontrar, de alguna manera, una prueba de la veracidad de la declaración de Maggie Donaldson antes de morir. Para empezar, aceptó esa declaración y siguió a dónde lo llevaría, y lo condujo, finalmente, a la estufa derrumbada bajo el techo caído del cobertizo.

Se propuso reconstruir la vida en la cabaña. Jud habría ocupado la litera inferior, David la superior. El esqueleto de una cama en el cobertizo habría sido de Maggie. Pero nada de eso le dio resultados.

Muy bien. Aceptando que vivieron allí, desde allí se habría hecho la fuga. Habrían partido en cuanto la nieve se derritiera lo suficiente para dejarlos salir, y no habrían tomado el sendero hacia el pueblo, sino alguna ruta alternativa hacia el ferrocarril. Pero antes de irse, debieron hacer cosas: limpiar la cabaña de todo rastro de ocupación; las latas, la ropa de Clark, la ropa de cama que no podían cargar. Las latas debieron ser un problema; la ropa, por supuesto, podía quemarse. Pero había objetos, como botones, que no se quemaban fácilmente. El reloj de Clark, si llevaba uno, sus mancuernillas. ¿Los habrían enterrado?

Se le ocurrió que quizá habían escondido algunos objetos no quemables bajo el piso, y levantó un par de tablas toscas. Pero para continuar la búsqueda de manera sistemática habría necesitado una piqueta, y con pesar abandonó la idea y dirigió su atención al cobertizo y a la estufa enterrada.

La estufa yacía en un hoyo poco profundo, lleno de cenizas antiguas y trozos de madera desmoronada del techo. Estaba de lado, con sus planchas de hierro colapsadas y la larga chimenea desintegrada. Sudó intensamente antes de lograr desenterrarla y sacarla de su lecho de cenizas y agujas de pino. Una vez hecho

esto, trajo su lámpara de vela y se acomodó en el suelo, sentado con las piernas cruzadas.

Su primera inspección casual de las cenizas no reveló nada. Entonces se puso a trabajar con más cuidado, levantándolas a puñados, examinándolas y descartándolas. En menos de diez minutos tenía a un lado un montón de botones metálicos quemados y ennegrecidos, ojales y un trozo de cuero de un zapato, además de la punta casi irreconocible de una pluma fuente.

Los sostuvo en la palma de la mano. Por separado, cada objeto era insignificante, no probaba nada. Pero juntos adquirían gran importancia, se volvían convincentes, se convertían en evidencia.

Esa noche, ya tarde, llegó rígido al establo y entregó su cansado caballo al mozo.

—Se ve agotado —dijo el mozo, observando al animal.

—No está peor que yo —respondió Bassett con buen humor—. Mejor dale un baño caliente y mételo a la cama. Eso mismo voy a hacer yo.

Regresó caminando al hotel, feliz de estirar sus músculos doloridos. El vestíbulo estaba vacío, y detrás del mostrador el recepcionista nocturno esperaba el tren de medianoche. Bassett estaba completamente despierto a esa hora, así que se acercó al mostrador y se recargó en él.

—Pareces como si hubieras encontrado petróleo —dijo el recepcionista.

—¿Petróleo? Te diré lo que encontré: encontré una silla de montar de establo dos millones de veces en los últimos dos días.

El recepcionista sonrió, y Bassett, distraído, jaló el registro hacia sí.

—"J. Smith, Minneapolis" —leyó. Luego se detuvo y se quedó mirando. Richard Livingstone estaba registrado en la línea justo arriba.

A Dick le resultó difícil dejar a Elizabeth, pues ella se aferraba a él en su dolor con una ternura infantil. Además, descubrió que su familia dependía más de él que de Leslie Ward para sostén moral. Walter Wheeler buscaba en Dick la seguridad de que el padre no había tenido responsabilidad indirecta en la muerte del hijo; y la madre de Jim, pálida y abatida en su cama o en el sofá, le hacía preguntas ansiosas: ¿había sufrido Jim? ¿Podrían haberlo evitado? Y exigía saber quién había sido la muchacha que estaba con él.

CAPITULO 23

A pesar de sentir que debía ir pronto a Norada, antes de que David se impacientara con su exilio, Dick se tomó unas horas para responder esa pregunta. Pero cuando

halló la respuesta no pudo decírsela. La joven había sido alguien de los márgenes de la vida, que jugó su pequeño papel inmoral y siguió adelante, quizá hacia un lugar donde los hombres fueran más amables y menos urgentes. Dick no la juzgó. La vio como tantas de su clase a lo largo del tiempo: centros de tormenta en el mundo social, pasivas e inconscientes, al mismo tiempo cazadoras y presas.

Consiguió su antigua dirección a través de la policía: una pensión de ladrillo de tres pisos en el barrio rojo. Esperó incómodo a que la dueña lo recibiera. Al fin apareció: una mujer grande, informe, con una sonrisa suelta y amable, que entró con paso ligero pese a su corpulencia, pero se detuvo en la puerta y lo miró fijamente.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Pensé que estabas muerto!

—Me temo que me confunde con otra persona, ¿no?

Ella lo observó con cuidado.

—Lo habría jurado... —murmuró, y encendió la luz. Lo examinó de nuevo.

—¿Cuál es tu nombre?

—Livingstone. Doctor Livingstone. Vine a...

—¿Eso es para mí o para la policía?

—Mire —dijo él con calma—, no sé con quién me confunde, y no estoy huyendo de la policía. Aquí tiene mi tarjeta. Vengo de parte de la familia de un joven llamado Wheeler, que murió recientemente en un accidente de automóvil.

Ella leyó la tarjeta y lo volvió a mirar con atención.

—Bueno, me engañaste —dijo al fin—. Pensé que eras... bueno, no importa. ¿Qué pasa con la familia Wheeler? ¿Van a pagarle al funerario? Porque le digo claro: yo no puedo ni quiero hacerlo. Ella me debía un mes de renta, y su ropa no vale más de setenta y cinco o cien dólares.

Al salir, Dick notó que la mujer lo seguía con la mirada desde la puerta. Condujo despacio de regreso, inventando en el camino una historia amable para contarle a la familia. No podía permitir que supieran que Jim había buscado amor en los márgenes de la vida. Esa noche envió un cheque para cubrir la cuenta del funerario, dejando el talón en blanco.

Tres días después del funeral de Jim partió hacia Norada. Un interno de un hospital local, recién terminado su servicio, había aceptado cubrir su trabajo por un tiempo. Pero Dick sintió un leve celo al instalar al doctor Reynolds en su consultorio y dejarlo al cuidado de una confundida Minnie.

—¿Va a dormir en tu cama? —preguntó ella con tono beligerante.

Se calmó un poco al saber que Reynolds ocuparía la habitación de huéspedes. Aun así, le confesó a Mike que no le gustaba cómo iban las cosas. ¿Por qué no debía decirle a la señora Crosby que el doctor Dick se había ido? ¿O al viejo doctor? ¡Ambos ausentes, y ese advenedizo listo para robarles los pacientes y colgar su propio letrero en cuanto volvieran!

No acostumbrado al engaño, Dick se encontró avanzando por un camino muy torcido. Escribió media docena de cartas agradables y sin compromisos para David y Lucy, dedicándoles demasiado tiempo, y se las entregó a Walter Wheeler para que las enviara en intervalos. Pero su mayor dificultad era con Elizabeth. Tal vez se lo habría contado; a veces tenía que luchar contra el deseo de compartir con ella su ansiedad y la verdad sobre sí mismo. Pero ella ya cargaba con la tragedia de Jim, y su padre insistía en que debía mantenerse en la ignorancia.

—Hasta que pueda saberlo todo —dijo, con la nueva pesadez que se había instalado en su voz.

Comparado con ese problema real, el de Dick parecía tenue y nebuloso. Otras cosas podían arreglarse; siempre había una posibilidad de lucha. Solo la muerte era definitiva.

Elizabeth lo acompañó a la estación para despedirlo, una figura pequeña y delgada en un vestido negro, con ojos que buscaban insistentemente su rostro y una sonrisa decidida. Él tomó su brazo para poder sostener su mano, y al ver que llevaba su anillo la atrajo más cerca, con un gesto de posesión apasionada.

—Eres mía. Mi niña.

—Soy tuya. Para siempre.

Después adoptaron un tono más ligero, cada uno para animar al otro. Como cuando ella aseguró que siempre sabría el momento en que él dejara de pensar en ella, y él se detuvo, rodeado de gente, y dijo:

—¡Eso es terrible! Supón que, cuando estemos casados, mi mente se distraiga con algo tan mundano como bistec con cebollas. ¿Me dejarías?

Se quedó en el último escalón del tren hasta que su figura se perdió en la oscuridad, y el portero lo reprendió. Esa noche estaba un poco ebrio de amor, y no leyó la nota que ella le había puesto en la mano hasta que estuvo en su litera, estirado en diagonal para caber.

“Querido, querido Dick —había escrito—. Me pregunto tan seguido cómo puedes quererme, o qué he hecho para merecerte. No puedo escribir lo que siento, como tampoco puedo decirlo. Pero, Dick, tengo un miedo terrible de perderte, y ahora eres mi vida. Serás cuidadoso y no correrás riesgos, ¿verdad? Y recuerda siempre

esto: dondequiera que estés y dondequiera que yo esté, estoy pensando en ti y esperándote."

La leyó tres veces, hasta aprendérsela de memoria, y durmió con ella en el bolsillo de su pijama.

Tres días después llegó a Norada y se registró en el Commercial Hotel. El pueblo no le decía nada. Le resultaba totalmente desconocido, y por su parte, el pueblo lo ignoraba. Un nuevo campo petrolero, veinte millas más allá del antiguo, había atraído a una oleada de buscadores, obreros y compradores de concesiones. El hotel estaba lleno.

Ese fue su primer desencanto. Había esperado que los lugares que alguna vez debió conocer lo ayudaran a encontrarse a sí mismo. Esa era la teoría, lo sabía. Se quedó mirando por la ventana de su cuarto de hotel, con sus muebles angulosos y la Biblia de los Gedeones, y por primera vez comprendió la dificultad de lo que intentaba hacer. Si hubiera podido confiar en David, habría tenido los nombres de uno o dos hombres a quienes acudir, pero en esas circunstancias no tenía nada.

La repulsión casi morbosa que sentía por exponer su condición se intensificó en ese entorno nuevo. Iría, por supuesto, al rancho de Dry River y comenzaría sus averiguaciones allí, pero hasta ese momento no había comprendido lo que eso significaba: ser reconocido por personas que él no recordaba, enfrentar preguntas que no podía responder.

Conocía la carta de David de principio a fin, pero la sacó y la volvió a leer. ¿Quién era ese Bassett y qué estaba tramando? ¿Por qué debía él salir del pueblo rápidamente y quemar la advertencia? ¿Quién era "G"? ¿Y por qué no sería más sencillo localizar directamente a ese Bassett?

Cuanto más lo pensaba, más evidente le parecía esa solución, siempre y cuando pudiera localizar al hombre. Fuera Bassett amigo o enemigo, estaba convencido de que sabía —o estaba descubriendo— algo sobre él mismo que David le ocultaba.

Se sintió aliviado al bajar al mostrador y encontrar que Bassett estaba registrado allí, aunque el recepcionista le informó que estaba fuera de la ciudad. Pero el simple hecho de que solo unas horas o días lo separaran de la solución del misterio lo animó.

Cenó solo, sin que nadie lo notara, y después, en la sala de escritura, con sus muebles estilo misión y los viajantes copiando pedidos, redactó una carta para Elizabeth. En ella puso cosas que le resultaban demasiado profundas para decirlas en persona, y como tenía tanto que expresar y escribía con rapidez, gran parte del

texto resultó casi ilegible. Luego, como si pudiera apresurar los trenes hacia el Este, le colocó una estampilla de entrega especial.

Con eso fuera de su mente, y sintiendo la necesidad de ejercitarse tras el viaje, se puso el sombrero y salió a recorrer el pueblo. La calle principal estaba llena de gente; los cines llamaban a su público nocturno con luces brillantes y carteles coloridos, y los automóviles se alineaban en la acera. Pero aquí y allá un indígena con trenzas y sombrero Stetson, o un vaquero con botas y espuelas, le recordaban que, al fin y al cabo, seguía estando en el Oeste, tierra de caballos y ganado. Todavía era crepúsculo, y al dejar atrás la calle principal comenzó a sentir cierta familiaridad. Estaba seguro de haber estado allí antes, de haber visto el palacio de justicia en su colina baja, la fila de casas de madera con pequeños jardines al otro lado de la calle. Parecía infinitamente lejano, pero muy real. Incluso recordó vagamente un espacio abierto junto al edificio donde los rancheros ataban sus caballos. Para probarse, caminó alrededor. Sí, estaba allí, aunque ya no había caballos con la cabeza caída y las riendas sueltas sobre la baranda. Solo un automóvil embarrado, sin luces, y un perro vigilando junto a él.

Le habló al perro, que se acercó a olfatearlo. Luego se sentó frente a él, mirándolo a la cara.

—Estás solo, viejo amigo, ¿verdad? —dijo—. Bueno, no estás peor que yo.

Se sintió un poco animado al regresar al hotel. Unos cuantos encuentros con cosas de su juventud, y quizá la nube se disiparía. Ya el palacio de justicia había despertado algunos recuerdos. Y al bajar la colina tuvo otra visión rápida, nítida como una fotografía, pero sin relación con lo anterior ni lo que siguió. Era como unos segundos cortados de una película.

Iba montando de noche por esa calle en un caballo pequeño, y su padre cabalgaba a su lado en uno alto. Miró hacia arriba y lo vio enorme. El hombre más grande del mundo. Y el más importante.

La visión comenzó y terminó allí, y su esfuerzo por seguirla más allá terminó en nada. Se desvaneció, se volvió menos real, hasta que se preguntó si no la habría imaginado. Pero esa experiencia le enseñó algo: los recuerdos del pasado vendrían o no vendrían, pero no podían forzarse. No se podía obligar a revivirlos.

Esa noche se paró frente a una ventana orientada al norte, creyendo que era al este, y envió su amor y una especie de oración inarticulada a Elizabeth, por su seguridad y felicidad, en dirección al Círculo Ártico.

Bassett no había regresado en la mañana, y Dick se encontró con un día libre. Decidió probar visitando el rancho Livingstone, o al menos verlo desde lejos, con la esperanza de repetir la experiencia de la noche anterior. De todos sus recuerdos

infantiles, la casa del rancho, junto a la figura de su padre, era lo más claro. Cuando había intentado analizar lo que recordaba, descubría que lo que faltaba era conexión. Los recuerdos aparecían como el de la noche anterior: completos en sí mismos, breves, sin relación aparente con lo que venía antes o después.

Pero la casa del rancho era distinta. Las imágenes se superponían a ella; era el telón de fondo. Él mismo de pie en la montaña mirándola hacia abajo, y su padre señalándola; el tutor que temía a los caballos, sentado en una gran mesa en un salón con techo y paredes de madera; una galería larga a lo largo de un lado de la casa y habitaciones añadidas que se alcanzaban caminando por esa galería; una sala de armas llena de rifles.

Más tarde, cuando Dick pudo revisar con calma ese día, encontró sus recuerdos confundidos por los hechos que siguieron, pero una cosa se mantuvo clara: el hecho casi increíble de que durante un día entero y parte de la noche siguiente había estado abiertamente en Norada sin ser reconocido. Y también la certeza de que la casa del rancho Livingstone no tenía lugar alguno en su memoria.

Había alquilado un auto con chofer, quien aseguraba que esa era la antigua casa del rancho Livingstone. Pero no se parecía en nada, ni remotamente, al edificio que él recordaba. No estaba donde debía estar. Las montañas quedaban demasiado lejos detrás. No era la casa. Los campos no eran los correctos. Todo estaba mal.

No se acercó más que a la carretera, porque no era necesario. Ordenó al chofer dar la vuelta y regresar, y por primera y única vez sintió un resentimiento amargo contra David. David lo había engañado. Se sentó junto al chofer, con el rostro sombrío y los ojos ardientes, dejando que su indignación lo consumiera como una llama.

Horas después, por supuesto, encontró excusas para David. Las aceptó, más bien, como parte del misterio que lo envolvía. Pero no cambiaron la decisión que tomó durante ese miserable viaje de regreso a Norada: ver a Bassett y sacarle la verdad, aunque tuviera que arrancársela a la fuerza.

CAPITULO 24

Bassett quedó atónito al ver la firma de Dick en el registro del hotel. En una sola línea se derrumbaban todas sus teorías. Que Judson Clark regresara a Norada después de su fuga era increíble. Diez años eran solo diez años, no una vida entera. Había hombres en el pueblo que lo habían conocido bien.

Por un tiempo se aferró a su convicción anterior, incluso luchó por ella. Llegó a preguntarse si Clark había vuelto para entregarse tardíamente. Algunos hombres

lo habían hecho antes: cargar con un peso durante años, llegar al límite y quebrarse. Pero descartó esa idea. No había señales de quiebre en el joven que había visto sentado en la oficina. Finalmente se encontró volviendo a la historia de la mujer Wasson, preguntándose si tendría que aceptarla después de todo.

La reacción de la certeza en la cabaña a la incertidumbre lo volvió inquieto e insomne. Casi era de mañana cuando logró relajarse lo suficiente en la dura cama del hotel para dormir.

Despertó tarde y pidió desayuno por teléfono. Su confusión no había disminuido, y mientras se levantaba con dificultad para afeitarse y vestirse, sus pensamientos seguían activos. No tenía dudas de que, a pesar del crecimiento del pueblo, el recién llegado sería arrestado casi en cuanto apareciera. Una semejanza que había engañado al hermano de Beverly Carlysle podía engañar a otros, y lo haría. Que hubiera escapado tanto tiempo lo sorprendía.

Al terminar de bañarse había desarrollado una especie de aceptación filosófica de la nueva situación. Ya no habría exclusiva, ningún gran reportaje. Los hechos de las próximas horas serían visibles para todos. Se encogió de hombros mientras, a medio vestir, llevaba sus cosas de afeitar a la luz mejor del dormitorio.

Con la cara a medio enjabonarse oyó un golpe en la puerta y respondió alegremente: "¡Adelante!". Fue en el espejo donde descubrió que el visitante no era el camarero, sino Livingstone mismo. Tuvo un instante de asombro antes de girar.

—Perdone —dijo Dick—. Temía que se fuera antes de verlo. Mi nombre es Livingstone y quiero hablar con usted, si no le importa. Si prefiere, vuelvo más tarde.

Bassett percibió dos cosas al mismo tiempo: que probablemente por la espuma en su cara no había sido reconocido, y que el rostro del hombre en la puerta estaba demacrado y tenso.

—Está bien. Pase y siéntese. Me quito esto de la cara y estoy con usted enseguida.

Pero fue muy deliberado en el baño. Su asombro crecía. Claramente Livingstone no lo había reconocido. ¿Cómo entonces sabía que él estaba en Norada? Y cuando lo reconociera, ¿qué pasaría? Pensó en Gregory: quizá había descubierto que Bassett iba a Norada y lo había advertido. Si era cierto, entonces este hombre sí era Clark. Pero si era Clark, ¿por qué estaba allí? Era como un gato persiguiendo su cola: giraba en círculos sin llegar a nada.

Cuando salió, el camarero ya había dejado el desayuno y Dick estaba de pie junto a la ventana. Se volvió.

—Estoy aquí, señor Bassett, por algo bastante peculiar... —se detuvo y lo miró—. Ya veo. Usted estuvo en mi oficina hace un mes, ¿verdad?

—Por un dolor de cabeza, sí —respondió Bassett, cauteloso, pero sin notar hostilidad en los ojos de su visitante.

—Nunca pensé que pudiera ser Bassett —dijo Dick con gravedad—. No importa. Coma su desayuno. ¿Le molesta si hablo mientras lo hace?

[...]

(Dick le explica que perdió diez años de su memoria, que no recuerda nada de ese período, y que necesita llenar ese vacío porque ahora está comprometido con una mujer. Bassett, sorprendido, lo escucha. Dick insiste en que no está engañando a nadie: tiene recuerdos fragmentarios de su infancia, pero nada más. Bassett, aunque incrédulo, empieza a aceptar que podría ser verdad. Finalmente, Bassett le dice que hay dos posibilidades: o es Judson Clark, y él está casi seguro de que lo es, o es otro hombre que pasó parte de su tiempo con Henry Livingstone en Dry River.)

—Fui ayer al rancho Livingstone. Recuerdo mi primer hogar. Ese no era. ¿Cuál de esos dos hombres sería arrestado si lo reconocen?

—Clark.

—¿Por qué?

—Voy a eso. Supongo que tendrás que saberlo. ¿Otro trago? ¿No? Está bien. Hace unos diez años, o un poco menos, un joven llamado Judson Clark tuvo problemas aquí y se internó en las montañas durante una tormenta de nieve. Se suponía que había muerto congelado. Pero recientemente una mujer llamada Donaldson confesó en su lecho de muerte que había ayudado a cuidar a Clark en una cabaña de montaña, y que con la ayuda de alguien no identificado él logró escapar.

—Entonces soy Clark. La recuerdo a ella, y la cabaña.

Hubo un breve silencio tras esa admisión. Para Dick, estaba lleno del pensamiento de Elizabeth y de lo que ella tendría que ver con lo que estaba a punto de escuchar. Se preparó de nuevo para lo que venía.

—Supongo —dijo al fin— que si huí, estaba en un problema bastante serio. ¿Qué fue?

—Recuerda que no tenemos pruebas absolutas de que seas Clark. Tú no lo sabes, y Maggie Donaldson era considerada algo desequilibrada antes de morir. Te dije que existe la posibilidad de que seas el otro hombre.

—Está bien. ¿Qué había hecho Clark?

—Había disparado contra un hombre.

El reportero se alarmó de inmediato. Si Dick ya estaba demacrado antes, ahora estaba lívido. Se levantó lentamente y se sostuvo del respaldo de la silla.

—¿No... asesinato? —preguntó con los labios rígidos.

—No —respondió Bassett rápidamente—. No exactamente. Mira, ya has soportado bastante. Recuerda, ni siquiera sabemos que seas Clark. Lo único que dije fue...

—Entiendo eso. Pero fue asesinato, ¿no?

—Bueno, hubo una pelea, según entiendo. La ley toma eso en cuenta, creo.

Dick caminó lentamente hacia la ventana y se quedó de espaldas a Bassett. Durante mucho tiempo la habitación permaneció en silencio. En la calle, largas filas de autos frente al hotel marcaban la hora del almuerzo. Una mujer indígena con un niño en el rebozo se detuvo en la calle, miró hacia arriba a Dick y le ofreció un cinturón bordado. Con el cinturón aún extendido, siguió mirando su rostro pálido.

—El hombre murió, ¿verdad? —preguntó al fin, sin volverse.

—Sí. Lo conocía. No fue una gran pérdida. Ocurrió en el rancho Clark. No creo que una condena fuera posible, aunque lo intentarían. Era evidencia circunstancial.

—¿Y yo huí?

—Clark huyó —lo corrigió Bassett—. Como te dije, las autoridades aquí creen que está muerto.

Tras un silencio aún más largo, Dick se volvió.

—Te dije que había una mujer. Me gustaría encontrar alguna manera de ocultarle esto, antes de entregarme. Si puedo protegerla, y a David...

—Te repito: ni siquiera sabes que eres Clark.

—Está bien. Si no lo soy, lo sabrán. Si lo soy... te digo que no voy a pasar el resto de mi vida con algo así encima. Maggie Donaldson estaba lo bastante cuerda. Cuando miro atrás, sé que salir de la cabaña fue una fuga. No soy hijo de Henry Livingstone, porque él nunca tuvo un hijo. Puedo describirte cómo es la casa del rancho Clark. —Y tras una pausa—: ¿Puedes imaginar lo contrario de un sueño, cuando sueñas que eres culpable de algo y despiertas para descubrir que eres inocente? ¿Quién era el hombre?

Bassett lo observó con atención.

—Su nombre era Lucas. Howard Lucas.

—Está bien. Ahora que sabemos eso, ¿dónde entra Beverly Carlysle?

—Clark estaba obsesionado con ella. El hombre al que disparó era el esposo de Beverly Carlysle.

CAPITULO 25

Poco después de eso, Dick dijo que se iría a su habitación. Seguía pálido, pero sus ojos brillaban con fiebre, y Bassett lo acompañó, incómodo, consciente de que algo no estaba bien. Dick habló solo una vez en el camino.

—Me duele la cabeza como nunca —dijo, con voz apagada y sin vida.

No quería que Bassett lo acompañara, pero este insistió. La declaración de Dick, de que pensaba entregarse, lo había llenado de inquietud. Decidió, siguiéndolo por el pasillo, vigilarlo de cerca durante las próximas horas. Más allá de eso, en ese momento no intentó nada. Si era posible, planeaba sacarlo del pueblo y llevarlo al Este. Pero tenía la convicción de que Dick iba a enfermar. La mente hacía cosas extrañas con el cuerpo.

Dick se sentó en el borde de la cama.

—Me duele la cabeza como nunca —repitió—. Busca en ese maletín unas pastillas, ¿quieres? Estoy mareado.

Hizo un esfuerzo y se recostó en la cama. —Dios mío —murmuró—, no había tenido un dolor de cabeza así desde...

Su voz se apagó. Bassett, inclinado sobre el bolso militar en la esquina, se enderezó y miró alrededor. Dick se había quedado dormido de repente, respirando con fuerza.

Durante mucho tiempo el reportero se quedó junto a la cama, observándolo y tratando de planear qué hacer. Se sentía abrumado por la responsabilidad y por la tragedia que se avecinaba. Ya no dudaba de que Livingstone era Clark, y de que insistiría en entregarse al despertar. Su mente volvió al día en que lo había visitado como paciente en la vieja casa, y al extraño camino que ambos habían recorrido desde entonces. Pensó, no exactamente en esos términos, que la vida de cualquier hombre era solo un hilo en un tejido hecho de infinitos hilos, y que enredar uno era afectar a todos los demás: David Livingstone, la muchacha del vestido azul, el hombre inquieto en la cama, Wilkins el sheriff, él mismo, y quién sabía cuántos más, todos hilos.

Maldijo en voz baja.

La sirvienta golpeó la puerta. Bassett la abrió apenas y la despachó. En su nueva determinación, hasta la sirvienta se había vuelto un peligro. Era la misma mujer mayor que atendía su propio cuarto, y podía haber conocido a Clark. No sabía qué providencia lo había mantenido sin ser reconocido hasta entonces, pero no podía durar para siempre.

Tras una hora, Bassett cerró con llave y bajó a almorzar. No tenía hambre, pero quería salir de la habitación, pensar sin esa figura silenciosa frente a él. Mientras fingía comer, enfrentó la situación. Tenía en sus manos la historia más grande de su carrera, pero no podía publicarla. Era típico de él que, antes de abandonarla, siguiera hasta el final las consecuencias de hacerlo. No creía, por ejemplo, que la entrega voluntaria de Dick o su propia revelación significaran necesariamente una condena por asesinato. Sería difícil condenar a un hombre por un crimen que no sabía haber cometido. Pero, con su habitual minuciosidad, siguió esa idea también: Livingstone absuelto volvería a ser Clark, conocido por todos como Clark. El nuevo lugar que había construido con tanto esfuerzo se perdería. La historia lo seguiría siempre. Y en su profesión, la confianza y el respeto eran la mitad del juego. Todo eso se perdería.

Así, poco a poco, volvió a David, y buscó el motivo detrás de cada acto decisivo humano. Un hombre que seguía un camino en el que no tenía nada que ganar y todo que perder era un tonto o estaba movido por un profundo desinterés. ¿Salvar una vida? Pero con los recursos que Clark podía haber tenido, sumados a su popularidad, una condena de primer grado era improbable. No era una vida, entonces, sino quizá algo mayor que una vida: el alma de un hombre.

Entonces lo comprendió: lo que David había intentado hacer era tomar a ese fugitivo, con su mente borrada por el shock y la enfermedad, con solo recuerdos infantiles, y guiarlo para escribir un nuevo registro. Tomar el cuerpo que había encontrado, y el alma intacta, y hacer de ellos un hombre.

Y con esa comprensión vino también la convicción de que David había tenido éxito. Había hecho de él un hombre.

Comió distraído, consultando el horario de trenes y preparando los argumentos que usaría contra la decisión de Dick de entregarse. Preveía una lucha, pero tenía cartas fuertes: deshacer el trabajo de David, implicar a David en una conspiración contra la ley, y la obligación de Dick con la joven en casa.

En lo práctico estaba más tranquilo. Un expreso pasaba por la línea principal a medianoche, y había un tren local a las ocho. Pero el tren local y la estación estaban llenos de posibles peligros. Tras pensarlo, decidió conseguir un auto, llevar a Dick hasta la línea principal y luego devolver el coche.

Salió de inmediato y arregló el auto. Al volver avisó al recepcionista que se iría y pidió la cuenta. Tras dudar un poco dijo: —Voy a pagar también la 320. Es un amigo mío, viene conmigo. Sí, hasta esta noche.

Al girar vio entrar la figura baja y robusta de Wilkins. Se detuvo y observó. El sheriff fue al mostrador, revisó varias páginas del registro y luego lo apartó. Se volvió y lo vio.

—Has estado fuera, ¿no? —preguntó.

—Sí. Hice un pequeño viaje a caballo por las montañas. Mis rodillas todavía no se hablan.

El sheriff rió, luego se puso serio.

—Ven, siéntate. Voy a vigilar quién entra y sale de aquí por un rato.

Bassett lo siguió de mala gana a dos sillas frente al mostrador y el vestíbulo. Tenía la llave del cuarto de Dick en el bolsillo, pero sabía que si despertaba podía llamar y abrir la puerta fácilmente. Pero esa no era su única preocupación. De pronto tuvo la convicción de que la vigilancia del sheriff estaba relacionada con Dick. Wilkins, de ser un hombre sociable y amistoso, se había vuelto una figura siniestra en su mente.

Y a medida que pasaban los minutos, con el sheriff inclinado hacia adelante, observando el vestíbulo y la escalera con ojos fijos e intensos, la ansiedad de Bassett se convirtió en miedo. Su corazón saltaba cada vez que sonaban los timbres de las habitaciones, y el recepcionista enviaba a los botones apresurados. Sus manos temblaban, frías y húmedas. Y todo el tiempo Wilkins lo retenía con una charla sin importancia.

—¿Esperas a alguien en particular? —logró preguntar tras unos minutos.

—Sí. Te lo diré en cuanto... ¡Bill! ¿Está Alex afuera?

Bill se detuvo frente a ellos y asintió.

—Bien. Escucha: quiero que todo sea correcto y ordenado. Nada de alboroto. Yo saldré detrás de él, y tú y Bill se quedan cerca. Afuera le hablaré, y cuando caminemos, ustedes se ponen detrás. Pero bien pegados.

Bill se fue, fingiendo indiferencia junto a la entrada. Cuando Wilkins volvió a hablarle, Bassett ya había tenido un momento para ajustarse y planear su propia estrategia.

—Alguien no tiene suerte —comentó—. Y hablando de mala suerte, tengo a un enfermo conmigo. Amigo mío de casa. Tenemos que tomar el de medianoche también.

—Qué lástima —respondió Wilkins distraído. Luego, quizá sintiendo que no mostraba suficiente interés, añadió—: Te diré lo que haré. Tengo un asunto ahora, pero se resolverá pronto. Traeré mi coche y lo llevaré a la estación. Estos coches de alquiler son insoportables.

La amenaza a sus planes lo obligó a serenarse, y logró mantener el rostro impasible.

—Gracias —dijo—. Te avisaré si puede viajar. ¿Este asunto tuyo es confidencial?

—Bueno, sí y no. Te he contado algo, y como te vas de todas formas... es el caso de Jud Clark otra vez.

—Una especie de histeria, supongo. Lo verán por todo el país los próximos seis meses.

—Sí. Pero nunca vi a un indio histérico. Hace poco una india llamada Lizzie Lazarus llegó a mi oficina. Es una mujer lista. Su esposo era mestizo, trabajó años en el rancho Clark. Lizzie fue la primera india de aquí en ir a la escuela, y además de lista, tiene vista de india. Ya sabes cómo son: cuando no están ciegos de tracoma, ven más lejos y mejor que un telescopio.

Bassett hizo un esfuerzo.

—¿Y eso qué tiene que ver con Jud Clark? —preguntó.

—Pues que vino. Sabes que había recompensa por él, y creo que aún sigue. Tendré que revisarlo, porque si Maggie Donaldson no estaba loca, alguien lo descubrirá algún día. —Pues Lizzie apareció y dijo que había visto a Jud Clark. Lo vio parado en una ventana del segundo piso de este hotel. ¿Puedes creerlo?

—No como pura invención. Difícilmente.

—Eso mismo dije al principio. Pero no sé. En algunos aspectos sería típico de él. No le importaría volver y reírse de nosotros, si pensara que podía salirse con la suya. No conocía el miedo. La única vez que mostró cobardía fue cuando huyó después del tiroteo, y entonces estaba lleno de alcohol y al borde del delirio.

—Un hombre no juega bromas con la soga del verdugo —comentó Bassett, secamente. Miró su reloj y se levantó—. Es una buena historia, pero no gastaría el asiento de mis pantalones sentado aquí esperándolo. Si está vivo, se ha cuidado muy bien durante diez años de no meter la cabeza en la horca; y recuerda esto también: donde sea que esté, si es que está en algún lado, probablemente ha cambiado tanto su aspecto que ni la "Lizzie Telescopio" lo reconocería. Ni tú tampoco.

—Probablemente —dijo el sheriff, con calma—. Aun así no me arriesgo. Me toca reelección este otoño, y la historia de la señora Donaldson casi me arruina. Tengo a un hombre en la estación del tren, por si acaso.

Bassett subió las escaleras y recorrió el pasillo, sumido en pensamientos sombríos. La trampa que él mismo había armado se cerraba, y su mente activa trabajaba en planes para sacar a Dick antes de que se cerrara del todo.

Podría ser mejor, en cierto modo, mantener a Livingstone en su habitación hasta que la alarma se disipara. Por otro lado, había que tratar con Livingstone mismo, y era poco probable que permaneciera tranquilo en esas circunstancias. El plan de llevarlo en auto hasta la línea principal parecía lo mejor. Claro, primero tendría que convencerlo de ir. Una vez hecho eso —y no subestimaba la dificultad— quedaba la cuestión de sacarlo del hotel, ahora que se había dado la alarma.

Al encontrar a Dick aún dormido, hizo una inspección cuidadosa del segundo piso. Había una segunda escalera, pero comprobó que conducía a las cocinas. Finalmente decidió usar una salida de incendios desde una ventana del pasillo trasero, que daba a un patio lleno de basura descuidada de un hotel abarrotado y mal atendido, donde ahora esperaban dos o tres caballos ensillados mientras sus jinetes comían adentro.

Cuando se aseguró de que no lo observaban, abrió la ventana, quitó la malla metálica y despejó la rejilla de una caja rota y una maceta vacía. Colocó la malla afuera contra la pared y, aún sin ser visto, volvió a su habitación y empacó sus cosas.

Dick seguía dormido, tendido en la cama, cuando regresó a la 320. Y allí los planes cuidadosos de Bassett empezaron a fallar: el cuerpo de Dick se estremecía, su rostro estaba pálido y cubierto de sudor frío. De pensar en cómo escapar, Bassett pasó a preguntarse si escaparían en absoluto. El sueño era más un sopor que un descanso. Se sentó junto a la cama, más cerca del miedo puro que nunca antes, atormentado por la miserable certeza de su propia responsabilidad.

A medida que avanzaba la tarde, se hizo evidente que debía conseguir un médico. Lo pensó una y otra vez. Si lograba uno nuevo, alguien que no recordara a Jud Clark, podría servir. Pero dudó hasta que, a las siete, Dick abrió los ojos y claramente no lo reconoció. Entonces supo que el asunto estaba fuera de sus manos, y que a partir de ese momento lo que controlara los asuntos de los hombres —el Dios de David o su propia vaga Providencia— estaba al mando.

Se puso el sombrero y salió. Wilkins había desaparecido, pero Bill seguía en la entrada, observando a la multitud que entraba y salía. En su estado de tensión, Bassett sintió que los ojos del recepcionista eran sospechosos cuando retuvo las dos habitaciones por otro día, y que Bill lo miraba con más interés que el casual.

Incluso cancelar el pedido del auto le pareció sospechoso, pero lo logró y salió a buscar ayuda médica.

La suerte lo favoreció. El primer letrero de médico lo llevó a un joven recién llegado al pueblo, claramente desocupado. No lo descubrió de inmediato: inventó una dolencia para sí mismo, como ya había hecho antes, obtuvo una receta y pagó, averiguó lo que quería y luego mencionó a Dick. Fue cuidadoso en enfatizar su nombre, profesión y prestigio "en casa".

—Debo admitir que me preocupa —concluyó—. Me vio registrado y vino a mi cuarto esta mañana a verme, y allí se enfermó. Dijo que tenía un fuerte dolor de cabeza y mareo. Lo llevé a su habitación y a la cama, y ha estado durmiendo desde entonces. Me parece bastante enfermo.

Sintió los ojos de Bill sobre él al pasar de nuevo por el vestíbulo, pero ahora comprendió que no eran sospechosos. Bassett mismo estaba empapado en sudor. Se detuvo afuera de la habitación y se secó la cara.

—Usted mismo parece agotado —comentó el médico—. Cuídese del sol aquí. Como es seco, ustedes los del Este no notan el calor hasta que los golpea fuerte.

El médico examinó cuidadosamente al hombre dormido, mientras Bassett observaba su rostro.

—¿Ha sido bebedor? ¿Lo sabe?

—№ Creo que no. Le di un trago pequeño esta mañana, cuando parecía necesitarlo.

—¿Ha estado así todo el día?

—Desde el mediodía. Sí.

El médico se inclinó otra vez. Al enderezarse, le dio a Bassett un golpe duro.

—No me gusta su estado, ni esos temblores. Si estuviéramos en los viejos tiempos en Wyoming diría que está al borde del delirium tremens. Pero es solo una impresión rápida. Podría estar al borde de muchas cosas. En cualquier caso, debería ser trasladado al hospital. Aquí no puede quedarse.

Bassett no tuvo nada que objetar ante esa sugerencia de sentido común. Si el médico lo hubiera mirado, habría visto su gesto de desesperación.

—Supongo que sí —dijo, apagado—. ¿Está cerca? Iré yo mismo a conseguir una habitación.

—Ese es mi consejo. Lo revisaré más tarde, y si el sopor continúa llamaré a un colega. —Levantó su maletín y miró al hombre en la cama—. Es un tipo grande y bien parecido, ¿no? ¿Casado?

—№

—Bueno, traeremos la ambulancia, y luego lo examinaremos bien. Yo llamaría a una sirvienta para que lo vigile, si fuera usted.

Atrapado en una situación que lo superaba, Bassett tocó el timbre. Respondió la sirvienta mayor que atendía su propio cuarto.

Meses después, al repasar la situación, Bassett se preguntaría si fue el azar o el destino lo que llevó a la mujer Thorwald a esa puerta esa noche. En ese momento, y durante semanas, lo atribuyó a una coincidencia trágica, la misma que había puesto en manos de Dick la carta de advertencia que lo había traído al Oeste. Pero con el tiempo, el papel de esa mujer desvaída, con voz cansada y cabello grisáceo, adquirió otras proporciones, grandes y misteriosas.

Hubo momentos en que deseó que alguna premonición de peligro lo hubiera hecho detenerla allí mismo, para que no pudiera alzar su voz aguda y alarmante. Pero no tuvo advertencia. Lo único que vio fue a una mujer con un vestido azul desteñido y un delantal blanco recién lavado, levantando unos ojos indiferentes hacia él.

—Supongo que está bien si se sienta en el pasillo —preguntó Bassett, aún luchando su batalla perdida—. Puede entrar si él se mueve.

—De acuerdo —dijo el médico, que había estado en Francia y había traído algunas frases británicas.

Bassett regresó solo del hospital. El juego había terminado y lo sabía. Tarde o temprano... En cierto modo intentó justificarse ante sí mismo. Había hecho lo mejor que pudo. Dos o tres días antes habría estado exultante con los acontecimientos. Después de todo, por más que se suavizara, Clark era un asesino. Otros hombres mataban y pagaban la pena. Y el juego no estaba del todo perdido. La providencia que lo había protegido tanto tiempo podía seguir haciéndolo. El hospital era nuevo. (Irónicamente, era el Hospital Memorial Clark.) Todavía había una oportunidad.

Sintió algo extraño al entrar al vestíbulo. El policía se había ido, y no había recepcionista en el mostrador. Al pie de las escaleras estaba un grupo de huéspedes y curiosos, mirando hacia arriba, mientras un botones bloqueaba el paso.

Incluso entonces, el primer pensamiento de Bassett fue que había fuego. Se abrió paso con los codos hasta el pie de la escalera y exigió que lo dejaran subir, pero se lo negaron.

—En unos minutos —dijo el botones—. No hay necesidad de alborotarse.

—¿Es un incendio?

—No lo sé. Solo tengo órdenes. Eso es todo.

Wilkins entró apresuradamente. La multitud, silenciosa y respetuosa ante la ley, se abrió para dejarlo pasar y se cerró detrás de él.

Bassett se quedó al pie de la escalera, mirando hacia arriba.

CAPITULO 26

Para Elizabeth, los primeros días de ausencia de Dick fueron increíblemente tristes. Sentía que vivía solo de una visita del cartero a la siguiente. A veces pensaba que solo una parte de ella estaba en la casa de los Wheeler: dormía en su cama blanca, se ponía y se quitaba sus vestidos negros, y hacía esas dolorosas peregrinaciones diarias al cementerio en lo alto del pueblo, donde su madre arreglaba con manos tiernas el largo y estrecho montículo, tan temiblemente parecido al cuerpo alto y delgado de Jim.

Esa parte de ella sufría profundamente, y se volcaba en pequeños gestos de consuelo y caricias sobre cabezas inclinadas y hombros encorvados por el dolor. Guardaba la ropa de Jim y mantenía impecable la habitación donde ahora su madre pasaba la mayor parte del tiempo. Se arrodillaba cada noche para rezar por la felicidad de Jim en algún cielo de jóvenes que lo complaciera. Pero la otra parte de ella no estaba allí. Estaba con Dick, en algún misterioso lugar de montañas y vastas distancias llamado Wyoming.

Y por esa división interna, porque sentía que su lealtad hacia su familia había vacilado, porque sabía que ya había dejado atrás a su padre y a su madre y seguiría a su amor por el resto de su vida, estaba ansiosa por consolarlos y agradarles.

—Está tomando muy mal la ausencia de Dick —dijo la señora Wheeler una noche, después de besar a todos y subir a su habitación—. A veces me preocupa.

El señor Wheeler suspiró. ¿Por qué un hombre no podía decirles a sus hijos lo que había aprendido: que nada era tan grande como uno esperaba; que el amor valía para vivir, pero no para morir? ¡La impaciencia de la juventud por la vida! Había matado a Jim. Estaba dañando a Nina. Todo llegaría, todo llegaría, en el tiempo de Dios. Los jóvenes no vivían el presente, sino siempre el mañana. Primero miraban adelante y decían: “Seré tan feliz”. Y antes de darse cuenta miraban atrás y decían: “Fui tan feliz”.

—Estará bien —dijo en voz alta.

Se levantó y silbó al perro.

—Lo llevaré a dar la vuelta a la manzana antes de cerrar —dijo con pesadez. Se inclinó y besó a su esposa. Ella era para él una figura triste en su vestido negro. No le dijo lo que a veces pensaba: que Jim se había ahorrado mucho sufrimiento. Que vivir y perder, uno a uno, las cosas que se amaban era más duro que partir rápido desde una juventud alegre.

No le había contado lo que sabía sobre el compañero de Jim aquella noche. Ella nunca lo habría entendido. En su fe simple y casi infantil, estaba segura de que su hijo se encontraba ese día entre la compañía bendita del cielo. Él mismo creía que Jim había partido perdonado hacia lo que hubiera detrás del velo que llamamos muerte, limpio ante el Juez que conocía el impulso de la juventud y la vida. No temía por Jim. Solo lo extrañaba.

Esa noche caminó alrededor de la manzana, una figura encorvada y común, con el perro a sus talones. De vez en cuando le hablaba, buscando compañía. En la esquina se detuvo y miró hacia la calle lateral, hacia la casa de los Livingstone. Y al mirar suspiró. Jim y Nina, y ahora Elizabeth. Jim y Nina ya estaban fuera de su alcance. No podía hacer más. ¿Pero qué podía hacer por Elizabeth? ¿No estaba también eso más allá de él? Se quedó quieto, enfrentando la tragedia de su impotencia, acosado por vagas aprensiones. Luego siguió adelante con paso firme, las manos entrelazadas a la espalda, la cabeza inclinada sobre el pecho.

Esa noche permaneció despierto mucho tiempo, preguntándose si él y Dick habían sido del todo justos con Elizabeth. Pensaba que debían habérselo contado. Entonces, si los temores de Dick se justificaban, ella habría tenido alguna preparación. Tal como estaba... ¿Y si allá surgía algo que le rompiera el corazón?

Creía que Margaret dormía, pero después de un rato ella se movió y deslizó su mano en la suya. Eso lo reconfortó. Eso también era la vida. Muy pronto volverían a estar solos otra vez, como en los primeros días antes de que llegaran los hijos. Todos los años y las luchas, y luego de regreso al inicio. Pero aún, gracias a Dios, mano con mano...

Desde la noche de la muerte de Jim, la señora Sayre había sido una visitante constante en la casa. Llegaba sólida, práctica, con un trato cotidiano ni forzadamente alegre ni demasiado solemne, lo que la hacía muy bienvenida. Después de los tres primeros días, cuando prácticamente vivió allí, ya no había necesidad de fingimientos con ella. Conocía la alacena, la despensa y la cocina. Incluso había llegado al viejo estudio desaliñado del señor Wheeler en el segundo piso, y había dormido parte de la primera noche en el sofá de cuero con resortes rotos que él conservaba porque se ajustaba a su cuerpo.

Era una mujer bondadosa, y sufría de compasión. Y, por su habitual desapego del pueblo y sus asuntos, el sentimiento de estar siendo útil le daba un pequeño brillo

de satisfacción. Le agradaba la familia, y en particular le gustaba Elizabeth. Pero después de ver a Dick y Elizabeth juntos una o dos veces, sintió que ningún plan que pudiera hacer para Wallace tendría éxito. Acostada en el viejo sofá de cuero esa primera noche, entre sus frecuentes idas y venidas entre la familia despierta, pensó en ello y lo abandonó.

Sin embargo, durante los días posteriores al funeral, estaba cada vez más preocupada por Wallace. Sabía que los rumores del compromiso le habían llegado, pues estaba inquieto e irritable. No quería salir, vagaba por la casa o se quedaba hasta tarde fumando solo en la terraza, mirando hacia el pueblo con ojos hundidos y tristes. Una o dos veces por la noche había tomado su coche y salido, y ella, despierta en su cama francesa, lo escuchaba regresar horas después. Por las mañanas sus ojos estaban enrojecidos y su color era malo, y sabía que bebía para poder dormir.

Al tercer día después de la partida de Dick hacia el Oeste, ella se levantó al oírlo entrar, y poniéndose su bata y pantuflas, llamó a su puerta.

—Adelante —respondió él, de mala gana.

Lo encontró sin saco, de pie con aire desafiante, un vaso de whisky con soda en la mano. Ella se acercó y se lo quitó.

—Ya hemos tenido suficiente de eso en la familia, Wallie —dijo—. Y es un recurso bastante pobre en tiempos de problemas.

—Devuélvemelo, si no te importa.

—Tonterías —dijo con firmeza, y lo arrojó, vaso y todo, por la ventana. Se veía imponente cuando se volvió.

—He sido una madre bastante indulgente —dijo—. Te he dejado en paz, porque es un rasgo de los Sayre huir cuando sienten el freno. Pero mi paciencia tiene un límite, y se alcanza cuando mi hijo bebe para olvidar a una mujer.

Él se sonrojó y la miró con furia en silencio sombrío, pero ella se movía por la habitación con calma, inspeccionándola con ojo crítico de ama de casa, aparentemente inconsciente de su enojo.

—No creo que hayas querido a nadie en toda tu vida —dijo bruscamente—. Si lo hubieras hecho, lo sabrías.

Ella estaba enderezando un cuadro sobre la repisa, y terminó su tarea antes de volverse.

—Me importas tú.

—Eso es distinto.

—Muy bien, entonces. Me importaba tu padre. Me importaba muchísimo. Y él mató mi amor.

Ella salió de la habitación, su cuerpo cuadrado y pesado en su brillante kimono algo rígido, pero su rostro sereno y tranquilo. Él se quedó mirando la puerta cerrada, y por un buen rato después. Sabía qué mensaje había detrás de esas palabras sin emoción: no solo comprensión, sino una advertencia. Ella había querido profundamente, y su padre había matado ese amor. Había bebido y jugado durante su alegre juventud, y luego había muerto, y nadie lo había llorado demasiado.

Ella había dejado la botella en su sitio, y él hizo un movimiento hacia ella. Luego, con una media sonrisa, la tomó y caminó hasta la ventana con ella. Seguía sonriendo, casi con aire juvenil, cuando apagó la luz y se metió en la cama. Se le ocurrió que el repartidor de leche, al llegar al amanecer con su viejo coche, se encontraría con bastante vidrio roto.

Por la mañana, después de una mala noche, había tomado una especie de doble resolución: que estaba acabado con el alcohol, como él lo llamaba, y que averiguaría cómo estaba su relación con Elizabeth. Pero durante uno o dos días no se presentó la oportunidad. Cuando iba a visitarla, siempre había algún visitante serio y compasivo, vestido de oscuro y hablando en voz baja, y sobre la sala flotaba el indescriptible silencio de una casa en duelo. Eso parecía afectar también a Elizabeth, volviéndola distante y más allá de las cosas terrenales. Él entraba, ardiendo de impaciencia, hambriento por verla, cargado de emoción, solo para enfrentarse a esa nueva espiritualidad que lo hacía avergonzarse de su deseo físico.

Una vez encontró allí a Clare Rossiter, y percibió algo eléctrico en el ambiente. Con el tiempo lo identificó: detrás de la voz suave y las palabras simpáticas de Clare había una hostilidad velada. Ella observaba a Elizabeth, demasiado consciente de ella. Y por alguna razón, estaba tratando de llamar su atención. Creyó ver un leve gesto de alivio en el rostro de Elizabeth cuando Clare finalmente se levantó para irse.

—Voy a ver al hombre que Dick Livingstone dejó en su lugar —dijo Clare, ajustándose el velo frente al espejo—. Tengo un resfriado. ¿No es extraño cómo toda la conexión Livingstone se ha desmoronado?

—No es extraño. Y es solo temporal.

—Tal vez. Pero si me preguntas, no creo que Dick regrese. No defiendo al pueblo, pero no le gusta que lo engañen. Y él lo ha hecho durante años. Conozco a muchos que dejarían de ir con él. —Se volvió hacia Wallie—. No es sobrino de David, ¿sabes? La pregunta es, ¿quién es? Claro que yo no lo digo, pero muchos

dicen que cuando un hombre toma una identidad falsa es porque tiene algo que ocultar.

No les dio oportunidad de responder, y salió con su andar consciente de su sexo, medio sensual. Afuera, su sonrisa se desvaneció y su rostro se volvió duro y amargo. Podría olvidar a Dick Livingstone, pero nunca se perdonaría a sí misma por su confesión a Elizabeth, ni a Elizabeth por haberla escuchado.

Wallie se volvió hacia Elizabeth cuando Clare se fue, algo desconcertado.

—¿Qué le pasa? —preguntó. Y luego, al ver el rostro pálido de Elizabeth, con cierta astucia:— Eso fue uno para él y dos para ti, ¿verdad?

—No lo sé. Probablemente.

—¡Me pregunto si te verías así si alguien me atacara a mí!

—Nadie te ataca, Wallie.

—Eso no es una respuesta. No lo harías, ¿verdad? Es distinto, ¿no?

—Sí. Un poco.

Él se enderezó y miró más allá de ella, sin ver, hacia la pared. —Creo que lo he sabido desde hace tiempo —dijo al fin—. No quería creerlo, así que no lo hice. ¿Estás comprometida con él?

—Sí. Pero aún no debe saberse, Wallie.

—Es un buen tipo —dijo tras un largo silencio—. No es que eso lo haga más fácil —añadió con una sonrisa torcida. Luego, juvenil e inesperadamente, exclamó:— ¡Dios mío!

Se sentó, y cuando el perro puso la cabeza en su rodilla, lo acarició distraídamente. Quería irse, pero tenía la extraña sensación de que cuando se fuera, sería para siempre.

—He sentido algo por ti durante años —dijo—. He sido poca cosa, pero habría sido mucho peor si no fuera por ti.

Y otra vez:

—Anoche mismo decidí que si me aceptabas, haría algo de mí mismo. Supongo que un hombre es bastante débil cuando pone una responsabilidad así en una mujer.

Ella lo miraba con ternura. Hizo pequeños intentos de amistad y afecto. Pero él apenas parecía escucharlos, absorbido en la decepción egoísta de su desilusión. Cuando ella oyó al cartero afuera y fue a la puerta por el correo, pensó que él no

había notado su salida. Pero al regresar, él la observaba con ojos celosos, casi trágicos.

—Supongo que recibes cartas de él en cada correo.

—Hoy no ha llegado nada.

Algo en su voz o en su rostro lo hizo mirarla con atención.

—¿Te ha escrito en absoluto?

—El primer día que llegó. No desde entonces.

Se fue pronto, y no con la sensación de que fuera para siempre. En su mente escéptica y joven, alimentada por la malicia de Clare, crecía una duda reconfortante sobre la fidelidad de Dick.

CAPITULO 27

Cuando Wilkins desapareció por el ángulo de la escalera, Bassett fue hacia una silla y se sentó. Se sentía enfermo, con las rodillas temblorosas. Algo había ocurrido: quizá una búsqueda cuarto por cuarto de Clark, y tal vez ya lo habían descubierto.

Era totalmente incapaz de pensar o planear. Con Dick en buen estado quizá podrían haber intentado escapar. La salida de incendios estaba lista. Pero en esas condiciones...

El murmullo de la multitud al pie de la escalera cesó, y Bassett levantó la vista. Wilkins estaba en la escalera, escudriñando el vestíbulo con la mirada. Al verlo, bajó rápidamente y lo enfrentó, con el rostro enojado y sospechoso.

—Usted está metido en esto de alguna manera —dijo con brusquedad—. Más vale que cuente la historia. Lo atraparemos. No puede salir de este pueblo.

Con esas palabras, y con la certeza de que de alguna forma increíble Dick había escapado, la mente de Bassett reaccionó de inmediato.

—¿Qué te pasa, Wilkins? —preguntó—. ¿Quién se escapó? Ese botones mudo no quiso decirme nada. Pensé que era un incendio.

—No disimules, Bassett. Has tenido a Jud Clark escondido arriba, en la 320, todo el día.

Bassett se levantó y se irguió furioso sobre el sheriff. La multitud se había vuelto y observaba.

—¿En la 320? —dijo—. Estás loco. ¡Jud Clark! Déjame decirte algo. No sé qué tienes en la cabeza, pero en la 320 está el doctor Livingstone, de cerca de mi pueblo natal. Bien conocido y respetado, además. Y lo que es más, está enfermo, y si se escapó, como dices, es porque está delirando. Hace una hora traje un médico para verlo. Acabo de arreglarle una habitación en el hospital. ¿Eso parece que lo estaba escondiendo?

La firmeza de su identificación y su indignación cambiaron la actitud de Wilkins.

—Le pediré que se quede aquí hasta que regrese —dijo, con tono oficial pero menos sospechoso—. Lo tendremos en media hora. Es Clark, seguro. No digo que usted supiera que era Clark, pero quiero hacerle algunas preguntas.

Salió, y Bassett lo oyó gritar órdenes en la calle. Se acercó a la puerta y comprendió que se estaba realizando una búsqueda, tanto por la policía como por voluntarios. Hombres a caballo pasaban ruidosamente para vigilar los límites del pueblo, y cerca del hotel los buscadores revisaban patios y callejones.

Bassett estaba impotente. Se quedó mirando el fuego que él mismo había encendido, consciente de las miradas curiosas de los pocos huéspedes que quedaban, esperando en cualquier momento noticias de la captura de Dick. Estaba seguro de que ocurriría tarde o temprano. No sabía cómo lo habían identificado ni cómo había escapado, y su intento de averiguarlo restableciendo la cordialidad con el recepcionista fue recibido con una mirada sospechosa y un desaire. Volvió a su silla contra la pared y se sentó, esperando el final.

Pasó una hora antes de que el sheriff regresara, y lo hizo con el ceño fruncido.

—Lo veré ahora —dijo brevemente, y lo condujo a la oficina del hotel detrás del mostrador. La última esperanza de Bassett murió al ver allí sentada, pálida pero serena, a la sirvienta mayor. El sheriff no perdió tiempo.

—Ahora le diré lo que sabemos de su conexión con este caso, Bassett —dijo—. Usted contrató un coche para llevarlos a ambos a la línea principal esta noche. Pagó la habitación de Clark y la suya esta tarde. Cuando vio que estaba enfermo canceló el viaje. Eso es cierto, ¿no?

—Lo es. Le he dicho que lo conocía en casa, pero no como Clark.

—Dejaré eso de lado. Usted pensaba tomar el tren de medianoche en la línea principal, pero pidió un coche en lugar de usar la línea secundaria.

—Livingstone estaba enfermo. Pensé que sería más fácil. Eso es todo —su voz se agudizó—. No puede arrastrarme a esto, sheriff. En primer lugar, no creo que fuera Clark, o no habría venido aquí, de todos los lugares del mundo. Ni siquiera sabía que estaba aquí, hasta que entró en mi habitación esta mañana.

—¿Por qué entró en su habitación?

—Había visto que yo estaba registrado. Dijo que se sentía enfermo. Lo llevé de vuelta y lo acosté. Esta noche traje un médico.

El sheriff sacó un papel del bolsillo. El ánimo de Bassett casi se derrumbó al ver que era la carta de Gregory a David.

—Le pediré que explique esto. Estaba en la cama de Clark.

Bassett la tomó y la leyó lentamente. Pensaba intensamente.

—Ya veo —dijo—. Bueno, eso explica por qué vino aquí. Estaba demasiado enfermo para hablar cuando lo vi. Mire, esto no está dirigido a él, sino a su tío, David Livingstone. David Livingstone era hermano de Henry Livingstone, que murió hace años en Dry River. Esto se refiere a un asunto personal relacionado con la herencia Livingstone.

El sheriff volvió a leer la carta. Estaba desconcertado.

—Habla bien —admitió con desgano. Se volvió hacia la sirvienta.

—Está bien, Hattie —dijo—. Repitamos la historia. Pero un momento. —Se volvió hacia el reportero—. La señora Thorwald aquí no ha visto a Lizzie Lazarus, la india. Lizzie ha estado en mi oficina desde el mediodía. Ahora, Hattie.

Hattie humedeció sus labios secos.

—Era Jud Clark, seguro —dijo—. Lo conocí toda mi vida, de vez en cuando. Pero ojalá no hubiera gritado. No creo que haya matado a Lucas, y nunca lo creeré. Espero que se escape.

Miró al sheriff con rencor, pero él solo sonrió con dureza.

—¿Qué te dije? —dijo a Bassett—. Al diablo con las mujeres, ese era Jud Clark. Y lo atraparemos, Hattie. No te preocupes. Continúa.

Ella miró a Bassett.

—Cuando me dejó, me senté afuera de la puerta, como dijo. Luego lo oí moverse, y entré. La habitación no estaba muy iluminada, y al principio no lo reconocí. Se sentó en la cama y me miró, y dijo: "Hola, Hattie Thorwald". Ese es mi nombre. Me casé con un sueco. Luego me miró otra vez y dijo: "Perdón, pensé que era la señora Thorwald, pero veo que ahora está más vieja". Lo reconocí entonces, y pensé que iba a desmayarme. Sabía que lo arrestarían en cuanto se supiera que estaba allí. Le dije: "Acuéstese, señor Jud. No está muy bien". Y cerré la puerta y la aseguré. Estaba asustada.

Su voz se quebró; buscó un pañuelo. El sheriff miró a Bassett.

—¿Y ahora dónde queda su historia de Livingstone? —preguntó—. Está bien, Hattie. Continúa.

—Le dije: "Por el amor de Dios, señor Jud, quédese quieto, hasta que piense qué hacer. El sheriff puede estar abajo mismo en este momento". Y entonces se puso extraño y fuera de sí. Saltó de la cama y se quedó escuchando y mirando, temblando todo. "Tengo que escapar", dijo muy fuerte. "No dejaré que me atrapen. ¡Me mato primero!" Cuando puse mi mano en su brazo, la apartó y se lanzó hacia la puerta. Vi entonces que estaba delirando con fiebre, y me paré frente a la puerta y le rogué que no saliera. Pero me apartó con tanta fuerza que caí, y grité.

—¿Y después qué?

—Eso es todo. Si no hubiera estado casi fuera de mí, nunca habría dicho que era Jud Clark. Eso me pesará hasta el día que muera.

Una hora más tarde, Bassett volvió a su habitación en un estado de agotamiento mental y nervioso. Sabía que desde ese momento estaría bajo sospecha y probablemente bajo vigilancia, y procedió metódicamente, con la puerta cerrada, a revisar sus papeles. Su cuaderno y los recortes de archivos antiguos sobre el caso Clark los quemó en el lavabo y luego lo lavó cuidadosamente. Con eso, su asistencia a un enfermo y la carta encontrada en la cama eran toda la evidencia positiva que tenían para vincularlo con el caso. Había pensado en escabullirse por la salida de incendios y buscar a Dick por su cuenta, pero su falta de familiaridad con el entorno hacía eso prácticamente inútil.

A medianoche se tendió en la cama sin desvestirse y repasó la situación con cuidado. No sabía nada de las diversas neurosis que afectan la mente humana, pero tenía la vaga impresión de que la memoria, cuando se pierde, eventualmente regresa, y el reconocimiento de Dick hacia la sirvienta apuntaba a eso. Se preguntó qué sentiría un hombre en esas condiciones, qué pensaría. No pudo imaginarlo. Finalmente abandonó el esfuerzo y se quedó frunciendo el ceño hacia el techo, considerando su propio papel en la catástrofe. Se vio a sí mismo, siguiendo su instinto y su formación, conduciendo la inevitable marcha hacia la tragedia de esa noche, planeando, ideando, buscando, y ahora que había llegado, tendido impotente en su cama mientras la procesión de los hechos seguía adelante, fuera de su control.

Cuando un motor de automóvil explotó en la calle, se sintió enfermo de miedo.

Entonces tomó la resolución que sería el motivo rector de su vida durante los próximos meses: luchar hasta el final contra lo que él mismo había provocado. Pero al hacerla, vio la inutilidad. Podría luchar, lo haría, pero nada devolvería a Dick

Livingstone el lugar que había construido en el mundo. Podría salvarse de su pasado, pero no se le podía dar un futuro.

De pronto se dio cuenta de que alguien trabajaba sigilosamente en la cerradura de la puerta que comunicaba con la habitación contigua. Se deslizó con cautela de la cama, fue al interruptor de la luz, puso la mano sobre él y esperó. El pensamiento salvaje de que pudiera ser Livingstone dominaba su mente, y cuando la puerta crujió al abrirse y cerrarse, eso fue lo que susurró en la oscuridad.

—No —dijo una voz femenina en un susurro—. Soy la sirvienta, Hattie. Tenga cuidado. Hay un guardia arriba en las escaleras.

La oyó moverse hacia la puerta exterior, y supo que estaba allí, escuchando con la cabeza contra el panel. Cuando se sintió satisfecha, se deslizó con rapidez, como quien conoce bien el lugar, hasta la mesa junto a la cama y encendió la lámpara. A la luz tenue vio que llevaba una capa oscura con la capucha sobre la cabeza. De alguna manera extraña, la sirvienta, incluso la mujer, había desaparecido, y allí estaba, extraña, misteriosa y dramática en la pequeña habitación.

—Si encontrara a Jud Clark, ¿qué haría con él? —preguntó. Desde debajo de la capucha sus ojos lo escrutaban—. ¿Lo entregaría a Wilkins y a su gente?

—Creo que sabe mejor que eso.

—¿Tiene algún plan?

—¿Plan? № ¿No tienen cerradas todas las salidas? ¿Sabe dónde está?

—Sé dónde no está, o ya lo tendrían. Y conozco a Jud Clark. Se iría a las montañas, como hizo antes. Tiene un buen caballo.

—¿Un caballo?

—Escuche. No lo he contado, ni pienso hacerlo. Lo sabrán en un par de horas, de todos modos. Salió por la salida de incendios trasera, eso lo saben. Pero no saben que tomó la yegua negra de Ed Rickett. Creen que va a pie. Estuve allí y ya no está. Ed está encerrado en un cuarto en el último piso, jugando póker. No terminarán hasta las tres, y entonces notará que falta su caballo. Eso nos da dos horas.

Bassett intentó ver su rostro bajo la sombra de la capucha. Estaba desconcertado y sospechoso de su cambio de actitud, más que medio temeroso de una trampa.

—¿Cómo sé que no está trabajando con Wilkins? —preguntó—. Podría haber salvado la situación esta noche diciendo que no estaba segura.

—Estaba alterada. He tenido tiempo de pensar desde entonces.

Se vio obligado a confiar en ella, aunque persistía en él la sensación de un motivo oculto, algo más fuerte que la compasión.

—¿Tiene algún plan para mí, entonces? No puedo seguirlo a ciegas en las montañas de noche y esperar encontrarlo.

—Sí. Estaba delirando cuando se fue. Eso de que el sheriff lo perseguía... no lo estaba persiguiendo entonces. No hasta que yo di la alarma. Está delirando, y cree que ha vuelto a la noche en que... usted sabe. ¿No haría lo mismo otra vez, ir a las montañas y a la cabaña? Ya había ido a la cabaña antes.

Bassett miró su reloj. Eran las doce y media.

—Aunque consiguiera un caballo, no podría salir del pueblo.

—Podría, a pie. Al amanecer seguirán el rastro del caballo de Rickett. Y si logra salir del pueblo, puedo conseguirle un caballo. También puedo sacarlo, creo. Conozco cada rincón del lugar.

La sensación de irrealidad teatral fue la emoción principal de Bassett durante el tiempo difícil que siguió. La figura encapuchada delante, el paso por dos habitaciones oscuras y vacías con una llave maestra hacia un pasillo trasero sin vigilancia, el descenso por la salida de incendios, donde se aplastaron contra la pared mientras un hombre, quizá de la partida, llegaba, ataba su caballo y entraba con botas de tacón alto en el edificio, y siempre adelante el movimiento seguro y el paso silencioso de la mujer, mantenían sus nervios tensos y aumentaban su sensación de irrealidad.

Al pie de la salida de incendios la mujer desapareció sin ruido, pero bajo los pies de Bassett una lata rodó y resonó. Entonces un caballo resopló cerca de su hombro, y quedó paralizado de miedo. Después ella le dio la mano y lo condujo por un edificio vacío y otro patio hasta una calle.

A las dos de la madrugada, Bassett, esperando en un camino solitario cerca de lo que juzgaba era el campamento de una cuadrilla de perforación, oyó un caballo acercarse, resoplando nervioso, y se retiró a las sombras hasta reconocer la silueta encapuchada que lo guiaba.

—Pertenece a mi hijo —dijo ella—. Lo arreglaré con él mañana. Pero si lo atrapan tendrá que decir que salió y lo tomó, o nos meterá a todos en problemas.

Le dio instrucciones cuidadosas sobre cómo encontrar el sendero y lo instó a darse prisa.

—Si lo encuentra —le aconsejó—, mejor siga derecho por la sierra.

Él se detuvo, con el pie en el estribo.

—Parece bastante segura de que se fue a las montañas.

—Es su única oportunidad. Lo atraparían en cualquier otro lugar.

Montó y se preparó para partir. Habría querido darle la mano, pero el caballo estaba aterrorizado por su figura encapuchada y se apartaba y resoplaba cuando ella se acercaba. —Sea cual sea el resultado —dijo—, ha hecho lo mejor, y estoy agradecido.

El caballo se movió y la dejó allí, con la capucha hacia adelante y las manos cruzadas sobre el pecho. Se quedó un momento mirando hacia las montañas, con una silueta y postura extrañamente monásticas. Luego se volvió hacia el pueblo.

CAPITULO 28

Dick había retomado la vida justo donde la había dejado tanto tiempo atrás. Había desaparecido la casa de David construida sobre las arenas del olvido. Había desaparecido David mismo, y Lucy. Ni siquiera había nacido en su conciencia Elizabeth. La guerra, su trabajo, su nuevo lugar en el mundo, todo estaba borrado, ahogado en la avalancha de recuerdos revividos por el impacto de las revelaciones de Bassett.

No es que el punto de quiebre se hubiera revelado de inmediato. Primero hubo confusión, luego sopor e inconsciencia, y de ahí, con nitidez, surgió la memoria. No habían pasado diez años, sino una hora, un minuto, desde que había estado mirando a Howard Lucas en el suelo de la sala de billar, y había visto a Beverly entrar corriendo por la puerta.

—¡Bev! —decía—. ¡Bev! ¡No mires así!

Se movió y descubrió que estaba en la cama. Había sido un sueño. Respiró hondo, miró alrededor de la habitación, vio a la mujer y la saludó. Pero ya sabía que no había sido un sueño. Las cosas se agudizaban en su mente. Se estremeció y miró al suelo, pero allí no había nadie. Solo el horror en su mente, y el instinto de huir de él. No pensaba en absoluto, pero en él surgía no solo la necesidad de escapar, sino la sensación de persecución. Lo seguían. Lo atraparían. Nunca debían atraparlo vivo.

El instinto y la voluntad reemplazaron al pensamiento, y lo que fuera que se había abierto en su cerebro influía claramente en su estado físico. Mostraba todas las marcas de una larga y pesada bebida; sus nervios estaban destrozados; se estremecía y temblaba. Cuando bajó por la salida de incendios, apenas podía sostenerse en pie.

El hallazgo del caballo de Ed Rickett en el patio, ensillado y listo, encajaba con el patrón mental del pasado. Como quien entra por primera vez a una habitación y la encuentra familiar, por un momento sintió que lo que estaba haciendo ya lo había hecho antes. Solo por un momento. Luego la memoria parcial cesó, y montó, salió y se dirigió hacia las montañas y la cabaña. Por esa extraña cualidad del cerebro

llamada hábito, aunque fuera de un solo precedente enfático, siguió la ruta que había tomado diez años antes. Qué tan fielmente nunca se sabrá. ¿Se detuvo en esa curva para mirar atrás, como lo había hecho antes? ¿Dejó respirar al caballo allí? Probablemente no, porque al dejar el pueblo y subir por el sendero del cañón, cabalgaba como si todos los demonios del infierno lo persiguieran.

Una cosa es segura: la reproducción de las condiciones de la fuga anterior, las asociaciones familiares del sendero, debieron ayudar más que obstaculizar su fijación en el pasado. Otra vez era Judson Clark, que había matado a un hombre, huyendo de sí mismo y de la persecución.

Pronto su caballo estaba en grave dificultad, pero él no lo notaba. Al llegar a la cima de la larga subida, el animal se detuvo, pero él lo espoleó sin piedad. No era consciente de su propio cansancio, ni de que se balanceaba en la silla, hasta que, al galopar por un prado, el caballo tropezó y lo arrojó.

Permaneció quieto un tiempo; no estaba herido, pero parecía carecer de iniciativa para levantarse. En ese período tenía la alternancia de lucidez y sopor mental del hombre medio ebrio. Pero al fin, luchando entre capas de oscuridad, volvió el instinto de huir, y montó de nuevo para seguir.

El sopor lo venció otra vez y durmió en la silla. Cuando el caballo se detenía, él despertaba y lo espoleaba. Una vez emergió de la negrura acompañado de un gran rugido, y descubrió que el animal estaba hundido hasta la silla en un vado, forcejeando entre las rocas. Le giró la cabeza río arriba y logró sacarlo.

Hacia el amanecer parte de la confusión se había ido, pero él seguía firmemente fijado en el pasado. El caballo avanzaba con la cabeza baja, deteniéndose a veces para arrancar una hoja o beber profundamente en un manantial. Dick aún no pensaba —algo le prohibía pensar—, pero estaba débil y emocional. Murmuraba:

—¡Pobre Bev! ¡Pobre Bev!

Una gran ola de ternura y memoria lo invadió. ¡Pobre Bev! Le había hecho la vida un infierno. Sintió un impulso casi incontrolable de girar el caballo, regresar y verla una vez más. De todos modos estaba perdido. Lo atraparían. Y quería que ella supiera que habría preferido morir antes que hacer lo que había hecho.

El impulso de huir murió; se sintió enfermo y muy frío, y de vez en cuando temblaba violentamente. Empezó a vigilar el sendero detrás de él, esperando la persecución, pero sin miedo. Parecía haber vagado por mil noches negras a través de profundos desfiladeros y sobre picos tan altos como las estrellas, y ahora quería descansar, detenerse en algún lugar y dormir, volver a estar cálido. Que vinieran y lo atraparan, en cualquier parte fuera de esa pesadilla...

Con el amanecer aún gris oyó un caballo detrás y abajo en el sendero del acantilado. Se detuvo y esperó, girando en la silla, con expresión fea y desafiante, y sin embargo dolorosamente indefenso, con la mirada de un muchacho acorralado. El jinete apareció en el sendero abajo, cabalgando con fuerza, un hombre de mediana edad en saco oscuro y sombrero de paja, una figura incongruente y evidentemente cansada. Cabalgaba inclinado hacia adelante, y de vez en cuando levantaba los ojos del sendero y miraba la pared de arriba con ojos enrojecidos y ansiosos.

En la curva debajo de Dick, Bassett lo vio por primera vez y le habló en voz tranquila.

—Hola, viejo —dijo—. Ya pensaba que al final me ibas a faltar.

Su escrutinio del rostro de Dick lo tranquilizó un poco. El delirio había pasado, aparentemente. Aunque estaba desaliñado, cubierto de polvo y sudor del caballo, los ojos de Livingstone parecían lo bastante firmes. Sin embargo, al acercarse, no estuvo tan seguro. Se encontró siendo observado con una especie de fría malignidad que lo sorprendió.

—¿Faltarte? —Livingstone se burló con amargura—. ¡Con cada maldito cerro cubierto ya por tu gente! Te diré esto: si hubiera tenido un arma, nunca me habrías atrapado vivo.

Bassett estaba desconcertado y algo irritado.

—¿Mi gente? Te diré esto, hijo: me he jugado el cuello media noche para sacarte de este lío.

—Ni el mismo Dios Todopoderoso podría sacarme de este lío —dijo Dick sombríamente.

Fue entonces cuando Bassett vio algo no del todo normal en su rostro, y se acercó más.

—Mira, Livingstone —dijo en tono conciliador—, nadie va a atraparte. Estoy aquí para evitar que lo hagan. Tenemos buena ventaja, pero debemos seguir moviéndonos.

Dick permaneció obstinadamente quieto, con el caballo atravesado en el sendero, y los ojos aún desconfiados y hostiles.

—No te conozco —dijo con terquedad—. Y ya he huido todo lo que voy a huir. Vuelve y dile a Wilkins que estoy aquí y que venga a atraparme. Cuanto antes, mejor. —La burla se desvaneció, y se volvió hacia Bassett con una profundidad de tragedia en los ojos que asustó al reportero—. Dios mío —dijo—, ¡anoche maté a un hombre! No puedo vivir con eso encima. Estoy acabado, te lo digo.

—¡Anoche! —Un leve entendimiento comenzó a surgir en la mente de Bassett, una sospecha de la verdad. Pero no había tiempo para comprobarlo. Se volvió y examinó con cuidado el sendero hasta donde aparecía en el borde opuesto del valle. Cuando se convenció de que la persecución aún estaba lejos, volvió a hablar.

—Contrólate, Livingstone —dijo con cierta dureza—. Piensa un poco. No mataste a nadie anoche. Ahora escucha —añadió con énfasis—. Tú eres Livingstone, el doctor Richard Livingstone. Aférrate a eso y piensa en ello.

Pero Dick no escuchaba, salvo a alguna voz amarga dentro de sí, porque de pronto giró su caballo en el sendero.

—Quítate del camino —dijo—. Voy a regresar para entregarme.

Probablemente lo habría hecho, habría pasado por encima de Bassett en el estrecho sendero y se habría dirigido de vuelta hacia la captura, de no ser por su caballo. El animal se negó y giró en la cornisa, pero no quiso pasar a Bassett. Dick maldijo y lo espoleó, con el rostro duro y decidido, pero el caballo se negó tercamente. Entonces se bajó de la silla e intentó arrastrarlo, pero de pronto estaba débil y enfermo. Tropezó. Bassett desmontó de inmediato y lo sostuvo. Lo acomodó sobre una roca, y allí se quedó, con los hombros caídos y todo el cuerpo temblando.

—He estado bebiendo como loco —dijo al fin—. Si tuviera un trago ahora me enderezaría. —Intentó incorporarse—. Eso es lo que me pasa. Estoy acobardado, claro, pero no es solo eso. Daría mi alma por un poco de whisky.

—Puedo conseguirte un trago, si avanzas conmigo una milla —lo animó Bassett—. En la cabaña de la que hablamos ayer.

—Ahora sí hablas —Dick hizo un esfuerzo y se puso de pie, apartando el brazo de Bassett—. Por el amor de Dios, no me toques —dijo con irritación—. Solo tengo resaca, eso es todo.

Montó sin ayuda y siguió por el sendero. Bassett volvió a revisar el valle, pero estaba vacío salvo por un venado que bebía en el arroyo allá abajo. Se volvió y lo siguió.

Para entonces estaba casi sin esperanza, con la inesperada resistencia de Dick y el cambio en el hombre mismo. Estaba tratando con algo que no comprendía, y la hipótesis del delirio no encajaba. Había una especie de desesperada cordura en los ojos de Dick. Esa afirmación, sobre haber bebido demasiado... ayer no parecía un bebedor. Pero ahora sí. Se estremecía, sus manos temblaban. En la roca su rostro estaba cubierto de sudor frío. ¿Qué había dicho el médico ayer sobre el delirium tremens? ¿Y si colapsaba? Eso significaría captura.

No necesitó guiar a Dick a la cabaña. Él mismo se desvió del sendero, y Bassett, siguiéndolo, lo vio desmontar y observar las ruinas con gesto desconcertado. Pero no dijo nada. Bassett, tras atar los caballos afuera, entró y lo encontró sentado en una de las sillas destartaladas, mirando alrededor. Lo único que dijo fue:

—Consígueme ese trago, ¿quieres? Me estoy desmoronando.

Bassett encontró su taza de lata en un estante y vertió un poco de whisky de su frasco.

—Esto es todo lo que tenemos —explicó—. Tendremos que administrarlo despacio.

El efecto fue casi inmediato. Los temblores disminuyeron y un leve color volvió al rostro de Dick. Se levantó y se estiró.

—Eso está mejor —dijo—. Estaba acabado. Debí haber estado montando ese maldito caballo durante años.

Deambuló mientras el reportero encendía un fuego y ponía la cafetera a hervir. Bassett, al mirarlo una vez, lo vio observando el cobertizo derruido desde la puerta, con una expresión que no entendió. Pero no dijo nada, ni volvió a hablar hasta que Bassett lo llamó para comer algo. Incluso entonces fue lacónico, y parecía estar escuchando y esperando.

Una vez algo asustó a los caballos afuera, y él se incorporó y escuchó.

—¡Ya están aquí! —dijo.

—No lo creo —respondió Bassett, y fue a la puerta—. No —gritó por encima del hombro—, tú sigue comiendo. Yo vigilo.

—Vuelve y come —dijo Dick con mal humor.

Comió muy poco, pero bebió café. Bassett también comió casi nada. Se estaba preparando para la lucha que vendría, reuniendo sus argumentos para huir, y tratando de comprender el alcance del cambio en el hombre frente a él.

Dick dejó la taza y se levantó. Estaba fuerte otra vez, y la confusión pesadillesca de la noche había desaparecido. En su lugar había una lucidez desesperada y un valor nacido de la desesperación. Recordaba todo con claridad: había matado a Howard Lucas la noche anterior. Pronto Wilkins o alguno de los suyos llegarían a la puerta y lo llevarían de regreso a Norada. No le temía a eso. Siempre pensarían que había huido por miedo a ser atrapado, pero no era así. Había huido del rostro de Bev. Solo que no había logrado escapar de él. Lo había acompañado toda la noche, y seguía con él ahora.

Pero tendría que regresar. No podía ser atrapado como una rata en una trampa. Los Clark no huían. Eran luchadores. Solo que los Clark no mataban. Peleaban, pero no asesinaban.

Tomó su sombrero y fue hacia la puerta.

—Has sido muy amable, viejo —dijo—. Pero tengo que volver. Anoche corrí como un niño asustado, pero ya terminé con esa tontería.

—Daría mucho —dijo Bassett, observándolo— por saber qué te hizo huir anoche. Estabas seguro donde estabas.

—No sé de qué hablas —dijo Dick con tristeza—. No huí de ellos. Huí para escapar de algo. —Se volvió con irritación—. No lo entenderías. Digamos que estaba borracho. Lo estaba, de hecho. Aún no lo supero.

Bassett lo miró.

—Ya veo —dijo en voz baja—. ¿Fue anoche, entonces, cuando ocurrió esto?

—Lo sabes, ¿no?

—Y después de que ocurrió, ¿recuerdas lo que siguió?

—He estado cabalgando toda la noche. No me importaba lo que pasara. Sabía que me metería en una gran tormenta de nieve, pero yo...

Se detuvo y miró afuera, hacia donde los caballos pastaban en el prado de altura, entre flores de montaña hasta las rodillas. Bassett, observándolo, vio la incredulidad en sus ojos, y habló muy suavemente.

—Mi querido amigo —dijo—, tienes razón. Trata de entender lo que digo y tómalo con calma. Cabalgaste en una tormenta de nieve, sí. Pero eso no fue anoche. Fue hace diez años.

CAPITULO 29

Si Bassett hubiera tenido un conocimiento más amplio de la condición de Dick, quizá habría tenido más éxito durante la mala hora que siguió. Ciertamente, si había esperado que la simple declaración de los hechos y su prueba dieran resultados, fracasó. Y la necesidad de apresurarse, el miedo a la persecución detrás de ellos, lo volvieron nervioso e incoherente.

Primero tuvo que aceptar lo increíble: que Dick Livingstone ya no existía, que había muerto y estaba enterrado en algún rincón de la mente inconsciente. Hizo todo esfuerzo por revivirlo, por traerlo de nuevo al campo de la conciencia, pero sin resultado. Y su lucha se complicaba porque sabía muy poco de la vida de Dick.

El nombre de David no significaba nada, aparentemente, y era el único que conocía. Describió la casa de los Livingstone; describió a Elizabeth como la había visto aquella noche en el teatro. Incluso a Minnie. Pero Dick solo negaba con la cabeza. Y hasta que no despertara algún instinto, algún deseo de vivir, no podía combatir la intención de Dick de regresar y entregarse.

—Entiendo lo que dices —decía Dick—. Estoy tratando de captar. Pero no significa nada para mí.

Incluso intentó hablarle de la guerra.

—¿Guerra? ¿Qué guerra? —preguntó Dick. Y al oír sobre ella gimió.

—¡Una guerra! —dijo—. ¡Y me la perdí!

Pero poco después se levantó y se dirigió a la puerta.

—Voy a regresar —dijo.

—¿Por qué?

—Me persiguen, ¿no?

—Estás olvidando otra vez. ¿Por qué habrían de perseguirte ahora, después de diez años?

—Ya veo. No lo entiendo, ¿sabes? Sigo escuchándolos.

Bassett también escuchaba, pero guardaba sus temores para sí.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó finalmente.

—Estaba borracho, y lo odiaba. Se casó con una mujer de la que estaba loco.

Bassett intentó nuevas tácticas. Subrayó lo absurdo de entregarse por un crimen cometido diez años atrás y ya olvidado.

—No te condenarán de todos modos —insistió—. Fue una pelea, ¿no? Quiero decir, no lo disparaste deliberadamente.

—No recuerdo. Peleamos. Sí. No recuerdo haberlo disparado.

—¿Qué recuerdas?

Dick hizo un esfuerzo, aunque estaba pálido hasta los labios.

—Lo vi en el suelo —dijo lentamente, y se tambaleó un poco.

—Entonces ni siquiera sabes si lo hiciste.

—Lo odiaba.

Pero Bassett vio que su determinación de entregarse se debilitaba. Luchó con todos los argumentos que pudo reunir, y al fin sacó el que pensó que sería concluyente.

—Mira, no solo has construido un lugar en el mundo, Clark, como te he dicho. Has formado vínculos de los que no puedes escapar. Tienes que pensar en los Livingstone, y me dijiste ayer que un shock mataría al viejo. Pero es más que eso. Hay una mujer en tu pueblo. Creo que estabas comprometido con ella.

Pero si esperaba atravesar el velo con esa declaración, fracasó. El rostro de Dick se sonrojó, y fue hacia la puerta de la cabaña, igual que había ido a la ventana el día anterior. No miró atrás cuando habló.

—Entonces soy un canalla sin conciencia —dijo—. Solo he querido a una mujer en mi vida. Y la he arruinado para siempre.

—¿Quieres decir...?

—Sabes a quién me refiero.

Algún tiempo después, Bassett montó su caballo y salió hacia un risco que dominaba un largo tramo del sendero en el valle abajo. A lo lejos, jinetes avanzaban en fila, pequeños puntos que se movían lenta pero constantemente. Se volvió y regresó a la cabaña.

—Será mejor que nos movamos —dijo—, y depende de ti decidir hacia dónde. Tienes dos opciones. Puedes volver a Norada y arriesgarte a ser arrestado. Sabes lo que significa. Sin muchas posibilidades de condena, enfrentarás un juicio y traerás desgracia a las personas que te apoyaron antes y que se preocupan por ti ahora. O puedes seguir conmigo por las montañas y alcanzar el ferrocarril en algún punto al oeste. Tendrás tiempo para pensarlo. Han esperado diez años. Pueden esperar más.

Para su alivio, Dick accedió. Se había vuelto extrañamente pasivo; parecía no estar muy interesado. Ni siquiera notó la prisa con que Bassett eliminó las evidencias de su comida, apagó el fuego moribundo y dispersó las cenizas. Tampoco, cuando montaron, la precaución con que evitaban el sendero. Dio, cuando se le pidió, información sobre la dirección del ferrocarril al pie de la ladera occidental de la sierra, y también encontró un sendero para ellos a unas millas de donde habían partido. Pero en su mayoría solo seguía, en un silencio absoluto.

Avanzaron lentamente. Ambos caballos estaban cansados y hambrientos, y el camino era a menudo áspero e incluso peligroso. Pero gracias al conocimiento de Dick sobre el país no se perdieron por completo. Bassett, aunque torturado por el dolor muscular, sentía que su ánimo se levantaba a medida que cubrían millas y no había señales de persecución.

A media tarde tuvieron que descansar a los caballos y dejarlos pastar, y la necesidad de alimento para ellos mismos se volvió urgente. Dick se tendió y se quedó dormido de inmediato, pero el reportero no pudo descansar. La magnitud de su empresa lo obsesionaba. Habían cubierto quizá veinte millas desde que dejaron la cabaña, y el ferrocarril aún estaba a sesenta millas. Con caballos frescos podrían haberlo alcanzado al amanecer del día siguiente, pero no creía que sus agotados animales pudieran avanzar mucho más. El terreno empeoraba en lugar de mejorar. Un paso adelante, que debían cruzar, estaba lleno de nieve.

También estaba preocupado por la condición física de Dick. Los temblores habían desaparecido, pero estaba muy pálido y dormía como un hombre exhausto y al límite físico. Pero la necesidad de cruzar el paso antes del anochecer, o esperar hasta el amanecer para hacerlo, llevó a Bassett, tras una ansiosa exploración del sendero a las cinco de la tarde, a despertar al hombre dormido y seguir adelante.

Cerca del paso, sin embargo, Dick se animó y tomó la delantera.

—Déjame ir adelante, Bassett —dijo con tono imperioso—. Y suelta las riendas de tu caballo. Se cuidará solo si le das la oportunidad.

Bassett se alegró de quedarse atrás. Estaba exhausto y nervioso. El sendero lo aterraba: se aferraba al costado de una pared rocosa, retorciéndose y girando sobre sí mismo; pasaba bajo cascadas lechosas de agua glaciar, y más arriba cruzaba un campo de hielo que era un puente vidrioso sobre un torrente debajo. Para empeorar la miseria, nubes voraces de mosquitos los rodeaban, junto con diminutos jejenes negros que se metían en los ojos y las narices, volviendo locos a los caballos.

Al cruzar el campo de hielo, el caballo de Dick cayó y por un tiempo no pudo levantarse. Yacía haciendo esfuerzos inútiles por incorporarse, con los costados agitados y los ojos rodando de angustia. Entonces se rindieron y se prepararon para improvisar un campamento.

Con la puesta del sol el frío se volvió intenso, y Bassett se vio obligado a encender un fuego. Lo hizo bajo la protección de la pared de la montaña, y Dick, tras desensillar a su caballo caído, levantó un refugio tosco de piedras contra el viento. Al cabo de un rato el caballo agotado logró ponerse de pie, pero no había forraje, y los dos animales permanecieron desolados, o hacían pequeñas excursiones inútiles, hocico al suelo, entre el musgo y los pinos bajos.

Antes de acostarse, Bassett dividió lo que quedaba en la petaca entre ambos, y sus últimos cigarrillos. Dick no habló. Se sentó con la espalda contra el refugio, mirando el fuego, su mente ocupada en pensamientos amargos y contradictorios. Sin embargo, una vez, cuando el reportero cabeceaba de sueño, Dick habló.

—Dijiste que te conté que había una mujer —dijo—. ¿Te dije su nombre?

—№

—Está bien. Duerme. Pensé que si lo escuchaba podría ayudarme.

Bassett se recostó y lo observó.

—Mejor duerme un poco, viejo —dijo.

Se quedó dormido, para despertar otra vez frío y temblando. El fuego se había consumido, y Dick estaba sentado cerca de él, absorto, en profunda reflexión. Alzó la vista, y Bassett se sorprendió por la tranquila tragedia en su rostro.

—¿Dónde está Beverly Carlysle ahora? —preguntó—. ¿O lo sabes?

—Sí. La vi no hace mucho.

—¿Se volvió a casar?

—№ Ha revivido *The Valley*, y está en Nueva York con eso.

Dick durmió solo una hora esa noche, pero mientras dormía soñó. En su sueño estaba en paz y feliz, y había una joven con vestido negro que parecía parte de esa paz. Al despertar, sin embargo, aún con el calor del sueño en él, no pudo evocarla. Se había desvanecido entre las sombras de la noche.

Se sentó junto al fuego atrapado por una gran desesperación. Había perdido diez años de su vida, sus mejores años. Y no podía volver al punto donde los había dejado. No había nada a lo que regresar, salvo vergüenza y remordimiento. Miró a Bassett, tendido junto al fuego, e intentó encajarlo en la situación. ¿Quién era, y por qué estaba allí? ¿Por qué había cabalgado solo de noche, hacia montañas desconocidas, para encontrarlo?

Como si su mirada intensa hubiera despertado al durmiente, Bassett abrió los ojos, primero somnolientos, luego bien despiertos. Se incorporó sobre un codo y escuchó, como si esperara algún sonido lejano, con el rostro tenso y ansioso. Pero la noche estaba silenciosa, y se relajó y volvió a dormir.

Algo que se había estado formando en la mente de Dick cristalizó de pronto en convicción. Se levantó y caminó hasta el borde de la pared de la montaña y se quedó allí escuchando. Al volver al fuego buscó en sus bolsillos, encontró una libreta pequeña y un lápiz, y, inclinándose para atrapar la luz, comenzó a escribir...

Al amanecer Bassett despertó. Estaba rígido y miserable, y gruñó al moverse. Se dio vuelta y observó la pequeña meseta. Estaba vacía, salvo por su caballo, que seguía en su búsqueda inútil de pasto.

CAPITULO 30

David estaba disfrutando sus vacaciones. Pasaba la mayor parte de la mañana en la cama, aprovechando al máximo su único cigarro después del desayuno y rodeado de periódicos y revistas. Se había hecho amigo del camarero que le llevaba el desayuno y de la pequeña mucama que atendía su habitación, y solían tener conversaciones como esta:

—Bueno, Nellie —decía—, ¿y fuiste al baile en el muelle anoche?

—Oh, sí, doctor.

—¿Tu novio apareció entonces?

—Oh, sí. No llamó porque estaba trabajando fuera de la ciudad.

Aquí, quizá, David bajaba la voz, porque Lucy nunca estaba lejos.

—¿Llevaste las flores?

—Sí, violetas. Guardé una para recordarlo a usted. Al principio fue gracioso. No quise decirle quién me las había dado.

David se reía encantado.

—Eso está bien —decía—. Déjalo con la duda, el joven bribón. ¡Los hombres somos ganado difícil, Nellie, ganado difícil!

Hasta el ayuda de cámara se relajaba con él, y le preguntaba si el doctor necesitaba un hombre en casa para cuidarlo y atender su ropa. David se divertía enormemente.

—Bueno —decía, con un brillo en los ojos—. Te diré cómo me las arreglo ahora, y verás. Cuando quiero que me planchen los pantalones los mando abajo y espero en bata hasta que vuelven. Estoy un poco mejor con las botas, pero tendrías que dejar inconsciente a Mike, mi peón, antes de que te dejara tocarlas.

El ayuda de cámara sonreía comprensivo.

—Claro, está mi sobrino —continuaba David, con un tono de orgullo—. Se ha comprometido recientemente, y noto que ha comprado ropa. Pero aún así no creo que quiera que alguien le sostenga los pantalones mientras se los pone.

David se reía de eso durante mucho tiempo después de que el valet se había ido.

Estaba bastante feliz y contento. Pasaba toda la tarde en una silla de ruedas de paseo, conversando amablemente con el hombre que lo empujaba, y de vez en cuando, cuando Lucy no estaba a la vista, se levantaba y estiraba las piernas.

Recogía niños perdidos y perros solitarios, probaba puntería en una galería de tiro, y tenía que contenerse para no subirse a las montañas rusas ni meterse al mar.

Un día, al regresar al hotel después de haber estado fuera un tiempo, se sorprendió al encontrar a Harrison Miller sentado en el vestíbulo. David se iluminó de sorpresa y alegría.

—¡Viejo farsante! —dijo—. ¡Al final sí te diste una escapada! Y pensar en tu desprecio cuando me enviaron aquí.

Harrison Miller estaba incómodo y cohibido. Había querido ver primero a Lucy. Ella era una mujer sensata, y sabría exactamente qué podía soportar David y qué no. Pero David no notó su incomodidad; lo llevó a su habitación, lo hizo admirar la vista al mar, le dio un cigarro y luego se sentó frente a él, radiante y hospitalario.

—¡Santo cielo, Miller! —dijo—. No sabía que estaba nostálgico hasta que te vi. Bueno, ¿cómo va todo? Las cartas de Dick no han sido gran cosa, y no hemos tenido ninguna en varios días.

Harrison Miller carraspeó. Sabía que David no había sido informado de la muerte de Jim Wheeler, pero que Lucy sí. También sabía por Walter Wheeler que David no sabía que Dick se había ido al oeste. ¿Lo sabía Lucy o no? Probablemente sí. Pero consideraba toda esa conspiración benevolente un absurdo y un error. Lo hacía sentir incómodo, y la mayor parte de su vida se había dedicado a estar cómodo.

Decidió ganar tiempo.

—Las cosas están más o menos igual —dijo—. Van a pavimentar la calle Chisholm. Y tu Mike derribó al vigilante nocturno la semana pasada. Lo libré con una multa.

—Espero que no haya estado en mi sótano. Tiene una debilidad, pero bueno... ¿Cómo está Dick? ¿No está trabajando demasiado?

—№ Está bien.

Pero David no era ningún tonto. Empezó a notar algo extraño en la actitud de Harrison, y se inclinó hacia adelante en su silla.

—Mira, Harrison —dijo—, hay algo que te preocupa. Tienes algo en la cabeza.

—Bueno, sí y no. Me gustaría ver a Lucy, David, si está por aquí.

—Lucy anda afuera. Puedes decírmelo a mí igual que a ella. ¿Qué pasa? ¿Es sobre Dick?

—En cierto modo, sí.

—¿No está enfermo?

—№ Está bien, hasta donde sé. Creo que será mejor que te lo diga, David. Walter Wheeler tiene una idea fija, y me convenció de venir. Dick estaba bastante cansado y... bueno, ocurrieron un par de cosas que lo preocuparon. Una fue que Jim Wheeler —esto lo sabrás tarde o temprano— tuvo un accidente de automóvil, y fue fatal.

David perdió parte de su color sonrosado. Pasó un momento antes de que hablara.

—Pobre Jim —dijo con voz ronca—. Era un buen chico, solo lleno de vida. Será duro para la familia.

—Sí —dijo simplemente Harrison Miller.

Pero David también estaba resentido. Cuando sus amigos tenían problemas quería saberlo. Estaba algo indignado y dolido. Pero pronto volvió a hablar de Dick.

—Voy a regresar y mandarlo a descansar —dijo—. Estoy tan bien como estaré, y el muchacho está cansado. ¿Cuál es la idea fija de Wheeler?

—Mira, David, tú conoces mejor tus asuntos, y Wheeler no se sintió con libertad de contarme mucho. Pero parecía pensar que tú eras el único que podía aclararnos ciertas cosas. Él mismo habría venido, pero no le es fácil dejar a la familia ahora. Dick se fue justo después del funeral de Jim. Dejó a un joven llamado Reynolds en su lugar, y, creo, para no preocuparte, algunas cartas para ser enviadas a intervalos.

—¿A dónde se fue? —preguntó David, con voz terrible.

—A un pueblo llamado Norada, en Wyoming. Cerca de su antiguo hogar, en algún lugar. Y los Wheeler no han sabido nada de él desde el día en que llegó. Eso fue hace tres semanas. Le escribió a Elizabeth la noche en que llegó, y también le envió un telegrama. Desde entonces, nada.

David apretaba los brazos de su silla con ambas manos, pero se obligó a mantenerse sereno.

—Iré a Norada de inmediato —dijo—. Consigue un horario de trenes, Harrison, y llama al ayuda de cámara.

—Ni pensarlo. Estoy aquí para hacer eso, cuando tenga algo con qué empezar. Wheeler pensó que quizá tú habías recibido noticias de él. Si no, debía reunir toda la información posible y entonces partir. Elizabeth está casi loca. Ayer le enviamos un telegrama al jefe de policía de Norada.

—¡Sí! —dijo David con voz espesa—. ¡Confía en tus amigos para cometer todos los malditos errores posibles! Han puesto a toda la jauría tras su pista. —Y luego se dejó caer en su silla y jadeó—. ¡Abre la ventana!

Cuando Lucy entró, media hora después, encontró a David en su cama con el médico del hotel a su lado y Harrison Miller en la habitación. David luchaba por respirar, pero estaba consciente y muy tranquilo. La miró y habló despacio y claramente.

—Han atrapado a Dick, Lucy —dijo.

Se veía envejecido, demacrado y completamente desesperanzado. Incluso después de que su corazón se calmó y quedó quieto entre las almohadas, no mostró señales de su antiguo espíritu combativo. Permanecía con los ojos cerrados, relajado y pasivo. Había hecho lo mejor que pudo, y había fracasado. Ahora estaba fuera de sus manos, en manos de Dios. Una vez, mientras yacía allí, rezó. Dijo que había fallado, y que ahora estaba demasiado viejo y débil para luchar. Que Dios tendría que encargarse y hacer lo mejor posible. Pero añadió que si Dios no salvaba a Dick y lo devolvía a la felicidad, él, David, estaba acabado.

Hacia la mañana despertó de un sueño ligero. La puerta hacia la habitación de Lucy estaba abierta y una luz tenue ardía más allá. David la llamó, y por su respuesta inmediata supo que no había estado durmiendo.

—Sí, David —dijo ella, entrando con sus pantuflas y su bata acolchada, una figura trágica de preocupación, sonriendo con esfuerzo—. ¿Qué quieres?

—Siéntate, Lucy.

Cuando ella lo hizo, él extendió la mano, buscando la suya. Lucy se conmovió y alarmó, pues hacía mucho que no había muestras abiertas de afecto entre ellos. David guardó silencio un rato, absorto en sus pensamientos. Luego:

—No estoy en muy buen estado, Lucy. Supongo que lo sabes. Esta vieja bomba mía tiene una fuga o algo así. No quiero que te preocupes si pasa algo. He llegado al momento en que tengo muchos allá, y será como volver a casa.

Lucy asintió. Su barbilla temblaba. Le acarició la mano, con sus venas altas y retorcidas.

—Lo sé, David —dijo—. Madre y padre, y Henry, y muchos amigos. Pero yo también te necesito. Eres todo lo que tengo, ahora que Dick...

—Por eso te llamé. Si puedo llegar allá, iré. Y daré una pelea que hará que se arrepientan de haber empezado algo. Pero si no puedo, si... —Ella sintió que sus dedos se apretaban sobre su mano—. Si Hattie Thorwald aún vive, la pondremos en el estrado. Si no puedo ir, por cualquier razón, quiero que te asegures de que la llamen. ¿Y sabes dónde está la declaración de Henry?

—En tu caja, ¿no?

—Sí. Haz que se lea primero la declaración, y luego que la llamen para corroborarla. Cuenta la historia que te he contado... o no, te la dictaré en la mañana y la firmaré ante testigos. Jake y Bill también testificarán.

Se sintió más tranquilo después de eso. Había organizado sus fuerzas y comenzado sus preparativos para la batalla. Sentía menos temor ahora en caso de quedarse dormido y despertar entre aquellos que había amado hace tiempo y perdido por un rato. Al cabo de unos momentos cerró los ojos, y Lucy volvió a su cama y se metió en ella.

Sin embargo, fue Harrison Miller quien tomó la declaración esa mañana. La mano vieja y encogida de Lucy escribía demasiado lento para la impaciencia de David. Harrison Miller la tomó, en papel del hotel, llenando las páginas cuidadosamente numeradas con su pulcra escritura de molde. Escribía con rostro impasible, pero con intenso interés, porque para entonces ya conocía la historia de Dick.

Nunca, en su ordenada vida de soltero, de periódicos diarios, jardín de flores y economía política por las noches, había estado tan cerca de las pasiones de los hombres, del amor y el odio, y del desorden que traían consigo.

CAPITULO 31

"Mi hermano, Henry Livingstone, no era un hombre fuerte —dictaba David—. Tenía la misma afección cardíaca que yo, pero se le desarrolló antes. Después de dejar la universidad se fue a Arizona y compró un rancho, y allí conoció y se hizo amigo de Elihu Clark, que había comprado una vieja mina y la estaba reactivando. Henry le prestó una pequeña suma de dinero en ese tiempo, y años más tarde, en agradecimiento, cuando la salud de Henry falló, Clark —que se había enriquecido — le compró un rancho en Wyoming, en Dry River, no lejos de la propiedad de Clark.

Henry había estado enseñando en una universidad del Este, y luego se dedicó a dar clases particulares. Lo veíamos poco. Era un estudioso, y se volvió casi un recluso. Lo vi menos que nunca después de que Clark le dio el rancho.

En la primavera de 1910 Henry me escribió que no estaba bien, y fui a verlo. Parecía preocupado y estaba en mal estado físico. Elihu Clark había muerto cinco años antes y le había dejado una suma considerable, cincuenta mil dólares, pero Henry vivía de una manera que me hacía pensar que no los estaba usando. Los edificios del rancho estaban deteriorados, y en la casa no había más que lo estrictamente necesario.

Lo acusé de tacaño, y entonces me dijo que el dinero no era suyo, sino que se lo habían dejado para usarlo en beneficio de un hijo ilegítimo de Clark, nacido antes

de su matrimonio, hijo de la hija de un pequeño ranchero llamada Hattie Burgess. La muchacha Burgess había ido a Omaha para dar a luz, y la historia no se conocía. En los primeros años Clark había pagado la manutención del niño a través de su abogado a una mujer de Omaha llamada Hines, y más tarde lo envió a la universidad. La muchacha Burgess se casó con un sueco llamado Thorwald. El niño era ocho años mayor que Judson, el hijo legítimo de Clark.

Tras la muerte de su esposa, Elihu Clark empezó a pensar en el niño, especialmente cuando Judson creció. Hizo que el mayor, que llevaba el apellido Hines, fuera a la universidad, y en verano se quedaba en la escuela de Henry. Henry decía que el muchacho era como los Burgess: rubio, excitable y bastante común. No le fue bien en la universidad y no se graduó. Hasta donde sabía, Clark nunca lo vio.

El muchacho creía que era huérfano, y que la señora Hines lo había adoptado como expósito. Pero al morir la mujer descubrió que no tenía bienes, y que un bufete de abogados de Nueva York había estado pagando sus estudios.

Pasó bastante tiempo con Henry, de una forma u otra, y empezó a pensar que Henry sabía quién era. Al principio creyó que Henry era su padre, y hubo problemas. Para terminar con eso, Henry finalmente reconoció que sabía quién era el padre, y después de eso no tuvo paz. Clifton —su nombre era Clifton Hines— atacó a Henry una vez, y de no haber sido por dos hombres presentes lo habría lastimado.

Henry empezó a darle dinero. Clark había dejado los cincuenta mil para que Henry iniciara al muchacho en algún negocio. Pero Clifton solo proponía planes absurdos que Henry no aceptaba. No sabía de dónde sacaba Henry el dinero. Pensó mucho tiempo que lo había ahorrado.

Debo decir aquí que Henry apreciaba a Clifton, aunque no lo aprobaba. Nunca se casó, y el muchacho fue como un hijo para él durante muchos años. No lo tenía mucho en el rancho, sin embargo, porque era un Burgess de pies a cabeza y se parecía a ellos. Y siempre temía que de algún modo la historia saliera a la luz.

Luego Clifton se enteró, de alguna manera, de la herencia de Clark a Henry, y ató cabos. Hubo un mal momento, pero Henry lo negó y se fueron a dormir. Esa noche Clifton forzó el escritorio de Henry y encontró cartas de Elihu Clark que contaban la historia.

Casi se volvió loco. Llevó los papeles a Henry y lo despertó, de pie sobre él con las cartas en la mano, temblando. Creo que hubo una pelea también. Todo lo que Henry me dijo fue que se las quitó y las arrojó al fuego.

Eso fue un año antes de que Henry muriera, y en ese tiempo el nombre del joven Jud Clark estaba en todos los periódicos. Había dejado la universidad tras una carrera desenfrenada allí, y aunque Elihu había retenido la propiedad hasta que Jud cumpliera veintiún años, Jud tenía la herencia de su madre y una gran asignación. Además, pidió préstamos sobre sus perspectivas, y perdió cien mil dólares en Montecarlo en seis semanas después de graduarse.

De una forma u otra siempre estaba en los periódicos, y al ver cómo Jud desperdiciaba dinero, Clifton enloqueció.

Como Henry había quemado las cartas, no tenía pruebas. No sabía quién era su madre, pero se dedicó a averiguarlo. Investigó la vida pasada de Elihu y descubrió algo sobre Hattie Burgess, o Thorwald. Ella ya estaba casada y vivía en un pequeño rancho cerca de Norada. Fue a verla y la acusó directamente de ser su madre. Debió ser un mal momento para ella, porque al fin y al cabo era su hijo, y tuvo que negarlo. Tenía un esposo y un hijo con él, y estaba desesperada. Lo desvió de alguna manera, mintió y lo convenció, y luego cayó en cama. Más tarde llamó a Henry y se lo contó.

Lo extraño fue que en cuanto lo vio lo quiso. Era su hijo. Fue a ver a Henry una noche y le dijo que había perjurado su alma, y que lo quería de vuelta. No estaba enamorada de Thorwald. Creo que siempre había querido a Clark. Finalmente se fue, después de prometerle a Henry que guardaría el secreto de Clark. Pero sospecho que más tarde le confesó la verdad al muchacho.

Lo que él quería, por supuesto, era una parte de la herencia de Clark. En la ley no tenía ninguna oportunidad, pero vio la posibilidad de chantajear al joven Jud Clark y lo intentó. No personalmente, porque no tenía valor, sino por carta. Los abogados de Clark le respondieron que lo meterían en la cárcel si lo intentaba de nuevo, y volvió a Dry River y otra vez contra Henry.

Eso fue en la primavera de 1911. Henry estaba inquieto, porque Clifton no era el mismo. Tenía períodos de melancolía, y hacía largos viajes a caballo por las montañas, regresando con el animal exhausto. Henry pensaba también que estaba viendo a la mujer Thorwald, la madre. Thorwald había muerto, y ella vivía con el hijo en su rancho y trataba de venderlo. Creía que Hines intentaba que ella confesara, lo que le daría poder sobre Jud Clark.

Henry no estaba bien, y a principios del otoño supo que no le quedaba mucho tiempo. Escribió la historia y la dejó en su escritorio para que yo la leyera después de su muerte, y como la fue ampliando de vez en cuando, cuando la recibí estaba casi actualizada.

Judson volvió al rancho Clark en septiembre, acompañado de una actriz llamada Beverly Carlysle y su esposo, Howard Lucas. Hubo bastante habladuría, porque se

sabía que Jud había estado enamorado de la mujer. Pero nadie vio mucho al grupo fuera del rancho. La señora Carlysle parecía una dama, pero se decía que ambos hombres bebían bastante, especialmente Jud.

Henry escribió que Hines había estado en el Este por algunos meses en ese tiempo, y que no había tenido noticias de él. Pero sentía que era solo una tregua, y que volvería, decidido a causar problemas. Hizo un testamento y me dejó el dinero, con instrucciones de entregárselo a Hines. Todavía está en el banco, y asciende a unos treinta y cinco mil dólares. No es mío, y no lo tocaré. Pero nunca he localizado a Clifton Hines.

"En la última entrada de su relato llamo la atención sobre la afirmación de mi hermano de que no consideraba a Clifton Hines completamente cuerdo en este asunto, y sobre su convicción de que el odio que Hines le tenía, llegando a ser un delirio de persecución, podría volverse, tras su muerte, contra Judson Clark. Me instruyó que fuera con Clark, le contara la historia y lo pusiera en guardia.

Clark y su grupo habían estado en el rancho solo uno o dos días cuando, una noche, Hines apareció en Dry River. Quería los cincuenta mil, o lo que quedaba, y al no lograr convencer a Henry lo atacó. Los dos peones del lugar oyeron el ruido y entraron, pero Hines escapó. Henry los obligó a guardar silencio y les contó la historia. Sentía que podía necesitar ayuda.

Por lo que los dos hombres del rancho me dijeron cuando llegué, creo que Hines se quedó en las montañas durante uno o dos días, y que bajó por comida la noche en que Henry murió.

No sé exactamente qué contribuyó a la muerte de Henry. Cayó en una habitación y fue hallado en la cama de otra cuando los peones habían llevado el ganado a los pastizales de invierno, y él había estado solo en la casa.

Cuando llegué, el funeral ya había pasado. Leí la carta que había dejado y luego hablé con los dos peones, Bill Ardary y Jake Mazetti. Al principio no quisieron hablar, pero les mostré el relato de Henry y entonces se soltaron. La autopsia mostró que Henry murió de una enfermedad cardíaca, pero también tenía un corte en la cabeza, y ellos creían que Hines había vuelto, había discutido con él otra vez y lo había derribado.

Como Henry, de alguna manera, me había entregado la responsabilidad sobre el muchacho, y yo quería transferirle el dinero, esperé tres semanas en el rancho, con la esperanza de que apareciera. Vi a la mujer Thorwald, pero protestó que no sabía dónde estaba. Hice dos intentos de ver y advertir a Jud Clark, pero fracasé ambas veces. Luego, una noche, la mujer Thorwald llegó, pálida como un fantasma, y admitió que Hines se había estado escondiendo en las montañas desde la muerte de Henry, que insistía en que lo había matado, y que culpaba a Jud Clark de eso y

de todos sus problemas. Ella temía que lo matara. Los tres, los dos peones y yo, nos preparamos para ir a las montañas a buscarlo, antes de que quedara atrapado por la nieve.

Entonces ocurrió el tiroteo en la propiedad Clark, y esa noche cabalgué bajo una tormenta feroz y ayudé al forense y a un médico de Norada en el examen. Todas las pruebas estaban contra Clark, especialmente su huida. Pero me encontré con Hattie Thorwald afuera, en una galería —había estado trabajando en la casa— y no necesité conversación para saber lo que pensaba. Lo único que dijo fue:

—Él no lo hizo, doctor. Todavía está en las montañas.

—Ha estado aquí esta noche, Hattie, y lo sabes. Disparó al hombre equivocado.

Pero ella juró que no había estado, y al final yo no sabía. Diré ahora mismo que no lo sé. Pero también diré que creo que eso fue lo que pasó, y que Hines probablemente se quedó escondido esa noche en la casa de Hattie Thorwald. Fui allí al día siguiente, pero ella lo negó todo, y dijo que aún estaba en las montañas. Habló de la tormenta y de que se había congelado hasta morir, hasta que empecé a pensar que decía la verdad.

Al día siguiente hice lo que solo un novato haría: me interné solo en las montañas. Bill y Jake estaban fuera con una partida tras Clark, y yo empaqué comida y partí. No entraré en detalles de ese viaje. Entré por el cañón de Dry River, y creo que enfrenté la muerte una docena de veces el primer día. Tenía un mapa, pero me perdí en seis horas. Llevaba comida, mantas y un hacha, y construí un refugio donde pasé la noche. A la mañana siguiente tuve que cortar una de mis mantas y atar las patas del caballo para que no se hundiera demasiado en la nieve. Pero siguió el frío y la nieve se endureció, y avanzamos mejor después de eso.

Más de una vez habría regresado, pero pensé que me encontraría con alguna partida del sheriff. No fue así, pero al tercer día, hacia la tarde, encontré un sendero. Era el sendero hecho por John Donaldson, como supe después. Lo seguí, pero concluí que quien lo había hecho también estaba perdido. Parecía ir en círculos. Estaba en mal estado y había congelado parte de mi mano derecha, cuando vi una cabaña, y salía humo de la chimenea."

A partir de ahí, la declaración de David trataba de la situación en la cabaña; con Jud Clark y los Donaldson, y con la tormenta de nieve, que volvió y duró días. Habló extensamente de su descubrimiento de la identidad de Clark, y del hecho de que el joven había perdido toda memoria de lo ocurrido, e incluso de quién era. Entró en detalle: el efecto peculiar del miedo y el shock mental en una naturaleza sensible, especialmente cuando la condición física estaba debilitada por excesos y mala vida; sus primeros intentos, cuando el joven mejoraba, de atravesar el velo, y luego su convicción creciente de que era un acto de misericordia no hacerlo. La

fidelidad de los Donaldson, el fin de la búsqueda bajo la convicción de que Clark estaba muerto, todo estaba allí, y también el creciente afecto de David por Judson. Pero la psicología de David era interesante y claramente expuesta.

"Primero que nada —dictaba, con su cuidadosa voz anciana—, debe recordarse que yo no estaba seguro de que el muchacho hubiera cometido el crimen. Creí, y aún creo, que Lucas fue asesinado por Clifton Hines, probablemente a través de una ventana abierta. No había marcas de pólvora en el cuerpo. Creí también, y aún creo, que Hines huyó después del crimen, ya sea a la casa de Hattie Thorwald o a las montañas. En un caso escapó y no pudo ser llevado a la justicia, y en el otro estaba muerto, más allá de toda condena.

"Pero hay otro elemento que insisto en señalar, no en defensa sino en explicación. El joven Judson Clark era una pizarra nueva para escribir. Nunca había tenido una oportunidad. Había tenido demasiado dinero, demasiada libertad, muy poca responsabilidad. Sus errores habían sido borrados por la pérdida de su memoria, y él tenía, sentí, una oportunidad para una nueva y útil vida.

"No llegué a mi decisión rápidamente. Fue una larga lucha por su vida, pues había contraído neumonía, y tenía el corazón de un bebedor. Pero en los largos días de su convalecencia, mientras Maggie trabajaba en el cobertizo, tuve tiempo de ver lo que podía hacerse. Si al experimentar con el alma de un hombre usurpé la autoridad de mi Señor y Maestro, lo lamento. Pero Él sabe que lo hice con la mejor intención.

"Deliberadamente construí para Judson Clark una nueva identidad. Era mi sobrino, hijo de mi hermano Henry. Tenía las tradiciones de una familia honorable que continuar, y esas tradiciones eran honor, integridad, vida limpia y trabajo. No destaqué el amor, porque sentí que debía experimentarse, no hablarse. Pero el amor sería la base sobre la cual construiría. El muchacho no había tenido amor en su vida.

"Ha funcionado. Puede que no viva para verlo en su plenitud, pero desafío al mundo a producir hoy un caballero más honorable, un miembro más útil de la comunidad. Y durará. Puede llegar el momento en que Judson Clark vuelva a ser Judson Clark. Lo he esperado por muchos años. Pero nunca volverá a ser el Judson Clark de hace diez años. Puede incluso querer regresar a sus viejas maneras imprudentes, pero mientras yago aquí, quizá sin volver a verlo, digo esto: no puede volver atrás. Su carácter y hábitos de pensamiento están establecidos.

"Condenar a Judson Clark por el asesinato de Howard Lucas es condenar a un hombre probablemente, o al menos posiblemente, inocente. Condenar a Richard Livingstone por ese crimen es condenar a un hombre distinto, inocente del

crimen, inocente de su recuerdo, inocente de cualquier impulso de levantar su mano contra una ley de Dios o del Estado."

CAPITULO 32

Durante un mes, Haverly había zumbado con conjeturas en voz baja. No sabía nada, y sin embargo de algún modo lo sabía todo. El doctor David estaba enfermo en la costa, y Dick no estaba con él. Harrison Miller, que nunca se alejaba más de su cómodo hogar que la estación de tren en una dirección y la casa de los Sayre en la otra, había hecho un viaje al Este y ahora estaba en el lejano Oeste. El doctor Reynolds, que podía o no saber algo, se había unido al club campestre y había mandado traer su bolsa de golf.

Y Elizabeth Wheeler iba por ahí con el rostro pálido y tenso, y una sonrisa determinada que se desvanecía en cuanto uno apartaba la mirada.

El pueblo estaba dolido y desconfiado. Resentía su falta de información, y se volvía cínico donde, si se le hubiera tomado en confianza, habría sido solícito. Creía que Elizabeth había sido abandonada, pues sabía —por Annie y la lavandera de los Oglethorpe— que no llegaban cartas de Dick. Y contra Dick dirigía su indignación, en una llama ardiente de ira principalmente femenina.

Pero también percibía un misterio, y si odiaba un abandono, amaba un misterio.

Nina había adoptado la costumbre de andar con la barbilla puntiaguda en alto, y exigía con enojo que Elizabeth hiciera lo mismo.

—Sabes lo que dicen, y aun así andas como aplastada.

—No puedo fingir, Nina. Sí salgo.

Y Nina tuvo un momento de suavidad.

—No pienses en él —dijo—. No está enfermo, o alguien habría mandado un telegrama o escrito, y no está muerto, o habrían encontrado sus papeles y nos lo habrían dicho.

—Entonces está en algún tipo de problema. Quiero ir allá. ¡Quiero ir allá!

Ese, de hecho, había sido su constante clamor durante las últimas dos semanas. Probablemente lo habría hecho, habría empacado su maleta y se habría escabullido, pero no tenía dinero propio, y hasta Leslie, a quien acudió, la rechazó cuando supo su propósito.

—Lo estamos siguiendo, hermanita —dijo él—. Harrison Miller ha ido, y ya hay suficiente habladuría.

Ella pensaba, acostada en su cama por la noche, que todos tenían demasiado miedo de lo que la gente pudiera decir. Le parecía tan sin importancia. Y no podía entender la conspiración de silencio. Otros hombres se iban y no se sabía de ellos, y se notificaba a la policía y los periódicos lo contaban. Le parecía también que todos —su padre, Nina, Leslie e incluso Harrison Miller— sabían más que ella.

Había estado esa larga reunión a puertas cerradas, cuando Harrison Miller volvió de ver a David y antes de ir al oeste. Leslie había estado allí, e incluso el doctor Reynolds, pero la habían dejado afuera. Y su padre no había sido el mismo desde entonces.

Parecía, a veces, arder con una especie de ira interior. No contra ella, sin embargo. Era muy gentil con ella.

Y aquí había algo curioso. Siempre había sentido que sabía cuándo Dick pensaba en ella. De pronto, sin aviso, llegaba una oleada de felicidad y calor, y una especie de sensación envolvente de protección. Algo parecido a lo que había sentido de niña cuando corría a casa a través de los terrores del crepúsculo y cerraba la puerta detrás de sí. Estaba en la casa cálida y iluminada, segura y cuidada.

Eso había desaparecido por completo. Era como si la casa cálida y luminosa de su amor la hubiera echado y cerrado la puerta, y ella estuviera sola afuera, fría y asustada.

Evitaba el pueblo, y por delicadeza este la dejaba sola. Las pequeñas diversiones del verano seguían, cenas, bailes y picnics, pero su luto hacía que su ausencia pasara inadvertida. No podía, sin embargo, evitar a la señora Sayre. Al principio lo intentó, pero la insistencia de aquella dama y su propia apatía hicieron más fácil aceptar que rechazar. Luego, con el tiempo, encontró la casa un refugio. Rara vez veía a Wallie, y hallaba a su anfitriona discreta, amable y sin curiosidad.

—Toma las tijeras y una canasta, niña, y córtale a tu madre unas rosas —le decía. O saqueaban los invernaderos y, yendo en el coche al cementerio, convertían la tumba de Jim en un lugar de belleza y recuerdo.

De vez en cuando, claro, veía a Wallie, pero él nunca volvía al día en que ella le había contado su compromiso. Madre e hijo, empezó a sentir que solo con ellos podía ser ella misma. Para el pueblo, la barbilla alta como decía Nina. En casa, alegría fingida. Solo en la casa de la colina podía dejar caer la máscara.

Esperaba con una especie de valor desesperado noticias de Harrison Miller. Qué quería que fueran esas noticias, no lo sabía. Había, por supuesto, momentos en que tenía que enfrentar la posibilidad de que Dick se hubiera apartado deliberadamente de ella. Después de todo, nunca había habido una razón real para que él la quisiera. No era ingeniosa ni hermosa. Quizá se había decepcionado

de ella, y eso era lo que ocultaban. Quizá había vuelto a Wyoming y allí había encontrado a alguien más digno de él, alguien que entendiera cuando hablaba de lo que hacía en su laboratorio, y no solo se sentara a escucharlo con ojos amorosos y algo confundidos.

Luego, una noche en la cena, trajeron un telegrama, y ella supo que era la noticia esperada. Sintió los ojos de su madre sobre ella, y se quedó muy quieta con las manos apretadas en el regazo. Pero su padre no lo leyó en la mesa; se levantó y salió, y un rato después volvió a la puerta. El telegrama no estaba a la vista.

—Era de Harrison Miller —dijo—. Ha rastreado a Dick hasta un hotel en Norada, pero ya había dejado el hotel, y aún no ha logrado contactarlo.

Se fue entonces, y oyeron la puerta de la casa cerrarse.

Luego, días después, supo que Harrison Miller regresaba, y que David estaba siendo traído de vuelta. Vio ese telegrama del señor Miller, y leyó en él fracaso y desaliento, y algo más ominoso que ambos.

"Llegaré a casa el martes por la noche. Nada definitivo. Pienso que está a salvo."

—¿Pienso que está a salvo? —preguntó, sin aliento—. ¿Entonces ha estado en peligro? ¿Qué me ocultan? —Y cuando nadie habló—: ¡Oh, no ven lo cruel que es! Todos intentan protegerme, y en cambio me están matando.

—No peligro —dijo su padre, lentamente—. Hasta donde sabemos, está bien. Está bien. —Y al ver su rostro añadió—: No es nada que afecte sus sentimientos por ti, querida. Está pensando en ti y amándote, dondequiera que esté. Solo que no sabemos dónde está.

Pero cuando regresó el martes, después de ver a Harrison Miller, estaba desanimado y con el corazón enfermo. Subió directamente a su esposa y cerró la puerta del dormitorio.

—Ni rastro —dijo, respondiendo a la pregunta en sus ojos—. La situación es tal como la describió en la carta. La amplió, claro. El hecho es, y David tendrá que verlo, que esa declaración suya no ayuda en nada, a menos que pueda probar que existe un tal Clifton Hines. Y aun así, todo es suposición. Allá hay un fuerte sentimiento de que Dick o se suicidó o tuvo un accidente y murió en las montañas. El caballo vagó hasta el pueblo la semana pasada. Tendré que decírselo a ella.

Ante esa posibilidad se enfrentaron, una pareja de mediana edad trágica, tan indefensos como suele ser la gente madura ante los embates de la vida sobre sus jóvenes.

—La matará, Walter.

—Es joven —dijo con firmeza—. Lo superará.

Pero él no lo creía, y ella lo sabía.

—Hay un elemento bastante extraño en todo esto —observó después de un rato—. Otro hombre, llamado Bassett, desapareció la misma noche. Sus cosas están en el hotel, pero ningún papel para identificarlo. Había cuidado de Dick ese día cuando estaba enfermo, y simplemente se esfumó. No tomó el tren. Estaba bajo sospecha por estar con Dick, y la estación estaba vigilada.

Pero a ella no le interesaba Bassett. El nombre no significaba nada para ella. Volvió a la pregunta que había estado en la mente de ambos desde que leyeron, atónitos, la declaración de David.

—De algún modo, Walter, sería mejor, si él...

—¿Por qué?

—Mi niña, y... ¡Judson Clark!

Pero él se resistió con firmeza. Tenían diez años de conocimiento y respeto sobre los que construir. El pasado era pasado. Todo lo que pedía era el regreso de Dick, el fin de esa larga espera. No habría reservas en su bienvenida, si tan solo...

Algún tiempo después bajó, hacia donde Elizabeth lo esperaba en la biblioteca. Fue como un hombre hacia su ejecución, y su resolución casi se quebró al verla, pequeña en su gran silla y pacientemente resignada. Le contó la historia con la mayor cautela posible. Empezó con el relato de Dick sobre su juventud olvidada, y continuó con cuidado hasta el sentimiento de Dick de que debía aclarar ese pasado antes de casarse. Ella lo siguió atentamente, algo confundida y muy tensa.

—¿Pero por qué no me lo dijo?

—Lo veía como una especie de debilidad. Pensaba hacerlo cuando regresara.

Luchó la batalla de Dick por él con valentía, subrayando ciertos puntos que la prepararan para otros por venir. Se lanzó, de hecho, algo imprudentemente, a la psicología de la situación, y solo salió del tema de la mente inconsciente con esfuerzo. Pero detrás de todo estaba su deseo abrumador de ahorrarle dolor.

—Debes recordar —dijo— que la vida de Dick antes de esto, y desde entonces, son dos cosas distintas. Lo que haya hecho entonces no debe contar contra él ahora.

—Por supuesto que no —dijo ella—. Entonces él... ¿había hecho algo?

—Sí. Algo que lo puso en conflicto con las autoridades.

Ella no retrocedió ante eso, y él se animó a continuar.

—Era joven entonces, recuerda. Solo tenía unos veintiún años. Y hubo una pelea con otro hombre. El otro hombre fue baleado.

—¿Quieres decir que Dick lo disparó?

—Sí. Entiendes, ¿verdad? —añadió ansioso—, que él no recuerda haberlo hecho.

A pesar de su ansiedad, se vio obligado a maravillarse de la fe sublime con la que ella comentó, con los labios ya blancos:

—Entonces fue un accidente, o merecía ser disparado —dijo. Pero preguntó, él pensó que con dificultad—: ¿Murió?

No pudo mentirle. —Sí —dijo.

Ella cerró los ojos, pero un momento después estaba luchando otra vez, valientemente, por Dick.

—Pero lo dejaron libre —protestó—. Los hombres disparan en el Oeste, ¿no? Debió haber una razón. Conoces a Dick tan bien como yo. Él no podría hacer algo malo.

Él dejó pasar eso. —No se hizo nada al respecto en ese momento —dijo—. Y Dick vino aquí y vivió su vida útil entre nosotros. No habría sabido el nombre del hombre si lo hubiera oído. Pero, ¿ves, querida, a dónde nos lleva esto? Él volvió, y trataron de atraparlo, por algo que no recordaba haber hecho.

—¡Padre! —dijo ella, y se puso muy pálida—. ¿Es ahí donde está? ¿En prisión?

Él intentó mantener firme la voz.

—No, querida. Escapó a las montañas. Pero puedes entender su silencio. Puedes entender también que quizá sienta que no puede volver con nosotros, con esa carga sobre él. Lo que debemos hacer ahora es encontrarlo, y decirle que no importa. Que tiene su lugar en el mundo esperándolo, y que nosotros también lo esperamos.

Cuando todo terminó, sus preguntas y sus respuestas a veces titubeantes, él vio que lo único que realmente importaba para ella era que Dick solo era un fugitivo, y no estaba muerto. Pero ella dijo, justo antes de subir juntos las escaleras:

—Es extraño en cierto modo, padre. No es propio de él huir.

Más tarde se lo contó a Margaret, y ella escuchó con atención.

—¿Entonces no le dijiste nada sobre la mujer en el caso?

—Por supuesto que no. ¿Por qué habría de hacerlo?

La señora Wheeler lo miró, con la eterna sorpresa de la mujer ante la falta de comprensión masculina.

—Porque, lo pienses o no, ella resentirá y odiará eso como no odia nada más. El asesinato no será nada, comparado con eso. Y tendrá que saberlo algún día.

Él reflexionó con tristeza sobre su tajante afirmación, de pie junto a la ventana mirando la calle sombreada, y un hombre que había estado allí, con un cigarro en la boca, se retiró a la sombra de un árbol.

—Todo es un enigma para mí —dijo al fin—. Solo Dios sabe cómo terminará. Harrison Miller parece pensar que ese Bassett, quienquiera que sea, podría decirnos algo. No lo sé.

Corrió la cortina y dio cuerda a su reloj. —No lo sé —repitió...

Afuera, en la calle, el hombre del cigarro encendió una cerilla y miró su reloj. Luego caminó rápidamente hacia la estación de tren. Media hora después entraba en las oficinas del *Times-Republican* y se dirigía al escritorio del editor nocturno.

—Hola, Bassett —dijo aquel caballero—. Pensábamos que estabas muerto. Bueno, ¿qué hay de la hermana en California? Era la historia de Clark, ¿verdad?

—Sí —dijo Bassett, sin comprometerse.

—¡Y se te vino abajo! Bueno, hubo otros que también fueron engañados. De todos modos tuviste unas vacaciones.

—Sí, tuve unas vacaciones —dijo Bassett, y yendo a su propio escritorio comenzó a ordenar su enorme acumulación de correo. Algún tiempo después encontró al editor nocturno a su lado.

—¿Conseguiste algo sobre el asunto Clark? —preguntó—. Williams cree que hay una página para el domingo, de todos modos. Has estado en el terreno, y hay un elemento humano en ello. El último hombre que habló con Clark; el rancho hoy. Ese tipo de cosas.

Bassett siguió ordenando su correo con terquedad.

—Créeme —dijo—, la historia está muerta, y también Clark. La mujer Donaldson estaba loca. Eso es todo.

CAPITULO 33

David fue traído a casa al día siguiente, un David encogido y envejecido, pero con un fuego combativo en los ojos y una sonrisa cuidadosa en la estación para el grupo de amigos que lo recibió.

David había decidido un rumbo y pensaba seguirlo. Ese rumbo era proteger el nombre de Dick y mantener abierto el lugar que había construido en el mundo. Ni

siquiera a Lucy le había confesado aún el terror que lo acompañaba día y noche: que Dick había llegado al punto de quiebre y había vuelto atrás. Pero sabía que era posible. Lauler lo había advertido contra choques y problemas, y al mirar atrás David podía ver la presión acumulándose poco a poco contra esa pared mental del subconsciente de Dick: el exceso de trabajo y la enfermedad de David, su relación amorosa y la tragedia de Jim Wheeler, y encima de todo eso, de alguna manera que aún no había comprendido, el conocimiento de que era Judson Clark y un fugitivo de la ley. El trabajo de diez años quizá deshecho.

Tanto David como Lucy encontraron doloroso el regreso a casa. Harrison Miller los acompañó desde la estación, y entre él y el doctor Reynolds ayudaron a David a entrar en su casa y subir las escaleras. En la puerta de la habitación de Dick se detuvo y miró dentro, y luego siguió, con el rostro rígido y severo. No quiso ir a la cama, sino que se sentó en su silla mientras a su alrededor continuaba el bullicio del regreso, la subida de baúles y maletas; pero la sonrisa cuidadosa había desaparecido, y su garganta, ahora demasiado delgada para el cuello de su camisa, se movía convulsivamente.

Había obtenido el relato de Harrison Miller en el camino desde la estación, y solo había confirmado sus sospechas.

—Había estado en un sopor todo el día —relató Miller—, y lo cuidaba un hombre llamado Bassett. Supongo que es el hombre al que Gregory se refería. Puede que se haya vuelto sospechoso de Bassett. No lo sé. Pero una mucama lo reconoció cuando intentaba escapar y dio la alarma. Sacó un caballo del patio del hotel, y no se ha encontrado rastro de él desde entonces.

—¿No fue Bassett quien dio la alarma?

—No, aparentemente no. Lo extraño es que este Bassett también desapareció la misma noche. Llamé a su periódico ayer, pero no ha aparecido.

Y con algunas pequeñas ampliaciones, eso era todo.

Antes de que Harrison Miller y el doctor Reynolds lo dejaran descansar, David llamó a Lucy y les expuso su petición.

—Mi esperanza —dijo— es seguir exactamente como si Dick pudiera entrar mañana y retomar su lugar otra vez. Así como mantengo mi fe en Dios, mantengo mi convicción de que volverá, y que será pronto. Pero nuestros amigos preguntarán dónde está y qué está haciendo, y será mejor que acordemos eso de antemano. Lo que debemos decir es simplemente que Dick fue llamado por asuntos relacionados con una propiedad en el Oeste. Puede que no lo crean, pero difícilmente podrán refutarlo.

Así se organizó la conspiración benevolente para proteger el nombre de Dick Livingstone, y desde ese momento los cuatro que formaban parte de ella mostraron al mundo exterior un frente inquebrantable de lealtad y valor. Incluso a Minnie, ansiosa y con los ojos rojos en su cocina, Lucy le dio la misma explicación mientras preparaba la bandeja de David.

—Ha sido retenido en el Oeste por negocios —dijo Lucy.

—Podría haberme mandado una postal. Y no le ha escrito nada al doctor Reynolds.

—Ha estado muy ocupado. Trae el azucarero, Minnie. Volverá pronto, estoy segura.

Pero Minnie no se movió de inmediato.

—Más le vale volver pronto si quiere ver al doctor David —dijo, con los labios temblorosos—. Y solo diré esto, señora Crosby: lo que se dice en este pueblo es terrible.

—No quiero escucharlo —dijo Lucy con firmeza.

Comió sola, recordando dolorosamente aquel último alegre banquete antes de que partieran. Pero antes de sentarse hizo algo conmovedor. Tocó la campana y llamó a Minnie.

—De ahora en adelante, Minnie —dijo—, siempre pondremos el lugar del doctor Richard. Entonces, cuando él venga...

Su voz se quebró y Minnie, oliendo una tragedia pero ignorante de ella, volvió a su cocina a llorar en el paño de rodillo. Su mundo se había derrumbado. Tras años de servicio a una sola familia no tenía otro mundo, ni hogar, ni lazos. Estaba con los Livingstone, pero no era uno de ellos. Sola en su cocina se sentía aislada y apartada. Pensaba que David, de no haber estado enfermo, se lo habría contado.

Lucy encontró a David moviéndose arriba algún tiempo después, y al subir lo halló sentado en la habitación de Dick, en una rígida silla junto a la puerta. Se quedó a su lado y puso la mano en su hombro, pero él no dijo nada, y ella se fue.

Esa noche David recibió una visita. Toda la tarde la campana había estado sonando, y la pequeña bandeja de tarjetas en el perchero estaba llena de tarjetas de visita. Había regalos también, flores, jaleas y unas palomas de la señora Sayre. Lucy no había visto a nadie, excusándose por cansancio, pero el hombre que llegó a las nueve no estaba dispuesto a ser rechazado.

—De todos modos, lleve esta tarjeta al doctor Livingstone —dijo—. Esperaré.

Escribió a lápiz en la tarjeta, apoyándola contra el marco de la puerta, y se la pasó a Minnie. Ella la leyó tranquilamente, y con cierto desafío la llevó arriba. Pero bajó rápido, contagiada por cierta expectativa de la habitación de arriba.

—Cuelgue su sombrero en el perchero y suba.

Así fue como David y el reportero se encontraron, por primera vez, en la antigua recámara de David, con su cama de nogal y la cómoda de mármol, y la foto de Dick en uniforme sobre la repisa.

Bassett se impresionó al ver a David, sorprendido y alarmado. Al principio dudó de la prudencia de contar su historia impactante a un hombre visiblemente enfermo, pero las primeras palabras de David lo tranquilizaron.

—Entre —dijo—. ¿Usted es Bassett, el que estuvo con el doctor Livingstone en Norada?

—Sí. Veo que lo sabe.

—Sabemos algo, no todo. —De pronto la pose de David lo abandonó. Se levantó y se irguió muy recto, con los ojos escrutadores sobre su visitante—. ¿Está vivo? —preguntó en voz baja.

—Creo que sí. No estoy seguro.

—¿Entonces no sabe dónde está?

—№ Escapó... pero usted sabe eso. Siéntese, doctor. Tengo una larga historia que contar.

—Primero llamaré a mi hermana —dijo David—. Y dígale que traiga a Harrison Miller. El señor Miller es nuestro vecino, y muy amablemente fue al oeste cuando mi salud no me permitió ir.

Mientras esperaban, David hizo solo una pregunta.

—El informe que hemos recibido dice que estaba en un sopor en el hotel, y el médico que lo vio —usted lo consiguió, creo— dijo que parecía haber estado bebiendo mucho. ¿Es cierto? Él no era un hombre bebedor.

—Estoy bastante seguro de que no lo había hecho.

Había otra pregunta en la mente de David, pero no la formuló. Se quedó sentado, con la paciencia de su edad y su nueva debilidad, esperando a que Lucy trajera a Harrison Miller, y de no ser por el temblor de sus manos Bassett habría pensado que estaba tranquilo, incluso sereno.

Durante el relato que siguió más tarde, David no se movió. Permaneció en silencio, con los ojos cerrados y el rostro rígido.

—Eso es todo —concluyó Bassett—. Había estado perfectamente lúcido todo el día, y hacía falta cabeza para cruzar el paso. Pero, como digo, simplemente había retrocedido diez años, y estaba de nuevo en el problema de Lucas. Intenté todo lo

que sabía, usé su nombre y habría usado el de la joven, porque a veces ese tipo de cosas cala hondo, pero no lo sabía. Al final se convenció, pero estaba aturdido, claro. Lo sabía, sí, pero no podía comprenderlo.

—Estaba agotado, y me he maldecido por ello desde entonces, pero debí dormir como un muerto. Desperté una vez, temprano en la noche, y él seguía sentado junto al fuego, mirándolo. He olvidado decir que había estado decidido todo el día a regresar y entregarse, y la única manera en que lo impedí fue diciéndole lo duro que sería para usted y para la joven. Desperté una vez y le dije: "Mejor duerme un poco, viejo". No respondió de inmediato, y luego dijo: "Está bien". Estaba cabeceando cuando volvió a hablar. Dijo: "¿Dónde está Beverly Carlysle ahora? ¿Se ha vuelto a casar?" "Ha revivido *The Valley*, y está en Nueva York con eso", le respondí.

—Cuando desperté en la mañana ya se había ido, pero me había dejado un papel en una rama junto a mí, con instrucciones para llegar al ferrocarril, y... bueno, aquí está.

Bassett sacó una nota de su cartera y se la pasó a David, que con manos temblorosas sacó sus lentes y la leyó. Estaba en el papel de recetas de Dick, con su nombre arriba y el familiar [Rx] debajo. David la leyó en voz alta, con voz ronca.

—"Muchas gracias por todo, Bassett. No me gusta dejarte, pero saldrás bien si sigues el mapa al dorso de esto. He tenido toda la noche para pensar las cosas, y te dejo porque estás más seguro sin mí. Ahora comprendo lo que has sabido todo el día y me has ocultado. Esa mujer del hotel me reconoció, y me están buscando.

"No puedo decidir qué hacer. Al final creo que regresaré y me entregaré. Soy un hombre muerto, de todos modos, para todos los que pudieron haberme querido, pero tengo que hacer una o dos cosas primero, y quiero pensarlo. Una cosa tienes derecho a saber. Odiaba a Lucas, pero nunca se me ocurrió matarlo. Cómo sucedió, solo Dios lo sabe. Yo no."

Estaba firmado "J. C."

Bassett rompió el silencio que siguió a la lectura.

—Hice todo esfuerzo por encontrarlo. Tuve que trabajar solo, ya entiende, y desde el lado oeste de la sierra, para no despertar sospechas. También me buscaban a mí, sabe. Su caballo, oí, regresó al pueblo hace unos días. Es un país desolado, y si perdió su caballo estaba allí a pie y sin comida. Claro que hay una posibilidad...

Su voz se apagó. En el silencio, David permanecía sentado, tocando con dedos temblorosos lo que podía ser el último mensaje de Dick, y mirando la foto de Dick en su uniforme. Sabía lo que todos pensaban, que Dick estaba muerto y que tenía sus últimas palabras en las manos, pero su viejo espíritu combativo se negaba a

aceptar ese veredicto silencioso. Dick podía estar muerto para ellos, pero para él estaba vivo. Miró alrededor de la habitación con desafío, con resentimiento. De todos ellos, él era el único que tenía fe, y estaba atado a una silla. Los conocía. Se sentarían dócilmente a lamentarse, mientras el tiempo pasaba y Dick luchaba su batalla solo.

No, por Dios, no estaría atado a una silla. Se levantó y quedó de pie, tambaleándose sobre sus piernas temblorosas.

—Ustedes se han rendido —dijo con desprecio—. Hacen una búsqueda de unos días y luego se rinden. Es fácil decir que está muerto, y así lo dicen. Yo mismo iré allá, y haré una búsqueda...

Se desplomó de nuevo en la silla, y los miró con ojos avergonzados y suplicantes. Bassett fue el primero en romper el silencio, hablando en un tono cuidadosamente impasible.

—No me he rendido ni un minuto. He abandonado la búsqueda porque está más allá de ser encontrado ahora. O se ha escapado, o está... bueno, más allá de toda ayuda. Tenemos que seguir la hipótesis de que se ha escapado, y en ese caso tarde o temprano sabrá de usted. Tarde o temprano lo recordará. Lo peor es esta acusación contra él.

—Él nunca mató a Howard Lucas —dijo David, con tono de convicción—. Harrison, lea al señor Bassett mi declaración.

CAPITULO 34

Dick había escrito su nota y la había colocado donde Bassett seguramente la vería. Luego encontró su caballo y lo condujo durante el primer medio kilómetro de terreno llano antes de que el sendero comenzara a descender. Montó allí, pues sabía que el animal podía encontrar el camino en la oscuridad donde él no podía.

No sentía cansancio ni hambre, aunque no había dormido ni comido en más de treinta horas, y a diferencia de la noche anterior su mente estaba clara. Podía iniciar un hilo de pensamiento y seguirlo de manera consecutiva por primera vez en horas. Pensar, sin embargo, era más fácil que comprender, y para añadir a su desconcierto, luchaba por ubicar a Bassett y fracasaba por completo. Seguía siendo una figura misteriosa e incomprensible, que empezaba y terminaba en el sendero.

Entonces tuvo un pensamiento extraño, que lo detuvo en seco. Solo tenía la palabra de Bassett para la historia. Quizá Bassett le mentía, o estaba loco. Siguió cabalgando tras un momento, considerando eso, pero había algo, no en el relato

circunstancial de Bassett sino en sí mismo, que se negaba a aceptar esa salida de escape. No habría podido decir qué era.

Y, con su creciente claridad, empezó a construir el caso a favor de Bassett y en contra de sí mismo: la ropa desconocida que llevaba, el bloc con el nombre de Livingstone y el signo [Rx], el resto del contenido de sus bolsillos.

Intentó ubicarse en la historia de Bassett. Un médico. ¡La ironía del diablo! Algún pobre hombre, perdiendo sueño y trayendo bebés al mundo. Vendiendo píldoras. Llevando lo que Bassett había llamado una vida útil. ¡Esa era una carrera, un vendedor de píldoras! ¡Dios!

Pero bajo todo su pensamiento superficial seguía la necesidad de huir, y continuamente la confundía con la fuga anterior. En un momento buscaba la nieve de aquella primera escapada, y al siguiente lo recordaba, y el pánico se desvanecía. Después de todo, pensaba entregarse eventualmente. No importaba si lo atrapaban.

Pero, como la sensación de fuga, había algo más en su mente, algo que reprimía y no quería enfrentar. Cuando surgía lo empujaba atrás con fiereza. Ese algo era la figura de Beverly Carlysle, inclinada sobre el cuerpo de su esposo. Habría muerto por evitarle ese dolor, y sin embargo la noche anterior... no, no había sido la noche anterior. Había sido años atrás, y todo ese tiempo ella lo había odiado.

Era insoportable que lo hubiera odiado todo ese tiempo.

Tenía mucha sed, y el agua no lo satisfacía. Quería un verdadero trago. Quería alcohol. De pronto deseaba todo el licor del mundo. El ansia lo atacó al amanecer, y después de eso espoleó a su cansado caballo sin cuidado, de modo que se tambaleaba y tropezaba en el sendero. Solo tenía un pensamiento tras el frenesí: llegar a la civilización y al whisky. Era como si viera en la embriaguez su única salida de lo insoportable. Probablemente habría matado tanto a su caballo como a sí mismo en el dominio de esa locura repentina, pero la salvación llegó en la forma de un jinete casual, un extraño que por un momento tomó la lanzadera, tejió su parte del patrón y siguió adelante, para usar su soplete, su lámpara de alcohol y sus químicos en algún paraíso de prospector en las montañas.

Cuando Dick oyó adelante el crujido del cuero de la silla y el tintinear de las riendas, se apartó del sendero y esperó. Había perdido toda cautela en el dominio de su ansia, y todo miedo. Una fila de burros cargados dobló una curva adelante y se acercó, avanzando con pies pequeños y deliberados por el borde exterior del sendero, como hacen los animales de carga en todo el mundo. Detrás venía un jinete, con el rifle en la funda de la silla y las espuelas tintineando. Dick lo observó con ojos sedientos y febriles mientras se acercaba. Apenas podía esperar para hacer su pregunta.

—¿No tendrá un trago, compañero? —gritó.

El hombre detuvo su caballo y sonrió.

—¿No es demasiado temprano en la mañana para un trago? —preguntó. Luego vio los ojos de Dick y, con cierta renuencia, metió la mano en su alforja. —Tengo un litro aquí —dijo—. He viajado cuarenta millas y gastado nueve dólares para conseguirlo, pero supongo que lo necesitas.

—¿No querría vendérmelo?

—¿La botella? Ni pensarlo.

Desató una taza de lata de su silla y cuidadosamente vertió una buena cantidad en ella, mientras mantenía al caballo quieto.

—Aquí tienes —dijo, y se la pasó—. Pero será mejor que lo dejes después de esto. Es mala medicina. Tienes dos buenos tragos allí. Ten cuidado.

Dick tomó la taza y miró el licor. El olor lo golpeó, y por un extraño momento sintió un repentino rechazo. Tuvo una repulsión que casi lo sacudió. Pero lo bebió y devolvió la taza.

—Has viajado mucho para conseguirlo —dijo—, y supongo que lo necesitaba. Si me dejas pagarlo...

—Olvídalo —dijo el hombre amablemente, y arrancó su caballo—. Pero será mejor que lo dejes, en cuanto tengas oportunidad. Es mala medicina.

Siguió su camino tras su caravana, y Dick retomó el sendero. Pero pronto empezó a sentirse enfermo y mareado. El regusto del licor en su boca lo nauseaba. El ansia había sido hábito mental, no necesidad física, y su cuerpo luchaba contra el veneno con rebeldía. Al cabo de un tiempo la náusea pasó, y durmió en la silla. Se despertó una vez, lo suficiente para saber que el caballo había dejado el sendero y estaba pastando en un prado verde. Aún vencido por su primer sueño real, cayó de la silla y se tendió en el suelo. Durmió todo el día, bajo el sol ardiente, con el rostro vuelto hacia el cielo.

Cuando despertó era el crepúsculo, y el caballo había desaparecido. Su rostro ardía por el sol, y le dolía violentamente la cabeza. También estaba débil de hambre, y el mareo de la mañana persistía. El pensamiento coherente era imposible, salvo la idea de que si no salía pronto estaría demasiado débil para viajar. Exhausto y al borde de la insolación, emprendió a pie la búsqueda del sendero.

Viajó toda la noche, y el amanecer lo encontró aún avanzando, un mero autómata de hombre, demacrado y tambaleante, ya sin voluntad de progresar, pero de algún

modo avanzando increíblemente. Encontró agua y bebió, cayó, se levantó, y aún así, pie derecho, pie izquierdo, siguió. En algún momento durante ese avance encontró un sendero, y lo siguió automáticamente. No sintió sorpresa ni alivio al ver una cabaña en un claro y a una mujer en la puerta, observándolo con ojos curiosos. Se recompuso e hizo un último esfuerzo, pero sin mucho interés en el resultado.

—¿Podría darme algo de comida? —dijo—. He perdido mi caballo y he estado vagando toda la noche.

—Creo que sí —respondió ella, no sin amabilidad—. Parece que lo necesitas, y un lavado también. Hay una palangana y un balde de agua en ese banco.

Pero cuando salió más tarde para llamarlo a desayunar lo encontró sentado en el banco y el balde volcado en el suelo.

—Lo siento —dijo, apagado—. Intenté levantarlo, pero estoy agotado.

—Será mejor que entres. He hecho café.

No podía levantarse. Ni siquiera podía alzar las manos.

Ella llamó a su esposo, que estaba cortando leña entre los árboles, y juntos lo llevaron a la casa. Pasaron días antes de que volviera a hablar...

Así ocurrió que la búsqueda continuó. Wilkins desde el este de la sierra, y Bassett desde el oeste, buscaron al principio con furiosa energía, luego de manera intermitente, y finalmente dejaron de hacerlo, mientras Dick yacía en una cabaña de montaña, en una cama hecha de troncos jóvenes, y por segunda vez en su vida veía a una mujer moverse en una cocina improvisada, y era alimentado por la mano de una mujer.

Se obligaba a pensar en ese pequeño panorama de vida que se desplegaba ante él, más que en sí mismo. La mujer era joven, y bonita de una manera descuidada. El hombre era mucho mayor, y callado. Pertenecía a una clase mejor que la mujer, y bajo su apariencia de rudeza había destellos ocasionales de cierta formación cultural. Ni entonces ni después supo la historia, si es que había una. Sin embargo, empezó a verlos no tanto como pioneros sino como refugiados. La cabaña era, pensaba, un refugio para el hombre y una prisión para la mujer.

Pero fueron uniformemente amables con él, y durante semanas permaneció allí, reajustándose lentamente. En su primera convalecencia se sentaba a pelar papas o a vigilar una olla para ella. Conforme recuperaba fuerzas cortaba algo de leña. Siempre buscaba alguna tarea para evitar pensar.

Dos incidentes se destacaron siempre en su memoria de la cabaña. Uno fue la primera vez que se vio en un espejo. Para entonces ya sabía que la historia de

Bassett era cierta, y que tenía diez años más de los que recordaba. Creía estar preparado en cierta medida. Pero en el vidrio vio a un hombre con el rostro surcado de líneas y el cabello con mechones grises. El hecho de que le había crecido la barba añadía una terrible madurez a la imagen reflejada, y dejó caer el espejo al suelo con estrépito.

El otro incidente fue más tarde, cuando ya estaba bastante fuerte. El hombre quedó atrapado bajo un árbol que estaba talando, y resultó gravemente herido. Durante la hora siguiente, mientras cortaban el árbol y trasladaban al herido a la cabaña en un trineo de madera, Dick sintió la impotencia de cualquier profano ante un accidente. Fue solícito pero torpe. Pero cuando lo colocaron en la cama, casi automáticamente se encontró haciendo una investigación y emitiendo un diagnóstico.

Más tarde comprendería que ese fue el primer destello de memoria sumergida, emergiendo sobre la inundación. En ese momento lo único que sintió fue una gran certeza. Debía actuar rápido o el hombre no viviría. Y esa noche, con los instrumentos que pudo improvisar, operó. No había tiempo para enviar a buscar ayuda al pueblo.

Toda la noche, después de la operación, Dick veló junto a la cama, mientras la mujer se movía inquieta de un lado a otro. Fue entonces cuando obtuvo su único conocimiento de la historia, cuando ella dijo:

—Yo merecía esto, pero él no. Lo alejé de su esposa.

Tuvo que quedarse después de eso, porque la mujer no podía quedar sola. Y se alegró de la tregua, dispuesto a dejarse llevar hasta recuperar el rumbo. Algunas cosas habían regresado, más como imágenes que como realidades. Así veía a David con claridad, a Lucy vagamente, a Elizabeth nada en absoluto. Pero David aparecía primero: David en el coche con los resortes vencidos, la voz fuerte y la figura corpulenta, David, firme y recto y tan gentil como una mujer. Pero había algo extraño en David. Reflexionaba sobre eso, pero estaba aprendiendo a no forzar las cosas, a dejar que emergieran por sí solas.

Dos o tres días después recordó que David estaba enfermo, y lo llenó un remordimiento y una ansiedad desgarradores. Por primera vez hizo planes para marcharse, pues cualquiera que fuera el desenlace sabía que debía ver a David otra vez. Pero todos sus pensamientos lo llevaban a un callejón sin salida en ese momento, y ese callejón era la sensación de que era un criminal y un fugitivo, y que no tenía derecho a involucrar vidas inocentes. Incluso una carta a David podría incriminarlo.

Junto con su determinación de entregarse, la idea de expiación era fuerte en él. Ojo por ojo, diente por diente. Esa había sido la creencia de su padre, y la

recordaba bien. Pero durante ese período de deriva la reprimía, en ese nicho doloroso donde guardaba a Beverly, y la cosa que no quería enfrentar.

Esa fase de su reajuste, cuando la alcanzó, fue dolorosa y confusa. Estaba la necesidad de expiación, que implicaba entregarse; estaba el llamado de David; y estaba el deseo insistente de ver a Beverly otra vez, lo que no quería enfrentar. De las tres, la última, mezclada como estaba con el asesinato y su expiación, era la más fuerte. Porque por la frescura misma de sus recuerdos liberados, eran los días antes de su huida del rancho los que parecían más recientes, y su vida con David la que quedaba lejana, borrosa en sus detalles como por el paso de un tiempo infinito.

Cuando Elizabeth finalmente volvió a él fue como algo muy suave y remoto, salido del pasado olvidado. Incluso su imagen era borrosa y sombría. No podía escuchar el tono de su voz, ni recordar nada de lo que había dicho. Nunca podía evocarla a voluntad, como sí podía a David, por ejemplo. Solo aparecía claramente de noche, mientras dormía. Entonces la guardia bajaba, y se deslizaba en sus sueños una pequeña figura, infinitamente amorosa y tierna; pero al despertar se transformaba gradualmente en Beverly. Eran los brazos de Beverly los que sentía alrededor de su cuello. Sin embargo, se aferraba a Elizabeth más de lo que sabía, porque lo único que emergía de su nebuloso recuerdo de ella era que lo había querido. En un mundo de odio y amargura, ella lo había querido.

Pero nunca era real para él, como lo era la otra mujer. Y sabía que la había perdido, como había perdido a David. Nunca podría volver a ninguno de los dos.

Con el tiempo llegó al punto de hacer planes prácticos. Había perdido su cartera en algún lugar, probablemente durante sus vagabundeos a pie, y no tenía dinero. Sabía que el curso obvio era ir al asentamiento más cercano y entregarse, y jugaba con la idea, pero incluso mientras lo hacía sabía que no lo haría. Se entregaría, sí, eventualmente, pero antes de hacerlo satisfaría un deseo que en algunos aspectos era como su ansia de licor aquella mañana en el sendero. Un impulso temerario, loco e irresistible de ver a Beverly Lucas otra vez.

En agosto partió hacia el ferrocarril, yendo a pie y sin dinero, con destino inmediato a los campos de cosecha de algún rancho lejano, con el objetivo de ganar el pasaje de tren a Nueva York.

CAPITULO 35

El verano pasó lentamente. Para David y Elizabeth fue una larga espera, pero con esta diferencia: que David se mantenía vivo gracias a la esperanza, y que Elizabeth sentía a veces que la esperanza la estaba matando. Para David cada día era un

nuevo día, y podía traer a Dick. Para Elizabeth, después de un tiempo, cada día era solo uno más de separación.

El doctor Reynolds se había convertido en parte fija de la vieja casa, pero no era como Dick. Era un joven corpulento y silencioso, tímido de entrometerse en la vida familiar y ya absorto en un incipiente romance con la señorita Rossiter. David lo toleraba, pero con una especie de celos latentes, aumentados por el hecho de que había introducido innovaciones que David resentía; por ejemplo, había movido el escritorio de Dick más cerca de la ventana, y en lugar de hacer su propio trabajo de laboratorio tenía la costumbre —que David consideraba condenadamente perezosa— de enviar sus pequeños tubos, cuidadosamente cerrados con algodón, a un hospital en la ciudad.

David encontraba los días muy largos e infinitamente tristes. Despertaba cada mañana con renovada esperanza, miraba desde su ventana superior al cartero, y esperaba el paso de Lucy en las escaleras con el correo. Su primera mirada a ella siempre le contaba la historia. Al principio insistía en hablar de Dick, pero veía que la hería, y últimamente habían caído en el hábito de largos silencios.

La determinación de vivir hasta ese regreso que nunca dejaba de esperar solo lo llevaba hasta cierto punto. No sentía incentivo para la actividad. Había momentos en que ponía a prueba la paciencia de Lucy, cuando ella sentía que si él se moviera, bajara las escaleras y atendiera su consulta, saliera al sol y al aire, se fortalecería. Pero también había momentos en que ella sentía que solo la voluntad de vivir lo mantenía.

Nada más había ocurrido, hasta donde sabían. La búsqueda había sido abandonada. Lucy ya no estaba tan segura como antes de que la casa estuviera vigilada, contra el posible regreso de Dick. A menudo se acostaba y enfrentaba la convicción de que Dick estaba muerto. Nunca había entendido las conversaciones que al principio se daban sobre ella, cuando Bassett y Harrison Miller, y una o dos veces el psicoanalista que David había consultado en la ciudad, se reunían en el dormitorio de David. La mente era la mente, y Dick era Dick. Esa cuestión del hábito, sobre la que David reflexionaba de noche cuando debía dormir, o la traía a escuchar con aire de triunfante vindicación, no significaba nada para ella.

Un hombre debidamente entrenado en hábitos correctos de pensamiento y acción no podía pensar mal ni actuar mal, argumentaba David. Incluso iba más allá. Decía que el amor era un hábito, y que el amor traería a Dick de vuelta con él. Que no podía olvidarlos.

Ella lo creía, claro, si aún vivía. Pero ¿no había ido el señor Bassett, que parecía tan curiosamente mezclado en el asunto, otra vez a Norada sin resultado? No, todo

había terminado, y ella sentía que sería un consuelo saber dónde yacía, y traerlo de vuelta a una tumba querida y cuidada.

Elizabeth iba a menudo a verlos. Se veía casi igual que siempre, aunque muy delgada y con la sonrisa algo forzada, y ella y David tenían largas conversaciones. Siempre sentía que entraba como un recipiente vacío, pero David la llenaba de esperanza y la enviaba animada y visiblemente más brillante a su larga espera. Más bien evitaba a Lucy, pues los temores de Lucy estaban en su rostro y eran como una sombra sobre su espíritu. Un día la encontró guardando la ropa de Dick en alcanfor, y el acto tuvo un aire de final que casi la aplastó.

Hasta entonces le habían ocultado la verdadera identidad de Dick, pero ciertas cosas sí le habían dicho. Sabía que había vuelto, de algún modo extraño, a los años antes de llegar a Haverly, y que había olvidado temporalmente todo desde entonces. Pero también le habían dicho, y parecían creerlo ellos mismos, que era solo temporal.

Al principio la idea había sido más de lo que podía soportar. Pero tenía que vivir su vida, y de tal manera que ocultara sus temores. Quizá era bueno para ella, la necesidad de mostrar un frente valiente, de unirse a la conspiración que debía mantener el lugar de Dick en el mundo contra la esperanza de su regreso. Y aún iba a la casa de los Sayre, segura de que allí al menos no habría miradas curiosas ni preguntas demasiado casuales. Ni siquiera en su casa podía estar segura de eso, pues Nina estaba constantemente conjeturando.

—A veces me pregunto... —empezó Nina un día, y se detuvo.

—¿Preguntarte qué?

—Bueno, supongo que debo decirlo. ¿Nunca piensas que si Dick volvió, como dicen, podría haber alguien más?

—¿Otra mujer, quieres decir?

—Sí. Alguien que conoció antes.

Nina la observaba. A veces casi estallaba con el drama que reprimía. Había sido una niña pequeña cuando Judson Clark desapareció, pero incluso a los doce había sabido algo de la historia. Quería desesperadamente ir por el pueblo y decirles: "¿Saben quién ha estado viviendo aquí, a quien solían tratar con condescendencia? ¡Judson Clark, uno de los hombres más ricos del mundo!" Construía sueños sobre esa base. Él volvería, pues claro que lo encontrarían y lo absolverían, y quizá compraría la casa Sayre, o construiría una mucho más grande, y todos irían a Europa en su yate. Pero ahora sabía que la mujer a quien Leslie había enviado sus flores había sido importante en el pasado de Dick, y la odiaba y temía.

No contenta con haberle dado a Nina algunas malas horas, veía ahora a esa mujer posiblemente bloqueando sus ambiciones para Elizabeth.

—Lo que quiero decir es esto —dijo, examinando críticamente sus uñas pulidas—. Si resulta que había alguien, tendrás que recordar que fue hace muchos años, y ser sensata.

—Yo solo quiero que vuelva —dijo Elizabeth—. No me importa cómo, con tal de que vuelva.

Louis Bassett se había convertido en una figura familiar en la vida del pueblo para entonces. David dependía de él con una especie de confianza melancólica que lo llevaba a apretar los dientes de furia ante su propia impotencia. Y, a medida que se desarrollaba la magnitud del desastre, al ver a David decaer y a Lucy envejecer, y cuando con el tiempo conoció a Elizabeth, el sentimiento de su propia culpa se intensificaba.

Pasaba horas estudiando el caso, y fue principalmente responsable de enviar a Harrison Miller de nuevo a Norada en septiembre. Había entablado amistad con Miller por su causa común, y la noche en que debía partir ese pequeño grupo interno que luchaba la batalla de David formó un consejo de estrategia en la ordenada sala de estar de Harrison; Walter Wheeler y Bassett, Miller y, finalmente tomado en confianza, el doctor Reynolds.

El mismo grupo lo recibió a su regreso, se sentaron alrededor con rostros expectantes mientras sacaba su tabaco y colocaba un fajo de papeles sobre la mesa, y esperaron mientras su enviado, colocando el mapa de Bassett sobre la mesa, procedía cuidadosamente a dibujar una continuación del sendero más allá del paso, unas montañas esquemáticas y un pequeño cuadrado.

—Tengo algo —dijo al fin—. No mucho, pero suficiente para trabajar. Aquí es donde lo perdiste, Bassett. —Señaló con su lápiz—. Siguió un tiempo a caballo. Luego, de algún modo, debió perderlo, porque apareció a pie, en fecha desconocida, exhausto, en una cabaña que está aquí. Yo mismo me perdí, o nunca habría encontrado el lugar. Estuvo enfermo allí durante semanas, y parece que se quedó bastante tiempo después de recuperarse, como si no pudiera decidir qué hacer después.

Walter Wheeler se movió y levantó la mirada.

—¿En qué condición estaba cuando se fue?

—Muy buena, dijeron.

—¿Estás seguro de que era Livingstone?

—El hombre allí tuvo un árbol que cayó sobre él. Él lo operó. Supongo que esa es la respuesta.

Consideró la situación.

—Es la respuesta a más que eso —dijo Reynolds lentamente—. Muestra que había vuelto en sí. Si no lo hubiera hecho, no habría podido hacerlo.

—¿Y después de eso? —preguntó alguien.

—Lo perdí. Se fue caminando hacia el ferrocarril, y no dijo nada de sus planes. Si hubiera podido hacer averiguaciones abiertas quizá habría encontrado algo, pero no pude. Es un asunto difícil. También tuve problemas para encontrar a Hattie Thorwald. Había dejado el hotel y vivía con su hijo. Jura que no sabe dónde está Clifton Hines, y que no lo ha visto en años.

Bassett había estado escuchando atentamente, con la cabeza inclinada hacia adelante.

—Supongo que el hijo no sabe nada de Hines.

—№ Ella me advirtió. Él estaba hosco y desconfiado. El sheriff lo había llamado y lo interrogó sobre cómo conseguiste su caballo, y entendí que pensaba que yo era un detective. Cuando le dije que era amigo tuyo, te envió un mensaje. Quizá puedas sacar algo de eso. Yo no. Dijo: "Puedes decirle que no dije nada sobre la otra vez".

Bassett se incorporó.

—¿La otra vez?

—Está bajo la impresión de que su madre te consiguió el caballo una vez antes, unos diez días antes de que Clark escapara. De noche, también.

—No fue para mí —dijo Bassett con decisión—. Diez días antes yo estaba... —sacó su libreta y la consultó—. Estaba en camino a la cabaña en las montañas, donde los Donaldson habían escondido a Jud Clark. Alquilé un caballo en un establo.

—¿Podría la mujer Thorwald haberte seguido?

—¿Y por qué demonios habría de hacerlo? —preguntó irritado—. No sabía quién era yo. No tuvo oportunidad de ver mis papeles, porque los llevaba conmigo. Si sospechaba que yo estaba en el caso, una docena de hombres me habían precedido, y la mitad había ido a la cabaña.

Consideró la situación.

—Sin embargo —concluyó—, creo que lo hizo. Ella o el mismo Hines. Había alguien a caballo afuera de la cabaña esa noche.

Hubo silencio en la sala, Harrison Miller dibujando pensativamente al azar sobre el mapa frente a él. Cada hombre veía la situación desde su propio ángulo: para Reynolds, su interés médico y la posibilidad de quedarse en el pueblo; para Walter Wheeler, la vida arruinada de Elizabeth; para Harrison Miller, David; y para el reportero, la convicción de que las pistas que ahora tenía deberían llevarlo a algún lado, y no lo hacían.

Antes de que la reunión terminara, Miller tomó un manuscrito doblado de la mesa y se lo pasó a Bassett.

—Copia de la investigación del forense, después del asesinato —dijo—. Pensé que podría interesarte...

Luego, por un tiempo, eso fue todo. Bassett, estudiando en casa los registros del juicio, y encontrándolos de gran interés, vio la inutilidad de salvar a un hombre que no podía ser hallado. Y hasta la fe de Nina, de que los fabulosamente ricos no podían morir en el anonimato, empezó a desvanecerse al terminar el verano. Recuperó parte de su favor hacia Wallie Sayre, e incluso volvió a escuchar sus alternantes esperanzas y temores.

Y para finales de septiembre sintió que había avanzado realmente con Elizabeth. Había llegado a un punto en que ella lo necesitaba más de lo que se daba cuenta, donde el llamado de la juventud hacia la juventud, incluso en la desgracia, era insistente. A cambio él sentía su responsabilidad y respondía a ella. En el lenguaje del pueblo se había "asentado", y la opinión general, que antes lo desaprobaba, era ahora que Elizabeth podría hacer algo peor.

En una noche fresca a principios de octubre la había acompañado a casa desde la de Nina, y como la luna estaba llena se sentaron un rato en los escalones de la veranda, Wallie abajo, removiendo las hojas muertas del sendero con su bastón, y mirándola con ojos juveniles y adoradores cuando ella hablaba. Nunca era muy articulado con ella, y su desgracia le había dado una extraña nueva distancia que casi lo asustaba. Pero esa noche, cuando ella se estremeció un poco, él levantó la mano y tocó la suya.

—Tienes frío —dijo casi con rudeza. A veces era algo brusco, por miedo a ser tierno.

—No tengo frío. Creo que son las hojas muertas.

—¿Hojas muertas? —repitió, desconcertado—. Eres una chica rara, Elizabeth. ¿Por qué hojas muertas?

—Odio el otoño. Es la muerte del año.

—Tonterías. Es solo irse a dormir para una larga siesta de invierno. Eso es todo. Te traeré un abrigo.

Entró y salió al momento con el abrigo de su padre.

—Aquí —dijo con tono perentorio—, ponte esto. No voy a ser reprendido por darte un resfriado.

Ella se levantó obediente y él le puso el gran abrigo encima. Luego, obedeciendo un impulso irresistible, la abrazó. Sin embargo, la soltó de inmediato y retrocedió.

—Te amo tanto —balbuceó—. Lo siento. No volveré a hacerlo.

Ella se sorprendió, pero no se enojó.

—No me gusta —fue todo lo que dijo. Y porque no quería que pensara que estaba enojada, volvió a sentarse. Pero el muchacho estaba sacudido. Sacó un cigarrillo y lo encendió, con las manos temblorosas. No podía pensar en nada que decir. Era como si con ese único acto hubiera cortado un puente detrás de él y al otro lado quedaran todas las trivialidades, el pequeño dar y recibir de sus horas juntos. Lo que para ella era un incidente lamentable, para él era un gran clímax dramático. Como buen muchacho, se negaba a reconocer su poca importancia para ella. Quería hablar de ello.

—Cuando dijiste que no te gustó lo que hice, ¿quieres decir que no te gustó que lo hiciera? ¿O que no te gusta ese tipo de cosas? Claro que sé —añadió apresuradamente—, que no eres ese tipo de chica. Yo...

Se volvió y la miró.

—Sabes que sigo enamorado de ti, ¿verdad, Elizabeth?

Ella le devolvió la mirada con franqueza.

—No entiendo cómo puedes estarlo cuando sabes lo que sabes.

—Sé cómo te sientes ahora. Pero sé que la gente no sigue amando sin esperanza toda su vida. Eres joven. Tienes —calculó rápidamente— unos cincuenta años por vivir todavía, y algún día estarás... no olvidando —corrigió, al ver su rápido movimiento—. Sé que no lo olvidarás. Pero recordar y amar son cosas distintas.

—Me pregunto —dijo ella, con los ojos en la luna y llenos de joven tragedia—. Si lo son, si uno puede recordar sin amar, ¿entonces no podría uno amar sin recordar?

Él la miró fijamente.

—Eres demasiado profunda para mí a veces —dijo—. No soy sutil, Elizabeth. Supongo que soy torpe en muchas cosas. Pero no soy torpe en esto. No estoy tratando de conseguir una promesa, sabes. Solo quiero que sepas cómo son las

cosas. No quiero saber por qué se fue, ni por qué no vuelve. Solo quiero que enfrentes los hechos. Sería bueno contigo —terminó, en voz baja—. Pasaría mi vida pensando en maneras de hacerte feliz.

Ella se conmovió. Se inclinó y puso su mano en su hombro.

—Mereces lo mejor, Wallie. Y estás pidiendo un segundo lugar. Incluso eso... supongo que no estoy hecha de esa manera. Cincuenta años o cien, sería lo mismo.

—¿Siempre lo querrías, quieres decir?

—Sí. Me temo que sí.

Cuando él la miró, sus ojos tenían otra vez esa mirada lejana y ardiente que él había llegado a asociar con sus pensamientos sobre Dick. Parecía infinitamente apartada de él, recorriendo su solitario camino más allá de manos amorosas extendidas y enfrentando adelante hacia... bueno, hacia cincuenta años de soltería. El puro desperdicio de ello lo hizo estremecerse.

—Tú también tienes frío, Wallie —dijo ella suavemente—. Será mejor que vayas a casa.

Él estaba a punto de rechazar la idea con desprecio, cuando ¡estornudó! Ella se levantó de inmediato y le tendió la mano.

—Eres muy querido por sentir así hacia mí —dijo ella, algo apresurada—. Aprecio que me lo hayas dicho. Y si tienes frío cuando llegues a casa, será mejor que tomes un poco de alcanfor.

Él la acompañó hasta dentro, sombrero en mano, y luego se volvió y caminó con paso firme por la calle. ¡Alcanfor, nada menos! Pero tan obstinada era la esperanza en su joven corazón que antes de subir la colina ya encontraba consuelo en el hecho de que ella hubiera pensado en él.

La señora Sayre había estado fuera una semana, de visita en Michigan, y él no la esperaba por uno o dos días más. Para su sorpresa la encontró en la terraza, envuelta en pieles, evidentemente esperándolo.

—No lo estaba disfrutando —explicó, cuando él la besó—. Es una casa de verano, sin calefacción suficiente, y cuando se puso frío... ¿dónde has estado esta noche?

—Cené en casa de los Ward, y luego acompañé a Elizabeth a su casa.

—¿Cómo está ella?

—Está bien.

—¿Y no hay noticias?

Él la conocía muy bien, y vio entonces que estaba dominada por una emoción contenida.

—¿Qué pasa, madre? Estás preocupada por algo, ¿verdad?

—Tengo algo que decirte. Será mejor que entremos.

La siguió adentro, tranquilo y medio sonriente. Su mundo era pequeño, de dificultades domésticas menores, de chismes no malintencionados, de problemas ocasionales de dinero, inversiones y demás. La había visto temblar por un asunto de una cena mal servida. Así que entró en la casa, cerró la ventana de la terraza y la siguió hasta la biblioteca. Cuando ella cerró la puerta reconoció sus viejas tácticas cuando se trataba de los sirvientes.

—¿Bueno? —preguntó—. Supongo que... —Entonces vio su rostro—. Lo siento, madre. ¿Qué ocurre?

—Wallie, vi a Dick Livingstone en Chicago.

CAPITULO 36

Durante agosto, Dick trabajó en los campos de alfalfa del centro de Washington, como jornalero de la cosecha, un "trabajador errante" entre otros obreros agrícolas migrantes. Entre ellos, pero no del todo parte de ellos. Reclutados desde los niveles más bajos de la escala social, reunidos en un mercado de esclavos en la costa, hacinados en barracones llenos de parásitos, alimentados en exceso pero mal, rebosantes de blasfemias y de odio sombrío hacia los de arriba, los "stiffs" lo miraban con desconfianza desde el principio.

Al comienzo aceptó sus burlas con cierta filosofía. Su condición física era pobre. De noche le dolía todo el cuerpo, cayendo en su litera de madera para dormir el sueño sin sueños del agotamiento absoluto. Hubo momentos en que pensó que sería mejor regresar de inmediato a Norada y entregarse, pues nunca dudó que tendría que hacerlo eventualmente. Quizá era bueno que no tuviera tiempo para lamentarse, pero ganaba sueño al costo de un esfuerzo sobrehumano durante todo el día.

Una sensación de irrealidad empezó a obsesionarlo, de modo que a veces se sentía como un fantasma caminando entre hombres sudorosos, como una resurrección en la vida, pero sin vida. Más de una vez intentó rebajarse al nivel de los demás, unirse de nuevo a la multitud, sentir otra vez el roce de los codos, la sensación de compañerismo. El instinto primario de la manada se imponía, la necesidad de compañía humana de cualquier tipo.

Pero fracasó miserablemente, como Jud Clark nunca habría fracasado. No podía beber con ellos. No podía hundirse en su nivel de degradación. Sus juramentos y obscenidades lo enfermaban y lo disgustaban, y sus conversaciones sobre mujeres lo obligaban a salir al aire fresco.

El hecho de que ya no pudiera beber hasta caer en un sopor lo desconcertaba. El mal whisky circulaba libremente entre las pilas de heno y los barracones donde se alojaban los jornaleros, y a precios ruinosos. Los hombres juntaban dinero para comprarlo, y él aportaba su parte, solo para descubrir que no solo lo enfermaba, sino que tenía una inhibición mental contra ello.

Lo llamaban el "Dude", y poco a poco cargaban en ese apodo todo el odio de clase de sus miserables vidas. Tuvo que pelear con ellos más de una vez, y si se hubieran unido contra él quizá lo habrían matado. Pero nunca se unieron. Sus propias enemistades y enojos los mantenían separados, así como su miseria los mantenía juntos. Y con el tiempo, a medida que sus músculos se endurecían, pudo defenderse mejor. Llegó el momento en que lo dejaron en paz, y cuando un día un hombre cayó de una pila y se rompió la pierna y Dick la acomodó, ganó su respeto. No hicieron preguntas, pues su ley era que el pasado quedaba en el pasado. No les gustaba, pero en la torcida ética del campamento juzgaban el secreto detrás de él por la altura desde la que había caído, y empezaron lentamente a aceptarlo como parte de la hermandad de los desheredados.

Con la mejora de su condición física llegó, hacia el final del verano, una más rápida disipación de la inundación del largo pasado. Una noche durmió en los campos, donde la alfalfa sin cortar estaba adornada de flores púrpuras y las ranúnculas amarillas se alzaban y se mecían sobre él. Con el primer toque del amanecer en las montañas despertó con una claridad mental como la de la mañana. Sintió casi una exaltación. Se levantó y extendió los brazos.

Todo era suyo otra vez, para no perderlo nunca: la vieja casa, David y Lucy; el pequeño laboratorio; la iglesia los domingos por la mañana. Mike, silbando en el establo. Una ola de amor lo calentó, una gran ternura arrolladora. Volvería con ellos. Eran suyos y él era de ellos. Al principio fue solo una gran emoción; un cosquilleo jubiloso, un inmenso alivio, como el de quien ve, desde lejos, las luces en las ventanas del hogar. Salvo por el vacío entre la orgía en el rancho y su despertar al rostro de David inclinado sobre él en la cabaña, todo estaba claro. Aún con esfuerzo, pero con éxito, podía unir ahora las dos partes de su vida con solo una cicatriz entre ellas.

No es que lo formulara. Era más bien un estado de ánimo, un impulso de felicidad irracional. La última nube se había ido, la última bruma del valle. Veía Haverly, y los niños que jugaban en sus calles sombreadas; a Mike lavando el viejo coche, y la heladera de los domingos, envuelta en arpillera en el porche de la cocina. Jim

Wheeler volvía a él, el peso de su ataúd arrastrando de su mano derecha mientras ayudaba a cargarlo; estaba arrodillado junto a la cama de Elizabeth, y ponía su mano sobre sus ojos abiertos para que se durmiera.

El resplandor se apagó, y empezó a sufrir intensamente. Todos estaban perdidos para él, junto con la vida que representaban. Y ya empezaba a mirar atrás a su período de olvido con arrepentimiento. Al menos entonces no sabía lo que había perdido.

Se preguntaba otra vez qué sabían ellos. ¿Qué pensaban? Si lo creían muerto, ¿no era eso más amable que la verdad? Fuera de David y Lucy, y por supuesto Bassett, el único fundamento sobre el que había descansado cualquier búsqueda de él había sido el reconocimiento semihistérico de Hattie Thorwald. Pero se preguntaba hasta dónde había llegado esa búsqueda.

¿Había llegado lo suficiente como para involucrar a David? ¿Se había apagado el clamor, o la policía aún lo buscaba? ¿Podía siquiera escribirle a David, sin involucrarlo en su propio problema? Porque David, el noble y maravilloso David... David había obstruido deliberadamente la justicia, y era cómplice después del hecho.

Hasta entonces había estado a la deriva, incapaz de fijar un rumbo en la niebla, pero ahora podía ver el camino, y lo llevaba de vuelta a Norada. No se comunicaría con David. Saldría de las vidas en la vieja casa como había entrado, bajo una mentira. Cuando se entregara sería como Judson Clark, con los labios cerrados sobre los años desde su fuga. Que pensaran, si querían, que la cortina que había caído sobre su memoria no se había levantado, y que había retomado la vida donde la había dejado. La policía no obtendría nada de él que incriminara a David.

Pero también tuvo un momento en que entregarse le parecía no fortaleza sino debilidad; donde su pura pasividad, su fácil solución al problema lo revolvía, donde apretaba el puño y lo miraba, y anhelaba el derecho de luchar para salir adelante.

Cuando el humo empezó a salir de la chimenea de la cocina se movió, se levantó y volvió. No desayunó, y los hombres, al ver su mandíbula cuadrada y su rostro rígido, lo dejaron en paz. Trabajó con la fuerza de tres hombres ese día, pero esa noche, cuando el capataz le ofreció un trabajo como "pacer", con doble salario, lo rechazó.

—Dáselo a otro, Joe —dijo—. Yo me voy.

—¡Al demonio que te vas! ¿Cuándo?

—Quiero salir esta noche.

Su partida fue sin comentarios. Nunca lo habían aceptado del todo, y las idas y venidas sin aviso en el campamento eran comunes. Enrolló su cama, con su muda de ropa interior dentro, y tomó el camino esa noche.

El ferrocarril estaba a diez millas, y cubrió la distancia fácilmente. Caminó entre cercas de alambre, detrás de las cuales los caballos se movían inquietos al pasar y el ganado dormía alrededor de un abrevadero, y mientras caminaba enfrentaba una situación que todo el día había trabajado como tres hombres para evadir.

Estaba saliendo de la vida. No importaba mucho si era para estar tras las rejas o para pagar el precio final. La sombra que lo cubría era que dejaba para siempre a David y todo lo que él representaba, y a una mujer. Y la mujer no era Elizabeth.

Se maldijo en la oscuridad como un tonto y un loco; maldijo la fascinación que surgía como una posesión demoníaca de su vida temprana. Cuando eso falló intentó matarla recordando el paso del tiempo, el odio que ella debía haber alimentado todos esos años. Invocó la imagen de Elizabeth en su ayuda, solo para encontrarla eclipsada por algo infinitamente más real y vital. Beverly en su camerino, grotesca y sin embargo hermosa en su maquillaje; Beverly en el sendero de montaña, con su ropa de montar juvenil. Beverly.

Probablemente en esa etapa de su recuperación su mente había reaccionado más rápido que sus emociones. Y por esa extraña facultad por la cual una idea a menudo se vuelve más fuerte en la memoria que en su producción original, se encontró atrapado en una pasión infinitamente más terrible que la primera que había sentido por ella. Borró el recuerdo, incluso el pensamiento, de Elizabeth, y lo dejó víctima de las emociones asociadas: celos amargos lo desgarraban, remordimiento y una profunda pena. Las diez millas de camino hacia el ferrocarril se convirtieron en diez millas de tortura, de creciente dominio del impulso de ir hacia ella, y de rendición final.

En Spokane se equipó, pues su ropa estaba hecha jirones, y con lo que le quedaba de dinero compró un boleto a Chicago. Más allá de Chicago no tenía otro pensamiento que uno: de alguna manera debía llegar a Nueva York. Sin embargo, todo el tiempo estaba luchando. Intentaba una y otra vez liberarse de las asociaciones emocionales sobre las que se erigía su memoria de ella; cuando eso fallaba, luchaba por enfrentar la realidad: el paso del tiempo, la certeza de su decepción, en el mejor de los casos la separación inevitable cuando regresara a Norada. Pero siempre, al final, encontraba su rostro vuelto hacia el Este, hacia ella.

No tenía miedo de morir de hambre. Si había aprendido el costo de un dólar en sangre y músculo, tenía la sangre y el músculo. Hubo un tiempo, en Chicago, en que la necesidad de pensar en dinero lo irritaba, pues el recuerdo de sus días opulentos era muy claro. Momentos en que su temperamento era incierto, y se

volvía hosco. Momentos en que su impotencia traía a sus labios las viejas blasfemias familiares de su juventud, que sonaban extrañas y repulsivas a sus oídos.

No tenía miedo, entonces, sino una gran impaciencia, como si, habiendo perdido tanto tiempo, debiera avanzar cada minuto. Y Chicago lo volvió frenético. Hubo un momento allí en que hizo un intento deliberado de hundirse hasta lo más bajo, de buscar el olvido enterrando una miseria bajo otra. Intentó encontrar trabajo y fracasó, y trató de dejarse ir y hundirse. El resultado total del experimento fue que despertó una mañana en su pensión enfermo y con su dinero desaparecido, salvo unas pocas monedas de plata. Pensó irónicamente, tendido en su cama desordenada, que incluso los recursos de lo más bajo le estaban cerrados.

Nunca volvió a intentar ese experimento. Se odiaba por ello.

Durante días merodeó por las agencias de empleo de West Madison Street. Pero las agencias y las aceras estaban llenas de hombres que vagaban sin rumbo con el andar sin propósito de los desempleados. Las camas en las pensiones habían subido a treinta y cinco centavos la noche, y la comida en los restaurantes baratos era casi incomible. Llegó un día en que el café gratuito de la mañana en un Hogar Bíblico de Rescate, y su sopa con papas y zanahorias por la noche, fue todo lo que comió.

Por primera vez su valor empezó a fallarle. Esa noche fue a la orilla del lago y se quedó mirando el agua. Quería luchar contra ese impulso de cobardía en su origen.

Hasta entonces no había pensado en absoluto en su herencia, más allá del hecho de que sin duda había sido declarado legalmente muerto y su propiedad dividida. Pero ese día, al alejarse del lago, empezó a preguntarse sobre ello. Después de todo, ya que pensaba entregarse pronto, ¿por qué no enviar un telegrama por cobrar a las viejas oficinas de la herencia en Nueva York y pedirles que le enviaran dinero? Pero incluso suponiendo que aún existieran, sabía con qué cautela prolongada, tras la sorpresa atónita, investigarían el mensaje. Y había filtraciones en el telégrafo. Tendría una jauría de periodistas tras él en pocas horas. La policía también. No, no serviría.

Al día siguiente consiguió un trabajo como taxista, y esa noche y todas las noches siguientes volvió a West Madison Street y recogió a uno o más de los desamparados allí y les compró comida. Desarrolló todo un sistema para ello. Esperaba hasta ver a un hombre detenerse frente a un restaurante, mirar dentro y luego seguir de largo. Pero una noche tuvo un sobresalto. El joven al que abordó lo miró primero con sospecha, lo cual no era raro, y luego con asombro.

—¡Capitán Livingstone! —dijo, y detuvo su mano cuando estaba a punto de levantarla en saludo. Su rostro se iluminó con una sonrisa, y se quitó la gorra rápidamente—. Me ha olvidado, señor —dijo—. Pero tengo su tarjeta de visita en la cabeza, bien puesta. ¿La ve?

Inclinó la cabeza y esperó, pero al no recibir respuesta inmediata, pues Dick estaba apresuradamente decidiendo un curso de acción, levantó la vista. Fue entonces cuando vio la ropa barata y raída de Dick, y su sonrisa se desvaneció.

—Digo —dijo—. Usted es Livingstone, ¿verdad? Lo habría sabido...

—Creo que se ha equivocado, amigo —dijo Dick, buscando cuidadosamente sus palabras—. Ese no es mi nombre, en todo caso. Pensé, cuando lo vi mirando por esa ventana... ¿Qué tal?

El muchacho lo miró otra vez, y luego apartó la vista.

—Estaba mirando, sí —dijo—. He tenido mala suerte últimamente.

La costumbre de Dick había sido comer con los hombres que encontraba, y así quitarle a la comida la cualidad de caridad distante. Hombres que no aceptaban dinero se unían a él en una comida. Pero no podía enfrentarse a las luces con ese joven de mirada aguda. Le ofreció dinero en su lugar.

—Solo una ayuda —dijo, torpemente, cuando el muchacho dudó—. Yo mismo he estado allí, últimamente.

Pero cuando al fin lo convenció y se alejó, fue consciente de que el soldado lo miraba fijamente, desconcertado y sin convencerse.

Tuvo una mala noche después de eso. El encuentro le había traído de vuelta sus días de trabajo duro y despreocupado en el ejército. También le había traído las cosas que había dejado atrás: su profesión y la alegría en ella, las luchas y aspiraciones que constituyen la vida de un hombre. Con ellas vino también una Elizabeth más real, y una ola de ternura hacia ella, y de arrepentimiento. Se revolvió en su cama vencida, y deliberadamente la apartó de sí. Incluso si ese otro fantasma quedaba enterrado, no tenía derecho a ella...

Luego, un día, se encontró con la señora Sayre, y vio que lo había reconocido.

CAPITULO 37

Wallie miró fijamente a su madre. Su mente protestaba de inmediato contra el hecho y al mismo tiempo lo aceptaba, con sus consecuencias para él. Hubo una pausa perceptible antes de que hablara. Se irguió un poco más recto, pero eso fue todo.

—¿Estás segura de que era Livingstone?

—Positiva. Hablé con él. Yo misma no estaba segura al principio. Se veía desaliñado y delgado, como si hubiera estado enfermo, y tuvo la audacia de fingir al principio que no me conocía. Me cerró la puerta y...

—Espera un momento, madre. ¿Qué puerta?

—Estaba conduciendo un taxi.

Él la miró incrédulo.

—No lo creo —dijo lentamente—. Creo que te equivocaste, eso es todo.

—Tonterías. Lo conozco tan bien como te conozco a ti.

—¿Reconoció su identidad?

—No con tantas palabras —admitió ella—. Dijo que me había equivocado, y se mantuvo en eso. Luego cerró la puerta y me llevó a la estación. La única otra oportunidad que tuve fue en la estación, y había una fila de taxis detrás de nosotros, así que solo tuve un segundo. Vi que no pensaba admitir nada, así que le dije: "Veo que no quiere reconocerme, doctor Livingstone, pero debo saber si puedo decir en casa que lo he visto". Estaba dándome el cambio en ese momento —habría reconocido sus manos, creo, aunque no hubiera visto nada más— y cuando levantó la vista su rostro fue impactante. Dijo: "¿Están todos bien?" "David está muy enfermo", le respondí. Los coches detrás esperaban y hacían un ruido terrible, y un agente de tránsito corrió entonces y lo hizo avanzar. Me dio la mirada más extraña al irse. Me quedé esperando, pensando que se daría la vuelta y regresaría al final de la fila, pero no lo hizo. Casi pierdo mi tren.

La primera reacción de Wallie ante la noticia fue de ardiente ira y condena.

—¡Canalla! —dijo—. ¡Insufrible sinvergüenza! Huir como lo hizo, y luego dejar que crean que está muerto. Porque eso es lo que creen. Está matando a David Livingstone, y en cuanto a Elizabeth... Habrá que decírselo, madre. Está vivo. Está bien. Y los ha abandonado deliberadamente a todos. Deberían fusilarlo.

—Tú no lo viste, Wallie. Yo sí. Ha pasado por algo, no sé qué. No dormí anoche pensando en su rostro. Tenía desesperación en él.

—Muy bien —dijo él, deteniéndose con enojo frente a ella—. ¿Qué piensas hacer? ¿Dejarlos seguir como están, esperando y confiando; alabándolo como si fuera un superhombre? Lo que hay que hacer es decir la verdad.

—Pero no conocemos la verdad, Wallie. Hay algo detrás de todo esto.

—Nada muy digno, puedes estar segura —dictaminó—. ¿Crees que es justo para Elizabeth dejarla desperdiciar su vida en el recuerdo de un hombre que la ha abandonado?

—Sería cruel decírselo.

—A veces hay que ser cruel para ser amable —dijo con tono solemne—. El hombre puede estar casado. Puede ser cualquier cosa. ¡Un taxista! ¿No muestra eso mismo que se esconde de algo?

Ella se sentó, una pequeña figura obesa agrandada por sus pieles, y lo miró con ojos preocupados.

—No lo sé, Wallie —dijo, indefensa—. En cierto modo, podría ser mejor decírselo. Podría sacarlo de su mente, entonces. Pero odio hacerlo. Es como apuñalar a un bebé.

Él la entendió y asintió. Cuando, tras dar unas vueltas por la habitación, volvió a detenerse frente a ella, su rubor de ira había disminuido.

—Es un lío del demonio —comentó—. Supongo que lo correcto es decírselo al doctor David, y dejar que él decida. Yo tengo demasiado en juego para ser juez de qué hacer.

Subió poco después, dejándola aún en su silla, envuelta en pieles, con su rostro redondo y ansioso inclinado hacia adelante en reflexión. Rara vez la había visto tan preocupada, tan insegura de su próximo paso, y supuso, conociéndola, que sus emociones eran una mezcla de ansiedad por él con Elizabeth, de compasión por David, y del recuerdo del rostro demacrado de Dick Livingstone.

Se quedó sola un tiempo y luego subió de mala gana a su dormitorio. Sentía, como Wallie, que tenía demasiado en juego para decidir fácilmente qué hacer.

Al final decidió pedir consejo al doctor Reynolds, y por la mañana lo hizo. Reynolds se mostró interesado, incluso un poco excitado, pensó ella, pero consideró mejor no decírselo a David. Él mismo iría con Harrison Miller.

—¿Dice que la reconoció? —preguntó, observándola—. Supongo que no hay duda de eso.

—Por supuesto que no. Me conoce desde hace años. Y preguntó por David.

—Ya veo. —Cayó en profunda reflexión, mientras ella lo miraba algo molesta. Él se preguntaba cómo afectaría todo esto a él y a sus perspectivas, y a través de ellas a su derecho a casarse. Había entrado en algo bueno, y en una considerable comodidad.

—Ya veo —repitió, y se levantó—. Le diré a Miller, y nos pondremos a trabajar. Todos estamos muy agradecidos con usted, señora Sayre...

Como resultado de esa visita, Harrison Miller y Bassett fueron esa noche a Chicago. Dejaron a juicio médico del doctor Reynolds si David debía ser informado o no, y Reynolds mismo no lo sabía. Al final pasó la cuestión la noche siguiente a Clare Rossiter.

—Algo te preocupa —dijo ella—. No eres nada como siempre, querido.

Él la miró. Para él ella era todo lo que era bueno y sensato en juicio.

—Tengo algo que resolver —dijo—. Me preguntaba mientras cantabas, querida, si podrías ayudarme.

—Cuando canto se supone que debes escuchar. Bueno, ¿qué es? —Se acomodó en el brazo de su silla y pasó sus dedos por su cabello. Lo quería mucho, y pensaba ser una buena esposa. Si alguna vez pensaba en Dick Livingstone ahora era en relación con su propia confesión imprudente a Elizabeth. Había odiado a Elizabeth desde entonces.

—Tomaré un caso hipotético. Si lo adivinas, no tienes que decirlo. Claro que es un gran secreto.

Ella escuchó, asintiendo de vez en cuando. Él no usó nombres, y no dijo nada de ningún crimen.

—El punto es este —concluyó—. ¿Es mejor creer que el hombre está muerto, o saber que está vivo, pero se ha apartado?

—¿No hay error en el reconocimiento?

—Alguien del pueblo lo vio en Chicago hace uno o dos días, y habló con él.

Ella tuvo la imagen completa en un momento. Sabía que la señora Sayre había estado en Chicago, que había visto a Dick allí y hablado con él. Le dio vueltas al asunto en su mente, calculando astutamente, planeando su pequeña venganza contra Elizabeth incluso mientras hablaba.

—Yo esperaría —le aconsejó—. Puede que regrese con ellos, y en ese caso David lo sabrá pronto. O puede que se niegue, y eso lo mataría. Preferiría pensar que está muerto a eso.

Durmió tranquila esa noche, y pasó más tiempo de lo habitual arreglándose a la mañana siguiente. Luego se dirigió a la casa de los Wheeler. No veía en lo que hacía nada particularmente culpable. No tenía una gran venganza en mente; todo lo que pretendía era ajustar cuentas entre ellas. “Él te prefirió a mí, cuando sabías que me importaba. Pero te ha abandonado.” Y quizá también un pequeño celo

presente, pues ella viviría en la vieja casa de ladrillo de los Livingstone, o en una similar, mientras todo el pueblo esperaba ver finalmente a Elizabeth instalada en la casa de la colina.

Guardó su mensaje hasta el final de la visita, y dio su golpe de pie.

—Tengo algo que debo decirte, Elizabeth. Pero no sé cómo lo tomarás.

—Quizá sea algo que no quiera escuchar.

—Te lo diré, si prometes no decir de dónde lo oíste.

Pero Elizabeth hizo un pequeño gesto de impaciencia.

—No me gustan los secretos, Clare. Para empezar, no puedo guardarlos. Será mejor que no me lo digas.

Clare estuvo a punto de quedarse sin su venganza, pero no del todo.

—Está bien —dijo, preparándose para marcharse—. No lo haré. Pero quizá quieras averiguar con tu amiga la señora Sayre a quién fue que vio en Chicago esta semana.

De esta manera, poco a poco y cada detalle trivial, se fue construyendo el caso contra Dick para Elizabeth. La señora Sayre, indefensa ante sus preguntas tranquilas, tuvo que reconocer una cosa condenatoria tras otra. Que lo había conocido; que no había preguntado por Elizabeth, sino solo por David; que se veía cansado y delgado, pero bien. Ella se quedó en la ventana mirando cómo Elizabeth bajaba la colina, con la sensación de que acababa de ver morir algo frente a ella.

CAPITULO 38

La noche en que Bassett y Harrison Miller debían regresar de Chicago, Lucy estaba sentada abajo, en su sala, esperando noticias.

A las diez, como era su costumbre, subió para asegurarse de que David estuviera cómodo para la noche y leerle esa oración por los ausentes con la que siempre cerraba su día de espera. Pero antes de subir se detuvo frente al viejo espejo del vestíbulo, para ver si llevaba alguna señal visible de tensión.

La puerta del despacho de Dick estaba abierta, y sobre su antes ordenado escritorio había un desorden de papeles y cartas. Suspiró y subió las escaleras.

David yacía recostado en su cama de nogal. Un David increíblemente consumido y envejecido; las manos sobre la colcha de cabaña que su madre había hecho eran manos viejas y cansadas. A veces Lucy, con un sobresalto de miedo, temía que la espera de David ya no fuera solo por Dick. Que estuviera esperando la paz.

Había algo nuevo en David últimamente. Ella pensaba que era miedo. Siempre había estado tan seguro de sí mismo; había hecho su experimento en el alma de un hombre, y cualquiera que fuera el resultado estaba listo para enfrentarse a su Creador con ello. Pero había perdido el valor. Había jugado con cosas que no le correspondían, y no él, sino Dick, estaba pagando por esa terrible audacia.

Una vez, al abrir su libro de oraciones para leer la oración vespertina como era su costumbre, se había abierto en un versículo marcado con una línea irregular:

"Me levantaré e iré a mi Padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo."

Eso la había asustado...

Los ojos de David la seguían por la habitación.

—Tengo la idea de que me ocultas algo, Lucy.

—¿Yo? ¿Por qué habría de hacerlo?

—Entonces, ¿dónde está Harrison? —preguntó, con tono quejumbroso.

Ella le dijo una de las pocas mentiras piadosas de su vida:

—No ha estado bien. Vendrá mañana.

Se sentó y tomó el libro de oraciones, solo para verlo incorporarse en la cama y escuchar.

—Alguien cerró la puerta del vestíbulo, Lucy. Si es Reynolds, quiero verlo.

Ella se levantó y fue hasta la cabecera de las escaleras. La luz era tenue en el vestíbulo de abajo, y vio a un hombre de pie allí. Pero aún llevaba sus gafas de lectura, y al principio apenas distinguió más que una figura.

—¿Es usted, doctor Reynolds? —preguntó, con su aguda voz anciana.

Entonces llevó la mano a su garganta y se quedó rígida, mirando hacia abajo. Porque el hombre se había quitado la gorra y estaba con los brazos abiertos, mirándola hacia arriba.

Aferrándose al pasamanos, con las rodillas temblando bajo ella, Lucy bajó, y no fue hasta que los brazos de Dick la rodearon que estuvo segura de que era Dick, y no su fantasma desaliñado y cansado. Se aferró a él, con lágrimas corriendo por su rostro, aún en ese silencio cauteloso que los gobernaba a ambos; lo apartó y lo miró, y luego se estrechó contra él otra vez, como si la sensación de irrealidad fuera demasiado fuerte, y solo el contacto de su ropa áspera lo hiciera real para ella.

No fue hasta que estuvieron en su sala, con la puerta cerrada, que alguno se atrevió a hablar. O quizá, pudo hablar. Incluso entonces ella no lo soltaba.

—¡Dick! —dijo—. ¡Dick!

Y eso, una y otra vez.

—¿Cómo está él? —pudo preguntar finalmente.

—Ha estado muy enfermo. Empecé a pensar... Dick, tengo miedo de decírselo. Temo que muera de alegría.

Él se estremeció ante eso. No podía haber mucha alegría en la despedida que se avecinaba. Se estremeció, y casi tambaleó. Había caminado todo el trayecto desde la ciudad, y no había comido ese día.

—Tendremos que decírselo muy suavemente —dijo—. Y no debe verme así. Si puedes encontrar algo de mi ropa y la navaja de Reynolds, yo... —De pronto se aferró al respaldo de una silla—. No he tenido tiempo de comer mucho hoy —dijo, sonriéndole—. Creo que necesito comida, tía Lucy.

Por primera vez entonces ella vio su ropa, su aspecto desaliñado y su palidez, y quizá adivinó la verdad. Se levantó, con el rostro tembloroso, y lo empujó hacia una silla.

—Siéntate aquí —dijo—, y deja la puerta cerrada. La enfermera salió a caminar, y volverá pronto. Te traeré leche y galletas ahora, y encenderé el fuego. Tengo unas chuletas en la casa.

Cuando volvió casi de inmediato, con la bandeja familiar y la comida familiar, él estaba sentado donde lo había dejado. Había pasado todo el tiempo, de haberlo sabido ella, grabando en su mente los detalles familiares de la habitación, para llevárselos consigo.

Ella se quedó a su lado, una mano en su hombro, para asegurarse de que bebiera la leche despacio.

—Ya encendí el fuego —dijo—. Y ahora subiré a buscar tu ropa. La había guardado. —Su voz se quebró un poco—. Verás, nosotros... Puedes cambiarte en tu laboratorio, ¿verdad, Richard? Si subes, él te oirá.

Él levantó la mano y atrapó la suya. Ese toque, también, el más cercano a una mano materna que había conocido, pensaba llevárselo consigo. No podía hablar.

Ella se apresuró, primero a su brillante cocina, y luego con sigilosa alegría al almacén. Su corazón cantaba dentro de ella. Ni pensaba ni razonaba. Dick había vuelto, y todo estaría bien. Si tenía alguna ansiedad subconsciente, también se calmaba, subconscientemente, por la confianza en los hombres que luchaban su

batalla por él: Walter Wheeler, Bassett y Harrison Miller. Que Dick mismo pudiera presentar alguna dificultad estaba más allá de sus peores temores.

Había estado fuera de la habitación solo veinte minutos cuando volvió con David y se preparó para darle su gran noticia. Al principio pensó que estaba dormido. Estaba recostado con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el libro de oraciones. Pero la miró, y se despertó de inmediato a plena atención por su rostro.

—Has tenido noticias —dijo.

—Sí, David. Hay una pequeña noticia. No cuentes demasiado con ella. No te levantes. David, he oído algo que me hace pensar que está vivo. Vivo y bien.

Hizo un esfuerzo desesperado y se controló.

—¿Dónde está?

Ella se sentó a su lado y tomó su mano entre las suyas.

—David —dijo lentamente—, Dios ha sido muy bueno con nosotros. Quiero decirte algo, y quiero que te prepares. Hemos sabido de Dick. Está bien. Nos quiere, como siempre lo hizo. Y... está abajo, David.

Él permaneció muy quieto y sin hablar. Ella se asustó al principio, temiendo continuar con sus noticias. Pero de pronto David se incorporó en la cama y, con voz firme y plena, comenzó el *Te Deum Laudamus*:

"Te alabamos, oh Dios: reconocemos que eres el Señor. Toda la tierra te adora, Padre eterno."

Lo repitió completo. Al final, sin embargo, su voz se quebró.

—Oh Señor, en ti he confiado... Lo dudé, Lucy —dijo.

Dick, esperando al pie de las escaleras, escuchó ese triunfante himno de acción de gracias y alabanza y cerró los ojos.

Unos minutos después Lucy bajó de nuevo las escaleras.

—¿Lo escuchaste? —preguntó—. Oh, Dick, me había asustado. No era solo una cuestión de él y de ti. Lo estaba convirtiendo en algo entre él y Dios.

Lo dejó subir solo y esperó abajo, aguzando el oído, pero no oyó nada más allá del primer grito ronco de David, y después de un rato entró en su sala y cerró la puerta...

Sea lo que fuera lo que había debajo, no hubo drama superficial en el encuentro. La determinación de ignorar cualquier tragedia en la situación era fuerte en ambos, y si los ojos de David estaban nublados y sus manos temblaban, si las

primeras palabras de Dick eran algo ahogadas, ocultaron cuidadosamente su emoción.

—Bueno, aquí estoy, como una mala moneda que siempre vuelve —dijo Dick con voz ronca desde la puerta.

—Y te has tardado bastante en hacerlo —gruñó David—. ¡Muchacho bribón!

Le tendió la mano, y Dick la apretó con ambas. Se sorprendió del cambio en David. Por un momento solo pudo quedarse allí, sosteniendo su mano y tratando de ocultar la preocupación en su rostro.

—Siéntate —dijo David torpemente, y sonó su nariz con un estruendo—. He estado enfermo un tiempo, pero ahora estoy bien. Aún los engañaré a todos —se jactó, feliz y satisfecho—. Los negocios se han ido al demonio, Dick. Reynolds es un tonto.

—Claro que los engañarás.

Aún había un nudo en la garganta de Dick. Le dolía mirar a David, tan delgado y débil, tan hundido respecto a su antigua corpulencia. Y David vio sus ojos, y lo entendió.

—He perdido un poco de carne, ¿eh, Dick? —preguntó—. La vieja panza se ha ido, ya ves. La enfermera arregla la cama cuando estoy en ella, tan plana como cuando no estoy.

De pronto su compostura se quebró. Era un viejo débil y temeroso, sacudido por un sollozo sin lágrimas de fragilidad y edad. Dick le puso un brazo sobre los hombros, y se quedaron sin hablar hasta que David se calmó otra vez.

—Soy una vieja llorona, Dick —dijo al fin—. Eso es lo que pasa por no sentir nunca un pantalón en las piernas y ser mimado como un bebé. —Se enderezó y miró alrededor con ferocidad—. ¡Me rocían agua de violetas en las almohadas, Dick! ¿Puedes creerlo?

Advertida por Lucy, la enfermera se fue a su habitación y no los interrumpió. Pero se sentó un rato en su mecedora, antes de ponerse el camisón y la bata con la que dormía en el sofá de la habitación de David. Conocía la historia, y su buen corazón sufría. ¿De qué serviría, después de todo, este regreso a casa? Dick no podía quedarse. Era incluso peligroso. Reynolds le había confiado que sospechaba que la policía vigilaba la casa, y que el correo estaba siendo abierto. ¿De qué servía?

Al otro lado del pasillo podía oír a Lucy moverse con energía en la habitación de Dick, cambiando la ropa de cama, abriendo las ventanas, abriendo y cerrando cajones. Al cabo de un rato Lucy tocó su puerta y ella la abrió.

—Puse una pastilla de jabón perfumado entre tus pañuelos —dijo, algo sin aliento —. ¿Me la prestas para la habitación del doctor Dick?

Ella le dio el jabón.

—¿Entonces se va a quedar?

—Por supuesto que se va a quedar —dijo Lucy, sorprendida—. Esta es su casa. ¿Dónde más debería ir?

Pero David lo sabía. Yacía escuchando con vivo interés la historia de Dick, haciendo alguna pregunta de vez en cuando, asintiendo ante el intento vacilante de Dick de reconstruir el período de su confusión, pero todo el tiempo una parte de él, una voz interior aguda e implacable, decía: "Míralo bien. Abrázalo fuerte. Escucha su voz. Porque esta hora es tuya, y quizá solo esta hora."

—¿Entonces la señora Sayre no sabe de tu llegada? —preguntó, cuando Dick terminó.

—No

—Aun así, no debe hablar de haberte visto. Enviaré a Reynolds mañana.

Estaba ansioso por saber lo ocurrido en el largo intervalo entre ellos, y Dick se lo contó, lo bueno, lo malo y lo indiferente. Pero se limitó a los hechos, y no tocó sus batallas mentales, y David lo vio y lo notó. La verdadera historia, lo sabía, estaba allí, pero no era el momento. Al cabo de un rato se incorporó en la cama.

—Llama a Lucy, Dick.

Cuando ella llegó, una Lucy extrañamente rejuvenecida, con las mejillas marchitas sonrojadas por el ejercicio y la emoción, él dijo:

—Tráeme la copia de la declaración que hice a Harrison Miller, Lucy.

Ella la trajo, dio una palmada en el hombro de Dick y se fue. David extendió el papel.

—Léelo despacio, hijo —dijo—. Es mi justificación, y si Dios quiere, puede ayudarte. La carta es de mi hermano Henry. Léela también.

Lucy, habiendo preparado la habitación de Dick, se sentó allí a esperar su llegada. Abajo, en el horno, estaba su cena. Su cama, con las mejores mantas, estaba lista. Su bata y sus pantuflas estaban en su lugar acostumbrado. Respiró hondo.

Abajo, el doctor Reynolds entró en silencio y se quedó escuchando. La casa estaba muy tranquila, y decidió que sus noticias, que en realidad no eran noticias, podían esperar. Entró en el despacho y sacó una hoja de papel con su nombre en la parte superior, y comenzó su carta nocturna a Clare Rossiter.

“Mi querida”, comenzaba.

Arriba, David yacía en su cama y Dick leía los papeles en su mano. Y mientras los leía, David lo observaba. Ni una sola vez, desde la entrada de Dick, había mencionado a Elizabeth. David permanecía quieto y lo pensaba. Había algo extraño en ello. Este era Dick, su propio Dick; no un fantasma sombrío del pasado, sino Dick mismo. Sí, un Dick más viejo, extrañamente demacrado y con canas en su cabello castaño, pero aún Dick; el Dick cuyos ojos se iluminaban al ver a una muchacha, que había insistido descaradamente en sostener su mano en aquella última cena, que la había amado casi con idolatría.

Y no había mencionado su nombre.

Cuando terminó la lectura, Dick se quedó un momento con los papeles en la mano, pensando.

—Ya veo —dijo finalmente—. Claro, es posible. Dios mío, si tan solo pudiera creerlo.

—Es la respuesta —dijo David con terquedad—. Él rondaba, y disparó por la ventana. Donaldson declaró en la investigación que alguien había sido visto en el lugar, y que te lo notificó esa noche después de la cena. Había puesto guardias alrededor.

—Me da una oportunidad de luchar, al menos —dijo Dick, enderezando los hombros—. Eso es todo lo que quiero. Una oportunidad de luchar. Sé esto: odiaba a Lucas —era un pobre hombre y sabes lo que me hizo. Pero nunca pensé en matarlo. Eso no habría ayudado. Era demasiado tarde.

—¿Y qué hay de... eso? —preguntó David, sin mirarlo. Cuando Dick no respondió de inmediato, David lo miró y vio su rostro rígido y dolido.

—Quizá sea mejor no entrar en eso ahora —dijo David apresuradamente—. Es natural que los reajustes tomen tiempo.

—Tendremos que entrar en ello. Es lo más difícil que tengo que enfrentar.

—¿Entonces no está muerto?

—No —dijo Dick lentamente—. No está muerto, David. Y será mejor sacarlo a la luz. He luchado contra ello al máximo por mi cuenta. Es lo único que parece haber sobrevivido al naufragio. No puedo discutirlo ni razonarlo.

—Quizá, si ves a Elizabeth...

—Solo le rompería el corazón, eso es todo.

l trató de hacer que David entendiera. Le contó con todos sus detalles sórdidos su fracaso en intentar acabar con ello, sus intentos de hundir la memoria y la conciencia en Chicago y su fracaso, la continua lejanía de Elizabeth y lo que para él

parecía la realidad de carne y hueso de la otra mujer. Que ella era el presente, y Elizabeth el pasado lejano.

—No puedo razonarlo —concluyó—. He intentado hacerlo, desesperadamente. Es... creo que es algo perverso, en cierto modo. Y Dios sabe que lo único que ella obtuvo de todo esto fue sufrimiento. Debe odiar la idea de mí.

David se vio obligado a dejarlo allí. Descubrió que Dick estaba obstinadamente decidido a ver a Beverly Carlysle. Después de eso, no sabía. Ningún hombre quería entregarse para ser juzgado, a menos que estuviera seguro de si era inocente o culpable. Si había una duda razonable... pero ¿qué importaba, de cualquier manera? Su lugar estaba perdido, como él mismo lo había hecho, perdido si lo absolvía, perdido si lo condenaban.

—No puedo volver, David. No me aceptarían.

Tras un silencio preguntó:

—¿Qué tanto se sabe aquí? ¿Qué sabe Elizabeth?

—El pueblo no sabe nada. Ella sabe una parte. Le importa mucho, Dick. Es una tragedia para ella.

—¿Le dirás que he estado aquí?

—No, a menos que tengas intención de verla.

Pero Dick negó con la cabeza.

—Incluso si todo lo demás fuera igual, no tengo derecho a verla, hasta que tenga una hoja limpia.

—Eso es pura evasión —dijo David, casi con irritación.

—Sí —reconoció Dick gravemente—. Es pura evasión.

—¿Y la policía? —preguntó tras un silencio—. Estaba registrado en Norada. Supongo que me rastrearon.

—Sí. La casa estuvo vigilada un tiempo; entiendo que ya lo han dejado.

En respuesta a preguntas sobre su propia condición, David estaba casi quejumbroso. Estaba bien. Se recuperaría si lo dejaran, y si dejaban de mimarlo. Se levantaría ahora, a pesar de ellos. Estaba listo para una pelea más antes de morir, y pensaba darla, en un tribunal si era necesario.

—No pueden probarlo, Dick —dijo triunfante—. Lo he repasado todos los días durante meses. No hay caso. Nunca lo hubo, en realidad. Son un montón de tontos cabezas de alfiler, y los vamos a desenmascarar, hijo. Los vamos a desenmascarar.

Pero a pesar de su entusiasmo, el cansancio lo estaba venciendo. Lucy tocó la puerta y entró.

—Será mejor que cenes antes de que se eche a perder —dijo—. Y David necesita descansar. El doctor Reynolds está en el despacho. Aún no le he dicho nada.

Los dos hombres intercambiaron miradas.

—Habrá tiempo para eso después —dijo David—. No puedo mantenerlo fuera de mi despacho, pero sí de mis asuntos familiares por una hora más o menos.

Así ocurrió que Dick siguió a Lucy por las escaleras traseras y comió su cena a escondidas en la cocina.

—No me gusta que comas aquí —protestó ella.

—He comido en peores lugares —dijo él, sonriéndole—. Y a veces no he comido nada.

Se arrepintió de inmediato, pues las lágrimas acudieron a los ojos de ella.

Le dio la noticia lo más suavemente que pudo de que no podía quedarse, pero fue un gran golpe para ella. Su barbilla temblorosa se estremecía con tristeza, y le tomó toda la alegría que pudo reunir y todas las promesas de regreso que pudo hacer para suavizar el impacto.

—Ni siquiera has visto a Elizabeth —dijo al fin.

—Eso tendrá que esperar hasta que las cosas estén aclaradas, tía Lucy.

—¿No le escribirás algo entonces, Richard? Estos días parece un fantasma.

Sus ojos estaban fijos en él, desconcertados y melancólicos. Él los sostuvo con gravedad.

—No tengo derecho a verla, ni a escribirle.

Y la firmeza en su tono cerró la discusión, eso y algo muy cercano a la desesperación en su rostro.

A pesar de su hambre anterior, comió muy poco, y poco después subió de puntillas de nuevo a la habitación de David. Cuando bajó más tarde a la cocina la encontró aún allí, en la mesa donde la había dejado, con los brazos cruzados sobre ella y el rostro enterrado en ellos. En una silla estaba la maleta que había empacado apresuradamente para él, y un fajo de billetes sobre la mesa.

—Debes llevártelo —insistió ella—. Me parte el corazón pensar... Dick, tengo la sensación de que te estoy viendo por última vez. —Y por miedo a haberlo herido forzó una sonrisa decidida—. No me hagas caso. David te dirá que he dicho, una y otra vez, que nunca volvería a verte. ¡Y aquí estás!

Él se iba. Había dicho adiós a David y se marchaba de inmediato. Ella lo aceptó con un estoicismo nacido de muchos años de despedidas, lo besó tiernamente, dejó su mano un momento sobre la áspera manga de su abrigo, y luego lo dejó salir por la puerta de la cocina al patio. Pero mucho después de que se hubiera ido, ella seguía de pie en el umbral, mirando hacia afuera...

En el despacho, el doctor Reynolds estaba terminando una larga y cuidadosamente escrita carta.

"No soy bueno para ponerme en papel, como sabes, querida. Pero esto sí lo sé. No creo que el verdadero amor muera. Podemos enterrarlo, tan profundo que parezca completamente muerto, pero algún día brota un retoño, y o vive, o el trabajo de matarlo tiene que empezar de nuevo. Así que cuando discutimos, siempre sé..."

CAPITULO 39

La velada había sacudido profundamente a Dick. La apariencia de David, la pena y presentimiento de Lucy, y sobre todo la conversación sobre Elizabeth, lo habían deprimido y desestabilizado. Incluso la posibilidad de su propia inocencia quedaba subordinada a un anhelo abrumador por la vieja casa y la vieja vida.

A través de una ventana lateral, mientras se dirigía a la calle, pudo ver a Reynolds en su escritorio del despacho, y lo invadió una feroz celosa irritación por su presencia allí. La ventana del laboratorio estaba oscura, y se detuvo afuera mirándola. En ese momento habría dado su esperanza de inmortalidad por estar dentro otra vez, trabajando sobre sus tubos y cultivos, sus láminas y microscopio. Incluso el recuerdo de ciertos aparatos costosos que había adquirido con sacrificio volvió a él, y le hizo hervir la sangre en una ola de ira y amargura irracional.

Tuvo un deseo salvaje de entrar por la puerta principal, enfrentar a Reynolds en su cómoda complacencia y echarlo; de reclamar su lugar en el mundo y tomarlo. Apenas pudo apartarse de allí.

Bajo un farol miró su reloj. Eran las once, y tenía media hora antes de la salida del tren. Siguiendo un impulso que no analizó, se dirigió hacia la casa de los Wheeler. Así mismo, meses atrás, había tomado esa dirección, pero con la diferencia de que entonces iba con una especie de expectación apresurada, y ahora se demoraba en el camino. Sin embargo, sabía que algo lo atraía. No con el anhelo que había sentido hacia la vieja casa de ladrillo, sino con la punzante nostalgia de una felicidad pasada. No amaba, pero recordaba.

Y, para ser un hombre que no amaba, se enojó extrañamente al ver dos figuras jóvenes en el umbral. Sus voces claras le llegaban a través de la tranquila calle, vibrantes y llenas de juventud. Eran el muchacho Sayre y Elizabeth.

Se detuvo a medias y miró hacia ellos. Estaban completamente absortos, sin darse cuenta de él. Así como había mirado con celosa antipatía la figura inconsciente de Reynolds, así miraba ahora a Wallace Sayre. Aquí, en todas partes, su lugar estaba ocupado. Se enojaba con una ira inexplicable, contra Elizabeth, contra el muchacho, y contra sí mismo.

Solo tenía que cruzar la calle y ocupar su lugar allí. Podía ahuyentar a ese jovencito imberbe con una palabra. La furiosa y posesiva celosa del animal macho, que nada tenía que ver con el amor, lo hizo detenerse y erguirse mientras miraba al otro lado.

Luego sonrió con ironía y siguió adelante. Podía hacerlo, pero no quería. Nunca lo haría. Que ellos vivieran sus vidas, y él la suya. Pero sabía que allí, al otro lado de la calle, tan cerca que podría haber levantado la voz y llamarla, estaba dejando lo mejor que había llegado a su vida; la única cosa buena y noble, aparte de David y Lucy. Y contra esa pérdida no tenía más que una fascinación que ya había arruinado tres vidas, y aún no había terminado.

Se detuvo y, volviéndose, miró atrás. Vio a la muchacha inclinarse y poner una mano en el hombro de Wallie Sayre, y el rostro del muchacho levantado hacia el de ella. Se sacudió y siguió adelante. Después de todo, eso era lo mejor. Ya no sentía ira. Ella merecía algo mejor que ser usada para que un hombre resolviera su salvación. Merecía juventud, alegría y el olvido que trae el tiempo. Ya estaba olvidando.

Sonrió otra vez mientras avanzaba por la calle, pero sus manos temblaban al abotonarse el abrigo.

Poco después se encontró con el rector, el señor Oglethorpe. Pasó rápidamente junto a él, pero fue consciente de que el clérigo se había detenido y lo miraba. Media hora más tarde, sentado en el vagón vacío de fumadores del tren, se preguntaba si no había perdido algo allí. Quizá la iglesia podría haberlo ayudado, la simple fe de un buen hombre en lo correcto y lo incorrecto. Vagaba en una tierra gris de nadie, sin fe ni brújula.

David le había dado la dirección del edificio de departamentos de Bassett, y lo encontró rápidamente. Para entonces estaba en un estado de nerviosa irritabilidad, pues la sensación de ser un fugitivo se intensificaba en las calles familiares por el peligro de ser reconocido. En vano se decía a sí mismo que solo la policía estaba interesada en sus movimientos, y no los transeúntes. Se descubría apartándose de ellos como un caballo nervioso.

Pero si esperaba alguna sorpresa de Bassett, se decepcionó. Lo recibió como si lo hubiera visto ayer, y explicó su falta de asombro en sus primeras palabras.

—El doctor Livingstone me llamó por teléfono. Siéntate, hombre, y déjame verte. Me has dado más problemas que cualquier otro ser humano en la tierra.

—Lo siento —dijo Dick torpemente—. Parece que tengo la facultad de involucrar a otros en mis dificultades.

—¿Quieres un trago?

—No, gracias. Fumaré, si tienes tabaco. He tenido miedo de arriesgarme en una tienda.

Bassett habló animadamente mientras encontraba cigarrillos y fósforos.

—El viejo tenía un tono diferente en su voz esta noche. Livingstone estaba decayendo bastante rápido; estaba abandonando la lucha. Pero me imagino que le has dado un nuevo asidero en la tierra.

Cuando se sentaron, sin embargo, surgió cierta incomodidad. Para Dick, Bassett había sido más o menos un recuerdo sombrío, nublado por los detalles y miserias de la fuga. Y Bassett encontró a Dick muy cambiado. Era más viejo de lo que lo recordaba. La especie de jovialidad que había venido con la resurrección de su identidad temprana se había ido, y el hombre que estaba frente a él era grave, cansado y mucho mayor. Pero su mirada era clara y directa.

—Bueno, ha pasado mucha agua bajo el puente desde que nos vimos —dijo Bassett—. Casi me rompo una pierna bajando esa maldita montaña otra vez. Y no me importa decirte que estuve a punto de terminar en la cárcel de Norada. Sabían que te había ayudado a escapar. Pero no pudieron probarlo.

—Me fui porque no veía necesidad de arrastrarte conmigo. Estaba bastante mal en ese momento, pero podía razonar eso, al menos. No fue del todo desinteresado, tampoco. Tenía más oportunidad sin ti. O eso pensaba.

Bassett lo observaba atentamente.

—¿Todo ha vuelto? —preguntó.

—Prácticamente todo. No mucho entre lo que pasó en el rancho y cuando David Livingstone me recogió en la cabaña.

—¿Alguna vez pensaste en cómo me enteré de tu secreto?

—Supongo que leíste la confesión de Maggie Donaldson.

—Fui a verte antes de que eso saliera.

—Entonces no lo sé, me temo.

—Supongo que apostarías tu vida a que Beverly Carlysle no sabe nada de lo que pasó esa noche en el rancho.

El rostro de Dick se contrajo, pero sostuvo la mirada de Bassett con firmeza.

—Ella no tiene conocimiento criminal, si eso es lo que quieres decir.

—No estoy tan seguro de eso.

—Creo que deberías explicar eso.

Ante la fría ira en la voz de Dick, Bassett lo miró fijamente. Así que así estaba la situación. ¡Pobre diablo! Y desde la cómoda complacencia de su paz de soltero, Bassett agradeció a sus estrellas no tener mujeres en su vida.

—Me temo que me malinterpretas, Livingstone —dijo con facilidad—. No creo que ella haya disparado a Lucas. Pero no creo que haya contado todo lo que sabe. Tengo aquí la investigación del forense, y la revisaremos después. Te diré cómo llegué a tu pista. ¿Recuerdas haber llevado a Elizabeth Wheeler a ver *The Valley*?

—Lo había olvidado. Ahora lo recuerdo.

—Bueno, Gregory, el hermano, te vio y te reconoció. Yo estaba con él. Luego intentó negarte, pero yo ya lo sabía. Claro que se lo contó a ella, y creo que ella lo envió a advertir a David Livingstone. Sabían que yo estaba tras una gran historia. Luego creo que Gregory se quedó aquí para vigilarme cuando la compañía hizo su siguiente viaje. Sabía que yo había empezado, pues le envió a David Livingstone la carta que recibiste. Por cierto, esa carta casi me mete en la cárcel en Norada.

—No me estoy escondiendo detrás de sus faldas —dijo Dick bruscamente—. Y no hay nada incriminatorio en lo que dices. Ella me vio como un fugitivo, y me envió una advertencia. Eso es todo.

—Tranquilo, tranquilo, amigo. No estoy cargándole nada a ella. Pero quiero, si no te importa, llevar esto hasta el final. Tengo todas las razones para creer que, algún tiempo antes de que llegaras a Norada, la mujer Thorwald estaba siguiéndome. Sé que me siguieron hasta la cabaña la noche que me quedé allí, y que ella consiguió un caballo de montar de su hijo esa noche, su hijo con Thorwald, ya sea para ella o para alguien más.

—Está bien. Lo acepto, provisionalmente.

—Eso significa que ella sabía que yo iba a Norada. Piensa un momento; yo había mantenido mis movimientos en silencio, pero Beverly Carlysle lo sabía, y su hermano también. Cuando advirtieron a David, la advirtieron a ella.

—No lo creo.

—Si hubieras matado a Lucas —afirmó Bassett con firmeza—, la mujer Thorwald habría dejado que el sheriff te atrapara, y que te condenaran. No tenía razón para quererte. Habías mantenido a su hijo fuera de lo que ella sentía que era su derecho de nacimiento.

Se levantó y abrió un cajón de la mesa.

—Tengo aquí una copia de la investigación del forense. Vale la pena revisarla. Y puede ayudarte a recordar, también. No necesitamos leerla toda. Hay mucho que no es pertinente.

Sacó un sobre largo y de él varias páginas mecanografiadas, respaldadas con cartón grueso.

—"Investigación en la oficina del forense sobre el cuerpo de Howard Lucas" —leyó —. "10 de octubre de 1911." Eso fue dos días después. "Examen de testigos por el forense Samuel J. Burkhardt. La señora Lucas llamada y juramentada." —Miró a Dick y dudó—. No sé si hacerlo esta noche, Livingstone. Te ves bastante destrozado.

—No dormí anoche. Estoy bien. Continúa.

Durante la lectura que siguió, Dick se recostó en su silla profunda, con los ojos cerrados. Excepto que una o dos veces apretó los puños, no hizo ningún movimiento.

Q. "¿Cuál es su nombre?" **A.** "Anne Elizabeth Lucas. Mi nombre artístico es Beverly Carlysle."

Q. "¿Dónde vive, señora Lucas?" **A.** "En la calle East 56, número 26, Nueva York."

Q. "Tendré que hacerle algunas preguntas que necesariamente son dolorosas en este momento. Seré lo más breve posible. Quizá sea más fácil para usted contar lo que sabe de lo ocurrido la noche antepasada en el rancho Clark." **A.** "No puedo contar mucho. Estoy confundida también. Me dieron un somnífero anoche. Solo puedo decir que escuché un disparo, y pensé al principio que había sido desde afuera. Corrí escaleras abajo y volví a la sala de billar. Al entrar, el señor Donaldson entró por una ventana. Mi esposo estaba tendido en el suelo. Eso es todo."

Q. "¿Dónde estaba Judson Clark?" **A.** "Estaba apoyado en la mesa de ruleta, mirando a... a mi esposo."

Q. "¿Lo vio salir de la habitación?" **A.** "№ Yo estaba de rodillas junto al señor Lucas. Creo que cuando me levanté ya se había ido. No lo noté."

Q. "¿Vio un revólver?" **A.** "№ No lo busqué."

Q. "Ahora le haré una pregunta más, y eso será todo. ¿Hubo alguna pelea entre el señor Lucas y el señor Clark esa noche en su presencia?" **A.** "№ Pero yo había peleado con ambos. Estaban bebiendo demasiado. Me había ido a mi habitación a empacar para volver a casa. Estaba empacando cuando escuché el disparo."

La testigo fue excusada y se llamó al señor John Donaldson.

Q. "¿Cuál es su nombre?" **A.** "John Donaldson."

Q. "¿Dónde vive?" **A.** "En el rancho Clark."

Q. "¿Cuál es su ocupación?" **A.** "Usted sabe todo sobre mí. Soy capataz del rancho."

Q. "Quiero que cuente lo que sabe, Jack, sobre anoche. Empiece por dónde estaba cuando escuchó el disparo." **A.** "Estaba en el porche lateral. La sala de billar da a él. El jefe del corral me había dicho más temprano que había visto a un hombre merodeando por la casa. Ya había habido reportes así una o dos veces antes, y puse guardia. Puse a Ben Haggerty en el ala de la cocina con un arma, y yo me quedé en el porche. Antes de eso le conté a Judson, pero no creo que lo entendiera. Había estado encendido como un fuego toda la noche. Le pedí su arma, pero dijo que no sabía dónde estaba, y fui a mi casa por la mía. Como a las ocho pensé que vi a alguien en los arbustos, y salí lo más silenciosamente que pude. Pero era una mujer, Hattie Thorwald, que trabajaba en el rancho.

"Cuando me fui, los hombres estaban jugando a la ruleta. Miré al volver, y Judson tenía un arma en la mano. Dijo: 'La encontré, Jack'. Vi que estaba muy borracho, y le dije que la guardara, que yo tenía la mía. Se me ocurrió que debía advertir a Haggerty que tuviera cuidado, y empecé a caminar por la galería para decirle que no disparara salvo para asustar. Apenas había dado unos pasos cuando escuché un disparo y corrí de vuelta. El señor Lucas estaba muerto en el suelo, y Judson estaba como dijo la señora. Debió haberse ido mientras yo me inclinaba sobre el cuerpo."

Q. "¿Vio el revólver en su mano?" **A.** "№"

Q. "¿Cuánto tiempo pasó entre su advertencia al señor Clark y el disparo?" **A.** "Supongo que había avanzado unas doce yardas."

Q. "¿Estuvo presente cuando se encontró el revólver?" **A.** "No, señor."

Q. "¿Volvió a ver a Judson Clark?" **A.** "No, señor. Por lo que entiendo, fue directo al corral y tomó su caballo."

Q. "¿Entró en la sala cuando la señora Lucas entraba por la puerta?" **A.** "Bueno, ella está equivocada en eso. Ella llegó un poco antes que yo. Había alcanzado el cuerpo antes de que yo entrara. Estaba inclinada sobre él."

Bassett levantó la vista de su lectura.

—Quiero que entiendas esto, Livingstone —dijo—. ¿Cómo llegó ella a la sala de billar? ¿Dónde estaba en la casa?

—Al final de la sala de estar.

—¿Una sala grande?

—Cuarenta o cuarenta y cinco pies, más o menos.

—¿Puedes dibujarla, aunque sea de manera aproximada?

Le pasó un bloc y un lápiz, y Dick hizo un esquema rápido. Bassett lo observaba con creciente satisfacción.

—Aquí está el punto —dijo, cuando Dick terminó—. Ella estaba allí antes que Donaldson, o al mismo tiempo —añadió, al ver el gesto impaciente de Dick—. Pero él solo tenía que recorrer unas doce yardas. Ella estaba en su habitación, arriba. Para bajar en ese tiempo tenía que salir de su cuarto, bajar una escalera, cruzar un vestíbulo y recorrer toda la sala de estar, cuarenta y cinco pies. Si el caso hubiera llegado a juicio, habría tenido que dar explicaciones.

—Ella o Donaldson —dijo Dick con obstinación.

Bassett siguió leyendo:

Jean Melis, llamado y juramentado.

Q. "¿Su nombre?" **A.** "Jean Melis."

Q. "¿Tiene residencia en Estados Unidos, señor Melis?" **A.** "Solo donde estoy empleado. Ahora vivo en el rancho Clark."

Q. "¿Cuál es su ocupación?" **A.** "Soy el ayuda de cámara del señor Clark."

Q. "¿Fue usted quien encontró el revólver del señor Clark?" **A.** "Sí."

Q. "Cuente cómo y dónde lo encontró." **A.** "Sí."

Q. "Cuente cómo y dónde lo encontró." **A.** "Busqué temprano en la noche. No ocultaré que pensaba esconderlo si lo encontraba. Un hombre borracho no es culpable de lo que hace. No lo encontré. Volví esa noche, cuando la gente se había ido, y lo encontré debajo de la caja tallada de leña, junto a la chimenea. No sabía que el sheriff había puesto un hombre afuera de la ventana."

—Anota eso también —dijo Bassett, dejando el papel—. El francés te apreciaba, y estaba haciendo lo mejor que podía, aunque torpemente. Pero el sheriff esperaba que volvieras y había vigilado el lugar, así que lo atraparon. Pero ese no es el punto.

Una sala de billar es un lugar difícil para esconder cosas. Supongo que la tuya era como la promedio.

Dick asintió.

—Bien. Este pobre sirviente buscó y no lo encontró. Más tarde lo encontró. ¿Por qué buscó? ¿No era lo más probable que tú te lo hubieras llevado? ¿Crees por un momento que, con Donaldson y la mujer en la sala, lo escondiste allí, y luego volviste y te quedaste detrás de la mesa de ruleta, apoyado en ella con ambas manos, mirando? En absoluto. Escucha esto:

Q. "¿Reconoce este revólver como el que encontró?" **A.** "Sí."

Q. "¿Está familiarizado con él?" **A.** "Sí. Es del señor Clark."

Q. "¿Hizo la segunda búsqueda porque no había examinado la caja de leña antes?" **A.** "№ Ya había examinado la caja de leña. Tenía una teoría de que..."

Q. "El jurado no puede escuchar teorías. Esta es una investigación de hechos."

—Voy a encontrar a Melis —dijo pensativo el reportero, mientras doblaba los papeles—. El hecho es que hoy envié un anuncio a los periódicos de Nueva York. Quiero obtener esa teoría suya. Son los sirvientes de la casa los que saben lo que pasa. Tengo la idea de que tropezó con algo. Buscó el revólver, y no estaba allí. Volvió y sí estaba. Toda esa evidencia contradictoria, y contra ella, ¿qué? ¡Que tú habías huido!

Pero vio que Dick estaba muy cansado, e incluso un poco indiferente. Le alegraría saber que sus manos estaban limpias, pero ante la insinuación de que Beverly Carlysle sabía más de lo que había revelado, presentó una oposición obstinada. Al cabo de un tiempo Bassett guardó los papeles y ensayó una conversación más general, y allí encontró a Dick dispuesto a participar. Empezó a captar a Dick como hombre, por primera vez, y como un hombre fuerte. Observó su rostro tranquilo y surcado, y supuso detrás de él profundidades de ternura y gentileza. No era de extrañar que la pequeña Elizabeth Wheeler lo hubiera adorado.

Se decidió que Dick pasaría la noche allí, y los planes que tenía Bassett los dejó para la mañana. Pero mientras desplegaba el diván en el que Dick dormiría, Dick abrió un tema de conversación que le costó al reportero una o dos horas de sueño antes de poder reprimir su irritación.

—Debo haberte causado bastantes gastos, de una forma u otra —dijo—. Quiero cubrir eso, Bassett, tan pronto como encuentre la manera de acceder a mi cuenta bancaria.

Bassett sacudió una almohada y la golpeó.

—Olvídalo. —Luego sonrió—. Puedes arreglar eso cuando recuperes tu herencia, amigo. ¡Compra un periódico y déjame dirigirlo!

Se inclinó sobre el diván y puso la almohada en su lugar. —Todo lo que tendrás que hacer es establecer tu identidad. Las instituciones que lo recibieron tuvieron que dar fianza. Espero que no seas demasiado largo para esta cama.

Pero levantó la vista ante el silencio de Dick, para verlo mirándolo con una leve expresión de diversión mientras fumaba su pipa.

—Van a quedarse con el dinero, Bassett.

Bassett se enderezó y lo miró fijamente.

—No seas un maldito tonto —protestó—. Es tu dinero. No me digas que vas a dárselo a la humanidad sufriente. Ese tipo de tonterías me enferma. Tómalo, regálalo si quieres, pero por el amor de Dios no evadas tu responsabilidad.

Dick se levantó y dio un par de vueltas por la habitación. Luego, como solía hacer, fue a la ventana y se quedó mirando afuera, pero sin ver nada.

—No es eso, Bassett. Me temo de esa maldita cosa. Podría hablar mucho de querer trabajar con mis manos. No lo haría si no tuviera que hacerlo, igual que cualquier otro. Podría engañarme pensando que trabajaría mejor sin preocupaciones de dinero. Pero debo recordar esto: me tomó trabajo hacerme hombre antes, y me tomará trabajo mantenerme en el camino que pienso seguir, si obtengo mi libertad.

En algún momento de la noche Bassett vio que la luz seguía encendida junto al diván, y entró. Dick dormía con un volumen de Whitman abierto sobre su pecho, y Bassett vio lo que había estado leyendo:

“Ustedes, resoluciones rotas, iras desgarradoras, hastíos efímeros; Ah, no crean que triunfarán al final, mi verdadero yo aún debe salir. Marchará dominando, hasta que todos yaciendo estén bajo mí, Se levantará, el soldado de la victoria incuestionable.”

Bassett tomó el libro y se quedó releyendo el párrafo. Por primera vez percibió la lucha que se libraba en ese momento detrás del rostro sereno de Dick, y se preguntó. ¿Victoria incuestionable, eh? Eso era un pedido bastante grande.

CAPITULO 40

Leslie Ward había encontrado el otoño extremadamente tedioso. Su antigua pasión por Nina de vez en cuando se encendía en él, pero sus ocasionales coqueterías ya no lo engañaban. Tenían su origen únicamente en su vanidad. Ella

exigía sus abrazos solo como tributo a su propio encanto, su juventud, su cuerpo fresco y joven.

Y Nina, fuera de su ambiente de alegría, de un piano resonando, de multitudes parlanchinas y risueñas, de bailes, bridge y palcos de teatro, era una reina destronada. No leía ni pensaba. Pasaba el tiempo libre de su período de luto en largas horas frente al espejo arreglándose el cabello, recortando y volviendo a recortar sombreros, o en el cuidado meticuloso de sus manos y su cuerpo.

Él se avergonzaba a veces de su análisis despiadadamente claro de ella. Nina no estaba descontenta, salvo por la sobriedad forzada de sus vidas. Había encontrado en el matrimonio lo que quería: una buena casa, servida con delicadeza; un hombre que respondiera a sus atractivos como mujer y que proveyera sus necesidades como esposa; dignidad y un lugar establecido en el mundo; libertad y privilegio.

Pero estaba inquieta. Se irritaba con las tranquilas veladas en casa y resentía la lectura en la que él se refugiaba de sus nerviosos movimientos.

—Por el amor de Dios, Nina, siéntate y lee o cose, o haz algo. Has estado en esa ventana una docena de veces.

—No te estoy molestando. Sigue leyendo.

Cuando nadie los visitaba, ella subía y pasaba la hora antes de dormir en los rituales de crema fría, masajes y en colocar las pequeñas peinetas de lo que Leslie había aprendido que se llamaba "onda de agua".

Pero su juicio era tan claro como el de él, e incluso más despiadado; la diferencia entre ellos estaba en que mientras él se rebelaba, ella aceptaba la situación. Era más astuta que él; su mente trabajaba más rápido, y tenía la adaptabilidad que a él le faltaba. Si había momentos en que ella lo cansaba, había otros en que él la enfermaba. Frente a ella en la mesa comía lenta y excesivamente. Salpicaba su delicado baño con sus ruidosos baños fríos. Arrojaba su ropa sucia en cualquier parte. Bebía whisky por la noche y se metía en las sábanas perfumadas de lavanda impregnadas de ello, para caer en un sueño pesado y roncar hasta que ella quería gritar. Pero jugaba el juego hasta el límite de su capacidad.

Entonces, viendo que podían naufragar, él hizo un esfuerzo valiente, y como ella lo reconoció como un esfuerzo, trató de corresponder. Jugaron juegos de cartas para dos. Él le leía poesía, que ella detestaba, y ella a él cuentos cortos, que él odiaba. Él sugería caminatas por el campo y ella aceptaba, para volver cojeando tras medio kilómetro en sus zapatos de tacón alto.

Él ocultaba su aburrimiento, pero había noches en que permanecía despierto mucho después de que ella dormía y miraba hacia un futuro de interminables

veladas vacías. Antes solía pasar alguna noche en su club, pero al sugerirlo ahora los ojos de Nina se llenaban de sospecha, y él sabía que aunque ella nunca mencionaba a Beverly Carlysle, no lo olvidaría ni confiaría plenamente en él otra vez. Y en lo más secreto de su alma sabía que ella tenía razón.

Había pensado que había enterrado aquella breve locura, pero a veces sabía que se mentía a sí mismo. Una ficción, sin embargo, mantenía: no había estado enamorado de Beverly. Solo que ella le había dado durante esos pocos días algo que no encontraba en casa: compañía y conversación tranquila e inteligente. Ella había sido reposo. Nina nunca lo era.

Compraba un periódico de Nueva York cada día y lo leía en el tren. *The Valley* había estrenado con éxito en Nueva York y se había asegurado una larga temporada. Las críticas de su trabajo habían sido extraordinarias, y cuando de vez en cuando daba una entrevista, él estudiaba las fotografías que la acompañaban. Pero nunca llevaba el periódico a casa.

Comenzó, sin embargo, a jugar con la idea de ir a Nueva York. No iría a verla a su casa, pero le gustaría verla ante un público metropolitano, aportar su granito a su triunfo. Hubo momentos en que decidió plenamente ir, cuando se sentaba en su escritorio con la mano en el teléfono, preparado para fundamentar la excursión mediante alguna maniobra de negocios. Durante meses, sin embargo, nunca pasó del movimiento preliminar.

Pero en octubre empezó a engañarse con una verdadera excusa para ir, y era el conocimiento de que, por una extraña cadena de circunstancias, aquella mujer que dominaba sus pensamientos secretos estaba conectada con la vida de Elizabeth a través de Judson Clark. El descubrimiento, comunicado por Walter Wheeler, de que Dick era Clark, le había despertado un sentimiento totalmente distinto al de Nina. No veía glamour en la gran riqueza. Por el contrario, veía en Clark al autor de una gran desgracia para una mujer que no la merecía. Y Nina, juzgándolo con mortal precisión, incluso lo sospechaba.

Que estaba celoso de Judson Clark y de su papel en el pasado, lo negaba absolutamente. Pero su resentimiento tomaba la forma de una violenta protesta ante la familia, contra permitir siquiera que Elizabeth tuviera algo que ver con Dick si aparecía.

—Comprará su libertad, si no está muerto —dijo a Nina—, y volverá aquí lloriqueando, con esa historia de la memoria perdida, y ellos serán lo bastante tontos para creerlo.

—Yo lo he creído, y soy al menos tan inteligente como tú.

Ante sus ojos evaluadores, los de él cayeron.

—Supón que yo hiciera algo indebido y apareciera aquí con esa historia, ¿lo creerías?

—№ Cuando quieres hacer algo indebido no pareces necesitar excusas.

Pero, en general, lograban vivir juntos con suficiente comodidad. Cada uno tenía sus reservas, pero especialmente después de la muerte de Jim acordaron tácitamente dejar de discutir y hacer concesiones mutuas. Lo que Nina nunca sospechó fue que él se carteaba con Beverly Carlysle. No es que la correspondencia fuera mucha. Le había enviado flores la noche del estreno en Nueva York, con el nombre de su club en la tarjeta, y ella respondió allí en agradecimiento. Luego, más tarde, dos veces le envió libros, uno una biografía, que era un compromiso con su conciencia, y luego un volumen de poesía amorosa exótica, que no lo era. Al responder a sus notas de agradecimiento surgió una correspondencia ocasional, cartas que el mundo podría haber leído, y que sin embargo para él tenían el sabor y el interés de lo clandestino.

No sabía que eso, y no la fascinación, estaba detrás de su deseo de ver a Beverly otra vez; nunca razonó que estaba demostrándose a sí mismo que su vida amorosa aventurera no había terminado necesariamente; nunca reconoció que el instinto del cazador estaba tan vivo en él como en los días antes de su matrimonio. En parte, entonces, un deseo de aventura, en parte la esperanza de que el romance no hubiera terminado sino que aún lo esperara a la vuelta de la esquina, estaba detrás de su deseo de verla otra vez.

Probablemente Nina lo sabía, como sabía tantas cosas; por ejemplo, por qué había empezado a leer poesía. Ciertamente, cuando él comenzó, a principios de octubre, a lanzar pequeños comentarios tentativos sobre la necesidad de un viaje de negocios pronto a Nueva York, ella entornó los ojos. Estaba decidida a ir con él, si iba, y él igualmente decidido a que no lo hiciera.

Se convirtió, en cierto modo, en una especie de espera vigilante de ambos lados.

Luego llegó un momento en que se presentó una ligera excusa, y Leslie tomó la lanzadera por cuarenta y ocho horas, y tejió su parte en el patrón. Ocurrió la misma noche del regreso de Dick a la vieja casa.

Él estaba un poco demasiado confiado, un tanto demasiado despreocupado con Nina.

—¿Ya repararon el asa de mi maleta? —preguntó, mientras encendía un cigarrillo.

—Sí. ¿Por qué?

—Tengo que ir a Nueva York mañana. Quería que Joe fuera solo, pero cree que me necesita. —Joe era su socio.

—Oh. ¿Así que Joe va?

—Eso dije. —Ella guardó silencio. Que Joe fuera era un movimiento astuto de él. Daba autenticidad a su negocio, y la mantenía en casa.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Solo un día o dos. —No pudo ocultar del todo el alivio en su voz. Había sido fácil, increíblemente fácil. Podría haberlo hecho un mes antes. Y había dicho la verdad; Joe iba.

—Haré la maleta esta noche y la llevaré conmigo en la mañana.

—Si sacas tus cosas yo las empaco —dijo ella. Seguía pensando, pero su tono era indiferente—. No querrás tu ropa de gala, por supuesto.

—Será mejor que lleve un traje de cena.

Ella lo miró entonces, con una media sonrisa de desprecio.

—Sí —dijo lentamente—. Supongo que sí. Irás al teatro.

Él apartó la mirada.

—Posiblemente. Pero estaremos corriendo para terminar. Hay mucho que hacer. Sorprendente cómo se acumulan los negocios cuando uno descubre que va a algún lado. No habrá mucho tiempo para divertirse.

Esa noche, ella se sentó frente al espejo en su pequeño tocador, aparentemente preparándose para dormir, pero en realidad haciendo un balance de su situación. Había hecho todo lo que podía, había sido fiel y leal, había hecho su hogar atractivo, había complacido sus gustos y tratado de agradar a sus amigos, había atendido sus necesidades y respondido a ellas. Y ahora, esto. Estaba desconcertada y asustada. ¿Cómo lograban las mujeres retener a sus maridos?

Lo encontró en la cama, inconfundiblemente dormido, cuando entró en el dormitorio. Como hombre, habiendo conseguido lo que quería, no estaba preocupado por dudas ni introspecciones. Estaba hecho.

Yacía boca arriba, con la boca abierta. Ella sintió una repugnancia súbita y violenta de meterse en la cama junto a él. En algún momento de la noche él se daría vuelta y, arrojando su brazo sobre ella, la sostendría cerca en su sueño; y sería puramente automático, el resultado mecánico del hábito.

Ella se recostó en el borde de la cama y pensó las cosas. Él tenía sus buenas cualidades. Era amable y afectuoso con su familia. Había sido maravilloso cuando Jim murió, y quería mucho a Elizabeth. Era generoso y desprendido. También era apuesto, de una manera grande y pesada.

Ella comenzó a encontrarle excusas. Los hombres siempre eran presas infantiles de algunas mujeres. Eran vanidosos, y especialmente vanidosos en lo sexual; los hombres atractivos eran blanco de todo tipo de avances. Ella transfirió su repugnancia hacia él a la mujer que sospechaba lo había atraído lejos de ella, y pasó horas odiándola.

Despidió a Leslie en la mañana con un adiós rutinario, mientras la fría ira y la sospecha hervían en su interior. Y más tarde se puso el sombrero y fue a casa para plantear la situación a su madre. La señora Wheeler estaba fuera, sin embargo, y solo encontró a Elizabeth cosiendo junto a su ventana.

Nina arrojó su sombrero sobre la cama y se sentó desanimada.

—Supongo que no hay noticias —preguntó.

Nina la observó. Estaba impaciente con Elizabeth, exasperada con el mundo.

—¿Vas a seguir así toda tu vida? —exigió—. ¿Sentada junto a una ventana, esperando? ¿Por un hombre que huyó de ti?

—Eso no es cierto, y lo sabes.

—Todos son iguales —declaró Nina temerariamente—. Van bien por un tiempo, y son todo virtud y hogar y cosas de chimenea, hasta que alguna mujer se cruza en su camino. Yo debería saberlo.

Elizabeth levantó la vista rápidamente.

—¡Nina! —dijo—. No quieres decir...

—Se fue a Nueva York esta mañana. Fingió que iba por negocios, pero en realidad fue a ver a esa actriz. Ha estado loco por ella durante meses.

—No lo creo.

—Oh, despierta —dijo Nina con impaciencia—. El mundo no está hecho de gente buena, amable y virtuosa. Está podrido. Y los hombres son todos iguales. Dick Livingstone y Les y todos los demás, cortados por la misma tijera. Mientras existan mujeres como esa Carlysle, ellos caerán. Y tú y yo podemos quedarnos en casa, mordiéndonos las uñas y planeando cómo retenerlos. Y no podemos hacerlo.

A pesar de sí misma, una pequeña duda se deslizó ese día en la mente de Elizabeth. Siempre había sabido que no le habían contado toda la verdad; que la benévola conspiración para proteger a Dick se extendía incluso a ella. Pero nunca había pensado que pudiera incluir a una mujer. Una vez allí, la misma humildad de su amor por Dick era un elemento a favor de la idea. Nunca había sido lo suficientemente buena, ni sabia ni astuta para él. Era demasiado pequeña e insignificante para ser realmente vital.

Descartar el pensamiento no sirvió de nada. Volvía. Pero como era una persona sana y práctica, tomó el único camino que se le ocurrió, y esa noche le planteó la pregunta a su padre, cuando regresó de ver a David.

David lo había mandado llamar temprano en la tarde. Todo el día había reflexionado sobre la situación entre Dick y Elizabeth, con creciente dolor e inquietud. No lo había comentado con Lucy ni con Harrison Miller; sabía que no lo entenderían, y que Lucy sufriría. Ya estaba bastante desconcertada por la partida de Dick.

Al mediodía había insistido en levantarse y ponerse los pantalones con ayuda. Vestido así se sentía más hombre y más capaz de enfrentar las cosas, aunque su satisfacción estaba algo disminuida por el conocimiento de dos alfileres de seguridad a los lados, para ajustar el exceso de tela en la cintura.

Pero incluso la sensación de estar vestido como hombre otra vez no hacía más fácil decirle a Walter Wheeler lo que debía decir.

Walter recibió la noticia del regreso de Dick con un visible brillo. Era como si, de entre los restos de sus años medios, viera que ahora había algo que rescatar, pero estaba serio e inarticulado al respecto, estrechó la mano de David y solo dijo:

—Gracias a Dios por ello, David. —Y tras una pausa—: ¿Estaba bien? ¿Recordaba todo?

—Sí.

Pero algo extraño en la situación empezó a imponerse en su mente. Dick había regresado hacía veinticuatro horas. Anoche. Y todo este tiempo...

—¿Dónde está ahora?

—No está aquí, Walter.

—¿Se ha ido otra vez, sin ver a Elizabeth?

David aclaró la garganta.

—Sigue siendo un fugitivo. Él mismo no sabe que no es culpable. Creo que siente que no debe verla hasta...

—Vamos, vamos —dijo Walter Wheeler con impaciencia—. No intentes buscarle excusas. Dime la verdad, David. Supongo que puedo soportarla.

El pobre David, dividido entre su amor por Dick y su honradez innata, levantó las manos.

—No lo entiendo, Wheeler —dijo—. Tú y yo no lo entenderíamos, supongo. No somos del tipo que pierde el mundo por una mujer. La simple verdad es que hoy no queda rastro de Judson Clark en él, salvo uno. Esa mujer.

Cuando Wheeler no dijo nada, pero se quedó retorciendo su sombrero en las manos, David continuó. Podría ser solo una fase. Así como su impresión en la juventud de Dick había sido más profunda que otras, su efecto era más duradero. Podría desaparecer gradualmente. Estaba convencido, de hecho, de que lo haría. Había estado leyendo sobre el tema todo el día.

Walter Wheeler apenas lo escuchaba. Estaba enfrentando el hecho increíble, y luchando con su propio problema. Al cabo de un tiempo se levantó, estrechó la mano de David y se fue a casa, el perro a su lado.

Durante la noche siguiente tomó su resolución: no decírselo, nunca dejar que ella sospechara la verdad. Pero empezó a preguntarse si había oído algo, pues la encontró mirándolo más de una vez, y cuando Margaret subió a dormir ella se acercó y se sentó en el brazo de su silla. Entonces dijo algo extraño, algo que hizo imposible mentirle después.

—Vengo a ti, un poco como iría a Dios, si fuera una persona —dijo—. Tengo que saber algo, y tú puedes decírmelo.

Él la rodeó con el brazo y la sostuvo cerca.

—Adelante, cariño.

—Papá, ¿te das cuenta de que ahora soy una mujer?

—Lo intento. Pero parece que hace seis meses te estaba dando agua caliente para el cólico.

Ella se quedó quieta un momento, acariciándole el cabello y cuidando mucho de no estropear su raya prolija.

—Nunca me has contado todo sobre Dick, papá. Siempre has guardado algo. Eso es cierto, ¿verdad?

—Había detalles —dijo incómodo—. No era necesario...

—Esto es lo que quiero saber. Si él ha regresado al tiempo... ya sabes, ¿no volvería a preocuparse por las personas que amaba entonces? —De pronto, su súplica infantil cesó, y se deslizó de la silla para quedar de pie frente a él—. Debo saberlo, papá. Puedo soportarlo. Lo que has estado ocultándome era otra mujer, ¿verdad?

—Fue hace mucho tiempo —dijo él, tratando de ganar tiempo—. Piénsalo, Elizabeth. Un muchacho de unos veintiún años.

—¿Entonces la hubo?

—Creo que sí, en algún momento. Pero sé con certeza que no la había visto ni sabido de ella en diez años.

—¿Qué clase de mujer?

—No pensaría en eso, cariño. Todo fue hace mucho tiempo.

—¿Vivía en Wyoming?

—Era actriz —dijo él, acorralado por su insistencia.

—¿Sabes su nombre?

—Solo su nombre artístico, cariño.

—¡Pero sabes que era actriz!

Él suspiró.

—Está bien, querida —dijo—. Te diré todo lo que sé. Era actriz, y se casó con otro hombre. Eso es todo. Ya no es joven. Debe tener treinta años ahora... si está viva —añadió como un pensamiento tardío.

Pasó un tiempo antes de que ella hablara de nuevo.

—Supongo que era hermosa —dijo lentamente.

—No lo sé. La mayoría no lo son, fuera del escenario. En todo caso, ¿qué importa ahora?

—Solo que sé que él ha vuelto con ella. Y tú lo sabes también.

Él la oyó salir silenciosamente de la habitación.

Mucho después, cerró la casa y subió cautelosamente. Ella lo esperaba en la puerta de su cuarto, en camisón.

—Ahora lo sé todo —dijo con firmeza—. Fue por ella que disparó al otro hombre, ¿verdad?

Ella vio la respuesta en su rostro sobresaltado, y cerró rápidamente la puerta. Él se quedó afuera, y luego tocó suavemente.

—Déjame entrar, cariño —dijo—. Quiero terminar de contártelo. Tienes una idea equivocada sobre eso.

Como no respondió, intentó la puerta, pero estaba cerrada con llave. Se volvió y bajó otra vez...

Cuando volvió a casa la tarde siguiente, Margaret lo recibió en el vestíbulo.

—Ella lo sabe, Walter.

—¿Sabe qué?

—Sabe que él estuvo aquí y no la vio. Annie lo soltó; lo había oído de la lavandera de los Oglethorpe. El señor Oglethorpe lo vio en la calle.

Le tomó tiempo sacar una historia coherente de ella. Annie se lo había dicho a Elizabeth en su cuarto, y luego a Margaret. Margaret había ido de inmediato a Elizabeth, para ver qué podía hacer, pero Elizabeth estaba en su armario, revolviendo entre su ropa. Había sacado su mejor vestido y se lo había puesto, mientras su madre se sentaba en la cama sin atreverse siquiera a plantear el asunto en su mente, y había salido. Había en ella una especie de fría determinación que asustaba a Margaret. Se había reído bastante, para colmo.

—Es terriblemente orgullosa —concluyó—. Estoy segura de que hará algo imprudente. No me sorprendería verla volver comprometida con Wallie Sayre. Creo que allí fue.

Pero aparentemente no lo había hecho, o si lo había hecho no dijo nada al respecto. Desde entonces vieron un cambio en ella; seguía siendo tan cariñosa como siempre, pero adoptaba una especie de dolorosa alegría que resultaba algo dura. Como si se hubiera revestido de una armadura contra más sufrimiento.

CAPITULO 41

—Esto es lo que quiero saber. Si él ha regresado al tiempo... ya sabes, ¿no volvería a preocuparse por las personas que amaba entonces? —De pronto, su súplica infantil cesó, y se deslizó de la silla para quedar de pie frente a él—. Debo saberlo, papá. Puedo soportarlo. Lo que has estado ocultándome era otra mujer, ¿verdad?

—Fue hace tanto tiempo —dijo él, tratando de ganar tiempo—. Piénsalo, Elizabeth. Un muchacho de unos veintiún años.

—¿Entonces la hubo?

—Creo que sí, en algún momento. Pero sé con certeza que no la había visto ni sabido de ella en diez años.

—¿Qué clase de mujer?

—No pienses en eso, cariño. Todo fue hace mucho tiempo.

—¿Vivía en Wyoming?

—Era actriz —dijo él, acorralado por su insistencia.

—¿Sabes su nombre?

—Solo su nombre artístico, cariño.

—¡Pero sabes que era actriz!

Él suspiró.

—Está bien, querida —dijo—. Te diré todo lo que sé. Era actriz, y se casó con otro hombre. Eso es todo. Ya no es joven. Debe tener treinta años ahora... si está viva —añadió como un pensamiento tardío.

Pasó un tiempo antes de que ella hablara de nuevo.

—Supongo que era hermosa —dijo lentamente.

—No lo sé. La mayoría no lo son, fuera del escenario. En todo caso, ¿qué importa ahora?

—Solo que sé que él ha vuelto con ella. Y tú lo sabes también.

Él la oyó salir silenciosamente de la habitación.

Mucho después, cerró la casa y subió cautelosamente. Ella lo esperaba en la puerta de su cuarto, en camisón.

—Ahora lo sé todo —dijo con firmeza—. Fue por ella que disparó al otro hombre, ¿verdad?

Ella vio la respuesta en su rostro sobresaltado, y cerró rápidamente la puerta. Él se quedó afuera, y luego tocó suavemente.

—Déjame entrar, cariño —dijo—. Quiero terminar de contártelo. Tienes una idea equivocada sobre eso.

Como no respondió, intentó la puerta, pero estaba cerrada con llave. Se volvió y bajó otra vez...

Cuando volvió a casa la tarde siguiente, Margaret lo recibió en el vestíbulo.

—Ella lo sabe, Walter.

—¿Sabe qué?

—Sabe que él estuvo aquí y no la vio. Annie lo soltó; lo había oído de la lavandera de los Oglethorpe. El señor Oglethorpe lo vio en la calle.

Le tomó tiempo sacar una historia coherente de ella. Annie se lo había dicho a Elizabeth en su cuarto, y luego a Margaret. Margaret había ido de inmediato a Elizabeth, para ver qué podía hacer, pero Elizabeth estaba en su armario, revolviendo entre su ropa. Había sacado su mejor vestido y se lo había puesto, mientras su madre se sentaba en la cama sin atreverse siquiera a plantear el asunto en su mente, y había salido. Había en ella una especie de fría determinación que asustaba a Margaret. Se había reído bastante, para colmo.

—Es terriblemente orgullosa —concluyó—. Estoy segura de que hará algo imprudente. No me sorprendería verla volver comprometida con Wallie Sayre. Creo que allí fue.

Pero aparentemente no lo había hecho, o si lo había hecho no dijo nada al respecto. Desde entonces vieron un cambio en ella; seguía siendo tan cariñosa como siempre, pero adoptaba una especie de dolorosa alegría que resultaba algo dura. Como si se hubiera revestido de una armadura contra más sufrimiento.

Para cuando cayó el telón del último acto, él había recuperado su aire elegante y despreocupado, cumplió con su compromiso de cena, bailó hasta media noche y hasta dormitó un poco en el camino de regreso. Pero durmió mal y se levantó temprano, luchando con la necesidad de mantener a Jean Melis fuera del alcance.

Se preguntaba qué formalidades tendría que cumplir L 22, por ejemplo, para obtener una carta dirigida a él. ¿Debía presentar una tarjeta o simplemente entrar, pedir su correspondencia y marcharse? Ese pensamiento trajo otro consigo. ¿No era probable que Bassett estuviera en Nueva York y recogiera él mismo su correo?

Finalmente decidió arriesgarse, hacerse pasar por L 22 y, si Melis había visto el anuncio y respondido, obtener la carta. Sería fácil justificarlo con el ayuda de cámara, diciendo que lo había reconocido en el teatro y que la señorita Carlysle quería enviarle un palco.

Tenía pocas esperanzas de recibir una carta en su primera visita, a menos que el francés hubiera visto el aviso, pero su ansiedad lo llevó temprano a la oficina. No había nada allí, pero aprendió una cosa: no había que cumplir formalidades. El empleado simplemente miraba en una caja, decía “Nada aquí” y seguía con su trabajo. A las once volvió, y tras examinar cuidadosamente a la multitud se presentó otra vez.

—¿L 22? Aquí está.

Tenía la carta en la mano. La miró y la metió en el bolsillo, cuando sintió una mano en el hombro. Se giró y enfrentó a Bassett.

—Creí reconocer esa espalda —dijo el reportero alegremente—. Ven conmigo, amigo. Quiero hablar contigo.

Pero mantuvo la mano en el hombro de Gregory. En un rincón, Bassett dejó la cordialidad que había fingido para beneficio del empleado y lo enfrentó con fría ira.

—Quiero esa carta ahora, Gregory —dijo—. Y tengo muy buenas razones para presentar una denuncia contra ti.

—No sé de qué hablas.

—Olvídalo. Estaba detrás de ti cuando pediste esa carta. Dámela. Quiero mostrarte algo.

De pronto, con la carta en la mano, Bassett rió y la rompió. Dentro solo había una hoja en blanco.

—No estaba seguro de que la vieras, y no creí que cayeras en la trampa si lo hacías —observó—. Pero estaba bastante seguro de que no querías que yo viera a Melis. Ahora lo sé.

—Pues no quería —dijo Gregory con rencor.

—De todos modos, espero verlo. El día apenas comienza, y ese no es un nombre común. Pero me aseguraré de que no recibas más cartas aquí.

—¿Qué crees que puede decirte Melis que no sepas?

—Te lo explicaré algún día —dijo Bassett con buen humor—. Algún día en que estés más dispuesto a escuchar que ahora. El punto en este momento parece ser: ¿qué sabe Melis que tú no quieres que yo sepa? Supongo que no piensas decírmelo.

—No aquí. Puedes creerlo o no, Bassett, pero iba a tu ciudad esta noche para verte.

—Bueno —dijo Bassett con escepticismo—, tengo tu palabra. Y no tengo nada que hacer en todo el día más que escucharte.

Ante la propuesta de ir a su hotel, Gregory aceptó de mala gana, y salieron a buscar un taxi. En la acera, sin embargo, se detuvo.

—Tengo derecho a saber algo —dijo—, considerando lo que me ha hecho a mí y a los míos. Clark está vivo, ¿supongo?

—Está vivo, sí.

—Entonces haré un trato contigo, Bassett. Te contaré lo que sé, si me dices una cosa. ¿Qué lo mandó a esconderse durante diez años, y qué lo hace aparecer ahora, gritando por ayuda?

Bassett reflexionó. La oferta de una declaración de Gregory era valiosa, pero, por otro lado, no quería influir en su relato. Y Gregory vio su incertidumbre. Se plantó firme en la acera.

—¿Qué dices? —exigió.

—Te diré esto, Gregory. Él nunca pensó volver a sacar el tema. En cierto modo, es conmigo con quien estás lidiando. No con Clark. Y puedes estar bastante seguro de que sé lo que hago. Tengo a Clark, y tengo el informe de la investigación del

forense, y conseguiré a Melis. Voy a llegar al fondo de esto aunque tenga que cavar un hoyo que me entierre.

En el taxi Gregory se sentó tenso y erguido, mordiendo su bigote rubio. Al cabo de un rato dijo:

—¿Qué buscas en todo esto? La historia, supongo. Y el dinero. Me imagino que no lo haces por amor.

Bassett lo observó evaluadoramente.

—No entenderías mis motivos aunque te los dijera. De hecho, él no quiere el dinero.

Gregory se burló.

—No te engañes —dijo—. Aunque, en realidad, no creo que lo tome. Podría costarle demasiado. ¿Dónde está? ¿Inyectándose otra vez?

—Lo verás en unos cinco minutos.

Si la noticia lo sorprendió, Gregory no lo mostró, salvo por comentar:

—Eres una persona capaz, ¿no? Apostaría a que podrías afinar un piano si te lo pidieran.

Llevaba la situación bastante bien, tuvo que admitir el reportero; la única señal de tensión era que las manos con las que encendió un cigarrillo temblaban. Observó el oscuro hotel donde se detuvo el taxi con una sonrisa burlona, y se acomodó el cuello mientras lo miraba.

—No estás anunciando al mundo que estás en la ciudad, ya veo.

—Lo haremos, en cuanto estemos listos. No te preocupes.

La risa que dio al decir eso sonó desagradable en los oídos de Bassett. Pero dentro del edificio perdió parte de su arrogancia.

—Extraño lugar para encontrar a Judson Clark —dijo una vez.

Y otra:

—Será mejor que lo vigiles cuando entre. Puede que me muerda.

A lo que Bassett replicó con severidad:

—Probablemente sea bastante selectivo con lo que muerde.

Era consciente, con inquietud, de que Gregory, aunque nervioso y tenso, llevaba la situación con cierta seguridad. Si estaba actuando, era una actuación muy buena.

Y esa opinión se reforzó cuando abrió la puerta y Gregory avanzó hacia la habitación.

—Bueno, Clark —dijo con frialdad—. Supongo que no esperabas verme, ¿verdad?

No hizo ademán de estrecharle la mano cuando Dick se volvió desde la ventana, ni Dick tampoco. Pero no había enemistad al principio en ninguno de los rostros; Gregory estaba tranquilo y seguro, Dick grave y, pensó Bassett, ligeramente impaciente. Desde aquella noche en su apartamento, el reportero había comprendido que Dick estaba constantemente luchando contra una especie de resistencia pasiva, una determinación de no involucrar a Beverly a ningún costo. Detrás de eso, también sentía que se libraba otra batalla, una que solo podía adivinar, pero que hacía que Dick estuviera sombrío a veces y siempre gravemente callado.

—Tenía intención de buscarte —fue su respuesta al saludo despreocupado de Gregory.

—Bueno, tu amigo aquí lo hizo por ti —dijo Gregory, sonriendo hacia Bassett—. Tiene sus propios métodos, y debo decir que son efectivos.

Se quitó el abrigo y lo arrojó sobre la cama, y lanzó una rápida mirada evaluadora a Dick. Era en Dick en quien confiaba, no en Bassett. Odiaba y temía a Bassett. Odiaba a Dick, pero no le temía. Encendió un cigarrillo y enfrentó a Dick con una sonrisa maliciosa.

—Así que aquí estamos otra vez, Jud —dijo—. Pero con esta diferencia: ahora tú eres el miembro respetable de la comunidad, y yo soy el... bueno, llamémoslo la mariposa.

Había un insulto claro en su tono, y Dick lo captó.

—Entonces supongo que sigues viviendo de tu hermana.

El desprecio en la voz de Dick tiñó de color el rostro de Gregory y le apretó el puño. Pero se relajó al momento y rió.

—No te preocupes, Bassett —dijo, con los ojos en Dick—. No tenemos razones para gustarnos, pero él es más grande que yo. No lo golpearé. —Luego endureció su voz—. Pero te recuerdo, Clark, que personalmente me importa un comino si te cuelgan o no. Además, puedo callarme, salir de aquí y hacer que te arresten en una hora, si lo decido.

—Pero no lo harás —dijo Bassett suavemente—. No lo harás, igual que no lo hiciste la primavera pasada, cuando enviaste esa pequeña carta tuya a David Livingstone.

—№ Tienes razón. No lo haré. Pero si te digo lo que vine a decir, Bassett, entiéndelo bien. No es porque te tenga miedo a ti, ni a él. Donaldson está muerto. ¿Qué valor tendría el testimonio de Melis después de diez años, si lo pusieras en el estrado? No es eso. Es porque meterías la pata y arruinarías la carrera de Bev, a menos que te diga la verdad.

Fue entonces a Bassett a quien le contó su historia, él y Bassett sentados, Dick de pie con el codo apoyado en la repisa de la chimenea, alto, cansado y casi distante.

—Tengo que dejar clara mi posición en esto —dijo—. No me gustaba Clark, y evité que ella se casara con él. Hubo una vez, antes de que conociera a Lucas, en que casi lo hizo. Yo estaba fuera cuando decidió ese viaje absurdo al rancho Clark. No podíamos conseguir un teatro en Nueva York hasta noviembre, y ella tenía tiempo, así que fueron. Tengo su versión de lo que pasó allí. Puedes cotejarla con lo que sabes.

Se volvió hacia Dick un momento.

—Estabas bebiendo bastante esa noche, pero quizá recuerdes esto: ella había peleado con Lucas en la cena esa noche y contigo. Eso es cierto, ¿no?

—Sí.

—Ella subió a su cuarto y empezó a empacar sus cosas. Luego lo pensó mejor y decidió intentar convencer a Lucas de irse también. Las cosas habían empezado bien, pero se estaban volviendo tensas y desagradables. Bajó las escaleras, y Melis la vio, el ayuda de cámara. La sala estaba oscura, pero había luz que salía por la puerta de la sala de billar, y contra ella vio la silueta de un hombre en el umbral. Tenía la espalda hacia ella, y un revólver en la mano. Ella cruzó la sala, él la oyó y al volverse vio que era Lucas. ¿Recuerdas, Jud, haber tenido un revólver y que Lucas te lo quitara?

—№ Donaldson declaró que yo había tenido un revólver.

—Bueno, así es como creemos que consiguió el arma. Ella pensó de inmediato que Lucas y tú habían peleado, y que él iba a disparar. Intentó quitárselo, pero él estaba borracho y terco. Se disparó y lo mató.

Bassett se inclinó hacia adelante.

—¿Eso es cierto?

—Te lo estoy contando.

—¿Entonces por qué demonios no lo dijo en la investigación?

—Tenía miedo de que no le creyeran. Mira los hechos. Ella había peleado con Lucas. Había habido una situación notoria respecto a Clark. Y recuerda esto: ella lo

había hecho. La conozco lo suficiente, sin embargo, para decir que eventualmente habría confesado, pero Clark había huido. Era razonablemente seguro que se había perdido en la tormenta. Hay que tenerlo en cuenta.

Bassett no dijo nada. Tras un silencio, Dick habló:

—¿Qué pasó con el revólver?

—Ella lo tenía en la mano. Lo dejó caer y se quedó quieta, demasiado aturdida para gritar. Lucas, dice, dio uno o dos pasos hacia adelante y cayó en el umbral. Donaldson entró corriendo, y tú sabes el resto.

Bassett fue el primero en romper el silencio.

—Ella estará dispuesta a testificar eso ahora, ¿verdad?

—¿Y enfrentar un juicio?

—No necesariamente. Clark sería el juzgado. Ha sido acusado. Tiene que ser juzgado.

—¿Por qué tiene que ser juzgado? Ahora es libre. Ha sido libre por diez años. Y te digo con toda honestidad que eso la mataría. Accidente o no, ella lo hizo. Y habría quienes nunca creerían que no se cansó de Lucas y quiso el dinero de Clark.

—Es un riesgo que tendrá que correr —dijo Bassett con obstinación—. El único testigo vivo que podría ser llamado sería el ayuda de cámara. Y recuerda esto: durante diez años él ha creído que ella lo hizo. Habrá construido una historia en ese tiempo, quizá inconscientemente, que podría condenarla.

Dick se movió.

—Solo hay una cosa que hacer. Tienes razón, Gregory. Nunca la expondré a eso.

—Estás loco —dijo Bassett con furia.

—En absoluto. Te dije que no me escondería detrás de una mujer. De hecho, he aprendido lo que quería. Lucas no fue asesinado. Yo no lo disparé. Eso es lo que realmente importa. No estoy peor que antes; de hecho, considerablemente mejor. Y no veo qué se ganaría yendo más allá.

A pesar de sus protestas, Bassett finalmente se vio obligado a aceptar. Estaba malhumorado y desanimado. Vio el profundo anticlímax de todo su esfuerzo en Dick saliendo otra vez, legalmente muerto y legalmente culpable, y maldijo en voz baja.

—Está bien —gruñó al fin—. Supongo que esa es la última palabra, Gregory. Pero dile de mi parte que si no reabre el asunto por su propia voluntad, tendrá la vida de un hombre en su conciencia.

—No le diré nada. No solo soy su hermano; ahora soy su representante. Y no voy a hacerle un agujero al barco que me mantiene a flote.

Estaba seguro de sí mismo y ligeramente insolente; las manos con las que encendió un nuevo cigarrillo ya no temblaban, y la mirada que lanzó a Dick fue triunfante y hostil.

—¡Así como siembra un hombre, Clark! —dijo—. Sembraste infierno para varias personas una vez.

Bassett tuvo que contener el impulso de echarlo a patadas. Cuando se fue, Bassett se volvió hacia Dick con fingida ligereza.

—Bueno —dijo—, aquí estamos, bien preparados y sin rumbo.

Deambuló por la habitación, inquieto y decepcionado. Sabía, y Dick también, que habían llegado al final del camino, y que no había nada más allá. A su manera desagradable, Fred Gregory había construido un caso para su hermana que los ataba de manos, y la clave del asunto estaba en su última burla: "Así como siembra un hombre, Clark, así cosechará." El dilema moral estaba allí.

—Supongo que la historia de Hines queda descartada, ¿eh? —comentó tras una pausa.

—Sí. Excepto que me hubiera gustado saber de él cuando podía hacer algo. Es mi medio hermano, de cualquier manera, y tuvo un trato miserable. A veces un hombre siembra —añadió con una sonrisa amarga— y otro cosecha.

Bassett salió después de eso, yendo a la oficina con la esperanza de una carta de Melis, pero no había ninguna. Cuando volvió encontró a Dick de pie junto a una maleta medio empacada, y supo que realmente habían llegado al final del camino.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó sin rodeos.

—Tendré que irme de aquí. Es demasiado caro.

—¿Y después?

—Conseguiré un trabajo. Supongo que un hombre está tan escondido aquí como en cualquier otro lugar. Puedo dejarme crecer la barba, eso es lo usual, ¿no?

Bassett hizo un gesto impaciente y empezó a pasear por la habitación.

—Es increíble —dijo—. Es monstruoso. Es una broma. Aquí estás, sin nada en tu contra, y colgado como el ataúd de Mahoma entre el cielo y la tierra. Me enferma.

Esa noche se fue a casa, dejando dicho que cualquier carta para L 22 se reenviara, pero sin mucha esperanza. Su último apretón de manos con Dick tuvo una especie

de desesperada finalidad, y se llevó consigo gran parte del camino la figura alta, gastada y algo desaliñada que lo despidió con una sonrisa...

Al día siguiente, por correo, recibió una nota de Nueva York, con unas pocas palabras escritas a lápiz en la letra de Dick: "Esto llegó esta tarde. Devolví el dinero. D." La nota era de Gregory y evidentemente incluía un billete de cien dólares. Comenzaba sin encabezado: "Adjunto cien dólares, pues imagino que los fondos pueden escasear. Si fuera tú me iría de aquí. Ha habido bastante agitación, y conoces a demasiada gente en este lugar."

Bassett se recostó en su silla y estudió la nota.

—¿Por qué demonios hizo eso? —reflexionó. Se quedó un rato pensando profundamente, y llegó a una conclusión importante. La historia que Gregory había contado era la absolutamente calculada para cerrar toda investigación. Habían tenido diez años; diez años para planear, eliminar y construir; diez años para preparar su defensa, en caso de que Clark reapareciera. ¿No era por eso que Gregory estaba tan seguro? Pero no se había conformado con dejar las cosas como estaban; quizá se había excedido.

Entonces, ¿cuál era la respuesta? Ella había matado a Lucas, pero ¿fue un accidente? Y debía haber un testigo, o de lo contrario no tendrían nada que temer. Escribió en un pedazo de papel tres nombres, y se quedó mirándolos:

Hattie Thorwald , **Jean Melis, Clifton Hines**

CAPITULO 42

Elizabeth había sacado definitivamente a Dick de su corazón. La tarde del día en que supo que él había regresado y no la había visto, mató deliberadamente su amor y lo enterró con decencia. Quemó sus notas y su única carta, guardó su anillo, realizando esos ritos no como ritos, sino como un asunto vergonzoso que debía terminar rápido. Rompió su fotografía en pedazos y los arrojó al cesto de basura, y habiendo así limpiado su habitación, se dispuso a limpiar su corazón.

Encontró muy poco que hacer. Estaba entumecida y totalmente sin sentimientos. La pequeña y dolorosa opresión en el pecho que tantas veces había sentido últimamente al pensar en él había desaparecido. Se sentía extraordinariamente vacía, pero no ligera, y sus pies arrastraban por la habitación.

No sentía que Dick fuera indigno, simplemente que se enfrentaba a algo contra lo que no podía luchar, y ya no quería luchar. Estaba vencida, pero lo extraño era que no le importaba. Solo, no quería ser compadecida. Con el paso de los días resentía

la compasión que la había mantenido en la ignorancia tanto tiempo, y que la había dejado mostrar su corazón en la manga; incluso se preguntaba a veces si la historia de la pérdida de memoria de Dick no había sido falsa, inventada por esa compasión y el deseo de ahorrarle dolor.

David la mandó llamar, pero ella le escribió una pequeña nota, formal y contenida. Iría en uno o dos días, pero ahora debía ubicarse. Que supiera que no estaba enojada, que lo veía todo para bien, y que seguía siendo muy cariñosa suya, Elizabeth.

Sabía ahora que eventualmente se casaría con Wallie Sayre, aunque solo fuera para escapar de la compasión. Él tendría que saber la verdad sobre ella: que no amaba a nadie; ni siquiera a su padre y a su madre. Fingía preocuparse por miedo a herirlos, pero en realidad estaba helada por dentro. No creía en el amor. Era algo terrible, que debía evitarse por cualquiera que quisiera salir adelante, y evitarlo era realmente sencillo. Uno simplemente dejaba de sentir.

El domingo, después de haber llegado a esa cómoda conclusión, se sentó en la iglesia como siempre, en los bancos del coro, y de pronto odió la iglesia. Odió la forma en que la laringe de Henry Wallace, el tenor, sobresalía como una manzana silvestre sobre su bajo cuello. Odió la papada doble del bajo. Odió las charlas sobre el amor y las recompensas seguras de la virtud, y los rostros de la congregación, satisfechos y seguros de su salvación.

Fue al maestro del coro después del servicio para entregar su renuncia. Y no lo hizo, porque se le ocurrió que podría parecer, usando la palabra de Nina, como si estuviera aplastada. ¡Aplastada! Eso era gracioso.

Wallie Sayre la esperaba afuera, y ella fue con él a almorzar, y después jugaron golf. Tuvieron un juego bastante divertido, y una vez tuvo que sentarse en un bunker y reír hasta quedar débil, mientras él luchaba por salir de un hoyo. ¡Aplastada, en efecto!

Así continuaba el tejido, casi terminado ya. Con Wallie Sayre esperando su momento, pero bastante seguro del resultado. Con Jean Melis encontrando un periódico de dos días de antigüedad y leyendo una y otra vez un aviso dirigido a él. Con Leslie Ward, ni mejor ni peor que los de su clase, buscando aventura en un desvío, que era la calle East 56. Y con Dick vagando por las calles de Nueva York al anochecer, y quedándose una vez con el cuello del abrigo levantado contra la lluvia frente al Metropolitan Club, donde el gran retrato de su padre colgaba sobre una chimenea.

Ahora que estaba cerca de Beverly, Dick dudaba en verla. No sentía resentimiento por su largo silencio, ni por el exilio que había resultado de él. Le buscaba excusas, reconocía su propia contribución a la catástrofe, sabía también que nada se

ganaría viéndola otra vez. Pero finalmente decidió verla una vez más, y luego marcharse, dejándola en paz y en éxito.

Ella sabría ahora que no tenía nada que temer de él. Todo lo que quería era saciar el hambre que tenía de verla, y luego marcharse.

Curiosamente, ese hambre de verla había estado en suspenso mientras Bassett estaba con él. Solo cuando volvió a estar solo reapareció; y aunque lo sabía, no era consciente de otro hecho: que cada palabra, cada imagen de ella en los grandes carteles que cubrían cada lote vacío, todo lo que la traía a la realidad del presente, aflojaba tanto su dominio sobre él desde el pasado.

Cuando finalmente fue a la casa de la calle 56 fue por impulso. Había pensado pasar de largo, pero se encontró deteniéndose, y medio enojado tomó la decisión. Seguiría esa maldita cosa hasta el final y lo terminaría. Quizá lo había descontado demasiado de antemano, esperado demasiado, esperado demasiado. Quizá simplemente esa última fase ya estaba pasando. Pero no sintió emoción, ni expectativa, cuando tocó el timbre y fue admitido en el vestíbulo familiar.

Para él estaba poblado de fantasmas. Arriba, en el salón que se extendía por el frente de la casa, ella le había contado de su compromiso con Howard Lucas. Más tarde, al volver de Europa, había regresado allí para encontrar a Lucas instalado en la casa, sus cigarros en la mesa, sus fotografías en el piano, sus libros esparcidos. Y Lucas mismo, sonriente, apuesto y triunfante en la alfombra de la chimenea, vestido para la cena salvo por una bata de brocado, poniendo su mano familiarmente en el hombro de Beverly, y llamándola “chica vieja”.

Deambuló hacia la pequeña sala a la derecha del vestíbulo, donde en otros días había esperado ser llevado arriba, y se quedó mirando por la ventana. Oyó a alguien, un visitante, bajar, ponerse el abrigo en el vestíbulo y salir, pero no le interesó. No sabía que Leslie Ward había estado afuera de la puerta un minuto, lo había visto y reconocido, y luego se había marchado de golpe.

Estaba bastante sereno cuando el mayordomo lo precedió escaleras arriba. Incluso notó ciertos cambios en la casa, la puerta del descanso convertida en arco, vidrios emplomados en las ventanas del comedor más allá. Pero alcanzó a ver su reflejo en un espejo, y se vio como un contraste desaliñado respecto a los días pasados.

La enfrentó, aún con esa inesperada compostura, y la vio muy poco cambiada. Incluso el movimiento con el que ella se acercó con ambas manos extendidas le resultó familiar.

—¡Jud! —dijo ella—. ¡Oh, querido!

Vio que estaba profundamente conmovida, y de pronto sintió lástima por ella. Lástima por los años detrás de ambos, por la carga que había llevado, por las lágrimas en sus ojos.

—¡Querida vieja Bev! —dijo.

Ella apoyó la cabeza en su hombro y lloró sin control; y él la sostuvo allí, diciendo pequeñas cosas suaves y tranquilizadoras, acariciándole el cabello. Pero todo el tiempo sabía que la vida le estaba jugando otra broma; sentía una gran ternura por ella y profunda compasión, pero no la amaba, ni la deseaba. Vio que después de todo el sufrimiento y la espera, la muerte y el exilio, se quedaba al final con nada. Nada en absoluto.

Cuando ella recuperó una especie de tensa compostura, él descubrió con incomodidad que, como mujer, ella pretendía humillarse a fondo y completamente. Le imploró perdón por su largo exilio, mirándolo humildemente, y cuando él dijo con tono práctico que había sido feliz, le dio una mirada que mostraba que pensaba que mentía para ahorrarle infelicidad.

—Estás tratando de hacerlo más fácil para mí. Pero lo sé, Jud.

—Te digo la verdad —dijo él, pacientemente—. Hay un punto que no creí necesario contarle a tu hermano. Durante mucho tiempo no recordé nada de eso. Si no hubiera sido por eso... bueno, no lo sé. En todo caso, no me mires como si te hubiera salvado deliberadamente. No lo hice.

Ella se quedó quieta, reflexionando en eso, y girando un anillo en su dedo.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó, tras una pausa.

—No lo sé. Encontraré algo.

—¿No volverás a tu trabajo?

—No veo cómo podría. Estoy escondido, de una manera casual.

Para su intensa incomodidad, ella comenzó a llorar otra vez. No podía seguir con eso. Volvería a Norada y contaría todo. Había dejado que Fred la influyera, pero ahora veía que no podía hacerlo. Pero por primera vez él sintió que en esto ella no era sincera. Su dolor y humillación habían sido reales, pero ahora sentía que estaba actuando.

—Supongamos que no entremos en eso ahora —dijo suavemente—. Has soportado ya bastante. —Se levantó torpemente—. Supongo que actúas esta noche.

Ella asintió, mirándolo en silencio.

—Será mejor que te recuestes entonces y... me olvides. —Él le sonrió.

—Nunca te he olvidado, Jud. Y ahora, al verte otra vez, yo...

Su rostro se contrajo. Siguió mirándolo, lastimosamente. Entonces le llegó la terrible verdad, y esa parte de él que había permanecido distante y observadora casi sonrió ante la ironía. Ella lo quería. A partir de sus recuerdos había construido algo a lo que aferrarse, algo que no era más él que ella la mujer de sus sueños; pero con esta diferencia: que ella se aferraba, como mujer, a lo que había construido, y él lo había visto desmoronarse ante sus ojos.

—¿Me prometes que irás a descansar?

—Sí. Si tú lo dices.

Ella estaba dócil y humilde. Sus ojos eran suaves, fieles, infantiles.

—He sufrido tanto, Jud.

—Lo sé.

—No me odias, ¿verdad?

—¿Por qué habría de hacerlo? Solo recuerda esto: mientras tú cargabas con esa carga, yo fui más feliz que nunca. Algún día te lo contaré.

Ella se levantó, y él percibió que esperaba otra vez que la tomara en sus brazos. Se sintió ridículo y resentido, como si se esperara que besara la mano que lo había golpeado, pero cuando ella se acercó le puso un brazo sobre los hombros.

—¡Pobre Bev! —dijo—. Hemos hecho un buen desastre de todo, ¿no?

La palmeó y la dejó ir, y sus ojos lo siguieron mientras salía de la habitación. La fraternalidad mayor de ese abrazo le había dicho la verdad como nunca podría habérsela dicho con palabras. Ella volvió a la silla donde él había estado sentado y apoyó la mejilla contra ella.

Al cabo de un tiempo subió lentamente a su cuarto. Cuando su doncella entró la encontró frente al espejo de su tocador, mirando su reflejo con ojos duros y evaluadores...

El socio de Leslie, entrando al hotel a las seis, descubrió por el desorden de la habitación que Leslie había vuelto, aparentemente se había bañado, afeitado y arreglado cuidadosamente, y había salido otra vez. Joe se encontró inesperadamente sin nada que hacer. Lleno de indignación reprimida comenzó a vestirse, sacando una camisa, buscando sus gemelos de la noche, y preparando lo que pensaba decirle a Leslie sobre su defección.

Luego, a las siete menos cuarto, Leslie entró, con sombrero de copa y chaqué, una gardenia amarillenta en el ojal y los zapatos cubiertos de polvo.

—Hola, Les —dijo Joe, levantando la vista de su laboriosa lucha con un gemelo—. ¿Has estado en una boda?

—¿Por qué?

—Pareces que sí.

—Hice una visita, y desde entonces he estado caminando.

—Vaya caminata, diría yo —observó Joe, mirándolo astutamente—. ¿Qué pasa, Les? ¿Alguna dama te rechazó?

—Vete al demonio —dijo Leslie con irritación.

Se quitó el abrigo y tiró de su corbata. Luego, con ella colgando suelta, se volvió hacia Joe.

—Voy a contarte algo. Sé que es seguro contigo, y necesito consejo. Visité a una mujer esta tarde. Sabes quién es. Beverly Carlysle.

Joe silbó suavemente.

—Ese no es el punto —declaró Leslie, con voz desafiante—. No me estoy defendiendo. Es una amiga; tengo derecho a visitarla si quiero.

—Claro que sí —lo tranquilizó Joe.

—Bueno, tú conoces la situación en casa, y quién es realmente Livingstone. El punto es que, mientras esa pobre chica en casa se está matando de pena, Clark ha vuelto con ella. Con Beverly Carlysle.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo? Lo vi esta tarde, en su casa.

Se quedó quieto, repasando la situación con ánimo sombrío. Sus pensamientos eran una mezcla caótica y desagradable de celos, miedo a Nina, ansiedad por Elizabeth y la sensación de una aventura romántica perdida. Al cabo de un rato se levantó.

—Es una buena chica —dijo—. Le tengo cariño. Y no sé qué hacer.

De pronto Joe sonrió.

—Ya veo —dijo—. ¡Y no puedes decirle a ella, ni a la familia, dónde lo viste!

—No sin armar un gran escándalo.

Comenzó automáticamente a vestirse para la cena. Joe se movió por la habitación, llamó a un camarero, pidió jugo de naranja y hielo, y sacó una botella de ginebra de su maleta. Leslie no lo escuchó, ni la posterior preparación de los cócteles.

Reflexionaba amargamente sobre el hecho de que un hombre casado se construía un muro contra el romance, un muro hecho de su nuevo sentido de responsabilidad, de los lazos familiares y del miedo.

Joe le llevó un cóctel.

—Bébelo, querido —dijo—. Y cuando lo termines te diré unas cuantas cosas sobre andar con damas que tienen pasado. Brindemos por olvidarlas.

Leslie tomó el vaso.

—De acuerdo —dijo.

Volvió a casa al día siguiente, dejando a Joe terminar el negocio en Nueva York. Su partida se parecía más a una huida. Dando vueltas sin dormir la noche anterior, había descubierto lo que muchos hombres habían descubierto antes que él: que su amor por la aventura clandestina no era tan fuerte como su cautela. Había recibido un golpe. Cierto, su relación con Beverly había sido algo sin forma, cuestión de imaginación y deseo de asegurarse de que el romance, para él, no estaba muerto. Cierto también que no tenía nada que temer de Dick Livingstone. Pero el encuentro le había hecho ver el peligro de ese viejo-nuevo juego que estaba jugando. Corría como un niño asustado.

Pensó en varios planes. Uno era decirle la verdad a Nina, aceptar sus lágrimas y frialdad, y luego ir con el señor Wheeler. Otro era ir con el señor Wheeler, sin Nina, y hacer su humillante confesión. Pero Walter Wheeler tenía sus propias ideas rígidas, era inflexible en la rectitud, y entendería, como solo un hombre podía, que aunque hasta ahora había sido solo mentalmente infiel, lo había impulsado al menos un deseo subconsciente.

Su propia conciencia de ese hecho lo hacía más cauteloso de lo necesario, quizá más autoconsciente. Y realmente le importaba Elizabeth. En general, era un impulso generoso y bondadoso lo que estaba detrás de su resolución final de decirle que su abandono había sido tanto voluntario como cruel.

Sin embargo, cuando llegó el momento, le resultó difícil decírselo. La llevó a dar un paseo una tarde poco después de su regreso, apartando a la fuerza a Wallie Sayre para hacerlo, y mirando furtivamente de vez en cuando su rostro pálido y algo rígido. Encontró un camino tranquilo y detuvo el coche allí, y luego se volvió hacia ella.

—¿Cómo has estado, hermanita, mientras yo vagaba por la alegre avenida blanca? —preguntó.

—He estado bien, Leslie.

—No del todo bien, creo. ¿Has pensado alguna vez, Elizabeth, que ningún hombre en la tierra vale lo que has estado pasando?

—Estoy bien, te digo —respondió con impaciencia—. Ya no estoy sufriendo. Esa es la verdad, Les. Sé ahora que él no piensa volver, y no me importa. Ya ni siquiera pienso en él.

—Ya veo —dijo él—. Bueno, eso es todo.

Pero no había contado con su intuición, y se sorprendió al oírla decir:

—¿Bueno? Continúa.

—¿Qué quieres decir con continúa?

—Me trajiste aquí para decirme algo.

—En absoluto. Simplemente...

—¿Dónde está? Lo has visto.

Intentó sostener su mirada, falló, se maldijo por tonto.

—Está vivo y bien, Elizabeth. Lo vi en Nueva York.

Pasó un minuto entero antes de que ella hablara de nuevo, y entonces sus labios estaban rígidos y su voz tensa.

—¿Ha vuelto con ella? ¿Con la actriz que solía querer?

Él dudó, pero sabía que tendría que continuar.

—Voy a decirte algo, Elizabeth. No me deja bien parado, pero tendré que confiar en ti. No quiero verte desperdiciar tu vida. Tienes mucho valor y mucho espíritu. Y tienes que olvidarlo.

Se lo dijo, y luego la llevó a casa. Estaba un poco asustado, porque había algo distinto en la manera en que ella lo había tomado, una especie de inmovilidad que, pensó, podía encubrir un corazón roto. Pero ella sonrió al darle las gracias, y entró muy tranquila en la casa.

Esa noche aceptó a Wallie Sayre.

CAPITULO 43

Bassett tenía una visita. Estaba sentado en su silla mientras ese visitante recorría excitado la habitación de un lado a otro: un hombre bajo y corpulento, bien vestido y con una mezcla de servilismo e importancia. Las primeras palabras del ayuda de cámara, al quedarse dentro de la puerta, habían sido significativas.

—Quisiera saber, primero, si estoy hablando con la policía.

—No... y sí —respondió Bassett cordialmente—. Ven y siéntate, hombre. Lo que quiero decir es esto: soy amigo de Judson Clark, y esto puede o no ser un asunto policial. Aún no lo sé.

—¿Es usted amigo del señor Clark? Entonces el informe era correcto. ¿Él sigue vivo, señor?

—Sí.

El ayuda de cámara sacó un pañuelo y se secó el rostro. Estaba claramente conmovido.

—Me alegra saberlo. Mucho. Hace algunos meses vi en un periódico... ¿dónde está?

—En Nueva York. Ahora, Melis, tengo la idea de que sabes algo sobre el crimen del que se acusó a Judson Clark. Lo insinuaste en la investigación.

—La señora Lucas lo mató.

—Eso dice ella —respondió Bassett con facilidad.

El ayuda de cámara dio un salto y lo miró fijamente.

—Ella lo admite, como resultado de un accidente. También admite haber escondido el revólver donde tú lo encontraste.

—Entonces no me necesitan.

—No estoy tan seguro de eso.

El ayuda de cámara estaba desconcertado.

—Quiero que pienses bien, Melis. La viste bajar las escaleras, algún tiempo antes del disparo. Más tarde estabas seguro de que había escondido el revólver, e hiciste una segunda búsqueda. ¿Por qué? No habías oído su testimonio en la investigación entonces. Clark había huido. ¿Por qué no pensaste que Clark lo había hecho?

—Porque pensé que ella tenía un romance con otro hombre. Siempre he creído que ella lo hizo.

Bassett asintió.

—Eso pensé. ¿Qué te hizo creerlo?

—Te lo diré. Ella fue al Oeste sin doncella, y el señor Clark consiguió a una mujer sueca de un rancho cercano para cuidarla, una mujer llamada Thorwald. Vivía en su propia casa y venía cada día. Una noche, después de que la señora Thorwald

había salido hacia su casa, me la encontré en el camino cerca de la casa del irrigador, y había un hombre con ella. No me oyeron detrás, y él le estaba dando una nota para alguien en la casa.

—¿Por qué no para uno de los sirvientes?

—Eso pensé entonces, señor. No era asunto mío. Pero vi al mismo hombre más tarde, rondando el lugar de noche, y una vez la vi con él... me refiero a la señora Lucas. Eso fue al anochecer. Los caballeros estaban cabalgando, y yo había ido con una de las criadas a una colina a ver salir la luna. Ellos estaban en unas rocas, abajo en el cañón.

—¿Lo viste?

—Creo que era el mismo hombre, si eso es lo que quiere decir. Supe que algo raro pasaba después de eso, y la vigilé. Salió de noche más de una vez. Entonces le dije a Donaldson que alguien rondaba el lugar, y él puso guardia.

—Bien. Ahora vayamos a la noche en que Lucas fue asesinado. ¿La mujer Thorwald estaba allí?

—Había salido hacia su casa.

—¿Dejando a la señora Lucas empacando sola?

—Sí. No lo había pensado. La mujer Thorwald oyó el disparo y volvió. Lo recuerdo, porque se desmayó arriba y tuve que llevarla a una cama.

—Ya veo. Ahora sobre el revólver.

—Lo localicé la primera vez que lo busqué. Donaldson y los demás habían registrado la sala de billar. Así que probé en la gran sala. Estaba bajo una silla. Lo dejé allí y me oculté en la sala. Ella, la señora Lucas, bajó tarde esa noche y lo buscó. Luego lo escondió donde yo lo encontré después.

—Ojalá supiera, Melis, por qué no sacaste esos hechos en la investigación.

—Debe recordar esto, señor. Yo había estado con el señor Clark mucho tiempo. Conocía la situación. Y pensé que él se había ido esa noche para desviar la sospecha de ella hacia sí mismo. No estaba seguro de qué hacer. Lo habría contado todo en el tribunal, pero nunca hubo juicio.

Bassett quedó satisfecho y bastante tranquilo. Tras la partida del francés se sentó un rato, tomando notas cuidadosas y estudiándolas. Suponiendo que el hombre que Melis había visto fuera Clifton Hines, muchas cosas se aclararían. Necesitaba algún elemento nuevo, si la historia de Gregory iba a ser refutada, algún motivo nuevo y diferente. Supongamos, por ejemplo...

Se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro. Había solo una posibilidad, y solo una manera de verificarla. Se sentó y redactó un largo telegrama y luego tomó su sombrero y lo llevó él mismo a la oficina telegráfica. Había hecho su última jugada.

Recibió una respuesta al día siguiente, y en un estado de exaltación rayando en la locura empacó su maleta, y mientras la empacaba la dirigió, al modo de los hombres solitarios de todo el mundo.

—Un viaje más, viejo cuero —dijo—, y luego tú y yo volveremos a instalarnos en el trabajo. Pero vaya viaje, viejo rompe-brazos.

Metió sus pijamas y pañuelos, sus calcetines y cuellos limpios, y luego sacó su revólver de un cajón y lo añadió. Justo veinticuatro horas después golpeó la puerta de Dick en una pensión de la calle West Ninth, la encontró sin seguro y entró. Dick dormía, y Bassett se quedó mirándolo con una especie de afecto paternal extraño. Finalmente se inclinó y le tocó el hombro.

—Despierta, viejo amigo —dijo—. Despierta. Tengo noticias para ti.

CAPITULO 44

Para Dick, los últimos días habían sido pesadillas de soledad. Arrojó la cautela al viento y caminó hora tras hora, solo para descubrir que las multitudes en las calles, gente que salía de un hogar o iba hacia uno, lo deprimían y subrayaban su aislamiento. Había apartado deliberadamente de sí mismo el ancla que había sido Elizabeth y había seguido una memoria traicionera, y ahora estaba a la deriva. Se decía que no quería mucho. Solo paz, trabajo y un lugar. Pero no tenía ninguno de ellos.

Sentía nostalgia por David, por Lucy y, con un apretón en el corazón lo admitía, por Elizabeth. Y no tenía hogar. Pensaba en Reynolds, inclinado sobre el escritorio en su oficina; veía las tranquilas calles arboladas del pueblo, y a Reynolds, pasando de casa en casa en la pequeña ciudad, haciendo su trabajo, usurpando su lugar en la confianza y amistad de la gente; veía a los mismos niños nombrados en su honor preguntando: "¿Por quién me nombraron, mamá?" Veía a David y Lucy ausentes, y la vieja casa abandonada, o quizá resonando con la risa de los hijos de Reynolds.

Tenía momentos en que se preguntaba qué pasaría si Beverly cumplía su palabra. Supongamos que ella hacía su confesión, reabría el asunto, llenando los periódicos con grandes titulares: "Judson Clark no culpable. Una historia extraña."

Se veía a sí mismo regresando a las miradas curiosas del pueblo, nunca siendo para ellos lo mismo que antes. Enfrentarlos y sostenerles la mirada, escuchar susurros a sus espaldas, sentirse observado y juzgado por aquel pasado lejano. Supongamos incluso que pudiera mantenerse fuera de los periódicos; Wilkins

amable y complaciente, la confesión de Beverly escondida entre el montón de documentos legales; y él regresando furtivamente, para seguir como pudiera, cubriendo su ausencia con mentiras y retomando su trabajo. Pero incluso ese camino incierto estaba cerrado para él. Veía a David y Lucy inclinándose hacia nuevas y extrañas hipocresías, observando con ojos viejos y ansiosos los rostros de sus vecinos, volviéndose desafiantes y duros con el tiempo mientras la sospecha aún lo seguía.

Y estaba Elizabeth.

Intentaba no pensar en ella, salvo como en algo fino y tierno que una vez había rozado al pasar. Incluso si ella aún lo quería, podía, menos que David y Lucy, pedirle que caminara con él por ese camino incierto. Ella era joven. Lo olvidaría y se casaría con Wallace Sayre. Tendría lujo y alegría, y las cosas que pertenecen a la juventud.

No estaba particularmente amargado por eso. Sabía ahora que le había dado amor verdadero, algo muy distinto de aquella locura temprana suya, pero lo sabía demasiado tarde...

Levantó la vista hacia Bassett y luego se incorporó.

—¿Qué clase de noticias? —preguntó, con la voz aún espesa de sueño.

—Levántate y ponte agua fría en la cabeza. Quiero que entiendas esto.

Obedeció, pero sin entusiasmo. Alguna nueva pista, alguna esperanza revivida solo para morir otra vez, ¿qué importaba? Pero se detuvo junto a Bassett y le puso una mano en el hombro.

—¿Por qué lo haces? —preguntó—. ¿Por qué no me dejas ir al demonio a mi manera?

—Yo empecé esto, y por Dios que lo he terminado —fue la exultante respuesta de Bassett.

Se sentó y sacó un paquete de papeles.

—Voy a leerte algo —dijo—. Y cuando termine te vas a vestir y nos iremos al Biltmore. El Biltmore. ¿Lo entiendes?

Entonces comenzó a leer:

“Yo, el abajo firmante, en pleno uso de mis facultades mentales, hago la siguiente declaración. La hago por mi propia voluntad, y juro ante Dios Todopoderoso que es la verdad. Soy hijo ilegítimo de Elihu Clark. Mi madre, Harriet Burgess, se ha casado desde entonces y ahora se llama Hattie Thorwald. Ella confirmará las declaraciones aquí contenidas.

“Fui adoptado por una mujer llamada Hines, de la ciudad de Omaha, cuyo apellido tomé. Años más tarde esta mujer se casó y tuvo una hija, de quien hablaré después.

“Asistí a la escuela preparatoria en el Este, y durante las vacaciones fui enviado a una escuela de tutores, propiedad del señor Henry Livingstone. Cuando fui a la universidad, el señor Livingstone compró un rancho en Dry River, Wyoming, y pasé algún tiempo allí de vez en cuando.

“Supe que estaba siendo mantenido y enviado a la universidad con fondos proporcionados por un bufete de abogados de Nueva York, y eso despertó mis sospechas. Sabía que la señora Hines no era mi madre. Finalmente supe que era hijo de Elihu Clark y Harriet Burgess.

“Sentí que debía tener alguna parte de la herencia, y desarrollé un odio hacia Judson Clark, a quien conocía. Intenté una vez obtener dinero de él por correo, amenazando con exponer la historia de su padre, pero no lo logré.

“Visité a mi madre, Hattie Thorwald, y amenacé con matar a Clark. También amenacé a Henry Livingstone, y su muerte ocurrió durante una disputa sobre el asunto, pero yo no lo maté. Cayó y se golpeó la cabeza. Tenía un corazón débil.

“Mi hermana adoptiva se había dedicado al teatro, y Clark estaba fascinado con ella. Lo vi varias veces, pero él no me relacionó con la carta que le había enviado. El nombre artístico de mi hermana adoptiva es Beverly Carlysle.

“Ella se casó con Howard Lucas y visitaron el rancho Clark en Norada, Wyoming, en el otoño de 1911. Vi a mi hermana allí varias veces, y como ella sabía lo que yo sentía, estaba asustada. Mi madre, Hattie Thorwald, era una especie de doncella para ella, y juntas intentaron convencerme de que me fuera.”

Bassett levantó la vista.

—Hasta ese punto —dijo—, lo escribí yo mismo antes de verlo. —Había una nota de triunfo en su voz—. El resto es suyo.

“Esa noche, cuando Lucas fue asesinado, yo debía irme. Bev había aceptado darme algo de dinero, porque la obra había terminado en junio y yo estaba en apuros. Ella iba a pedirlo prestado a Jud Clark, y eso me volvió loco. Sentía que debía ser mío, o al menos una parte.

“Debía encontrarme con mi madre en los terrenos, pero no la vi, y fui a la casa. No era responsable de lo que hice. Estaba loco, supongo. Vi a Donaldson en el porche lateral, y más allá de él estaban Lucas y Clark, jugando a la ruleta. Me enloqueció. No habría podido jugar a la ruleta esa noche ni por centavos.

“Rodeé la casa y entré por la puerta principal. Lo que pensaba hacer era entrar en esa sala y decirle a Clark quién era yo. Él me conocía, y todo lo que pensaba hacer era llamar a Bev y a mi madre, y obligarlo a prestar atención. No llevaba un arma conmigo.

“Juro que no pensaba matarlo entonces. Lo odiaba como al veneno, pero nada más. Pero entré en la sala de estar, y escuché a Clark decir que había perdido mil dólares. Tal vez no lo entiendas. Mil dólares tirados así, y yo viviendo de lo que Bev podía pedirle prestado.

“Eso me enloqueció. Lucas le quitó un arma poco después, y dijo que iba a ponerla en la otra sala. Lo hizo. La puso sobre una mesa y empezó a regresar. Yo la tomé y la apunté a Clark. Lo habría disparado, también, pero Bev entró en la sala.

“Quiero exonerar a Bev. Ha sido mejor que la mayoría de las hermanas conmigo, y ha mentido para intentar salvarme. Ella vino detrás de mí y me agarró el brazo. Lucas la había oído, y se volvió. Debí haber cerrado la mano sobre el gatillo, porque se disparó y lo alcanzó.

“Yo estaba en la sala de estar cuando Donaldson entró corriendo. Me escondí allí hasta que todos se reunieron alrededor de Lucas y dejaron de entrar, y entonces me escapé. Vi a mi madre en los terrenos después. Le dije dónde estaba el revólver y que mejor lo pusieran en la sala de billar. Tenía miedo de que sospecharan de Bev.

“He leído la declaración anterior y es correcta. Fui legalmente adoptado por la señora Alice Ford Hines, de Omaha, y uso esa firma. Generalmente uso el nombre de Frederick Gregory, que tomé cuando estuve en el teatro por un corto tiempo.

“(Firmado) Clifton Hines.”

Bassett dobló los papeles y los puso en el sobre.

—Conseguí eso —dijo— a punta de pistola, amigo mío. Y nuestro amigo Hines partió hacia la frontera mexicana en el tren de la tarde. No me importa decir que lo vi partir. Insistió en escapar, y supongo que es lo mejor.

Miró a Dick, tendido rígido en la cama.

—Y ahora —dijo—. Creo que un trago no nos haría daño.

Dick se negó a beber. Trataba de comprender la situación; de darse cuenta de que Gregory, que lo había enfrentado con tanto odio burlón un día antes, era su medio hermano.

—¡Pobre diablo! —dijo al fin—. Ojalá lo hubiera sabido. Tenía razón, sabes. No es de extrañar...

Algún tiempo después salió de su profunda reflexión y miró a Bassett.

—¿Cómo encontraste la conexión?

—Vi a Melis, y supe que Hines estaba metido de alguna manera. Era el vínculo entre Beverly Carlysle y la mujer Thorwald. Pero no podía conectarlo directamente con Beverly, salvo por una casualidad. Le envié un telegrama a un hombre que conocía en Omaha, y él descubrió el segundo matrimonio, y una hija conocida en el teatro como Beverly Carlysle.

Bassett estaba eufórico. Se movía por la habitación inmensamente complacido consigo mismo, ligeramente jactancioso.

—¡Qué jugada, Dick! —dijo—. ¿Qué precio tiene el señor Judson Clark esta noche, eh? Valdrá un millón de dólares ver la cara de Wilkins cuando lea esto.

—No hay mención de mí como Livingstone en ello, ¿verdad?

—No era necesario entrar en eso. No lo sabía... Mira —explotó—, ¿no vas a ser un maldito tonto, verdad?

—No voy a resucitar a Judson Clark, Bassett. No le debo nada. Que muera decentemente y siga muerto.

—¡Oh, tonterías! —gimió Bassett—. No empieces otra vez con eso. No me vengas con cosas de Enoch Arden, mirando por una ventana iluminada y luego yéndote a conducir un taxi.

De pronto Dick rió. Bassett lo observó, desconcertado y enojado, con una especie de ternura salvaje.

—Estás loco —dijo sombríamente—. Maldita sea si te entiendo. Aquí tengo todo arreglado como un silbido, y me costó trabajo, créeme. Y ahora dices que vas a tirar todo.

—En absoluto —respondió Dick, con un nuevo tono en su voz—. Tienes razón. He sido diez tipos de tonto, pero ahora sé lo que voy a hacer. Toma tu papel, viejo amigo, y por mí sal y limpia a Jud Clark. Ponle una lápida, si quieres, una buena. Yo la compraré.

—¿Y qué harás tú mientras tanto?

Dick se estiró y extendió los brazos.

—¿Yo? —dijo—. ¿Qué debería estar haciendo, viejo? Voy a casa.

CAPITULO 45

Lucy Crosby había muerto. Un momento estaba viva, moviéndose por la casa, asomándose a ver a David, teniendo a Minnie en la cocina prendiendo y soltando su velo; y al siguiente estaba quieta e infinitamente misteriosa, en su cama blanca. Había caído afuera de la puerta de la habitación de David, y yacía allí, los brazos aún llenos de toallas de baño limpias, y una mirada fija e intensa en sus ojos, como si, afuera de la puerta, se hubiera encontrado cara a cara con un mensajero que traía noticias sorprendentes. El doctor Reynolds, subiendo corriendo las escaleras, la encontró allí muerta, y cerró la puerta de la habitación de David.

Pero David lo supo antes de que se lo dijeran. Esperó hasta que la colocaron en su cama, le cerraron los ojos y le pusieron un cubrecama blanco encima, y entonces entró solo, se sentó junto a ella y puso una mano sobre la suya, ya enfriándose.

—Si aún estás aquí, Lucy —dijo—, y no te has ido todavía, quiero que lleves esto contigo. Estamos bien aquí. Todos están bien. No debes preocuparte.

Al cabo de un tiempo volvió a su habitación y tomó su libro de oraciones. Podía oír la voz de Harrison Miller consolando a Minnie en el vestíbulo, y a Reynolds en el teléfono. Regresó a la tranquila estancia, y abriendo el libro comenzó a leer en voz alta.

—"Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos, primicias de los que durmieron..."

Su voz se tensó. Apoyó la cabeza en el costado de la cama.

Ese día estuvo muy dócil. Se movió obedientemente de su habitación para el terrible después de una muerte, para el barrido y el polvo y las cortinas limpias, y se sentó en la habitación de Dick, sin leer, ni siquiera rezar, una figura solitaria pero indomable. Cuando llegaron sus amigos, hombres mayores que entraban con crujidos y trataban de reducir sus voces robustas a un susurro decoroso, les estrechó la mano y les dio breves respuestas corteses. Luego volvió al silencio. Ellos se sintieron apartados e incómodos, y se retiraron otra vez.

Solo una vez pareció conmovido. Fue cuando Elizabeth entró rápidamente y lo rodeó con sus brazos mientras él estaba sentado. La sostuvo cerca de sí, sin decir nada por largo rato. Luego respiró hondo.

—Me sentía muy solo, querida —dijo.

Se sintió mejor con su visita. Insistió en vestirse esa tarde, y en que lo ayudaran a bajar las escaleras. El pueblo, que le había parecido hostil por tanto tiempo, de pronto le parecía tenderle manos amigas. Más que manos amigas. Manos

amorosas, tiernas, ofreciendo servicio, afecto y amistad de antaño. Se movía con solemnidad, en ropas oscuras, bajaba las escaleras con los ojos enrojecidos y pañuelos en las manos, y lo rodeaba con amor y bondad.

Cuando todos se fueron, Harrison Miller lo ayudó a subir las escaleras hasta donde su cama ordenada lo esperaba, y la enfermera había colocado su leche caliente en una mesa. Pero Harrison no se fue de inmediato.

—¿Qué hay de avisarle a Dick, David? —preguntó con torpeza—. Llamé a Bassett, pero está fuera. Y no sé si Dick debería volver de todos modos. Si la policía está atenta, ahora estarán vigilando. Sabrán que puede intentar venir.

David apartó la mirada. Solo él sabía cuánto deseaba tener a Dick para sobrellevar esas horas malas. Pero no podía tenerlo. Miró fijamente el vaso de leche caliente.

—Supongo que puedo enfrentar esto solo, Harrison —dijo—. Y Lucy lo entenderá.

No durmió mucho esa noche. Una o dos veces se levantó y caminó de puntillas hasta la habitación de Lucy y la miró. Estaba tan blanca como su almohada, y completamente serena. Sus manos, siempre un poco ásperas y torcidas por el servicio, estaban suaves y descansadas.

—Sabes por qué no puede venir, Lucy —dijo una vez—. No significa que no le importe. Tienes que recordarlo.

Su fe sublime en que ella lo escuchaba y entendía, no la Lucy en la cama sino la Lucy que aún no había partido a la compañía bendita del cielo, lo llevó de vuelta a su cama, consolado y tranquilo.

Se levantó temprano. El olor de panecillos horneados y jamón frito subía por la escalera, y el sonido de Mike puliendo vigorosamente el piso en el vestíbulo. Mezclado con el olor de la comida y de la cera estaba el aroma de flores de la habitación de Lucy, y el coche de la señora Sayre se detuvo en la puerta mientras el chofer entregaba una gran masa de rosas.

David bajó con cuidado las escaleras y entró en su oficina, y allí, en su escritorio largo y abandonado, comenzó una carta para Dick.

Estaba sentado allí cuando Dick llegó por la calle...

El pensamiento de que volvía a casa había sostenido a Dick durante los días que siguieron a la partida de Bassett al Oeste. Sabía que sería una lucha, que no fácilmente un hombre sale de la vida y vuelve a entrar en ella, pero después de sus días de inacción estaba listo para luchar. Por David, por Lucy y, si no era demasiado tarde, por Elizabeth. Cuando llegó el telegrama de Bassett desde Norada, “Todo claro”, partió hacia Haverly, más feliz que en meses. El mismo ritmo del tren cantaba: “Volviendo a casa; volviendo a casa.”

En la estación de Haverly el agente se detuvo, lo miró fijamente y luego asintió con gravedad. Había algo contenido en su saludo, como las voces en la vieja casa la noche anterior, y Dick sintió un escalofrío de aprensión. Nunca pensó en Lucy, sino en David... Las flores y cintas en la puerta fueron su primera señal, y aún así pensó en David. Se puso frío y amargo, de pie en el pavimento recién lavado, mirándolas. Era demasiado tarde. ¡David! ¡David!

Entró en la casa lentamente, y el fuerte aroma de flores lo recibió. El vestíbulo estaba vacío, y automáticamente empujó la puerta de la oficina de David y entró. David estaba en el escritorio escribiendo. David estaba vivo. Gracias a Dios, gracias a Dios, David estaba vivo.

—¡David! —dijo con voz quebrada—. ¡Querido viejo David! —Y de pronto se sacudió con un sollozo seco y terrible.

Había mucho que hacer, y Dick estaba agradecido por ello. Pero primero, como David, entró y se sentó solo junto a la cama de Lucy y le habló. No en voz alta, como David, pero aún con esa misma extraña convicción de que ella lo escuchaba. Le dijo que era libre, y que no debía preocuparse por David, que él estaba allí ahora para cuidarlo; y le pidió que, si podía, lo ayudara con Elizabeth. Luego la besó y salió.

Ese día se encontró con Elizabeth. Ella había venido a la casa, y como era su costumbre ahora subió, sin aviso, a la habitación de David. Encontró allí a David y a Harrison Miller, y—tardó un momento en darse cuenta—, a Dick junto a la chimenea. Él había cambiado mucho. Ella lo vio. Pero no sintió compasión, ni siquiera sorpresa excesiva. No sintió nada en absoluto. Le dio una curiosa, casi dura sensación de triunfo ver que él se había puesto pálido. Se acercó a él y le tendió la mano, consciente de las miradas sobre ella.

—Lo siento mucho, Dick —dijo—. Tienes un regreso triste a casa.

Luego retiró su mano, aún serena, y se volvió hacia David.

—Mamá envió algunas cosas. Se las daré a Minnie —dijo, con voz clara y firme. Salió, y la oyeron bajar las escaleras.

Se sorprendió al descubrir que casi se le doblaban las rodillas en la escalera, pues se sentía tranquila y sin emoción alguna. Y terminó su encargo tan serena y compuesta que las dos o tres mujeres que habían venido a ayudar la miraron asombradas al verla partir.

—¿Crees que lo ha visto?

—Estaba en la habitación de David. Debe haberlo hecho.

Consciente de Mike, se retiraron al cuarto de Lucy y cerraron la puerta, allí para conjeturar y preguntarse. ¿Sabía él que estaba comprometida con Wallie Sayre? ¿Rompería ahora su compromiso o no? ¿Pensaba Dick por un momento que podía hacer lo que había hecho, marcharse y dejar a una chica, y volver para ser recibido como si nada hubiera pasado? Porque, si lo pensaba...

Para Dick, el saludo de Elizabeth había sido un verdadero golpe. No sabía exactamente qué esperaba; ciertamente no había albergado la esperanza de retomar las cosas donde las había dejado. Pero había en ello una dureza amistosa que era como una bofetada. Había pensado al menos luchar para recuperarla, pero ahora veía que ni siquiera habría lucha. Ella no estaba enojada ni herida. La barrera era más desesperanzadora que eso.

David, observándolo, esperó hasta que Harrison se fue, y fue directo al tema.

—¿Has pensado alguna vez lo que estos últimos meses han significado para Elizabeth? Sus propias preocupaciones, y siempre este maldito pueblo, hablando, hablando. El orgullo de la niña ha sido herido, además de su corazón.

—Pensé que era mejor no entrar en eso hasta después... hasta más tarde —explicó —. Lo otro estaba mal. Lo supe en el momento en que vi a Beverly y no volví otra vez. ¿De qué servía? Pero... viste su rostro, David. Creo que ni siquiera le importa lo suficiente como para odiarme.

—¡Le importó lo suficiente como para comprometerse con Wallace Sayre!

Tras una mirada asombrada, Dick rió con amargura.

—¡Eso parece demostrar que le importaba! —dijo. Se había puesto muy pálido. Al cabo de un tiempo, mientras David permanecía en silencio y pensativo, añadió:— Después de todo, ¿qué derecho tenía a esperar otra cosa? Cuando piensas que, hace unos días, me estremecía de verdad ante la idea de ver a otra mujer, apenas puedes culparla.

—Ella esperó mucho tiempo.

Más tarde Dick hizo una confesión difícil dadas las circunstancias.

—Ahora lo sé... creo que siempre lo supe, pero lo otro era como esa ansia de licor de la que te hablé... Ahora sé que ella siempre ha sido la única mujer. Tú lo entenderás, quizá, pero ella no. Me arrastraría de rodillas para hacerla creerlo, pero es demasiado tarde. Todo es demasiado tarde —añadió.

Antes de la hora del servicio volvió a entrar y se sentó junto a la cama de Lucy, pero ella, que tantas veces le había dado sabios consejos, yacía en su majestuosa paz, rodeada de flores e infinitamente apartada. Sin embargo, le dio algo. Algo de su propia paz. Una vez más, como la noche en que se había quedado en la puerta de

la cocina viéndolo desaparecer en la oscuridad, volvió el tirón de las viejas cosas familiares, el sentido de hogar. No solo David ahora, sino la casa. La alfombra descolorida en las escaleras, la vieja mecedora que Lucy había amado, las llaves chirriantes del baño, Mike y Minnie, el laboratorio... unidos en su fuerza modesta, eran hogar para él. Habían vuelto, para no perderse nunca más. Hogar.

Luego, poco a poco, reclamaron más. No eran solo hogar. Eran el escenario de un sueño, olvidado hacía mucho pero ahora vívido en su mente, y un refugio del presente sombrío. Ese sueño había visto a Elizabeth consagrada entre las viejas cosas familiares; la vieja casa debía ser un santuario para ella y para él. De ella y de la casa, en el sueño, debía salir por la mañana; a ella y a la casa debía volver por la noche, después de haber hecho el trabajo de un hombre.

El sueño se desvaneció. Ante él surgió su rostro de esa mañana, impasible y frío; sus ojos, no hostiles sino indiferentes. Ella se había apartado de su vida, había entregado su juventud a la juventud, y lo había olvidado. Él lo entendió y lo aceptó. Se vio a sí mismo como debía haberse visto para ella, viejo y gastado, marcado por los últimos meses, infinitamente cambiado. Y ella era joven. ¡Dios, qué joven era!...

Lucy fue enterrada la tarde siguiente. Llovía, y la silenciosa procesión siguió a Dick y a los demás que llevaban su ligero cuerpo bajo grotescos paraguas que se balanceaban. Luego él y David, y Minnie y Mike, volvieron a la casa, silenciosa con ese extraño vacío que sigue a una muerte, la inconsciente espera de una voz que no volverá a hablar, de un paso familiar. David no había subido. Se sentó en la sala de Lucy, con su viejo levitón y corbata negra, una manta de punto sobre las rodillas. Su garganta parecía marchita en el cuello flojo. Y allí, por primera vez, discutieron el futuro.

—Estás renunciando a mucho, Dick —dijo David—. Estoy orgulloso de ti, y como tú creo que el dinero está mejor donde está. Pero este es un pueblo prejuicioso, y piensan que has tratado mal a Elizabeth. Si no piensas contar la historia...

—Nunca —anunció Dick con firmeza—. Judson Clark está muerto. —Sonrió a David con algo de su viejo humor—. Le dije a Bassett que pusiera un monumento si quería. Pero tienes razón en una cosa. No están listos para aceptarme de nuevo. Lo he visto una docena de veces en los últimos dos días.

—Nunca he abandonado una lucha —dijo David con voz dura.

—Por otro lado, no quiero incomodarla. Estamos destinados a encontrarnos. Estoy dejando de lado mis propios sentimientos. No importa... salvo, claro, para mí. Lo que pensé fue... Podríamos ir a la ciudad. Reynolds compraría la casa. Se va a casar.

Pero se encontró con la firme oposición de David. Era demasiado viejo para ser desarraigado. Le gustaba poder orientarse en la oscuridad. Era casi infantil en eso, y quizá un poco atemorizado. Pero fue su argumento final el que convenció a Dick.

—Pensé que ya habías aprendido que no hay nada en huir de los problemas.

Dick se irguió.

—Tienes razón —dijo—. Nos quedaremos aquí y lo enfrentaremos juntos.

Ayudó a David a subir las escaleras hasta donde la enfermera lo esperaba, y luego fue a su propia habitación. La examinó por primera vez desde su regreso con un sentido de permanencia e intimidad. Aquí, de ahora en adelante, se centraría su vida. De esta cama se levantaría por la mañana, para volver a ella por la noche. De esta habitación saldría a luchar por recuperar su lugar, y por la vieja fe en él, por las miradas confiadas y el apretón de manos amistoso.

Se sentó junto a la ventana y, con la sensación de despedirse de ellos para siempre, repasó lenta y dolorosamente los últimos meses; la noche en las montañas, y Bassett dormido junto al fuego; el hombre de la cabaña atrapado bajo el árbol, con el rostro torcido entre las ramas; el amanecer en el campo de alfalfa, y la larga caminata nocturna; el muchacho que lo había reconocido en Chicago; David en su vieja cama de nogal, encogido pero indomable; y su propia salida a la noche, con Lucy en la puerta de la cocina, Elizabeth y Wallace Sayre en la veranda, y él mismo al otro lado de la calle bajo los árboles; Beverly, y la revelación de su libertad de los viejos lazos; Gregory, locuaz y elegante, contando su historia falsa, y más tarde huyendo a salvo. ¡Su medio hermano!

Todo eso, y ahora esta habitación tranquila, con David dormido al otro lado de la pared y Minnie moviéndose pesadamente en la cocina abajo, preparando su pan para que subiera. Era anticlimático, ridículo, maravilloso.

Luego pensó en Elizabeth, y se volvió terrible.

Después de que Reynolds subió, se puso una bata y bajó las escaleras. La oficina había cambiado y parecía extraña y desconocida. Pero cuando abrió la puerta y entró en el laboratorio, nada había sido alterado allí. Era como si lo hubiera dejado ayer; el microscopio ajustado a su soporte, el esterilizador reluciente y listo. Era como si lo hubiera estado esperando.

Estaba contento. Lucharía y trabajaría. Eso era todo lo que un hombre necesitaba: una buena lucha y trabajo para sus manos y su mente. Un hombre podía vivir sin amor si tenía trabajo.

Se sentó en el banco y gimió.

CAPITULO 46

Una cosa sabía Dick que debía hacer y terminar de una vez. Tendría que ver a Elizabeth y contarle la historia. Sabía que no serviría de nada, pero ella tenía derecho a la explicación más completa que pudiera darle. Ella no lo amaba, pero era intolerable que lo odiara.

Sin embargo, no pensaba defenderse. Tendría que sostenerse en los hechos. Aquello le había sucedido; la tormenta había llegado, causado su estrago y pasado; él estaba de regreso, para empezar de nuevo lo más cerca posible de donde lo había dejado. Eso era todo.

Fue a la casa de los Wheeler la noche siguiente, pasando dos veces frente a la puerta antes de decidirse a entrar y tocar el timbre, para que su voz estuviera tranquila y su actitud firme. Pero el hecho de que Micky, esperando en el porche, lo reconociera y estallara en ladridos de felicidad y contorsiones de júbilo casi le hizo perder el control.

Walter Wheeler abrió la puerta y lo dejó entrar.

—Pensé que vendrías —dijo—. Entra.

No había particular calidez en su voz, pero tampoco hostilidad. Se quedó de pie, serio, mientras Dick se quitaba el abrigo, y luego lo condujo a la biblioteca.

—Será mejor que te lo diga de una vez —dijo—: he aconsejado a Elizabeth que te vea, pero ella se niega. Preferiría... —se ocupó un momento en el fuego—. Preferiría que te viera, Livingstone. Pero, te lo digo francamente, no creo que sirva de mucho.

Se sentó y miró fijamente el fuego. Dick permaneció de pie.

—¿Ella no piensa verme en absoluto? —preguntó, con voz insegura.

—Eso es difícil de evitar, si piensas quedarte aquí. ¿Piensas hacerlo?

—Sí.

Un sentimiento inesperado de simpatía por el alto joven en la alfombra de la chimenea se agitó en el pecho de Walter Wheeler.

—Lo siento, Dick. Ella aparentemente llegó al límite hace una o dos semanas. Supo que habías estado aquí y no la habías visto, por ejemplo. —Vaciló—. ¿Has oído de su compromiso?

—Sí.

—No lo quería —dijo su padre con tristeza—. Supongo que sabe lo que hace, pero ya está hecho. Te envió un mensaje —añadió tras una pausa—. Se alegra de que todo esté aclarado y cree que no debes dejar que eso te aleje. Piensa que David te necesita.

—Gracias. Me quedaré, como ella dice.

Hubo otro silencio incómodo. Entonces Walter Wheeler estalló:

—Maldita sea, Dick, lo siento. He peleado tus batallas durante meses, no aquí, pero en todas partes. Pero esta batalla no puedo pelearla. Ella no está enojada. Tendrás que entenderlo desde su perspectiva. Creo que es algo así: te había idealizado como un tipo de superhombre. Y ella es... bueno, supongo que la palabra es pureza. Es la esencia de la pureza. Luego, Leslie me dijo esta noche, supo por él que habías vuelto con la mujer del caso, en Nueva York.

Y, al ver el gesto de Dick:

—No sirve ir con él. Se salió del camino, y lo sabe. Se arriesgó, para decírselo por su propio bien. Le tiene cariño. Supongo que fue la gota que colmó el vaso.

Se quedó quieto, una figura preocupada, de mediana edad y poco agraciada, muy cansado.

—Es un mal asunto, Dick —dijo.

Al cabo de un tiempo Dick habló.

—Cuando empecé a recordar —dijo—, quería whisky. Lo habría robado, si no podía conseguirlo de otra manera. Luego, cuando lo tuve, ya no lo quería. Me repugnaba. Esto otro fue lo mismo. Está terminado.

Wheeler asintió.

—Lo entiendo. Pero ella no lo haría, Dick.

—№ Supongo que no.

Se fue poco después, de vuelta a la casa tranquila y a David. Automáticamente entró en su oficina, pero Reynolds estaba escribiendo allí. Subió lentamente las escaleras...

Ann Sayre estaba francamente desconcertada durante los días siguientes. Había tenido una semana de serenidad y anticipación, y aunque las cosas no eran exactamente como las habría querido —Elizabeth demasiado impasible y hasta Wallie algo contenido en su felicidad—, estaba satisfecha. Pero el regreso de Dick Livingstone había cambiado todo.

También había cambiado a Wallie. De pronto era un hombre, y no, sospechaba ella, un hombre muy feliz. Volvió un día, por ejemplo, para decir que había tomado una sociedad en una oficina de corretaje, y dio como razón que estaba harto de "andar jugando". Ella pensó que era para distraerse de algo.

Unos días después del funeral mandó llamar al doctor Reynolds.

—Me resfrié en el cementerio —dijo, cuando él llegó y se sentó frente a ella en su tocador—. De verdad me resfrié —protestó, al ver su mirada—. Supongo que todos lo están llamando, para tener oportunidad de hablar.

—Más o menos.

—No puede culparnos. Particularmente, no puede culparme. Tengo que saber algo, doctor. ¿Se va a quedar?

—Creo que sí. Sí.

—¿No va a explicar nada? No puede esperar simplemente volver a su práctica después de todos estos meses, y de todo lo que se ha dicho, y no hacer nada al respecto.

—No veo qué tiene que ver su partida con eso. Es un buen médico, y un trabajador duro. Cuando yo me vaya...

—¿Se va a ir, entonces?

—Sí. Puede que viva aquí y tenga una oficina en la ciudad. No me interesa la práctica general; no tiene futuro. Tal vez tome un curso especial en nariz y garganta.

Pero ella no estaba interesada en sus planes.

—Quiero saber algo, y solo tú puedes decírmelo. No soy curiosa como los demás; creo que tengo derecho a saber. ¿Ha visto ya a Elizabeth Wheeler? ¿Ha hablado con ella, quiero decir?

—No lo sé. Me inclino a pensar que no —añadió con cautela.

—¿Quieres decir que no lo ha hecho?

—Mire, señora Sayre. Usted ha confiado en mí, y sé que es importante para usted. No sé nada. Debo quedarme hasta el fin de la semana, y luego él piensa hacerse cargo. Estoy entrando y saliendo, lo veo en las comidas, y hemos tenido alguna charla ocasional. No hay problemas entre las dos familias. El señor Wheeler entra y sale. Si me pregunta, creo que Livingstone simplemente ha aceptado la situación tal como la encontró.

—¿No va a explicar nada? Tendrá que hacerlo, creo, si espera ejercer aquí. Ha habido toda clase de historias.

—No lo sé, señora Sayre.

—¿Cómo está el doctor David? —preguntó, tras una pausa.

—Mejor. No me sorprendería ahora verlo recuperarse rápidamente.

Encontró a Elizabeth en su camino cuesta abajo, una Elizabeth extraña, de ojos brillantes, con la cabeza erguida y un poco demasiado altiva, y con una especie de ardiente desafío en los ojos. Siguió conduciendo, pensativo. Todo ese tumulto y problemas, ansiedad y miedo, y lo que quedaba era la figura aplastada y trágica de una muchacha, y dos hombres en una vieja casa, preparándose para luchar para que uno de ellos pudiera recuperar el lugar que había perdido.

Sería una lucha. Reynolds veía al pueblo ya dividido en dos bandos: una pequeña minoría militante, alineada con Dick y David, y una mayoría expectante, no particularmente hostil pero intensamente curiosa, que exigiría ciertas cosas antes de reinstalar a Dick en su confianza.

Elizabeth Wheeler era una parte inconsciente de la división. Era, en cierto modo, su batalla la que estaban librando. Y Elizabeth se había pasado al enemigo.

Esa tarde Ann Sayre tuvo su primera conversación real con Wallie desde el regreso de Dick. Lo llevó a la terraza, con los hombros firmes y la cabeza erguida, y lo enfrentó allí.

—Veo que no vas a hablar conmigo —dijo—. Así que hablaré yo contigo. ¿El regreso de Dick Livingstone ha cambiado algo entre Elizabeth y tú?

—№

—¿Ella sigue siendo la misma contigo? Debes decírmelo, Wallace. He estado construyendo tanto.

Ella comprendió el cambio en él entonces más plenamente que nunca, pues él la enfrentó directamente y sin evasión.

—No hay cambio en ella, mamá, pero creo que tú y yo tendremos que acostumbrarnos a esto: ella no está enamorada de mí. No pretende estarlo.

—¡No me digas que todavía es por ese hombre!

—No lo sé. —Dio un par de vueltas por la terraza—. No creo que lo sea, mamá. No creo que le importe nadie, de esa manera, ciertamente no yo. Y ese es el problema. —La enfrentó otra vez—. Si casarse conmigo no va a hacerla feliz, no la obligaré. Tendrás que apoyarme en eso, mamá. A veces soy bastante débil.

Ese ruego la conmovió como nada lo había hecho en mucho tiempo.

—Ayudaré en todo lo que pueda, si llega el momento —dijo, y se volvió y entró pesadamente en la casa.

CAPITULO 47

David estaba satisfecho. El gran amor de su vida había sido entregado a Dick, y ahora Dick volvía a ser suyo. Lamentaba la pérdida de Lucy, pero sabía que la separación no sería larga, y que desde cualquier lugar elevado desde el que ella mirara hacia abajo lo sabría. Estaba satisfecho. Miraba su trabajo y lo encontraba bueno. No había rastro de debilidad ni de vacilación en el hombre que se sentaba frente a él en la mesa, o que entraba y salía de la casa con su antiguo estilo.

Pero no estaba contento. Al principio bastaba con tener a Dick allí, detenerse en la puerta de su habitación y verlo dentro, ocupado con el prosaico asunto de vestirse o desvestirse, de vez en cuando ponerle una mano en el hombro, escucharlo trajinar otra vez en el laboratorio, y ser llamado para examinar diversos frotis a los que Dick daba nombres impresionantes y aún más importancia. Pero detrás de la aparente jovialidad de Dick sabía que se estaba consumiendo por dentro.

Y no había nada que hacer. Nada. En secreto David revisaba los periódicos buscando el anuncio del compromiso de Elizabeth, y cada día respiraba aliviado cuando no aparecía. Y había hecho otra cosa en secreto también: no le dijo a Dick cuando su anillo fue devuelto. Annie había traído la caja, sin carta, y la increíble crueldad del gesto enfureció a David. Entró con paso fuerte en su oficina y lo guardó en un cajón con la clara intención de ahorrarle a Dick ese dolor adicional en un momento en que ya tenía bastante que soportar.

Porque las cosas iban muy mal. La lucha había comenzado.

Era una batalla sin acción. Cada lado estaba atrincherado, esperando. Era un enfrentamiento en el que los protagonistas se encontraban ocasionalmente en el terreno neutral de las calles, se saludaban y seguían su camino.

El pueblo sentía lástima por David y aún le tenía cariño, pero resentía su actitud obstinada. Decía, en efecto, que cuando dejara de hacer suyos los enemigos de Dick estaría dispuesto a ser amigo. Pero también decía, entre ellos y a escondidas, que la ausencia de Dick era deshonrosa o ya se habría explicado, y que se había comportado de manera abominable con Elizabeth. No serían amigos de él.

Apartaban la mirada, pero lo observaban. Dick sabía que cuando pasaba por las calles lo espiaban desde detrás de las cortinas y susurraban a sus espaldas. De vez

en cuando veía, en sus caminatas nocturnas, la fila de autos estacionados frente a casas que había conocido y frecuentado, lo que indicaba una reunión, pero nunca lo invitaban. Nunca se lo dijo a David.

Solo cuando el veto tocaba a David, Dick se resentía, y entonces se inclinaba a cuestionar la sabiduría de su regreso. Le dolía, por ejemplo, verlo renunciar a su iglesia, leyendo la oración matutina solo en casa los domingos, y ver su silencio sombrío cuando se mencionaban algunos de sus viejos amigos.

Sin embargo, en la superficie las cosas eran como habían sido. David se levantaba temprano, y a medida que mejoraba su salud, leía su periódico matutino en su oficina mientras esperaba el desayuno. El doctor Reynolds se había ido, y el escritorio en la oficina de Dick estaba de nuevo en su lugar. Por las mañanas Mike engrasaba el coche en el establo y lo lavaba, con su vieja pipa entre los dientes, mientras desde la cocina llegaban los sonidos de ollas y platos, y el olor de salchichas friéndose. Y Dick chapoteaba en la ducha y se afeitaba frente al espejo agrietado del baño. Pero no cantaba.

La casa estaba muy tranquila. De vez en cuando la puerta principal se abría y entraba un paciente, pero ya no había sala de espera abarrotada, ni el incesante timbre del teléfono, ni el olor de drogas fuertes y antisépticos.

Cuando, poco antes de Navidad, Dick revisó los libros con las cuentas del último trimestre, comenzó a preguntarse cuánto tiempo podrían sostener su batalla perdida. No le importaba por sí mismo, pero era impensable que David tuviera que prescindir, uno por uno, de los pequeños lujos de su vejez, sus cigarros, sus largas caminatas ahora sin propósito detrás de Nettie.

Entonces empezó a pensar en su herencia, suya para reclamar, y a cuestionar si no había comprado su paz a un costo demasiado alto para David. Sabía ya que no era miedo, sino orgullo, lo que lo había hecho volver con las manos vacías: el orgullo de abrirse camino por sí mismo. Y de vez en cuando también sentía un deseo perfectamente humano de dejar que Bassett publicara la historia como su vindicación y luego llevarse a David lejos de todos, a algún refugio lujoso donde—y allí siempre se detenía—donde David se consumiría de nostalgia por ellos.

Había una ironía en ello que lo hacía reír sin esperanza.

Se ocupó entonces de medios y recursos, y vendió el coche. Reynolds, a punto de casarse y ocupado en amueblar una oficina en la ciudad, lo compró, lo repintó de azul brillante, y anunció al mundo que estaba en la casa Rossiter cada noche dejándolo en la acera. A veces, en largas caminatas por el campo, Dick lo veía afuera de una granja, y sabía que el boicot no se limitaba al pueblo.

Para Navidad, sin embargo, se dio cuenta de que la cuestión de cubrir los gastos requería más economías, y finalmente decidieron dejar ir a Mike. Dick salió al establo con un claro hundimiento en el corazón, mientras David se quedaba en la casa, esperando con tristeza que se hiciera. Pero Mike se negó a ser despedido.

—¿Y es que me están despidiendo? —preguntó, dejando uno de los zapatos de David en su asombro airado—. Pues les digo que no.

—Ya no podemos pagarte, Mike. Y ahora que el coche se ha ido...

—No estoy pensando en el pago. No me voy, y eso es definitivo. ¿Quién haría sus botas y todo lo demás?

David lo llamó esa noche y lo despidió otra vez, esta vez con firmeza. Mike no dijo nada y salió, pero a la mañana siguiente estaba fregando la acera como siempre, y después de eso se rindieron.

De vez en cuando Dick y Elizabeth se encontraban en la calle, y ella lo saludaba con un gesto y seguía. En esos momentos le parecía increíble que alguna vez la hubiera tenido en sus brazos, y que ella lo hubiera mirado con ojos amorosos y fieles. Sufría tanto por esos encuentros ocasionales que empezó a vigilarla para evitarla. A veces deseaba que se casara pronto con Wallace, para verse obligado a aceptar lo que ahora sabía que no había aceptado en absoluto.

Tenía ocasionales arrebatos de furia contra ella, y de resentimiento, pero se apagaban cuando repasaba, uno tras otro, la inevitable serie de hechos que habían llevado a la catástrofe. Pero era absurdo decir que el amor nunca moría. Ella lo había amado, y nunca hubo nada tan muerto como ese amor suyo.

Se había salvado de una cosa, sin embargo: nunca la había visto con Wallie Sayre. Hasta que, un día en el campo, mientras caminaba para hacer una de sus raras visitas profesionales, pasaron juntos en el reluciente roadster de Wallie. El puro impacto lo hizo apoyarse contra una cerca, mirándolos con una ira que lo sacudió.

A fines de noviembre Elizabeth se fue de visita, y eso le dio un respiro. Pero la tensión lo estaba afectando, y Bassett, deteniéndose en su camino a cenar en casa de los Wheeler, se lo dijo sin rodeos.

—Te ves bastante mal —dijo—. No es momento de derrumbarse ahora, cuando has dado la pelea y la has ganado.

—Estoy bien. No he estado durmiendo. Eso es todo.

—¿Y el negocio? ¿La gente está entrando en razón?

—No muy rápido —admitió Dick—. Claro que aún es un poco pronto.

David estaba satisfecho. El gran amor de su vida había sido entregado a Dick, y ahora Dick volvía a ser suyo. Lamentaba a Lucy, pero sabía que la separación no sería larga, y que desde cualquier lugar elevado desde el que ella mirara hacia abajo lo sabría. Estaba satisfecho. Miraba su trabajo y lo encontraba bueno. No había rastro de debilidad ni de vacilación en el hombre que se sentaba frente a él en la mesa, o que entraba y salía de la casa con su antiguo estilo.

Pero no estaba contento. Al principio bastaba con tener a Dick allí, detenerse en la puerta de su habitación y verlo dentro, ocupado con el asunto prosaico de vestirse o desvestirse, de vez en cuando ponerle una mano en el hombro, escucharlo trajinar otra vez en el laboratorio, y ser llamado para examinar diversos frotis a los que Dick daba nombres impresionantes y aún más importancia. Pero detrás de la aparente jovialidad de Dick sabía que se estaba consumiendo por dentro.

Y no había nada que hacer. Nada. En secreto David revisaba los periódicos buscando el anuncio del compromiso de Elizabeth, y cada día respiraba aliviado cuando no aparecía. Y había hecho otra cosa en secreto también: no le dijo a Dick cuando su anillo fue devuelto. Annie había traído la caja, sin carta, y la increíble crueldad del gesto enfureció a David. Entró con paso fuerte en su oficina y lo guardó en un cajón con la clara intención de ahorrarle a Dick ese dolor adicional en un momento en que ya tenía bastante que soportar.

Porque las cosas iban muy mal. La lucha había comenzado.

Era una batalla sin acción. Cada lado estaba atrincherado, esperando. Era un enfrentamiento en el que los protagonistas se encontraban ocasionalmente en el terreno neutral de las calles, se saludaban y seguían su camino.

El pueblo sentía lástima por David y aún le tenía cariño, pero resentía su actitud obstinada. Decía, en efecto, que cuando dejara de hacer suyos los enemigos de Dick estaría dispuesto a ser amigo. Pero también decía, entre ellos y a escondidas, que la ausencia de Dick era deshonrosa o ya se habría explicado, y que se había comportado de manera abominable con Elizabeth. No serían amigos de él.

Apartaban la mirada, pero lo observaban. Dick sabía que cuando pasaba por las calles lo espiaban desde detrás de las cortinas y susurraban a sus espaldas. De vez en cuando veía, en sus caminatas nocturnas, la fila de autos estacionados frente a casas que había conocido y frecuentado, lo que indicaba una reunión, pero nunca lo invitaban. Nunca se lo dijo a David.

Solo cuando el veto tocaba a David, Dick se resentía, y entonces se inclinaba a cuestionar la sabiduría de su regreso. Le dolía, por ejemplo, verlo renunciar a su iglesia, leyendo la oración matutina solo en casa los domingos, y ver su silencio sombrío cuando se mencionaban algunos de sus viejos amigos.

Sin embargo, en la superficie las cosas eran como habían sido. David se levantaba temprano, y a medida que mejoraba su salud, leía su periódico matutino en su oficina mientras esperaba el desayuno. El doctor Reynolds se había ido, y el escritorio en la oficina de Dick estaba de nuevo en su lugar. Por las mañanas Mike engrasaba el coche en el establo y lo lavaba, con su vieja pipa entre los dientes, mientras desde la cocina llegaban los sonidos de ollas y platos, y el olor de salchichas friéndose. Y Dick chapoteaba en la ducha y se afeitaba frente al espejo agrietado del baño. Pero no cantaba.

La casa estaba muy tranquila. De vez en cuando la puerta principal se abría y entraba un paciente, pero ya no había sala de espera abarrotada, ni el incesante timbre del teléfono, ni el olor de drogas fuertes y antisépticos.

Cuando, poco antes de Navidad, Dick revisó los libros con las cuentas del último trimestre, comenzó a preguntarse cuánto tiempo podrían sostener su batalla perdida. No le importaba por sí mismo, pero era impensable que David tuviera que prescindir, uno por uno, de los pequeños lujos de su vejez, sus cigarros, sus largas caminatas ahora sin propósito detrás de Nettie.

Entonces empezó a pensar en su herencia, suya para reclamar, y a cuestionar si no había comprado su paz a un costo demasiado alto para David. Sabía ya que no era miedo, sino orgullo, lo que lo había hecho volver con las manos vacías: el orgullo de abrirse camino por sí mismo. Y de vez en cuando también sentía un deseo perfectamente humano de dejar que Bassett publicara la historia como su vindicación y luego llevarse a David lejos de todos, a algún refugio lujoso donde—y allí siempre se detenía—donde David se consumiría de nostalgia por ellos.

Había una ironía en ello que lo hacía reír sin esperanza.

Se ocupó entonces de medios y recursos, y vendió el coche. Reynolds, a punto de casarse y ocupado en amueblar una oficina en la ciudad, lo compró, lo repintó de azul brillante, y anunció al mundo que estaba en la casa Rossiter cada noche dejándolo en la acera. A veces, en largas caminatas por el campo, Dick lo veía afuera de una granja, y sabía que el boicot no se limitaba al pueblo.

Para Navidad, sin embargo, se dio cuenta de que la cuestión de cubrir los gastos requería más economías, y finalmente decidieron dejar ir a Mike. Dick salió al establo con un claro hundimiento en el corazón, mientras David se quedaba en la casa, esperando con tristeza que se hiciera. Pero Mike se negó a ser despedido.

—¿Y es que me están despidiendo? —preguntó, dejando uno de los zapatos de David en su asombro airado—. Pues les digo que no.

—Ya no podemos pagarte, Mike. Y ahora que el coche se ha ido...

—No estoy pensando en el pago. No me voy, y eso es definitivo. ¿Quién haría sus botas y todo lo demás?

David lo llamó esa noche y lo despidió otra vez, esta vez con firmeza. Mike no dijo nada y salió, pero a la mañana siguiente estaba fregando la acera como siempre, y después de eso se rindieron.

De vez en cuando Dick y Elizabeth se encontraban en la calle, y ella lo saludaba con un gesto y seguía. En esos momentos le parecía increíble que alguna vez la hubiera tenido en sus brazos, y que ella lo hubiera mirado con ojos amorosos y fieles. Sufría tanto por esos encuentros ocasionales que empezó a vigilarla para evitarla. A veces deseaba que se casara pronto con Wallace, para verse obligado a aceptar lo que ahora sabía que no había aceptado en absoluto.

Tenía ocasionales arrebatos de furia contra ella, y de resentimiento, pero se apagaban cuando repasaba, uno tras otro, la inevitable serie de hechos que habían llevado a la catástrofe. Pero era absurdo decir que el amor nunca moría. Ella lo había amado, y nunca hubo nada tan muerto como ese amor suyo.

Se había salvado de una cosa, sin embargo: nunca la había visto con Wallie Sayre. Hasta que, un día en el campo, mientras caminaba para hacer una de sus raras visitas profesionales, pasaron juntos en el reluciente roadster de Wallie. El puro impacto lo hizo apoyarse contra una cerca, mirándolos con una ira que lo sacudió.

A fines de noviembre Elizabeth se fue de visita, y eso le dio un respiro. Pero la tensión lo estaba afectando, y Bassett, deteniéndose en su camino a cenar en casa de los Wheeler, se lo dijo sin rodeos.

—Te ves bastante mal —dijo—. No es momento de derrumbarse ahora, cuando has dado la pelea y la has ganado.

—Estoy bien. No he estado durmiendo. Eso es todo.

—¿Y el negocio? ¿La gente está entrando en razón?

—No muy rápido —admitió Dick—. Claro que aún es un poco pronto.

CAPITULO 28

David estaba derrotado; la más trágica derrota de todas, vencido por aquellos a quienes había amado y servido fielmente.

No se levantó en la mañana de Navidad, y Dick, al visitarlo después de un desayuno casi intacto, lo encontró aún en su cama y lo interrogó con ansiedad.

—Estoy bien —aseguró—. Estoy cansado, Dick, eso es todo. Cansado de luchar. Tú eres joven. Puedes seguir adelante y ganar. Pero yo nunca lo veré. Ellos son más fuertes que nosotros.

Más tarde lo explicó con más detalle. Había mantenido la fe. Había corrido con valor la carrera que se le había puesto delante. Había velado de noche y luchado por ellos. Pero no podía luchar contra ellos.

Dick bajó otra vez y, encerrándose en su oficina, comenzó a pasearse de un lado a otro. David tenía razón, aquello lo estaba quebrando. Muy seriamente ahora contemplaba abandonar el pueblo, llevarse a David con él y reclamar su herencia. Podrían viajar entonces; podría consultar especialistas en Europa; allí había baños y tratamientos...

Sonó el timbre. Oyó la voz de Minnie en el vestíbulo, no muy amistosa, y su golpe en la puerta.

—Alguien en la sala de espera —llamó.

Cuando abrió la puerta de conexión encontró a Elizabeth más allá, una Elizabeth pálida y asustada, sin aliento y muy quieta. Pasó un momento perceptible antes de que pudiera controlar su voz para hablar. Entonces:

—Supongo que quieres ver a David. Lo siento, pero hoy no está bien. Sigue en cama.

—No vine a ver a David, Dick.

—No puedo pensar que quieras verme a mí, Elizabeth.

—Sí quiero, si no te importa.

Entonces se apartó y la dejó pasar a la oficina trasera. Pero no se engañaba en absoluto. No él. Ya había sido engañado bastante. Sabía por qué había venido, por bondad de corazón. (Era tan pequeña. ¡Dios mío, un hombre podría aplastarla hasta la nada!) Ella había venido porque sentía lástima por él, y había traído perdón. Era propio de ella. Era noble. Era condenable.

Su voz se endureció, por miedo a que se suavizara.

—¿Es esta una visita profesional, o una visita de Navidad, Elizabeth? O quizá no debería llamarte así.

—¿Una visita de Navidad?

—Sabes lo que quiero decir. El día de la paz. El día... ¿qué crees que soy, Elizabeth? Tenerte aquí, dulce y buena y amable...

Se levantó y se puso sobre ella, alto y casi amenazante.

—Has estado en la iglesia, y has estado reflexionando, lo sé. Yo estaba allí. Lo escuché todo: paz en la tierra, buena voluntad para los hombres. Tonterías. Paz, cuando no hay paz. ¡Buena voluntad! No quiero tu paz ni tu buena voluntad.

Ella lo miró tímidamente.

—¿Entonces no quieres ser amigos?

—№ Mil veces no —dijo violentamente. Luego, más suavemente:— Estoy haciendo el ridículo. Quiero tu paz y tu buena voluntad, Elizabeth. Dios sabe que las necesito.

—Me asustas, Dick —dijo lentamente—. No vine a traer perdón, si es eso lo que piensas. Vine...

—No me digas que viniste a pedirlo. Eso sería más de lo que puedo soportar.

—¿Me escucharás un momento, Dick? No soy buena explicando las cosas, y estoy nerviosa. Supongo que puedes verlo. —Intentó sonreírle—. Un... un poco de trabajo, un sueño, un poco de amor, eso es la vida, ¿no?

Él la observaba intensamente.

—Trabajo y problemas, y un largo sueño al final por el cual debemos estar agradecidos... eso también es la vida. ¿Amor? No todos lo tienen.

La desesperanza y el abatimiento la abrumaron. Él lo estaba haciendo difícil. Imposible. No podía continuar.

—No vine con paz —dijo temblorosa—, pero si no la quieres... —Se levantó—. Debo decir esto, sin embargo, antes de irme. Me culpo a mí. No te culpo a ti. Estás equivocado si piensas que vine a perdonarte.

Tropezaba hacia la puerta.

—Elizabeth, ¿qué te trajo entonces?

Ella se volvió hacia él, con la mano en el picaporte.

—Vine porque quería verte otra vez.

Él se lanzó tras ella y, tomándola del brazo, la giró hasta enfrentarla.

—¿Y por qué querías verme otra vez? No puedes seguir sintiendo algo por mí. Conoces la historia. Sabes que estuve aquí y no te vi. Has visto a Leslie Ward. Conoces mi pasado. Lo que no sabes...

La miró a los ojos.

—Un poco de trabajo, un poco de sueño, un poco de amor —repitió—. ¿Qué quisiste decir con eso?

—Solo eso —dijo ella simplemente—. Solo que no un poco de amor, Dick. Tal vez ahora no me quieras. No lo sé. He sufrido tanto que no estoy segura de nada.

—¡Quererte! —dijo él—. Más que a nada en esta tierra.

[…]

Bassett estaba en su escritorio en la oficina. Era tarde, y el editor nocturno, al verlo leer la edición temprana con los pies sobre el escritorio, le llevó su café y donas y se unió a él.

—Algún día —dijo— voy a sacarte esa historia de Clark. Si no fuiste tú quien consiguió la confesión, me la trago.

Bassett bostezó.

—Tenlo como quieras —dijo con indiferencia.

—¿Estabas protegiendo a alguien, verdad? ¿No? ¿Cuál es la respuesta?

Bassett no respondió. Tomó el periódico y señaló un artículo con la punta del lápiz.

—¿Has visto esto?

El editor nocturno lo leyó desconcertado. Levantó la vista.

—¿Qué tiene que ver eso con el caso Clark?

—Nada. Buena gente, eso sí. Los conozco a ambos.

Cuando el editor nocturno se alejó, algo ofendido, Bassett tomó el periódico y volvió a leer el párrafo:

“El señor y la señora Walter Wheeler, de Haverly, anuncian el compromiso de su hija, Elizabeth, con el doctor Richard Livingstone.”

Se quedó largo tiempo mirándolo fijamente.